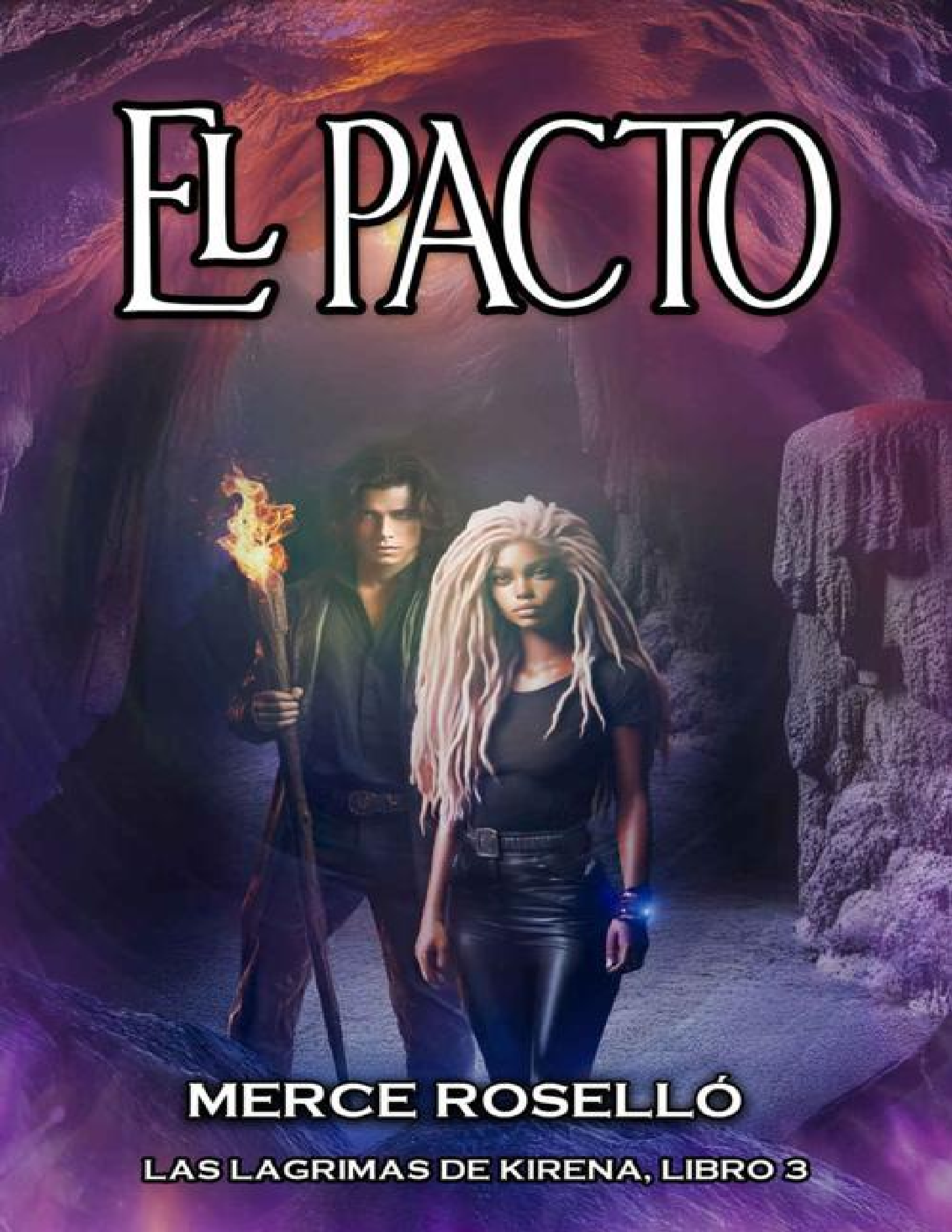
EL PACTO



MERCE ROSELLÓ

LAS LAGRIMAS DE KIRENA, LIBRO 3

El PACTO

Lágrimas de Kirena 3

Merce Roselló

Contents

Title Page
El PACTO
Resumen
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
PERSONAJES
AGRADECIMIENTOS
Glosario de términos

El PACTO
Las Lágrimas de Kirena, Libro 3

por

Merce Roselló

Copyright © 2024 Merce Roselló
Todos los derechos reservados

Portada: Creada por Veca Grace

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, y no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Puede contactar con la autora a través del siguiente correo electrónico: merce_rosello@outlook.es o en la página web:
https://mercerosello.com

Te dedico este libro a ti,

querido lector,

que con tus ganas de leer las aventuras

de Katisa y Yeirek me has dado

el combustible para continuar.

Gracias por acompañarme en este viaje.

Resumen

El camino hasta ahora

La consciencia del dios Igazash, prisionera por milenios en un antiguo artefacto, es finalmente liberada por un arqueólogo que, sin saberlo, se convierte en el anfitrión involuntario de su sed de venganza. Igazash está listo para desatar su furia, y nadie imagina aún su verdadero poder.

Katisa, una alara del planeta desértico Calarik, ha sido despreciada toda su vida por el tono de su piel, una marca que la convierte en un blanco fácil. Cansada de las humillaciones, ansía dejar atrás su mundo y hallar un nuevo lugar, lejos de quienes la miran con desprecio.

Yeirek es un Portador de la Esencia, miembro de una Hermandad de magos que alguna vez fue la guardiana de la paz galáctica, ajena a las luchas de poder.

Katisa emprende una misión desesperada para rescatar a su única amiga, secuestrada por una megacorporación minera. Allí conoce a Yeirek, quien, atrapado en sus responsabilidades, se ve forzado a tomar partido.

Cuando la Hermandad es atacada y disuelta por órdenes del nuevo Regente Supremo —quien asciende al trono tras asesinar a su propio padre—, Yeirek se convierte en un fugitivo. Sin otra opción, se oculta entre la tripulación de la nave mercante Kawaka Azul, donde encuentra una inesperada camaradería.

En otra parte de la galaxia, un grupo secreto liderado por el verdadero Regente, cuya muerte fue encubierta, se alza con un solo objetivo: restaurar el legado de la Hermandad de Portadores, ahora extinta. Esta alianza, conocida como El PACTO, reúne a un puñado de aliados con recursos que desean oponerse al creciente control del Regente Supremo y a la influencia oculta de fuerzas aún más oscuras.

Las vidas de Katisa y Yeirek se entrelazan a través de Aldo Deni, el arqueólogo poseído por Igazash, tío de Yeirek, y que manipula el gobierno galáctico desde las sombras. Yeirek se ve movido por el juramento que hizo a su padre. Intenta rescatar a su tío, solo para ser enviado en una misión: encontrar una antigua llave.

Pero el destino es cruel. Katisa es la poseedora de esa llave, y es perseguida sin descanso por aquellos que no se detendrán ante nada. Cuando su mentora es asesinada y ella apenas escapa con vida, Katisa decide buscar refugio y venganza uniéndose a El PACTO.

Yeirek, al darse cuenta de que la llave que buscaba está en manos de Katisa, intenta abandonar su misión, decidido a protegerla de un destino terrible. Busca respuesta en un antiguo templo de la diosa Kirena, y descubre una verdad devastadora: Katisa es la Guardiana de Kirena, portadora de la esencia de la diosa y destinada a sacrificarse para contener a Igazash. Y él, Yeirek, es su Protector, encargado de llevarla sana y salva hasta llevar a cabo ese sacrificio, un precio que él considera demasiado alto.

Atrapado entre su deber y su deseo de salvarla, Yeirek deberá enfrentarse al poder de los dioses mismos, quienes han decidido que su batalla debe realizarse, sin importar el costo. ¿Hasta dónde estará dispuesto a llegar para desafiar a las deidades y salvar a Katisa, aunque eso signifique renunciar a su propia humanidad?



Capítulo 1

En el espacio. Aénima Nomilé.

El universo era caos en movimiento, igual que su propia vida.

De pie en la cabina de la Aénima, con la mirada clavada en el oscuro telar del espacio, Katisa repasó los seis últimos años de su vida y razonó que el destino componía su sinfonía sin consultar a nadie.

Qué ilusa al pensar que la decisión más difícil en toda su vida fue marcharse de su planeta, en el que se sentía una prisionera. Se había transformado hasta el punto de dudar si era la misma persona. Sin apenas darse cuenta, pasó de ser una joven marginada por el tono de piel a capitanear una pequeña tripulación. Junto a Clak, el pequeño androide al que consideraba de su familia; Drarin, su amigo de la infancia y Tyon, un enorme felinae tuerto, luchaban contra la tiranía del Regente Supremo de la galaxia.

Si su madre pudiera verla, se le ensancharía el pecho. En vida, siempre había admirado a la Hermandad de Portadores y, aunque Katisa no podría serlo jamás, el grupo rebelde al que se había unido, bajo el nombre del PACTO, tomó el relevo de aquellos magos guerreros después de la muerte de todos ellos.

No, en realidad, no todos los Portadores habían muerto. Yeirek seguía con vida y, por lo que a

ella atañía, podría haber perecido con el resto de su hermandad.

Un nudo se le formó en la garganta. Aún resonaban sus palabras de despedida, cuatro meses atrás: «¡Aléjate de mí o morirás!» ¿Fue una advertencia o una amenaza?:

Sacudió la cabeza como si con ello pudiera borrar aquellos ojos verdes que invadían sus pensamientos una y otra vez.

La luz de las estrellas en el ventanal se distorsionó, señal de que una nave salía del hiperespacio y, tal como fueron informados, una corbeta del Regente apareció frente a ellos. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, erizando cada centímetro de la piel. Si todo salía según lo planeado, pronto se harían con la carga que transportaba.

Inhaló y exhaló varias veces. Era vital interceptar la nave enemiga antes de que llegara a su destino o podían dar por anulada la misión. Y no era el temor al fracaso lo que provocaba el martilleo en su corazón, sino a la suerte que le deparaba al cargamento. Se mordió las uñas y trató de discernir si la vibración en las rodillas provenía de los motores de la Aénima o de los nervios por la inminente confrontación.

—No queda mucho tiempo, jefa. —La voz sintetizada de Clak, su inseparable compañero robótico, la sobresaltó—. La ventana de acción es corta. Es ahora o nunca.

Se colocó uno de los tentáculos tras la oreja, una táctica para disimular el temblor en los dedos. Sin apartar la mirada de la corbeta de la Guardia, se forzó a mantener la compostura.

—Está bien —asintió, resistiendo la urgencia de presionarse el estómago. Se dirigió al copiloto—. ¿Preparado, Tyon? ¿Tienes claro lo que hay que hacer?

El felinae tuerto desvió su único ojo del panel de control para centrarlo en ella. La expresión en su leonado rostro era de incredulidad.

—¡La duda ofende, preciosa! —rugió, aunque su tono divertido suavizó las palabras.

Katisa reprimió una carcajada. A pesar de ser el tripulante más veterano, Tyon mantenía un espíritu jovial que desafiaba su edad.

—Es «capitana preciosa» para ti, abu. —El comentario provocó un torrente de carcajadas en su felino compañero—. Pero no dudo de ti, sino de esos trastos nuevos.

—No te preocupes, capi, los cañones PEM darán la talla. El cargamento estará a salvo.

—Solo espero que no te emociones demasiado. —Colocó una mano sobre el hombro en un gesto de disculpa, aunque también de advertencia—. Es la primera vez que los usamos.

Tyon volvió la atención al panel de control, pero ella captó un brillo de desafío en la mirada.

—Lo máximo que vamos a conseguir es freír los sistemas. —Palmeó la mano que reposaba sobre su hombro—. Tranquila, capi.

Asintió, con la mente aún inquieta. Los torpedos de pulso electromagnético no estaban diseñados para dañar estructuras o seres vivos, solo para neutralizar componentes electrónicos. Pero, al ser un prototipo, las garantías eran mínimas. Nadie había fabricado un arma de aquellas características a esa escala, y dudaba de su eficiencia.

—Jefa —interrumpió Clak—. Están a tiro. Ahora sería un buen momento.

Se concentró en la nave a la que perseguían. Funcional sin ser ostentosa, eclipsaba a la *Aénima* en tamaño y armamento. Por suerte, no se trataba de una corbeta de guerra, solo de carga. La única ventaja que tenían sobre ellos era el camuflaje, una capa de invisibilidad que desaparecería en cuanto disparasen.

Se mordió el labio y se abrazó. Sus dedos encontraron solaz en el medallón de unorenita azul lleno de imperfecciones —el único legado materno junto con la *Aénima*— y el efecto de las luces sobre la nacarada superficie le proporcionó seguridad.

—De acuerdo, abu, ¡fríelos!

Tyon ya había lanzado dos disparos antes de que terminara la frase y dos más los siguieron en breve. Una estela de olor a sustancias químicas, a las que no estaba acostumbrada, inundó la cabina.

Los cuatro proyectiles impactaron en el objetivo y las luces de la corbeta de la Guardia parpadearon un par de veces antes de apagarse. Comenzó a flotar a la deriva por el espacio como una ballena muerta.

Soltó la respiración. Los torpedos eran eficaces, una noticia que debía compartir con Laira, su mejor amiga y líder de la célula rebelde a la que ella pertenecía.

—Clak, acércanos para el abordaje. Voy a prepararme. ¡Drarin! —llamó al cuarto miembro de su tripulación.

—¡En posición! —Le llegó su voz desde la bodega de carga, donde se encontraba la esclusa por la que abordarían la nave enemiga.

Descendió a toda prisa por la rampa que la llevaría hasta Drarin, que la esperaba con aquella mirada llena de adoración que tanto detestaba.

Una vez a su lado, desenfundó las dos pistolas: la que perteneció a su madre y la gemela que le regaló Rala por su décimo sexto aniversario.

Un leve zumbido ascendente le indicó que los cargadores estaban activos y a plena potencia.

—¿Llevas tu munición eléctrica? —Lo miró de soslayo mientras enfundaba el arma de disparos letales.

—Sí, pero no entiendo por qué tanta compasión por ellos. —A pesar de todo, Drarin chequeó la suya también.

—No es compasión. —Sacudió los hombros y dobló el cuello de un lado al otro con la intención de aliviar la rigidez—. Es pragmatismo. Quiero incapacitarlos, no iniciar una masacre. Además, así no arriesgamos la integridad de la carga.

—Creo que a menudo tu idealismo te ciega. —Se colocó a su espalda y le masajeó los hombros para ayudarla con la tensión—. Ellos no tendrán piedad con nosotros.

—Pues no les demos oportunidad. —Apartándose, le lanzó una rápida mirada llena de resentimiento—. Prometiste seguir mis órdenes.

—Y las seguiré. —Levantó las manos en son de paz—. Solo digo que podrías estar equivocada.

—Tu disconformidad quedará anotada, no te preocupes —respondió con más sequedad de la que se propuso—. Si algo sale mal, la responsabilidad será solo mía.

—No te enfades. —Le acarició la mejilla—. Me preocupa verte en peligro. Preferiría que estuvieras segura, coordinando con mi prima desde la base.

Por supuesto. Sabía que Drarin había discutido con Laira en varias ocasiones por ese tema. Él deseaba mantenerla en una burbuja de metacristal para que no le pasara nada malo. Seguro que esperaba que su preocupación la conmoviera cuando, en realidad, le ofendía la falta de confianza en ella.

—Sé que no me crees capaz. —Le apartó la mano del rostro con un movimiento brusco. Estaba molesta, pero no solo con él, también consigo misma. Incluso ella dudaba de sus propias capacidades—. No me esconderé mientras los demás arriesgáis la vida.

—No es eso, solo quiero protegerte.

—Vale, chicos. Se acabó el recreo —interrumpió Tyon, que se acercó a ellos con sus poderosas zancadas—. Vamos a concentrarnos, ¿vale? Capi, confiamos en ti. Incluso Drarin, aunque no lo parezca. Tú dirige, que nosotros te seguimos.

Cerró los ojos un momento, tratando de imbuirse en la fe que al menos el felinae depositaba en

ella. Había cien mil cosas que podrían salir mal y la decisión de no matar a los enemigos aumentaba el riesgo.

Pero no quería más sangre en sus manos, no después de lo de Karel. Las imágenes de su muerte todavía la perseguían. No importaba que lo electrocutara solo por salvar la vida, ni que la hubiera torturado para tratar de conseguir sus propósitos egoístas. También asesinó a Rala, a la que había confesado amar, solo por descubrirle intentando robar una llave que se suponía en poder de Kat. A pesar de todo ello, siempre se sentiría culpable por matarlo. Era un fantasma que no le permitía olvidar el precio de su propia supervivencia.

—Vamos a acoplarnos. —La voz de Clak resonó en su oído, donde se hallaba su comunicador —. Cuidado con el impacto.

Se agarró a un asidero cercano, aunque fue una reacción más psicológica que física. La maniobra se llevó a cabo con la precisión y suavidad que caracterizaba al androide.

Tyon forzó la esclusa de la nave enemiga con sus contorneados músculos. Kat hincó una rodilla, para no entorpecer la línea de fuego de Drarin, y apuntó. En cuanto abriera una rendija, comenzaría a disparar al contingente de soldados que, seguro, esperaba al otro lado. El sabor amargo de la bilis le inundó la boca.

La esclusa se entreabrió y cuatro soldados, enfundados en armadura cromada y sobreveste blanca y azul, se materializaron ante ellos. Las únicas luces en el interior de la corbeta eran las de sus armas. *¡Dalaka!* El pulso electromagnético no había funcionado con todo el equipamiento del enemigo.

Aguantó la respiración y vació la mente de cualquier pensamiento.



Capítulo 2

En el espacio. Corbeta de la Guardia.

La adrenalina le hirvió en las venas al captar los reflejos en las armaduras de los soldados. Sin perder un segundo, comenzó a disparar con una rapidez que rozaba la imprudencia.

Un frío helado se asentó en su pecho al comprobar que las descargas eléctricas apenas afectaban las protecciones del enemigo. Se cubrió al lado de la puerta, esperando que el cargador se autorrecargara.

¡Shelak! No quería usar la otra pistola.

—¿Y ahora qué, eh? —le recriminó Drarin, que se había percatado de lo mismo.

El sonido de botas se acercó a ellos.

Kat se mordió el labio y vació medio cargador sobre un solo blanco, el soldado más cercano, que cayó al suelo entre convulsiones. Una capa de pequeños rayos azules recorrió todo su cuerpo.

—¡Así! —exclamó, triunfal, y regresó a la seguridad de la cobertura—. ¡Insistiendo!

—¡No es viable, y lo sabes! —Drarin cambió el cargador de su pistola por el letal. No había

tardado ni un minuto en desobedecerla.

Por mucho que le pesara, Drarin tenía razón. Llevaba demasiado tiempo dejar fuera de combate a los enemigos y acabarían acribillados antes de inmovilizar a los tres restantes. Reluctante, desenfundó también la otra pistola, aunque se negó a guardar la de munición eléctrica.

Los soldados avanzaron posiciones. Por la cautela en sus ademanes, no se habían percatado de que su compañero solo estaba inconsciente.

—¡Paso, que voy! —Tyon traspasó el umbral de la puerta y corrió entre ellos. Había arrancado un panel cercano al acceso de la corbeta y se protegía con él como si se tratara de un escudo.

Cargó contra los tres soldados restantes, que fueron derribados en un lío de piernas y brazos, entre los golpes metálicos de las armaduras y los gruñidos.

El felinae, sin dejar de aplastar a sus contrincantes, le arrancó el casco al que tenía justo debajo y le golpeó en el rostro con él repetidas veces, hasta dejarlo inconsciente.

Los dos soldados que conservaban la consciencia forcejearon hasta quitarse a Tyon de encima, pero antes de que pudieran arremeter contra él, Katisa electrocutó a uno con su pistola. El otro no tuvo tanta suerte y murió por el arma de Drarin.

Una nube de olor a iones y electrólisis, provocada por el intercambio de disparos, los envolvió

—¡Me encargo de los pilotos! —rugió Tyon, dirigiéndose hacia donde Kat le señalaba la dirección a la cabina. Encendió una linterna para ver en los pasillos privados de luz.

—¡Eres una tozuda! —le recriminó Drarin mientras desarmaba a los dos inconscientes por si despertaban.

Ella desvió la mirada y lo ayudó con las armas, mordiéndose la lengua. Los soldados eran personas, también, con seres queridos que les llorarían. Sin embargo, tampoco estaba dispuesta a apuntar más muertes de sus amigos a su lista. Aquellos soldados no se lo habrían pensado dos veces antes de terminar con ellos.

—Está bien, Drarin. Tienes razón. Lo haremos a tu manera.

Ignoró deliberadamente su cara de sorpresa y activó la holomuñequera. Un mapa del modelo de la nave en la que se hallaban se desplegó en la lentilla, y resaltó la ruta hacia la bodega de carga con una luz amarilla.

—Según los planos, la dotación de esta fragata es de diez tripulantes —informó a su compañero—. Si contamos a los dos pilotos...

—Quedan cuatro —terminó por ella y la siguió por los pasillos oscuros—. En el mejor de los casos.

La ausencia incluso de las luces de emergencia jugaba a su favor. Gracias al don que la diosa Kirena otorgó a todos los alaras del desierto, tanto Drarin como ella podían ver en la penumbra.

Avanzaron de puntillas por los pasadizos, pero en el absoluto silencio era imposible eludir el eco de las pisadas. Estaba convencida de que el menor ruido los delataría, por lo que se giraba a menudo para evitar ser emboscados.

Se detuvieron en cuanto la pared metálica terminó y Katisa verificó las indicaciones desplegadas ante su retina. Inhaló para hacer acopio de valor. Tras aquella esquina se hallaba el objetivo.

Asomó la cabeza durante un latido, contando los soldados que custodiaban la entrada a la bodega y que protegían el cargamento. Levantó cuatro dedos hacia Drarin, que asintió y comprobó que su pistola estaba preparada.

Protegida por la oscuridad, arriesgó a echar un vistazo minucioso. Un par de los guardias se movían inquietos, pegados a la pared, como ciegos atentos a cualquier sonido fuera de lugar. Los

otros dos, no obstante, permanecían demasiado tranquilos para su gusto. Algunas luces iluminaban las pistolas, cascos y pertrechos que vestían.

Estaba resultando más peligroso de lo estimado. Según Laira, todo su armamento debería estar inutilizado, pero no había sido así. Al menos dos de ellos no presentarían batalla, aunque tampoco debían despreciarlos. Enarbolaban unas contundentes porras.

—Dos siguen del todo activos —susurró, y Drarin asintió con un breve golpe de cabeza.

Contó hasta tres con los dedos y abrieron fuego, alejándose de la seguridad de la esquina.

Los soldados con los equipos en funcionamiento apuntaron las linternas hacia ellos y el brillo la desorientó por un instante.

Un dolor punzante explotó en su hombro y le arrancó un grito involuntario. Las armas de los enemigos sí estaban preparadas para matar.

—¡Kat!

—¡Estoy bien! —mintió, en busca de una cobertura inexistente.

Drarin había abatido sin miramientos a dos de los enemigos y ella, sobreponiéndose al dolor, levantó el brazo sano y disparó con la pistola letal. A cada impacto, una punzada de culpabilidad cruzaba su pecho, pero era la única alternativa.

El último enemigo se encontraba enzarzado en combate cuerpo a cuerpo con Drarin. El guardia intentaba someterlo a golpes de porra.

No tenía un tiro claro. Con el frenético movimiento de ambos podría herir a su compañero y no deseaba arriesgarse. Disparó con la pistola del cargador eléctrico, pero erró dos intentos. El tercero impactó en el brazo de Drarin.

—¡Joder, Kat! —se quejó él entre convulsiones.

Pero su cuerpo actuó como conductor y la electricidad fluyó hacia el soldado, que vaciló durante solo un instante. Drarin aprovechó para dispararle a quemarropa y el soldado cayó muerto a sus pies.

El alara se apoyó contra la pared, sujetándose el brazo mientras le lanzaba una mirada de reproche.

—Está inutilizado.

—Quejica —replicó ella y le sacó la lengua—. Sabes que no durará. Da gracias de que soy una tozuda y no he usado la otra pistola.

Drarin alzó los ojos al cielo.

—Área asegurada —La grave voz de Tyon rugió en su oído a través del intercomunicador—. ¿Podríamos sacar información del ordenador de a bordo, capi?

—Qué va. Los datos deben de estar tan fritos como el resto de la nave. Una lástima, pero es lo que hay.

—Apresuraos —interrumpió Clak que monitorizaba la misión, con un tono de preocupación poco habitual en él—. Lograron lanzar un mensaje con la red auxiliar de comunicaciones. Aún está operativo, por cierto, junto al sistema vital y la gravedad artificial. No tardarán en llegar refuerzos.

—De acuerdo, concluyamos la misión. —Kat centró la atención en la puerta frente a ellos, la que daba acceso a la bodega y a la preciada carga que contenía. Por fin reclamarían aquella pequeña victoria que tanto necesitaban.



Capítulo 3

En el espacio. Corbeta de la Guardia

Katisa abrió la puerta de la bodega con cierta aprehensión, insegura del estado en el que se encontraría el interior.

El silencio era absoluto. Sin el sonido de los motores de fondo, cualquier crujido esporádico resonaba en las paredes del almacén como si estuviera amplificado.

El dolor del hombro persistía, un recordatorio de su propia fragilidad, pero evitó tocarse la herida. Avanzó un paso hacia el interior de la bodega de carga y trató de reprimir un escalofrío.

Estaba vacío, y no debería estarlo. Habían verificado la información antes de planear el ataque. No tenía sentido.

El susurro de un niño preguntando a su madre qué ocurría disipó las sombras de su incertidumbre y suspiró aliviada. Extrajo del bolsillo un pequeño dron iluminador y lo lanzó al aire, con la intención de que los prisioneros la vieran con claridad.

La luz artificial rompió la penumbra y alumbró la bodega. Era un enorme laberinto de mercancías, en el que pilas de contenedores y cajas de incontables colores se amontonaban

contra las paredes, etiquetadas con códigos indescifrables.

El dron trató de iluminar cada oscuro rincón hasta que unas siluetas le revelaron la posición de los prisioneros, ocultos tras contenedores como animales acorralados.

Enfundó las armas y se dirigió hacia la voz infantil con las manos extendidas en señal de paz.

—No os asustéis, no vamos a haceros daño —titubeó mientras buscaba las palabras adecuadas para transmitir confianza—. Hemos venido a rescataros.

El dron permaneció sobre ella, enfocándola. El haz le molestaba, pero reprimió el impulso de hacer pantalla con la mano. No quería esconder la cara, necesitaba que vieran que su expresión era sincera.

Las siluetas ondularon en las paredes, y algunas cabezas curiosas emergieron de sus escondites. Cuidó de que sus ademanes no fueran amenazadores y, aun así, los prisioneros tenían reservas.

Al final decidieron apartarse del amparo de los contenedores. Era un grupo de diferentes edades y razas: felinaes, humanos, aosién y alaras de varias etnias. Incluso una familia de pequeños nolgars. Los rostros llenos de desesperanza y las ropas manchadas y, en muchos casos, rasgadas, eran testigos de las penurias a las que se habían enfrentado hasta llegar a aquel almacén.

Su corazón se encogió ante la lamentable situación en la que se encontraban. No solo eso, la información que recibieron hablaba de una veintena de prisioneros, pero allí se congregaban más de cincuenta almas, entre ellas varios niños.

Una oleada de hedor a excrementos y orina invadió su olfato y apartó la mirada. Ni siquiera les habían proporcionado un lugar en el que hacer sus necesidades. Era indignante.

Ninguna de aquellas personas merecía un trato semejante. Habían sido arrancadas de sus vidas por el hecho de reclamar lo que era justo, por vivir en el lugar equivocado o por no pagar unos impuestos tan desorbitados que pocos eran capaces de ello.

Los llevaban a realizar trabajos forzados en fábricas con la excusa de una condena, sin libertad y con la única compensación de una comida al día, tal vez ni siquiera caliente.

¡Qué ironía! La esclavitud, una plaga que la galaxia juró erradicar, había resurgido de la mano del Regente Supremo envuelta en una capa de legalidad.

—Debemos darnos prisa. —Se acuclilló frente a una pequeña niña alara que la miraba con los ojos anegados en lágrimas. Sus alas transparentes estaban plegadas y pegadas a su espalda, en un reflejo de la situación de los presentes. Le tendió una mano con una sonrisa nerviosa—. Podrían llegar refuerzos pronto.

—¿Y por qué vamos a irnos con vosotros? —preguntó desafiante una mujer anónima entre la multitud—. Podríais ser esclavistas.

Katisa se alzó. Cada mirada clavada en ella estaba cargada de sospecha y miedo, aunque no los culpaba por su recelo. ¿Quién podía fiarse de una proclama de rescate en los tiempos que corrían? Carraspeó e intentó calmar sus nervios. Era consciente de que cualquier palabra que pronunciara podía ser crucial.

—Sí, es una posibilidad —admitió con franqueza—, pero os aseguro que no es así. No puedo daros pruebas de nuestras intenciones, solo os pido que confiéis en vuestro sentido común. Creedme o no, lo dejo a la elección de cada uno, aunque no os miento. Somos del PACTO.

Un murmullo de incertidumbre recorrió la multitud.

—¿El pacto? —otra voz, ahora masculina resonó en las paredes—. ¿Qué es eso?

Antes de poder responder, un joven se adelantó. Era un humano más o menos de su edad, de piel oscura y rollizo, con una seguridad en sus movimientos que destacaba del resto.

—Yo sí lo sé, pero podrían estar mintiendo.

Lo estudió. Su voz mostraba una confianza en sí mismo que rozaba la arrogancia. Vestía ropas en muy mal estado, con los pantalones hechos jirones por debajo de las rodillas y una camisa sucia y rota. Había visto vagabundos menos desaliñados.

Con una entereza que desencajaba con su aspecto, se plantó ante ella desafiante, con los brazos en jarras. La examinó con una mirada intensa, a la espera de una respuesta.

—¿Y mentiría diciendo que venimos de una organización que casi nadie conoce? —replicó ella mientras le sostenía la mirada—. Sería bastante estúpido por nuestra parte, ¿no crees?

El chico ladeó la cabeza y, tras un tenso silencio, concluyó su escrutinio.

—Aquí hay niños —declaró—. Ningún padre va a permitir que engrosen vuestras filas de milicia terrorista.

Ahogó una exclamación, dolida por la idea tergiversada que tenía aquel tipo sobre el PACTO.

—¿Perdona? ¡No somos terroristas! —Odiaba hablar de política, pero no estaba dispuesta a que los etiquetaran cuando ni siquiera era cierto—. Solo queremos ayudar, y si podemos evitar la violencia, mejor. Sabemos que si estáis aquí lo habéis perdido todo. —Se dirigió al resto de prisioneros, que no apartaban sus inseguras miradas de ella—. Nosotros ofrecemos refugio seguro. Un lugar en el que dormir y comer, hasta que las cosas se arreglen lo suficiente para que podáis empezar una nueva vida donde deseéis.

—¿A cambio de qué? —preguntó un anciano entre el gentío. Su voz ronca resonó en la bodega.

—En realidad. —Vaciló, consciente de que aquella desconfianza era más que comprensible—, de nada. Sé que es difícil de creer, pero…

—Kat. —La urgencia en la voz de Drarin le recordó la situación—. No tenemos tiempo para esto. El que no quiera venir es libre de quedarse, pero se enfrentará a la Guardia solo.

Una media sonrisa danzó en los labios del joven humano.

—Yo confío en ellos —anunció al resto de prisioneros—. Estoy seguro de que no son esclavistas; pero, tal como dicen, es una elección personal. Yo voy a arriesgarme. —Se situó a su lado y pasó los brazos alrededor de sus hombros para enfatizar su decisión.

La bodega se llenó de murmullos de asentimiento y avanzaron unos pasos hacia ellos. Katisa le dio las gracias al chico con un gesto, se sacudió el brazo de encima y se dirigió a la salida.

La mano pequeña y cálida de la niña alara encontró la suya y desvió su atención. La mirada risueña y el despliegue alegre de las alas tocó algo profundo en ella, y sus ojos se llenaron de lágrimas de júbilo. Se agachó a cogerla en brazos, no sin el consentimiento previo de su madre.

—¿Por qué tu piel es dorada? —preguntó la niña—. Nunca había visto a nadie así.

La pregunta la descolocó. ¿Qué iba a decirle? No entendería que, en su mundo, aquel color de piel era una marca de desdén. «Tocada por la diosa», la llamaban. Qué ironía.

—Nací así —simplificó—. Solo soy un poco diferente.

La niña sonrió y acarició con ambas manos sus mejillas.

—Pues a mí me gusta mucho. Es un color muy bonito.

Aquellas palabras inundaron de calor su corazón y le plantó un beso. Ojalá en Calarik opinaran lo mismo.

—Vamos, hay que darse prisa —les apremió mientras Drarin lanzaba otro dron iluminador al aire—. Sigamos al dron, nos indicará la salida.



Capítulo 4

En el espacio. Bodega de carga de la Aénima

Al llegar a la esclusa que daba paso a la Aénima, Tyon los recibió con su presencia imponente. Los primeros prisioneros se detuvieron, probablemente amedrentados por el poderoso físico del felinae. Sin embargo, se relajaron al ver su sonrisa bonachona. Kat traspasó la puerta y dejó a la niña en el suelo para que se reuniera con su madre.

—Lamento la falta de espacio. No esperábamos a tantos. —Señaló los colchones y cojines esparcidos por el suelo.

Reconoció la gratitud en las miradas y sonrisas que cada uno de ellos le dedicaban al pasar. Eran solo una cincuentena, apenas una pequeña muestra si se tenía en cuenta todo lo que ocurría en la galaxia, pero rescatarlos del castigo injusto al que estaban destinados lo consideraba un consuelo.

Se acomodaron como pudieron, dando preferencia a los ancianos y a los niños. Las madres abrazaban a sus pequeños con el alivio reflejado en sus rostros y los hombres ayudaban no solo a sus familias, sino a las que se hallaban a su alrededor. Un aire de cordialidad y colaboración se

respiraba en la bodega de carga.

Las lágrimas humedecieron sus ojos. De algún modo aquella visión le transmitía sosiego, como si una grieta en el alma se cerrara cada vez un poco más.

—Repartiré la comida —anunció Tyon, ajustándose el parche—. Espero que sean de buen compartir o no habrá suficiente.

—Clak, nos vamos —ordenó Kat al androide a través del comunicador—. Estamos todos a bordo.

El chico de piel oscura y sobrepeso se colocó a su lado con un gesto de arrepentimiento y cautela.

—Perdona lo de antes. Últimamente los esclavistas aprovechan cualquier situación para beneficiarse y han perfeccionado sus engaños, aparte de tener a la Guardia en el bolsillo —Se rascó la nuca con incomodidad—. Ver a los soldados muertos me ha acabado de convencer.

—No estoy orgullosa de eso. —Rehuyó su mirada—. Ya te he dicho que no somos terroristas, pero no hemos tenido elección.

—Pues tal vez deberíais considerarlo. —Su expresión se ensombreció—. La fama es una herramienta poderosa.

Ella desvió la mirada hacia las manos y se las frotó. Estaban frías, a pesar de la temperatura templada de la *Aénima*. Sabía por Drarin que aquel era un tema recurrente en las reuniones de las células del PACTO. Algunos opinaban que la situación solo podía solucionarse con la violencia. Otros, entre los que se encontraba Laira, creían en las alternativas. Ella opinaba igual, pero se estaba llegando a un límite en el que la actividad sin pelear no parecía tener cabida.

El terrorismo y las batallas no eran el camino a seguir. Debía existir una opción que no contemplara la guerra, y ella estaba dispuesta a encontrarla.

—La violencia solo engendra más violencia —replicó las palabras que Laira le gustaba recordarle a menudo—. De lo contrario, podrían salir perjudicados aquellos a los que pretendemos ayudar. No buscamos reconocimiento, el anonimato es nuestro aliado.

—No estoy de acuerdo. Deberíais dar la imagen de héroes, un rayo de luz en estos tiempos oscuros. Si potenciarais esa capacidad de…

Ignoró su cháchara, le daba la impresión de que trataba de venderle algo.

—Y tú tienes la solución, ¿verdad? —interrumpió el monólogo, silenciándolo. Una hazaña que le arrancó una sonrisa interna.

—Bueno… podría… pero…

—Oye, tengo responsabilidades —le cortó de nuevo—. Como poneros a salvo y eso. Si me disculpas…

La *Aénima* se desacopló de la fragata y se preparó para saltar al hiperespacio, hacia alguno de los campos de refugiados que el PACTO había habilitado, y no tenía tiempo ni ganas para debates.

El joven, persistente, bloqueó su camino otra vez y ella alzó los ojos al techo.

—Hemos empezado con mal pie. —Le ofreció una sonrisa radiante —. Perdona si te he molestado. Este último año ha sido… desafiante para mí. Primero de todo, quería darte las gracias por el rescate.

Sorprendida, reparó en que era el único que había expresado agradecimiento de forma verbal.

—Me llamo Fenan, y soy reportero —se presentó y le ofreció la mano con una radiante sonrisa.

—¿Reportero, en serio? —Lo estudió de arriba a abajo, sin responder a su saludo. ¿A quién quería engañar?

Fenan se observó a sí mismo y asintió con una mueca de fastidio.

—Ya. He estado mejor, la verdad, aunque creo que mi suerte está a punto de cambiar.

—¿Sí? —Se dirigió a la pila de raciones para ayudar a Tyon con el reparto, preguntándose cuándo se cansaría de seguirla a todas partes—. ¿Y eso?

—Porque he estado buscándoos.

Se volvió de golpe hacia él, a punto de tirar los paquetes de comida.

—No me malinterpretes —continuó Fenan, levantando las manos en un gesto conciliador—. Yo mismo traté de luchar contra el nuevo régimen del Regente Supremo con mis palabras, en medios clandestinos, pero fui capturado y condenado a trabajos forzados, sin juicio ni defensa. Estamos en el mismo bando.

—No tengo muy claro a qué bando te refieres. —Pasado el sobresalto, continuó entregando alimentos a una familia cercana. Sin prestar atención al joven de tez oscura, les indicó que los racionaran para el resto del viaje.

—Vale, detente un momento, por favor —pidió, sujetándola del brazo. No le hizo daño, pero su mirada se desvió hacia Drarin, que permanecía cerca sin perder detalle de la conversación—. Llevo un año esclavizado por la regencia solo por intentar sacar a la luz los abusos que cometen contra la gente, por reivindicar nuestros derechos. Hace un par de días escapé, junto con una colega con mis mismos ideales.

Su rostro afable fue reemplazado por uno de tristeza. La mirada se le aguó y soltó su brazo, pero ella ya no se iba a marchar, aquel comentario captó toda su atención.

—Como puedes ver, no llegué muy lejos —se recriminó—. Ella no tuvo tanta suerte. Les plantó cara, solo con palabras, y se la cargaron delante de mí acusándola de traidora. —Hizo una pausa y se cubrió los ojos con una mano—. Yo sobreviví porque fui un cobarde. Solo me envalentono detrás de mis artículos. Me rendí como una rata.

La coraza de seguridad que parecía tener Fenan hasta aquel momento se hizo trizas y, al clavar de nuevo los ojos en ella, supo que decía la verdad. ¿Por qué no había empezado por ahí?

—Te diría que ya estás a salvo, pero eso no va a pasar en un corto plazo.

Le colocó una mano reconfortante en el hombro.

—Cualquier cosa es mejor que las fábricas. —Con disimulo, se secó las lágrimas.

—Me llamo Katisa, por cierto, Fenan. —Esta vez fue ella la que tendió la mano—. Encantada de conocerte.

Él correspondió al gesto, pero su expresión se congeló de repente.

—Espera, ¿Katisa? Y eres una alara del desierto… ¡Uff!

—¿Uff? —No le gustaba cómo sonaba eso.

—Podría equivocarme de persona, pero… ¿sabes que el Regente Supremo te busca?

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—¿Qué? —Trató de suprimir el temblor en las manos cruzándose de brazos—. ¿Estás seguro? No he hecho nada para que me busquen.

—Bueno, en realidad la regencia no te busca. Solo Aldo Deni, que es quien mueve los hilos del Regente, así que, a efectos prácticos, es lo mismo.

La boca del estómago se le cerró de golpe y se apoyó contra la pared, mareada.

—Pensaba que nadie sabía que Deni me buscaba. —Se mordió el labio.

El doctor Deni llevaba tiempo a la caza de su madre. Cuando el traidor de Karel informó de la muerte de esta, ella pasó a estar en el punto de mira de aquel archimillonario al que muchos llamaban «El mago de las Finanzas». Había evitado ser capturada, consciente de que aquel hombre haría todo lo posible para que le entregara una llave, que ella ni siquiera sabía qué

abría.

Sin pretenderlo, movió la mano hacia el medallón de su madre, el que Karel había supuesto que era esa llave.

—¿Conoces a Aldo Deni? —Las cejas de Fenan se alzaron—. No muchos lo hacen, y menos saben que es la mente tras el Regente Supremo. Aunque diría que mira solo por sus intereses. Yo lo descubrí, metí las narices más de lo necesario y ahora estoy pagando el precio. —Colocó una mano tranquilizadora sobre su antebrazo—. No te preocupes, de momento tu búsqueda no ha trascendido a la Guardia ni al gremio de cazarrecompensas. Se podría decir que, si no metes la pata, estás a salvo.

Su respiración se aceleró. Ella, en una lista negra. Aunque no la buscaran activamente, el peligro al que estaba expuesta había escalado. Que Aldo Deni trabajara para el Regente Supremo no eran buenas noticias. Si no procedía con cautela, ella no sería la única perjudicada, sino que también sus amigos sufrirían las consecuencias.



Capítulo 5

Calarik

Yeirek se arrastró fuera de las garras del sueño con cada músculo y articulación gritando en protesta. El sudor y la arena del desierto que cubrían su cuerpo se sumaron al malestar mientras trataba de levantar unos párpados que pesaban toneladas.

Ante él, el mar de dunas se extendía con una belleza tan cautivadora como letal, incluso con los primeros rayos del sol. El sol del amanecer creó un lienzo de fuego en el cielo y convirtió la arena en oro fundido. Se sentó con la espalda contra la roca que le sirvió de refugio la noche anterior, la que había evitado que el desierto le engullera. Con una profunda inhalación trató de apaciguar el alma con la belleza del entorno.

La leve brisa, impregnada del aroma de la tierra, le sedujo por unos instantes. La temperatura del aire era tan elevada, a pesar de lo temprano en la mañana, que en cada bocanada parecía respirar vapor. Suspiró, las cosas no mejorarían a lo largo del día, sino todo lo contrario.

Deseaba abandonar aquel planeta de una vez, pero su misión era clara. Apretó los dientes y reafirmó la postura con resolución: encontraría el templo a Kirena en Calarik. Juró en silencio

que soportaría cualquier adversidad que los dioses decidieran arrojarle en el camino. La vida de Katisa estaba en juego, y él se disponía a ganar la partida por ella.

Katisa...

Se restregó el pecho cerca del corazón, en un intento vano de calmar el ardor que anidaba bajo la piel, aunque estaba seguro de que, por más que se rascara, la picazón continuaría. Los retazos de su último sueño, en los que ella había sido la protagonista, se alejaban. Aún tenía fresca la imagen de su sonrisa, el brillo en aquellos ojos color miel y el peculiar gesto de colocarse un tentáculo tras la oreja.

Su mente fue más allá, hasta rememorar la última vez que se habían visto. Todavía podía sentir las manos de ella sobre la piel, el roce de los labios sobre los suyos, el susurro de su voz llamándole con deseo.

Se estiró, en un intento de eclipsar la inquietud que le provocaba pensar en ella. La espalda crujió en varios puntos y un quejido de dolor se le escapó de la garganta, reseca tras tantas horas sin hidratarla. Palpó a su alrededor para recuperar la cantimplora.

En cuanto abrió la mochila, un veloz manojo de plumas azules saltó del interior. Mikou trepó hasta el hombro y restregó la pequeña cabeza contra su mejilla en un movimiento tembloroso. Erizó las plumas para expulsar la arena acumulada.

—¡Bienvenido a Calarik, colega! —rio Yeirek—. Un planeta lleno de aventuras donde si no te mata el calor, lo hace la arena. ¡Ah! ¡Casi me olvido de los depredadores!

El pequeño primate le dedicó una mirada airada y le dio la espalda.

—¿A qué viene ese mohín? —Revolvió las plumas de su cabeza—. Tú decidiste venir conmigo. Después de cinco días, deberías haberte acostumbrado al *gerané eranel.*

Extrajo la cantimplora y bebió. El agua estaba caliente y le sabía a sal por la arena en sus labios. Mejor, así no le costó controlar su avidez. Tampoco quedaba demasiada y debían encontrar un lugar donde rellenarla lo antes posible. Compartió el resto con su pequeño amigo, que agarró con fuerza la boquilla para evitar que se la quitara.

Antes de guardarla de nuevo, vació de arena la mochila. Comprobó que sus exiguas posesiones todavía lo acompañaban: la daga de la Hermandad, en apariencia un simple cuchillo de metal oscuro, pero que al interactuar con su Esencia podía convertirse en el arma que deseara; el colgante de su madre, la eséntica que descubrió y que su padre le regaló justo antes de morir; y las dos Lágrimas de Kirena. La superficie cristalina de los dos orbes fulguraba a la luz del sol, sin un rasguño ni mácula.

Una oleada de desprecio le invadió al sujetarlos ante sus ojos. Quería creer que, si conseguía romper cada uno de los seis existentes, salvaría la vida de Katisa. Pero, a pesar de intentarlo con todo su ahínco, ni siquiera había logrado rasgar la superficie. Tal vez, si obtenía los cuatro que faltaban, encontraría la manera de destruirlos.

Guardó todo de nuevo en el departamento secreto de la mochila, mientras dejaba que la mirada se perdiera de nuevo en el horizonte arenoso. ¿Cómo era posible que hubieran acabado en aquella situación? ¿Por qué, de los centenares de billones de personas que habitaban la galaxia, les había tocado a ellos estar en el punto de mira de los dioses?

En el caso de Kat estaba claro: era una Guardiana. La diosa Kirena había escogido a una antepasada de ella para que contuviera su ADN y lo perpetuara a través de las generaciones. De ese modo, podría poseer aquel cuerpo en caso necesario.

Pero ¿y él? Solo era el último superviviente de la Hermandad de Portadores, salvado por casualidad, no por propias hazañas.

Partió una tostada de pan de setas con Mikou que se lanzó a por ella como si fuera un manjar.

Él, en cambio, las aborrecía. Durante días se habían alimentado de eso y de un espeso queso laminado. El fuerte sabor le provocaba arcadas, pero era lo único con lo que contaban.

Sacudió la arena del oscuro y ondulado cabello, que olía a suciedad y sudor, y volvió a recogerlo en una coleta.

—Aunque me gustaría pasar la mañana vagueando, debemos continuar, colega. —Como si lo hubiera entendido, Mikou trepó hasta la coronilla, allí donde siempre se colocaba cuando avanzaban. Tal vez pretendía hacer las veces de vigía, pero nunca le había advertido de nada. Debía ser el lugar en el que se sentía menos acalorado—. Creo que hoy llegaremos a nuestro destino.

A cada minuto, el calor aumentaba hasta tornarlo insoportable, incluso a la sombra de las formaciones de aquel desierto rocoso donde ni la vegetación subsistía.

Mikou se quejó, malhumorado, con una serie de gritos cortos y agudos.

—Ya sé que nos habría ido mejor con la deslizadora robada a la Guardia. —No entendía al tukiki, aunque hablar con él parecía alejarle de la demencia de la soledad—. Pero las provisiones y el mapa que nos dieron los aldeanos por ella eran más necesarios.

Desplegó el plano al que se refería, esforzándose por ignorar el calor que parecía hervirle la piel. Al pasar los dedos por la superficie, una sensación de repulsa subió por todo el brazo, pues los toscos trazos estaban garabateados sobre piel de animal.

Buscó referencias en él y lo guardó con rapidez. Se limpió las manos a conciencia en la polvorienta camisa y reanudó el paso, arrastrando los pies. Esperaba no equivocarse de dirección. Era difícil confiar en aquellas señales tan poco esclarecedoras.

—Puede que tengas razón y esté loco, como dijeron los aldeanos. Pero no me rendiré antes de conseguir ese maldito orbe. Si tengo que morir calcinado, que así sea.

Caminó a pleno sol, sin una simple sombra. El calor levantó ampollas en su piel y el sudor rozaduras en los lugares en los que la ropa hacía fricción. La cabeza le pesaba tanto que le costaba un esfuerzo infrahumano levantarla, por lo que pasaba la mayor parte del tiempo con la mirada clavada en la arena. Y no había transcurrido ni una hora.

Estuvo tentado a echar mano a la cantimplora y aliviar la sequedad en los agrietados labios y en la garganta, por la que cada trago de saliva parecía correr fuego líquido. Pero reprimió el impulso, consciente de que debían racionarla todo lo que les fuera posible.

Avanzaba colocando un pie tras otro, una y otra vez, sin pensar en nada más que en el siguiente paso. En comparación, el infierno debía ser un lugar apacible.

Cuando el sol se encontraba casi en el cenit, Mikou tiró de su cabello con insistencia. Levantó la mirada y se detuvo en seco. En la lejanía, en un valle entre dos colinas, se vislumbraban unas formaciones rocosas extrañas. ¿O era producto de la imaginación?

—Mira, Mikou. ¿Serán esas las columnas del mapa? —Un renovado vigor, fruto de la esperanza, se apoderó de él cuando reemprendió el paso. Si había soportado aquel terrible calor y la sed, podía continuar un poco más—. Espero que no sean otro espejismo.

Al fin llegaron cerca de aquellas singulares columnas. Altivas y solitarias, se alzaban como guardianes de un antiguo secreto. Aunque la naturaleza a menudo era capaz de esculpir maravillas sorprendentes, una alineación tan perfecta no parecía casual.

—Cada vez estoy más convencido de que se trata de las ruinas que buscamos. —Se arrodilló para descansar sin importarle los ardientes granos, que traspasaban la ropa como si fueran diminutas brasas—. ¡Hemos llegado, colega, estoy seguro!

El pequeño primate brincó sobre su cabeza y le revolvió el pelo.

Avanzaron hasta la primera columna. Su estructura era demasiado pulcra para ser una creación

natural; sin embargo, el azote de la arena y el aire había erosionado cualquier rastro reconocible.

Una leve brisa jugueteó entre los surcos tallados por las inclemencias y el tiempo, provocando un susurro similar a una canción triste sobre historias olvidadas.

Acarició la castigada superficie de las columnas con reverencia y sintió la templada calidez en la palma de la mano. Cerró los ojos para dejarse embeber por la conexión que las piedras le transmitían.

En aquel momento anheló poseer el Foco de la retrocognición. Ojalá tan solo al tacto pudiera explorar el pasado, aun por unos efímeros instantes, y presenciar la antigua magnificencia de aquel templo de la Hermandad.

Abrió los ojos de nuevo, y un movimiento en su campo de visión lo hizo saltar por la sorpresa. De una estrecha apertura en la ladera de la montaña emergió silencioso un bacor. Olfateó el aire en busca de peligro y, pronto, le siguió el resto de la manada.

Casi sin resuello, admiró a aquellos animales de dos metros de alto, de cabeza triangular y desprovistos de pelo. No contaban con miembros delanteros y sus extremidades traseras eran robustas como troncos.

Imágenes de Farnii, la montura de Katisa, acudieron a la mente. El recuerdo de la amistad que los había unido, tan fuerte que parecían compartir los pensamientos, le enterneció por unos instantes.

La manada se dispersó por una pequeña área. Con los hocicos golpeaban las piedras en un gesto intrigante que pronto reveló su propósito: la búsqueda de comida.

De debajo de algunas rocas surgieron unos diminutos mamíferos de cola larga que huyeron de los depredadores. Sin embargo, no tuvieron ni una oportunidad. El bacor más grande, imperturbable, atacó con sus dientes a uno de ellos en un rápido movimiento y lo devoró de un bocado. El resto de la manada persiguieron a los roedores restantes hasta dar cuenta de ellos.

Eso le recordó que aquellos majestuosos animales eran omnívoros y, en estado salvaje, les daba igual la carne de ratón, de tukiki o de un medio aosién como él.

Uno de los más jóvenes levantó la cabeza en su dirección y olisqueó el aire. La débil brisa debía haber transportado el olor de su cuerpo sudoroso hasta él. Se acercó con lentitud.

Un profundo retortijón en las entrañas le recordó su estupidez por no haberse ocultado antes. Incapaz de pensar con claridad, el miedo estuvo a punto de hacerle huir despavorido, pero las enseñanzas que había recibido en la Hermandad acudieron en su ayuda y templaron el coraje con el que aún contaba.

Permaneció inmóvil. Si arrancaba a correr, la vena depredadora del bacor se intensificaría.

Con movimientos lentos, echó mano a la mochila y sus dedos se enroscaron alrededor del mango del cuchillo. Esperaba tener que usarlo solo para salvar el pellejo, o el de Mikou, que temblaba de miedo todavía sobre la cabeza.

El bacor se acercó con prudencia a él, arañando la arena con un suave susurro, y sus fosas nasales se dilataron y contrajeron a cada paso.

Yeirek, rígido como una estatua, mantuvo la posición hasta que el animal se detuvo a un palmo de distancia. Ni pestañeó cuando la respiración del bacor, cálida y húmeda, se estrelló contra su rostro. El corazón le latía a tal velocidad que apenas sí oía nada más.

Era imposible negar las similitudes con Farnii: compartían juventud y la misma curiosidad chispeante. Con movimientos deliberadamente lentos la criatura lo olisqueó, quizás tratando de discernir si era comestible, y tanteó con el morro su mejilla. El vello se le erizó por todo el cuerpo y, por un instante, se preocupó por el tukiki. Pero ya no sentía su peso ni temblor en la

cabeza. Era más inteligente que él y había huido.

El bacor abrió las fauces. Un hálito a sangre y carne cruda fluyó hacia él, remanente del reciente ágape, y Yeirek terminó de extraer el arma de la mochila.

En ese momento comprendió que no le quedaba otra opción que enfrentarse a la bestia si quería salvarse. Había sido un estúpido al no tratar de esconderse y, ahora, debería arrebatarle la vida a aquella criatura para sobrevivir.

De súbito, la atención del bacor se desvió a otro punto del desierto. El líder de la manada emitió un grave y corto sonido gutural y todos se apresuraron hasta su refugio.

Y el aterrador bramido que resonó por el desierto le heló la sangre en las venas.



Capítulo 6

Calarik

El tirón en las tripas inmovilizó a Yeirek por unos instantes cuando el rugido de la bestia resonó en su pecho. Galuta, Katisa los llamó. Después de más de cinco años, las pesadillas con aquel depredador todavía lo atormentaban.

Se llevó una mano al costado, allí donde una bestia como aquella le dañó de gravedad con las garras, la herida que Katisa cosió con tosquedad y selló su amistad.

Sus ojos recorrieron el paisaje en busca de cualquier cavidad que supusiera un escondite, pero el único era aquel por el que habían desaparecido los bácores. Sin embargo, con ellos dentro, adentrarse en él supondría caer en otra trampa mortal.

Sería una locura enfrentarse a cinco de aquellos animales, no tendría ninguna opción con un número tan elevado de bestias. A pesar de ser menos peligrosos, sus habilidades de lucha estaban oxidadas y nunca se había enfrentado a tantos enemigos a la vez, ni siquiera en las simulaciones de la Hermandad.

El galuta apareció en su campo de visión, un horror hecho realidad. Con más de tres metros de

altura, su piel escamosa reflejaba el resplandor del sol y las protuberancias en el lomo recordaban dagas afiladas. La enorme boca era lo más prominente de aquella cabeza triangular, que contenía una doble hilera de dientes puntiagudos.

No existía lugar en el que guarecerse, y huir por el desierto le garantizaría solo unos segundos de vida. La bestia ya había captado su olor y no se detendría. Cargó hacia él a grandes zancadas, con su tremendo tamaño y un rugido ensordecedor.

Aferrado todavía el puñal, pensó en un mandoble y el oscuro metal se transformó en menos de dos segundos. Plantó los pies en la arena y se preparó para la embestida, sujetando el arma con ambas manos.

Casi sobre él, el galuta abrió las fauces y los dientes afilados provocaron que perdiera las fuerzas en las piernas. Apartó la vista de la saliva viscosa que resbalaba por la mandíbula al anticipar su próximo ágape.

El depredador atacó con una de las garras, que él esquivó rodando hacia las patas. Sin perder ni un segundo, asestó un mandoblazo a una de las extremidades que abrió un profundo surco en la piel. Lo único que consiguió fue arrancarle un gruñido de dolor.

El galuta le lanzó un latigazo de cola que logró esquivar, pero una de las protuberancias afiladas le rozó el muslo y abrió una herida.

Gritó de dolor, consciente de que si perdía la concentración sería su final. El sudor empapó cada poro de la piel. El mandoble era demasiado pesado. En su mente formó la imagen de un estoque y el arma se transformó de nuevo.

El galuta arremetió con una garra otra vez y él, en lugar de alejarse, derrapó hacia su vientre rasgándolo al pasar por debajo.

Las tripas asomaron por el corte, junto a litros de sangre que bañaron ropas y cabello. La bestia rugió de nuevo, aunque su bramido era diferente, agónico, y perdió el equilibrio. Cayó de costado, pero intentó incorporarse de nuevo presa del instinto de supervivencia.

Yeirek se desplomó sobre las rodillas, agotado, y trató de recuperar el aliento. Era consciente de que lo había vencido y solo quedaba dar el golpe de gracia.

Se aproximó cojeando al galuta mientras convertía el arma en una espada. Cuando creyó estar a su alcance, el depredador trató de asestarle otro garrazo y falló miserablemente.

No era su deseo hacer sufrir al animal y le atravesó el corazón con la espada. El galuta aulló de dolor y siguió debatiéndose mientras empujaba con esfuerzo el arma hasta el pomo.

—¡Muérete ya, maldita bestia!

Retorció la espada hasta que los ojos se volvieron vidriosos y murió.

Aliviado por estar a salvo, fue a tirar de la empuñadura, pero perdió fuerza en la pierna herida y la inestabilidad de la arena provocó que cayera de espaldas. Sin embargo, a pesar del dolor, del esfuerzo, y del hedor que lo envolvía, fue incapaz de reprimir una carcajada de triunfo. Por estúpido que pareciera, tenía la sensación de haber cumplido una venganza.

Sin esperar a recuperarse del todo, se levantó y tiró de la espada, pero la punta se había quedado incrustada en el interior del depredador. No tenía sentido tratar de desatascarla, así que pensó en el cuchillo otra vez y la recuperó con facilidad.

Un revuelo azul apareció cerca de él. Mikou, trepó por su cuerpo con agilidad y se acurrucó contra el cuello restregando las plumas como una caricia.

—Ya veo tu gran valentía, colega —rio con ironía.

El tukiki respondió airado y tiró de sus cabellos, pero sus manos se mancharon con la sangre pringada en ellos, gritó asqueado y se refugió en la mochila otra vez.

Los bácores asomaron de nuevo de la cueva y avanzaron con cautela hacia el cadáver del

depredador. Se alejó de ellos y observó los movimientos. Lo estudiaban con aprensión, atento a sus gestos, aunque ninguno hizo ademán de atacarle.

Retrocedió varios metros con toda la calma de la que fue capaz, ahora un paso, luego otro, todavía luchando por recuperar el aliento. A pesar de que el olor de su propia sangre quedaba camuflado con los apestosos restos del galuta, no quería arriesgarse.

Comenzaron a dar cuenta de la carne todavía caliente de la bestia, sin apartar la mirada de él ni un instante. Hasta aquel momento, había desconocido la faceta carroñera de los bácores, aunque lo más probable es que se beneficiaran de todo aquello que el desierto les ofrecía, que no era mucho.

—Entremos por donde ellos han salido —susurró a Mikou, poniendo especial cuidado en evitar movimientos bruscos—. Si queda algo más del templo, debe estar por ahí.

A escasos pasos de la apertura, se detuvo. Los detalles cincelados que la rodeaban le confirmaron que no se trataba de una entrada natural.

Sus dedos exploraron los antiguos signos, desfigurados por la erosión y el tiempo. Reconoció algunos iconos parecidos a los de otros templos de la Hermandad y el pulso se le aceleró por la emoción.

Sacó de la mochila una linterna que había extraído de la deslizadora de la Guardia antes de deshacerse de ella. Las setas fosforescentes que podía apreciar desde la entrada no serían suficientes, así que la luz extra sería indispensable.

En silencio, evitando llamar la atención de los bácores, se deslizó al interior. El hedor abrumador de los excrementos y los restos de las presas lo golpeó de inmediato y le provocó náuseas. Apresuró el paso y deseó con todas las fuerzas dejar atrás aquel fétido espectáculo lo antes posible.

Al fondo de la guarida de aquellos animales entrevió una fisura y se dirigió hacia allí. Una arcada con runas similares a las de la entrada estaba tapiada por un desprendimiento que debió haber ocurrido milenios atrás, salvo por una estrecha hendidura por la que se filtraba algo de luz. Con alivio comprobó que contaba con la suficiente anchura como para escurrirse por ella.

Sus pasos le llevaron a una gran sala que el agua subterránea había inundado. Una apertura en el techo reflejaba la luz sobre la acuosa superficie, creando destellos en la caverna que jugaban entre sí con serenidad.

Sin poder reprimir un grito de júbilo, se deshizo de la mochila, se desnudó por completo y se introdujo en el interior de aquel improvisado lago.

El frescor intensificó el escozor de la herida, pero llevaba tantos días soñando con un baño que la incomodidad se desvaneció de inmediato.

Se sumergió al completo y dejó que el agua no solo limpiara su cuerpo, sino la mente también. Se obligó a alejar las imágenes del galuta, que insistían en abrirse paso, y bloqueó cualquier sensación aparte de la serenidad y el embrujo que el lugar imbuía en él, mientras flotaba de espaldas hacia el centro del lago.

—¡Eh, Mikou! Pásame el jabón.

Estaba seguro de que no le comprendería. Sin embargo, el tukiki lo miró curioso durante unos segundos, rebuscó en la mochila y le lanzó la pastilla de jabón de setas. Acertó a darle en toda la frente.

Yeirek rio mientras la rescataba del agua. Había sido otro de los intercambios con los alaras del asentamiento, a cambio de la deslizadora. Lo frotó con fuerza hasta arrancarle algo de espuma.

El ligero olor, sin otro perfume que el de las setas, le transportó al momento en el que Katisa,

cuando se conocieron seis años atrás, lo había conducido al refugio de su casa para atenderle las heridas y lavárselas con un producto similar.

Restregó con cuidado el jabón por el muslo para desinfectar la laceración. No contaba con sanidux, y menos aún con nanosanadoras, así que debería ser suficiente por el momento. Esperaba que no se infectara. Después continuó con el resto del cuerpo y el cabello

Mikou lo observó sin atreverse a tocar el agua.

—¿A qué esperas? Empiezas a oler.

No parecía dispuesto a mojar sus plumas, así que le lanzó una buena cantidad de agua encima, que lo dejó totalmente empapado. El tukiki gritó y corrió a refugiarse de nuevo en la mochila.

El eco de las carcajadas de Yeirek todavía resonaban en la caverna cuando salió del lago, aunque pronto murieron en su boca. Le preocupaba que la herida del muslo no dejara de sangrar. Rebuscó en la mochila hasta dar con una camisa sucia y aprovechó para hacerle cosquillas al tukiki, que le mordisqueó los dedos.

Arrancó una manga y lo enjabonó a conciencia. A falta de nada mejor, le serviría de vendaje. Lo colocó alrededor de la herida y presionó con fuerza. Después limpió el resto de la ropa, sin dejar de estudiar el entorno.

Aquella caverna no era del todo natural. Aunque pequeñas estalactitas y estalagmitas adornaban tanto el suelo como el techo, se percibía una estructura construida por seres inteligentes.

Algunas aperturas estrechas se abrían en las paredes y, ante una de ellas, entrevió un bulto pequeño y cubierto de arena. Su extraña forma destacaba del resto de las piedras.

Encendió la linterna y se dirigió hacia allí lleno de curiosidad. Recogió el objeto del suelo y lo sacudió para que el polvo y la arena desvelara de qué se trataba.

—¡Es una lata de conservas! ¿Qué demonios?

La volteó en las manos. Por la cantidad de suciedad que la había cubierto, llevaba allí mucho tiempo, algunas decenas de años tal vez, pero no milenios.

—¿Tú qué crees, Mikou? ¿Tal vez un asentamiento alara vivió aquí? —Sacudió la cabeza—. No. Habría más desperdicios.

Allí se había realizado algún tipo de expedición, de una persona o un grupo reducido. ¿Arqueólogos? De inmediato, pensó en sus padres y en Sisho, aunque pronto descartó la idea. Cuando llegaron a Calarik años antes, Aldon había mencionado que era la primera vez que pisaba el planeta, y dudaba que tuviera motivos para mentirle.

—Si fueron ladrones de tumbas en busca de tesoros, se marcharían con las manos vacías —comentó y dejó caer la lata al suelo.

Los Portadores nunca acumularon riquezas. Todos sus actos habían sido altruistas y las donaciones que recibían apenas servían para cubrir gastos; pero tal vez algunos albergaban esperanzas de lo contrario.

Sintió curiosidad por saber por qué la lata se encontraba frente a aquella hendidura en concreto. Alzó la linterna para examinar más allá y descubrió que daba acceso a un túnel semiderruido.

Algo dentro de él provocó que las piernas se pusieran en marcha hacia el interior de la montaña.



Capítulo 7

Calarik

Avanzó por el túnel, con Mikou aferrado a su hombro. La anticipación por lo que les podría esperar más adelante impulsaba el ritmo de su avance. La pierna dolía horrores, pero sus expectativas parecían ejercer un efecto calmante.

—Desconocía esta faceta exploradora mía —explicó al tukiki—. Probablemente se trata de una herencia genética. Mi madre y mi tío eran arqueólogos. ¿Te lo había contado?

El eco de sus pasos rebotó en la roca desnuda hasta que el pasadizo terminó, desembocando en una pequeña sala. Alzó la linterna y el estrecho haz de luz iluminó una pared con figuras cinceladas.

Su corazón se aceleró al acercarse a lo que quedaba de uno de los relieves. La representación de una alara acuática que surgía de un géiser le confirmó que había hallado el templo de Kirena.

—¡Mikou, lo hemos encontrado! ¡El santuario de Kirena en Calarik!

Un hormigueo de euforia le recorrió la piel y no fue capaz de reprimir una risa triunfal. Iluminó con la linterna el resto de las paredes, ocho en total, cada una con la imagen de una alara

esculpida. Era idéntico al que descubrió en Minom, a pesar de que el tiempo y la erosión habían sido menos benevolentes con este.

Aunque apenas se percibían las expresiones ni los detalles, todavía se podían apreciar algunas líneas. Reconoció a la alara naturalista, con una enredadera llena de flores enroscada en el brazo; a la alara aérea, que se elevaba hacia las nubes; otra de ellas envuelta en un halo, la alara de la luz; una rodeada por el fuego; a la del desierto la reconoció como Xandara, la primera de las Guardianas, con los tentáculos ondeando en su cabeza.

La séptima haría las veces de puerta si todavía existiera, y la octava, la que en verdad venía buscando, era la que en mejor estado se encontraba. Representaba a la diosa Kirena, con los brazos extendidos y los pies descalzos.

La sensación de maravilla al verla se desvaneció. La odiaba. Aquella diosa lo había dispuesto todo para poseer el cuerpo de una Guardiana cuando se le antojara, matándola en el proceso. ¿Qué diosa benevolente sería capaz de sacrificar una vida para ese propósito? Y ¿por qué Katisa tenía que ser esa Guardiana?

Desvió una mirada llena de rencor hacia el orbe que debía estar incrustado en la pared, sobre la mano de la diosa, para hacerse con él.

Y la vacía oquedad que descubrió le paralizó el corazón por un instante.

—¡No puede ser!

Extendió un dedo para comprobar que no se tratara de un simple juego de luces caprichosas. Pero la realidad se mostró inquebrantable: el orbe por el que había viajado tan lejos y sufrido tantas penurias, ya no se encontraba ahí.

Buscó en el suelo, a su alrededor, para cerciorarse de que no se había desprendido por accidente, pero no era así. Se cubrió la cara con ambas manos. No podía creerse su mala suerte.

¿Cómo no se dio cuenta antes de que las campanillas de cristal no lo habían guiado, ni que las antorchas no se prendieron ante su presencia? Eso debió levantar sus sospechas. El templo estaba, a falta de una mejor palabra, muerto.

Una idea se abrió paso en su cabeza: el orbe estaría en poder del dueño de la lata que había encontrado atrás. Pero ¿quién sería? Debió ocurrir hacía tiempo. Si sus padres no fueron, ¿habría otro jugador en la partida?

Una tormenta se formó en su interior. ¿Tantos obstáculos atravesados, tantas penurias, solo para encontrarse con la cruel realidad de que todo había sido en vano?

Gritó para liberar la frustración y cayó de rodillas cuando las piernas se negaron a aguantar su peso. Golpeó el suelo repetidas veces, con todas sus fuerzas, hasta que la piel saltó de los nudillos.

Y se detuvo en cuanto la tierra a su alrededor se sacudió.

La respiración se congeló en sus pulmones mientras observaba una grieta formarse en torno a él. Trató de levantarse con cuidado, tembloroso, e incluso aquel leve movimiento provocó que el suelo se desprendiera bajo él.

Cayó.

Con las manos iluminadas por el fuego azul de su poder, quemó Esencia y la enfocó hacia cualquier muro para ayudarse a frenar la caída, pero no encontró apoyo alguno.

Se estrelló en un impacto brutal contra el suelo de roca, golpeándose con tal fuerza que le falló la respiración. El dolor se propagó por su cuerpo como una oleada de fuego, quemando cada fibra de su ser, y se cebó sobre todo en la reciente herida de la pierna.

El rugido de las piedras resonó en sus oídos y, por unos instantes, temió que las rocas cayeran sobre él y lo aplastaran. Sabía que debía apartarse, pero el dolor, tanto físico como mental, se

antepuso a su voluntad.

El aliento de Mikou en la mejilla le trajo de vuelta a la realidad. Mientras emitía sonidos lastimeros, el tukiki se restregó contra su rostro en un gesto que le devolvió las fuerzas.

—Estoy bien —dijo, tosiendo entre las palabras—. Creo, dame un minuto.

La oscuridad era abrumadora. No podía percibir nada a su alrededor, como si estuviera ciego. Se frotó los ojos y el miedo lo atenazó ¿Y si el golpe le había arrebatado la vista? Palpó la tierra con un nudo en el estómago, en busca de la linterna. No estaba allí. Se arrastró por los alrededores en su busca, desesperado, pero lo único que sintió en las palmas fue la gravilla.

No podía haberla perdido. ¿Cómo iba a salir de ahí?

Unas plumas rozaron su brazo, una caricia delicada que alejo por un instante la opresión en el pecho. Mikou le acercaba algo. La linterna.

Pulsó el botón y la brillante luz iluminó su entorno. Respiró aliviado

—Gracias, colega.

El tukiki trepó con rapidez hasta el hombro y observó atento lo que les rodeaba.

Yeirek enfocó el haz en todas direcciones. A la tenue luz se adivinaba que estaban en una caverna y, por el eco de sus movimientos, no parecía tener fin. Por fortuna, habían caído en una zona en la que la distancia entre el techo y el suelo era menor. A unos metros, una pared de roca clara parecía estar pintada por la veta de algún mineral.

Con esfuerzo, comenzó a levantarse. Le dolía todo el cuerpo como si miles de agujas lo pincharan a la vez, aunque estaba seguro de que no tenía nada roto.

Se dirigió al muro. Con cada paso su visión se agudizaba hasta detectar que algo estaba pintado en la piedra. Trazos toscos, aunque bien definidos, se habían plasmado aprovechando la veta del mineral. Era evidente que no se trataba de un capricho de la naturaleza, sino de la expresión consciente de un ser vivo.

El mural no era una simple obra de arte, parecía una ventana al pasado, tan lejano que desafiaba cualquier intento de comprensión inmediata. Debía de ser una representación de las creencias de los primeros habitantes del planeta.

En el centro de la escena, una única figura divina que no se asemejaba a ninguno de los dioses conocidos, irradiaba una energía con la que llenaba todo con luz y calor. La rodeaban formas de personas y animales y, al concentrarse en ellas, reconoció los toscos perfiles de alaras. En la mayoría se apreciaban las alas, a excepción de las que se hallaban en el agua, y no había ni rastro de alaras del desierto.

¿Eran aquellos palos con coronas de color verde árboles? Y esa zona de ahí no podía representar un mar, ¿verdad? Ahogó una exclamación.

—Mira Mikou, ¡esto podría tener más de cinco mil años de antigüedad! —Acarició la pintura con un dedo tembloroso—. ¡Antes de que Calarik se convirtiera en un desierto!

Estaba siendo testigo de un descubrimiento importante, de información que había desaparecido de los registros históricos. No tenía nada que ver con lo que enseñaban en las escuelas, incluso parecía anterior a la llegada de los dioses a la galaxia. Ojalá hubiera contado con un comunicador para tomar una holo.

El mural parecía narrar una leyenda y siguió los dibujos para tratar de darle algún sentido. La divinidad representada no era Kirena, de eso estaba seguro. No tenía una forma definida: a veces aparecía con aspecto humanoide, otras de animal, pero siempre estaba rodeada de un halo de luz. Parecía ofrecer abundancia a quienes le rogaban y mostrarse misericorde en los momentos lúgubres.

En las últimas imágenes, un pájaro enorme aparecía en el cielo y daba a luz a doce seres,

representados en colores oscuros. Uno de ellos expulsaba al dios brillante y se sentaba en su templo. El ave devoraba a los otros once y se marchaba volando. La última escena se mostraba emborronada y confusa, realizada con menos delicadeza, y mostraba a los alaras en adoración a esta nueva figura.

Ojalá Aldon estuviera en esos momentos con él para explicarle el significado de lo que presenciaba. ¿Era aquella la representación de la llegada de los dioses a la galaxia? Aquel enorme pájaro podría ser una nave espacial para alguien de hacía cinco mil años.

Echó un último vistazo al mural y, justo cuando decidía alejarse, un detalle llamó su atención. Los colores usados eran ocres, rojos y marrones. A excepción de unas diminutas formas en un brillante azul que rodeaban al antiguo dios. El modo en el que sus colas estaban dibujadas le resultaba sospechosamente familiar.

Dirigió la atención a Mikou que, sobre su hombro, tenía clavada la vista en el mismo punto.

—Son… son ¿tukikis? —preguntó desconcertado—. ¿Como tú?

Estudió con otros ojos a su pequeño amigo. Antes de relacionarse con él desconocía la existencia de aquella raza. En aquella pintura se intuía que sus antepasados podrían haber desempeñado un papel importante en épocas ancestrales y, ahora, uno de aquellos primates lo acompañaba a todos lados.

Una vez más, tuvo la sensación de que alguien tejía las hebras de su destino y apretó los dientes hasta que la mandíbula le dolió.

Respiró hondo varias veces y se juró que encontraría el modo de cortar esos hilos, pero debía concentrarse en salir de allí o daría igual si su camino ya estaba marcado.

Pero ¿a dónde? No podía ir de un templo de la Hermandad a otro en busca del resto de orbes que faltaban. Moriría de viejo antes de encontrarlos todos.

Necesitaba el mapa que la suma sacerdotisa mencionó, el que desapareció junto a la primera Guardiana rebelde. Sin embargo, habían transcurrido milenios desde que huyera de Itolen, el planeta que consideró su prisión. Lo más probable es que se hubiera perdido definitivamente.

De momento, permitiría que el tren del destino lo llevara a la siguiente estación, ¿acaso no era la marioneta de la diosa? Pero, para empezar, debía encontrar la manera de salir de las profundidades.

Una leve brisa rozó su rostro y recordó lo que Aldon le había explicado en su previa visita. Todo Calarik estaba conectado por túneles bajo tierra. Así que se encaminó en la dirección del viento. Le guiaría hacia el exterior.



Capítulo 8

En el espacio. Aénima Nomilé

—¡Jefa! ¿Has oído algo de lo que he dicho? —La estridente voz metálica de Clak despertó a Katisa de golpe—. Hemos llegado a nuestro destino.

La suave luz de la cabina y el murmullo de los motores provocaron que cayera al fin en el mundo de los sueños. Había pasado un día desde que rescataran al último grupo. Tras una breve siesta ya estaban en ruta otra vez, de camino a una nueva misión. Demasiado trabajo por hacer, demasiados frentes que atender. Era descorazonador.

—Cuando tengas algo interesante que decir, te escucharé —respondió sin abrir los ojos ni moverse del asiento de copiloto.

—¡La «capitana simpatías» vuelve a estar al mando! —rio Tyon de pie tras ella. Su atronadora voz hizo temblar el asiento de Kat, en el que estaba apoyado.

Hizo un mohín por el apodo. Lo detestaba, sobre todo porque era cierto. Además, ¿por qué todo el mundo le ponía apelativos? Ella era Katisa. Y punto.

—A ver si tengo que sacar el manual de mando, *peluchín* —le amonestó. El mote provocó otro torrente de carcajadas a Tyon, que tuvo que colocarse bien el parche que ocultaba la cuenca vacía de su ojo—. Puede que esté gruñona, pero recuerda que sigo siendo la capitana.

—Voy a avisar al resto para que se prepare —anunció el felinae sin dejar de reír.

No pudo evitar corearle, contagiada por las carcajadas, a pesar de su mal humor. Se daba cuenta de que últimamente no era buena compañía, aunque el abu siempre le levantaba el ánimo con sus comentarios mordaces.

Centró la atención en Clak. El androide manejaba el timón con una eficiencia algo más que mecánica. Estaba segura de que no solo se concentraba en la tarea, además le apasionaba. No entendía los entresijos de aquella mente mecánica, pero no le cabía duda de que sus sentimientos eran tan reales como los de ella.

Se le escapó una sonrisa de cariño. Sabía que pasara lo que pasase, Clak siempre estaría allí, y eso la tranquilizaba. Podía averiarse, pero no morir. Nunca le dejaría un hueco en el corazón tan profundo como el de su madre, el de Rala o el de Farnii. Los tres habían muerto por protegerla, de un modo u otro.

Reprimió las lágrimas y lo observó en silencio unos instantes.

—Perdona mi comentario anterior, Clak, no tienes la culpa.

—Jefa, te conozco bien. No hacen falta las disculpas. —El pequeño androide soltó el timón. Giró medio tronco y la esfera que tenía por cabeza hacia ella. Dibujó una sonrisa pixelada—. No obstante, agradezco el gesto. ¿Sigues sin dormir bien?

El zumbido en los escáneres internos de Clak le indicó que estaba comprobando su estado anímico y de salud. Por mucho que lo intentara no podía engañarle, los datos le revelarían más de lo que ella misma sabía. No necesitaba preguntarle y, aun así, le conmovía su interés.

—Llevo tiempo que no descanso —dijo tras una pausa—. Me preocupa que ser buscada pueda comprometer al resto.

Aquellas palabras eran sinceras. No obstante, se guardaba sus pensamientos más internos. Echaba de menos a Mikou y no conseguía quitarse de la cabeza a Yeirek desde que se despidieran varios meses atrás. Lo que había sucedido en la cápsula de salvamento —o, más bien, lo que estuvo a punto de ocurrir— la atormentaba noche tras noche.

Cada vez que cerraba los ojos volvían las sensaciones que le habían arrebatado el aliento. El deseo en la mirada, la urgencia de sus besos, las cálidas manos recorriendo su torso hasta las caderas… El corazón volvió a acelerarse, como cada vez que pensaba en él.

El repicar metálico de los dedos de Clak sobre el brazo del asiento la sacó de su ensimismamiento.

—La Guardia no te busca, de momento —le aseguró, y de la esférica cabeza surgió una antena —. Vuelvo a chequear, solo para que te quedes tranquila. Sondeo treinta y seis hoy: todo en orden. En los gremios de cazarrecompensas ni saben que existes. Tampoco en las listas de los buscados de la Guardia, ni siquiera en el top de los menos peligrosos.

—Es cuestión de tiempo. —Apretó los ojos con fuerza—. Deni debe tener proyectos más importantes ahora mismo que conseguir esa llave, pero tarde o temprano se cansará de esperar. Y cuando eso ocurra, no creo que tenga muchas posibilidades. Que pueda desplegar los ilimitados recursos del Regente Supremo en buscarme es un problema para todos, no solo para mí.

—Estás exagerando, Katisa. Hay integrantes del PACTO, en búsqueda y captura por la Guardia, y las contramedidas que utilizan en ocultarlos funcionan. Contigo no será diferente.

Con un suspiro de resignación, sacudió la cabeza. Clack la ayudaba con sus temores, aunque no del todo.

—Solo espero que me dé tiempo a cumplir más misiones de rescate antes de que sea demasiado tarde.

En el pixelado rostro de Clak una ceja se elevó.

—¿Por qué esas ansias por rescatar gente? Cualquiera diría que les debes algo.

La mirada de Kat se perdió en la superficie gris del planeta al que se acercaban.

—No te entiendo, Clak. Siempre te quejas de la falta de altruismo que existe en la galaxia.

—A veces, el altruismo es una manifestación del egoísmo. Pero no me refiero a eso. Te lo tomas como algo personal, como si tu vida dependiera de ello.

Desvió su atención a él. Sí que su afán por acaparar todas las misiones que podía tal vez era excesivo. Pero una determinación en su interior, una voz, la alentaba a ello. Era la misma que le dio fuerzas para huir de su planeta, una empresa que podría haberse considerado imposible.

—No sé. Debería sentir rencor hacia todo el mundo por lo mal que me trataron de pequeña, ¿verdad? Pero, de algún modo, me reconforta ayudar. Tal vez es porque sé cómo se sienten. O porque estoy mal de la cabeza. ¿Debo preocuparme?

La parte superior del cuerpo de Clak regresó al frente, y las manos tomaron de nuevo el timón.

—Tu cerebro está saludable y en perfecto estado. Y siento anunciarte que hay pensamientos peores que ese, la verdad. En realidad, lo que debería preocuparte es el excedente de exiliados. Pronto no habrá comida ni refugio para todos. Dile a Laira que deberíais ser menos eficientes en rescatar personas.

Katisa golpeteó la barbilla con el dedo.

—Lo que necesitamos es hacer algo más. Fenan tiene razón. Una victoria palpable, un triunfo que levante la moral de todos, eso nos ayudaría.

—Por eso vamos a Barnimar, Kat. —La voz de Tanard Canildan la sobresaltó. La cabina de pilotaje no contaba con puerta, así que no había espacio para una conversación íntima—. La información que nos pueda facilitar el espía esta vez podría cambiar las cosas.

Le recibió con una sonrisa. Se alegraba de que, en aquella ocasión, Tan los hubiera acompañado. Tenía el don de hacer que todo pareciera sencillo cuando él estaba ahí.

—Ni siquiera sabemos si va a ser útil —contestó, colocando un tentáculo tras la oreja—. O si será veraz. Te recuerdo que el contacto es un teniente de la Guardia.

Tan giró ciento ochenta grados el asiento del copiloto donde ella se hallaba. Se sentó en cuclillas y clavó aquellos bonitos irises en los suyos.

—Es un contacto fiable, no es la primera vez que nos sopla información relevante. No creo que vaya a traicionarnos ahora. —Atrapó su mano y le acarició el dorso mientras le dedicaba una sonrisa picarona—. Ya sé que te pido ir contra natura, pero confía en mí.

La caricia provocó una sensación efervescente en la parte baja de su estómago y trató, sin éxito, de disimular una sonrisa boba. Rala siempre le advirtió de no depositar su fe en quienes le aseguraban que eran de fiar, pues lo más probable es que se tratara de todo lo contrario. Sin embargo, con Tan era difícil no hacerlo.

A pesar del malentendido inicial cuando se conocieron, nunca le había dado pruebas de lo contrario. Era el hijo de dos de los fundadores del PACTO, dos alaras del desierto con una gran influencia entre los más adinerados. Regentaban una galería de arte en el planeta Corranu, el centro neurálgico de la galaxia, a través de la cual podían recabar información e influencia para el movimiento.

Desvió la mirada hacia las manos de ambos. Tan trazaba espirales con el pulgar sobre la palma. Su presencia la ponía nerviosa de una manera en la que no quería indagar, aunque no estaba segura si era por la caricia o por la intencionalidad en su expresión.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Drarin desde el pasillo. Se asomó a la cabina con el ceño y los labios fruncidos y clavó la mirada en el intercambio entre ambos. Resopló, molesto.

Tan se incorporó con una carcajada y le cedió el puesto con una reverencia.

—Voy a ayudar a Tyon con el equipo —anunció, guiñándole un ojo a Kat sin abandonar la sonrisa—. Nos vemos en la bodega.

Ella giró la silla de nuevo hacia los paneles y le dio la espalda a Drarin. Aquellas muestras de celos la ponían de los nervios.

—No entiendo por qué ha tenido que acompañarnos —comentó el alara con la mirada clavada en el panel de metacristal de la cabina. Se diría que admiraba el planeta que se desplegaba ante ellos, pero ella era consciente de dónde se hallaba en realidad su atención.

—Laira sugirió que incorporáramos a alguien más para esta misión. Podría complicarse.

—Ya, ¿pero tenía que ser él?

Clak rio, aunque pareció seguir enfocado en la navegación.

—¿Por qué vosotros, seres biológicos, tenéis que ser tan melodramáticos?

Katisa se incorporó. Debía prepararse para la misión ella también, comprobar que la muñequera y la hololentilla estuvieran bien sincronizadas, las pistolas en el punto óptimo y la cabeza en su sitio.

Al pasar por su lado, Drarin le atrapó el brazo con suavidad.

—Estoy preocupado por lo que pueda ocurrir allí abajo, Kat —le dijo, sin apartar la mirada de ella—. Por lo que nos han dicho, la Guardia tiene una fuerte presencia en este planeta.

—Todo saldrá bien y, si no, sabremos arreglárnoslas. —Se encogió de hombros—. Además, con la labia de Tan, esto está chupado. Recibiremos la información y para la cena estaremos en la base.

—Esta vez es diferente, tengo un mal pálpito. —Drarin apartó la mano, pero no se alejó ni un milímetro—. ¿Por qué el espía no puede enviar la información, como siempre ha hecho? No tiene sentido que tengamos que venir hasta aquí para conseguirla.

Debía reconocer que estaba de acuerdo. Las dudas que había compartido antes con Tanard todavía resonaban en su mente, y descubrir que Drarin pensaba igual le provocó un tirón en los intestinos.

—Podría ser que las comunicaciones estén más controladas —trató de razonar—. O…

—… o que sea una trampa —terminó su amigo por ella.

Apreciaba la preocupación, y le colocó la mano en el hombro para tratar de reconfortarlo.

—Deberíamos considerar que lo es y así estaremos preparados. Además, saber que estarás en el perímetro, protegiéndonos con tu rifle de francotirador, me deja más tranquila.

Drarin esbozó una sonrisa de orgullo y le plantó un beso en la sien. Habría sido un gesto conmovedor si no supiera que iba con segundas intenciones. Suspiró. Le apreciaba demasiado para desmerecer su muestra de afecto. En lugar de eso le sonrió, a sabiendas de que no debería, permitiendo así que aquellos pequeños juegos continuaran.

Mientras se alejaba hacia el camarote, se preguntó si en el fondo disfrutaba de sus atenciones y por esa razón los toleraba. Pero, ¿por qué no era capaz de enamorarse de alguien que la adoraba así? Quizá porque aún no le había perdonado el intento de secuestro que llevó a cabo en Calarik, cuando quiso obligarla a realizar sus sueños, sin contar con lo que ella deseaba.

Sin embargo, habían pasado casi seis años desde entonces. Además, Drarin la dejó marchar en cuanto se percató de su error. Unos meses más tarde, también abandonó un prometedor futuro como gobernador para salir en su busca. Rastreó la galaxia hasta encontrarla y, de momento, no le había pedido que correspondiera a aquel sacrificio. Solo parecía feliz de acompañarla en todas las misiones.

—Activando camuflaje. La seguridad en este planeta es bastante alta, pero creo que

funcionará. —La voz de Clak por la megafonía de la nave la devolvió a la realidad.

Realizó las comprobaciones en el equipo, y una leve sacudida le indicó que habían aterrizado en Barnimar.

Era momento de centrarse.



Capítulo 9

Barnimar.

Katisa y su equipo se encontraban a una distancia prudencial de la ciudad principal del planeta, en el claro de un bosque con árboles de hojas azules.

Rehusaron la opción de aterrizar en el propio espaciopuerto de El Grande. Allí les despojarían de las armas, y no estaba dispuesta a comprometer la seguridad de su gente con semejante imprudencia.

No obstante, si querían llegar a tiempo a la cita con el informante, necesitarían transporte. Así que condujeron las dos deslizadoras que aguardaban en la bodega de la *Aénima* a suelo firme.

Su cuerpo vibraba por la expectación mientras se preparaba para el trayecto. Aquel era el momento que más había ansiado desde que comenzaron la misión: dirigirse a la ciudad sobre la moto voladora. Se ajustó las gafas, aseguró las armas en las cartucheras y montó a horcajadas. Indicó con un dedo al felinae que se sentara tras ella.

—¿Nadie quiere cederme el puesto? —gruñó Tyon a sus dos compañeros, colocándose bien el parche—. Se vuelve loca a los mandos de este trasto.

El comentario le arrancó una carcajada. Era verdad que le encantaba la sensación de libertad cuando apretaba el acelerador, pero desconocía que el grandullón la temiera por ello.

—Yo lo haré con gusto —se adelantó Tanard—. Así tendré una excusa para rodear esa cinturita con mis brazos.

Antes de que diera un segundo paso, Drarin lo retuvo con firmeza.

—Ni hablar. No pienso morir aplastado por Ty —contestó, señalando al enorme felinae—. Lo lógico es que él vaya con Kat, ya sabes, por las proporciones.

—¡Claro! —rio Tan mientras montaba sobre la otra deslizadora—. Lo que pasa es que te has emocionado con la idea de que sea *tu* cintura la que rodeen mis brazos.

Drarin alzó los ojos al cielo y resopló con una mueca de disgusto, pero subió a la misma deslizadora que él.

—Me portaré bien, abu, lo prometo —le aseguró ella, guiñando un ojo al felinae.

—Solo espero no acabar con la crisma en el asfalto —rezongó con una mirada de advertencia en el único ojo—. Ya estoy viejo para estas cosas.

Avanzaron a través de un bosque espeso que le impidió dar rienda suelta al acelerador. En su lugar, se dejó embeber por los sonidos de los pájaros y los olores a madera y vegetación. ¿Cómo era posible que, a pesar de haber abandonado su mundo hacía años, todavía le hechizara la visión de cualquier otro paisaje que no fuera el desierto?

Sintió cierta punzada de decepción cuando, tras varios kilómetros, los árboles se distanciaron y divisaron la autopista que los llevaría a la ciudad de El Grande. Se mezclaron entre los vehículos que circulaban y refrenó las ansias de pisar el acelerador. No debían llamar la atención.

El aire fresco se le colaba por debajo de la ropa. Barnimar era el quinto planeta de un sistema solar, por lo que los rayos de su enorme sol no llegaban a pleno rendimiento. Además, el ceniciento gris de la atmósfera, a pesar de estar despejado, no ayudaba a mejorar la sensación térmica. Aun así, el viento frío en las mejillas le resultaba vigorizante.

Pronto, el enorme arco de bronce que daba la bienvenida a la ciudad apareció en su campo de visión. Estaba ubicada en el interior de un valle con forma de medialuna, rodeado de montañas que protegían a los edificios de la mayor parte de las inclemencias.

Ciudad El Grande había experimentado un crecimiento vertical debido a las restricciones del espacio. Varias decenas de niveles a diferentes alturas creaban la ilusión de que los edificios rozaban el firmamento. La trama urbana estaba tejida con la intrincada red de cientos y cientos de puentes que se extendían como hilos conectores, formando un laberinto caótico. No solo era una obra maestra arquitectónica, sino un testimonio de que la funcionalidad y la elegancia podían ir de la mano.

Una estatua de generosas dimensiones, de bronce también, les dio la bienvenida. Se trataba de la imagen de un alara aéreo con las alas emplumadas extendidas y alzando una espada sobre la cabeza en señal de victoria.

Desconocía la identidad de aquel héroe del pasado, aunque tampoco importaba. Cualquiera que hubieran sido sus hazañas habían perdido relevancia en la actualidad, con los nuevos acontecimientos que sacudían la galaxia. La ciudad se encontraba sometida al dominio del Regente Supremo, donde las estrictas leyes, acatadas por los ciudadanos por temor o afinidad, emborronaban las proezas de cualquier antiguo campeón.

Activó el geolocalizador en la hololentilla para que les guiara hasta el punto de reunión, un local de citas llamado *Corazones Cuánticos.* Mientras recorrían las calles, apreció que la ciudad estaba viva, aunque los tonos grises y marrones en la ropa, así como las expresiones ceñudas de

los habitantes, mostraban cierto desencanto.

Atravesaron calles atestadas de vehículos y personas de varias razas, donde predominaban los alaras aéreos. Algunos de ellos usaban las alas para desplazarse y una pequeña punzada de envidia ensombreció sus pensamientos. A pesar de que ella también era una alara, su etnia no podía volar.

La presencia de la Guardia era abrumadora. No había una zona amplia en la que no se apreciara el brillo cromado de las armaduras, con las armas en posición de descanso, pero siempre preparadas.

¿Por qué se comportaban así? Los habitantes de aquel planeta habían aceptado de manera voluntaria, sin recurrir a la violencia, someterse al dominio del Regente Supremo. A pesar de ello, las muestras de control allí no eran menores que en otros lugares, donde la ciudadanía no había mostrado el mismo pacifismo.

Aparcaron las deslizadoras a un par de calles del *Corazones Cuánticos*.

—Primero entraremos el abu y yo —sugirió Katisa—. Tan, deja pasar un par de minutos y entras tú. A ti se te da mejor la gente, será más fácil que el contacto se abra a ti. Drarin, ¿te quedarás de guardia para avisarnos si hay peligro?

—Ah, no, *merinae iranar* —intercedió Tan sosteniendo su mano. Kat alzó los ojos al cielo ante la versión en alara de «mi dulce corazón», aunque deseó que no se percatara de su incipiente rubor—. Estás súper sexy cuando das órdenes, pero esta vez debo protestar. Levantaremos menos sospechas si te haces pasar por su cita. No... —Colocó un dedo sobre los labios de ella para evitar una réplica—. Lo harás bien. Con tu desparpajo natural te contará hasta sus secretos más íntimos.

A Kat se le escapó una carcajada por el sarcasmo. Si conseguía sacarle la información que ya estaba dispuesto a darles, tendría suerte. Pero tenía razón. El confidente era hetero, resultaría más natural si seguían el plan de Tan.

—Venga, pues —se apresuró a interrumpir Drarin, empujando a Tan para que se separara de ella—. Ya tardáis.

Tanard alzó las cejas. Parecía divertirse ante el intento de maniobra del otro alara.

—Recuerda, *merinae iranar* —insistió, mientras miraba de soslayo a Drarin sin perder la sonrisa—. Si consigues conquistar el corazón del confidente, partirás el mío.

Se encaminó hacia el local. Tyon pronto lo alcanzó, y el galán lo cogió de la mano. El felinae se apresuró a apartarla con una carcajada nerviosa.

—Tenemos que aparentar, grandullón —le dijo con un exagerado tono sensual en la voz.

—Menudo personaje —masculló Drarin, recogiendo de nuevo los tentáculos en una cola baja.

Katisa reprimió la tentación de asegurarle que lo hacía para fastidiarle.

—Le quita hierro al asunto.

—Pues las cosas no están para quitarles nada. Debería tomárselo más en serio. —Con disimulo se escondió tras un contenedor, extrajo la pistola y comprobó que estaba preparada. No había traído el rifle, y quizás fuera lo más inteligente—. Sobre todo, si tenemos en cuenta lo implicados que están sus padres. Parece que lo considere un juego, y hay vidas en peligro.

Por algún motivo en el que no quería indagar, las palabras de Drarin la molestaron.

—Cada cual tiene su manera de reaccionar al miedo, o al dolor —respondió de mal talante.

—Ese nunca ha sabido lo que es. Su vida siempre ha sido fácil, y dudo que nada le importe más que su propio pellejo.

Ya tenía suficiente. Aquella conversación era fruto de unos celos que no debería sentir.

—Drarin, para ya. Los tres somos alaras del desierto y luchamos en la misma causa. Ya solo

por esa razón deberíamos estar más unidos. Además, te recuerdo que tú tampoco has conocido la hambruna ni la pobreza de la mayoría de nuestros congéneres. Eres el sobrino del gobernador e incluso estuviste a punto de sucederle...

—Sí, y dejé esa vida para salir en tu busca —la interrumpió.

Ella chasqueó la lengua. No iba a permitir que sacara la carta del mártir en aquel momento.

—¡Nunca te pedí nada semejante!

Drarin cerró los ojos y e hizo ejercicios de respiración durante unos instantes. Cuando los abrió de nuevo, su rostro adquirió un toque de serenidad autoimpuesta.

—Tienes razón, lo siento. Lo más inteligente es centrarse en la misión. —Le colocó una mano en el hombro—. Tranquila, cubriré vuestras espaldas.

Ella le ofreció una sonrisa un poco forzada, pero asintió.

—Lo sé. Confío en ti, si no, no estarías en mi equipo.

Drarin sonrió, resaltando los graciosos hoyuelos que a Katisa siempre le habían divertido, desde pequeños.

—¡Qué afortunado! —bromeó—. ¡Con lo difícil que te resulta confiar en alguien!

Dio media vuelta y se alejó, en busca de un lugar estratégico en el que estudiar el entorno sin levantar sospechas. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió de vista y se dirigió al *Corazones Cuánticos*.

Al traspasar las puertas del establecimiento entendió por qué el informador había escogido aquel lugar para una reunión clandestina.

En el interior predominaban los grises oscuros y los burdeos, y un mobiliario con una sutil fusión entre lo contemporáneo y lo futurista. Un halo de luces color vainilla realzaban sus bordes en un ambiente acogedor.

Una suave música, lo bastante alta como para enmascarar indiscreciones sin resultar molesta, se mezclaba con las risas y el tintineo de las copas. De manera acertada, el conjunto incitaba a la conversación, objetivo básico del local.

Estudió su alrededor en busca de posibles vías de escape y pronto la mirada de Tan se topó con la suya, sentado frente a Tyon en una de las mesas.

En aquel momento un robot camarero, de un metro de altura, se acercaba a ellos con las bebidas en su cabeza en forma de bandeja. No respondió al guiño disimulado de él y continuó su avance hacia el centro del establecimiento.

Una barra de bar circular se hallaba justo en medio, rodeada de taburetes entre los que apenas existía distancia, un indicio más de la intención del lugar. Sobre ellos colgaban bolas de cristal facetadas cuyos reflejos recorrían todos los rincones.

Solo uno de los asientos en la barra se hallaba ocupado, por un hombre embutido en ropas oscuras y una capucha que le cubría el rostro. Parecía concentrado en el vaso que tenía enfrente, aunque echaba miradas nerviosas a su entorno a cada momento.

Desentonaba tanto del resto de asistentes, vestidos con ropa atrayente y colorida, que solo le faltaba un cartel de neón sobre su cabeza con la palabra «espía» y una flecha señalándolo. Se acercó a él. Sin duda era el contacto.



Capítulo 10

Barnimar. Corazones Cuánticos

Katisa atravesó el local hacia la barra a través de la invisible nube de diferentes perfumes, tan penetrante que perdió la concentración por un instante.

En cuanto se sentó en la barra, el encapuchado apartó los ojos castaños del vaso y los clavó en ella. Tras la capucha se apreciaban las facciones, curtidas por las inclemencias, de un hombre en la cuarentena.

—¿Durk? —preguntó ella con una sonrisa. Él asintió—. Soy Katisa, tu… cita.

Él le devolvió la sonrisa, forzada y breve.

—¿No eres un poco joven? —preguntó, mientras dirigía miradas furtivas hacia la puerta—. Podrías ser mi hija.

Trató de impedir que se le notara la molestia por el tono de desconfianza.

—¿Importa eso?

El sarcasmo bañó los labios del contacto.

—Depende. ¿Has venido sola?

—No —respondió a regañadientes. No hacía falta ser tan condescendiente, su intención era ayudarle.

En la barra frente a ella se desplegó una holopantalla con la parpadeante frase «Consumición obligatoria, por favor, seleccione una bebida». Escogió agua fresca y acercó la holomuñequera cuando le mostró el importe.

—No deberías haber pedido nada —dijo Durk sin apartar la mirada, pendiente de cada movimiento de ella—. Tal vez tengamos que salir a la carrera.

—¿Te han seguido? —Trató de que la angustia no se delatara en su voz. Reprimió el impulso de girarse hacia la puerta para comprobarlo, sería poco profesional.

—Creo que no, pero estoy seguro de que lo saben.

Asintió, tratando de no reflejar en la expresión el pinchazo en las entrañas y lo estudió por unos instantes. Sus ademanes transmitían seguridad, tal vez demasiada. También debía tener en cuenta que era un teniente dentro de la Guardia, su comportamiento iría implícito en el cargo.

—¿Por qué el cambio en la manera de contactar? —indagó cuando el vaso de agua surgió de una apertura en la barra. No podía olvidarse de que, tal vez, la cita era una trampa.

Durk la observó con una mirada dura. Un asomo de desconfianza brilló en sus ojos.

—Quiero una extracción cuanto antes. Temo por mi vida.

A Laira no iba a gustarle, pero tampoco podía negarse. Si lo sacaban de allí, su experiencia en combate podría ser inestimable, aunque no tanto como la información que, según tenía entendido, les proporcionaba desde dentro.

—Tengo datos muy valiosos —continuó—, que os daré una vez esté a salvo. Está aquí. —Señaló su holomuñequera—. Pero solo yo puedo desencriptarla con mi ADN.

Ella carraspeó. Por mucho esmero que aquel hombre hubiera dedicado a salvaguardar la información, ella sería capaz de descifrarlo tarde o temprano. Sin embargo, no le parecía correcto confesarlo, estaba arriesgando la vida para ofrecérsela a ellos.

—De acuerdo. No hace falta ponerse a la defensiva. Vamos a sacarte de aquí.

Una fugaz expresión de sorpresa cruzó su rostro.

—¿No vas a consultarlo antes? —preguntó, suspicaz—. Ha sido más fácil de lo que pensaba.

Por lo que ella sabía, la información que ya había proporcionado a lo largo del tiempo resultó en el rescate de cientos de personas. Se merecía cualquier petición.

—Es justo —aclaró y sorbió del vaso—. Ya me pelearé con quien sea luego. Solo por curiosidad, ¿de qué trata el soplo?

Durk pareció sopesar cuánta información ofrecer y asintió a sus propios pensamientos.

—Son las coordenadas de una mina aquí, en Barnimar, con uno o dos centenares de esclavos. Además, un plano de las instalaciones, horarios de cambios de guardia… esas cosas.

Era información valiosa, aunque habría esperado algo más sustancioso. Sin embargo, no iba a dejar pasar la oportunidad de rescatar a personas a pesar de ser un trato injusto. Se levantó del asiento.

—Chicos, nos vamos —dijo al comunicador—. Y nos llevamos al activo.

—Espera. —Durk la sujetó por la muñeca—. Una cosa más. No son prisioneros normales. Son Portadores.

El corazón le dio un vuelvo y ahogó una exclamación. Volvió a sentarse de golpe.

—¿Qué…? ¿Están...?

—¡Mierda! —La voz de Drarin se coló en el auricular—. ¡Tenéis que salir de ahí! ¡Ya!

—¿No estabas vigilando? —preguntó la voz de Tyon en un rugido.

—Luego me matáis —contestó Drarin—. Es en serio. ¡Ahora!

—¿Qué pasa? —indagó Durk al ver su expresión.

La puerta del local se abrió con un estruendo. Dos fornidos humanos, vestidos de civiles, irrumpieron con las pistolas preparadas. De un rápido barrido, sus miradas se clavaron en Durk.

—¡Tú! —gritó uno de los recién llegados—. ¡Maldito traidor!

El teniente la agarró de la manga y saltó tras la barra, arrastrándola con él, y desenfundó el arma con gestos profesionales. Ella copió sus movimientos y se asomó lo justo para comprobar la situación.

Una botella voló desde la posición de Tan e impactó en el torso de uno de los soldados, que viró en su dirección y disparó sin miramientos.

Tyon tumbó la mesa en la que estaban sentados para que ambos se parapetaran detrás, mientras los asistentes gritaban y se escondían donde podían.

Katisa disparó a uno de ellos con el cartucho de electricidad, consiguiendo que interrumpiera el ataque por unos instantes.

—¿Qué haces, chiquilla? ¿Pretendes electrocutarlos? —Durk, a su lado, disparó al mismo tipo, y lo hirió de gravedad—. ¡Esto no es un juego! ¡Ellos no van a tener clemencia!

Se mordió el labio para contenerse. No era momento de replicarle. Tanard acertó al segundo hombre. El sonido de los disparos cesó, no así los gritos de los clientes del bar.

—¡No podéis salir por delante! —escuchó la voz de Drarin en el oído—. ¡Hay más!

—¡*Shelak*! La entrada no es una opción –explicó al confidente, que chasqueó la lengua.

—¡Vaya rescate! No me extraña que el PACTO no haya conseguido nada aún. ¡Sígueme!

El teniente saltó por la parte de atrás de la barra y se lanzó hacia una puerta solo apta para personal autorizado, según rezaba un cartel. Estaba cerrada, pero contaba con un teclado holográfico. Maldijo y se agachó para que la parte de atrás de la barra sirviera de parapeto por si aparecían refuerzos.

Ella corrió tras él, molesta por el comentario. Del cinturón extrajo un artilugio circular, que le permitía interactuar con casi cualquier tipo de aparato electrónico, y conectó la hololentilla de manera remota. Dudaba que la seguridad fuera muy dura, no tendría sentido. Rompería el código en unos segundos.

La entrada del local volvió a abrirse y entraron tres soldados más, esta vez en armadura cromada completa. Los gritos de histeria se intensificaron y el intercambio de disparos de energía se reanudó.

—¡Cúbreme! —pidió a Durk, aunque ya realizaba fuego de cobertura.

—¡Corre o nos acribillarán! —ordenó.

Tratando de evitar que la histeria la dominara, hizo su magia. Era un código simple que descifró en un par de segundos y les dio acceso a un almacén. Estaba repleto de cajas con botellas, con un penetrante olor a desinfectante mezclado con el de varios licores.

En el lado opuesto, otra puerta barraba el acceso al exterior, también con código.

Traspasó el umbral, seguida por Durk que hizo ademán de cerrar la puerta tras él. Ella interpuso el pie para evitarlo y le dedicó una mirada de reproche. No iba a dejar a Tyon y a Tan a su suerte. El teniente se encogió de hombros y se dirigió a la salida.

—El PACTO habría conseguido más si todos pensáramos un poquito menos en nosotros mismos —le regañó Katisa, mientras disparaba para cubrir a sus compañeros—. Ya podría estar descifrando el siguiente código, pero no pienso dejarlos aquí.

Durk alzó los ojos al cielo y se acercó de nuevo a ella con el arma preparada.

—No estaría en esta situación si pensara más en mí mismo —contraatacó—. No voy a permitir que una chiquilla como tú me sermonee.

Durk descargó el cargador en dirección a los soldados, ayudando al felinae y al alara a llegar hasta ellos. Las orejas de Katisa ardían por la vergüenza que había provocado su comentario, pero se dirigió sin demora a descodificar el siguiente aparato.

Cada vez le caía peor aquel tipo, aunque se arrepentía un poco de sus palabras. Tal vez no le faltara razón, pero no era el momento ni el lugar para un debate.

En unos segundos, la puerta hacia el exterior quedó liberada del código y se abrió.

—¡Daos prisa! —La urgencia en la voz de Drarin le oprimió la boca del estómago—. ¡Algunos refuerzos van en vuestra dirección!

Kat indicó a los demás que cruzaran la puerta mientras ella permanecía en la retaguardia, y fue tras ellos hacia las deslizadoras. Pronto se percató de que no tendrían suficientes para huir. Eso le dio una idea.

—¡Huid y llevaros a Durk! —ordenó en su comunicador—. Yo los despistaré.

—¡Ni hablar! —saltaron al unísono Drarin y Tan.

Las carcajadas de Tyon reverberaron en su oído.

—Si alguien puede, es ella. Dejad de sobreprotegerla, capullos —volvió a reír y añadió—. Ten cuidado, capi.

Adoraba al abu. Era el único que confiaba en ella, incluso contándose a sí misma.

Volvió hacia la entrada del local. Una deslizadora de la Guardia venía en su dirección e interceptaría a sus amigos si ella no lo evitaba.

Ignorando la punzada de culpabilidad, extrajo la pistola con el cargador letal y disparó al soldado en el hombro. No atravesó la armadura, pero por la fuerza del impacto, este perdió el equilibrio y el control sobre el vehículo, que se estrelló contra un contenedor.

Al segundo siguiente Katisa ya estaba a su lado para robarlo, mientras rogaba a los dioses que todavía funcionara.

Desenfundó la pistola de electricidad y la vació sobre la armadura del guardia, que ya se incorporaba. Volvió a desplomarse en el sitio.

El único desperfecto de la deslizadora era el manillar, aunque parecía manejable. Por el rabillo del ojo descubrió que otra se acercaba a toda velocidad y montó sin entretenerse.

Callejeó por pasajes angostos y calles concurridas. La dirección del vehículo estaba un poco tocada y se ladeaba hacia la izquierda. Le costaba mantenerla enderezada, pero era posible seguir.

La ciudad vibraba con la música de los establecimientos, que se mezclaba con las voces airadas de los ciudadanos con los que se cruzaba, a los que hacía luces para que se apartaran.

Se lanzó a una de las vías principales, donde conseguiría acelerar sin temor de atropellar a nadie. Trató de confundirse entre los autos zigzagueando de manera alocada. No le importó llevarse más de un bocinazo por su actuación temeraria, que le aumentó la adrenalina. Cómo le gustaba la velocidad.

Atravesó decenas de los puentes flotantes que unían las diferentes partes de la ciudad, algunos suspendidos a altitudes vertiginosas. Una caída accidental podía desembocar en una muerte segura contra los edificios de la parte baja de la ciudad, que desaparecían en la oscuridad.

Debería estar asustada, como mínimo preocupada, pero se sentía ligera, viva. El corazón le bombeaba como loco, irradiando su cuerpo con una explosión de energía. Ojalá tuviera más oportunidades como aquella de volar en una deslizadora.

Se preguntó por un instante si aquellas eran las mismas sensaciones que dominaban a su madre cuando compitió en las carreras. ¿Disfrutaría tanto sobre su *lanza llameante*, en las competiciones que la habían encumbrado como campeona indiscutible?

Estaba dejando al soldado atrás y, en contra de lo que le gritaba el subconsciente, redujo un poco la velocidad. No quería acabar con aquella experiencia tan pronto, todavía no.

No fue una gran idea. El guardia, al verla a tiro, disparó varias veces, pero ella se cubrió entre los vehículos con facilidad. No parecía importarle la seguridad vial, ni si otros conductores salían mal parados. Uno de los tiros impactó en un monovolumen, que perdió el control y provocó un accidente múltiple.

En ese momento se percató de que su temeridad podría exponer la vida de otros.

—Capi, estamos en posición —la voz de Tyon resonó en su oído—. Funcionó y no nos han seguido. ¿A ti todavía te persiguen?

—Afirmativo —contestó ella y chasqueó la lengua—. Me libraré de él.



Capítulo 11

Barnimar. Ciudad El Grande.

Katisa aceleró. Le sería fácil despistar a su perseguidor, había estado a punto de conseguirlo varias veces ya sin pretenderlo.

Unos desvíos y giros y ganaría el tiempo suficiente para anular el dispositivo de seguimiento de su deslizadora. Así dejarían de seguirla con tanta precisión.

La autovía por la que avanzaba desembocaba en uno de los puentes flotantes, especialmente largo y empinado. Al final la esperaban dos grandes vehículos de la Guardia que le barraban el

paso. ¡*Shelak*! Su perseguidor acortaba distancia a cada segundo, bloqueándole también la retaguardia.

No tenía escapatoria. Si no pensaba rápido la atraparían, pero solo había un modo de salir de aquel aprieto: saltando hacia el abismo.

Se asomó. Otro puente se cruzaba a no demasiados metros por debajo. Era una locura, podría caer mal o pasarse de largo y precipitarse al vacío. Aun así, no tenía alternativa.

Sin perder ni un momento más, aguantó la respiración, aceleró para atravesar la barandilla de contención y se dejó caer, sin dejar de aferrar el manillar.

Fue un aterrizaje fácil, aunque el sonido del chasis de la deslizadora la preocupó; no obstante, parecía que continuaba operativa.

Apenas tuvo tiempo de recuperarse antes de que su perseguidor saltara tras ella.

—¡Arilok! —exclamó a la vez que pisaba de nuevo el acelerador. Su vehículo protestó con un sonido en el motor, y su velocidad se redujo drásticamente.

El soldado de la guardia también se recuperó pronto de la caída y le ganaba terreno con rapidez. A ese ritmo la interceptaría en unos segundos. No le quedaba otra que volver a probar la misma maniobra.

Se asomó. Otro puente cruzaba por debajo de nuevo, pero la distancia entre ambos era del triple del que acababa de saltar, o más. Un miedo atroz congeló sus entrañas.

Su perseguidor estaba casi sobre ella, debía tomar una decisión que tal vez le costaría la vida.

—*Meldur hidendi*...

Aguantó la respiración y sujetó el manillar hasta que sus nudillos se convirtieron en puntos blancos. Atravesó con la deslizadora la barrera de seguridad y se precipitó en caída libre.

Sus tripas se encogieron por la impresión y el terror a morir estrellada. El asfalto se aproximaba a una velocidad irrefrenable y no pudo evitar un alarido.

Su vehículo topó con los cables que sostenían el puente, absorbiendo gran parte del impacto, justo antes de estamparse contra el pavimento.

El golpe le robó el aliento. Mientras se forzaba a respirar de nuevo, luces brillantes se acercaban a toda velocidad a su encuentro y pasaban de largo. Se sentía envuelta en una burbuja translúcida que también amortiguaba los sonidos.

El aire volvió a llenar sus pulmones de golpe y la luz de la tarde aclaró su visión. Mareada y desorientada, el estruendo de un fuerte tráfico la desconcertó.

Trató de descubrir dónde se encontraba, pero lo único en lo que podía concentrarse era en el intenso dolor que palpitaba a lo largo de su muslo. Al menos, seguía con vida.

Pasó su abotargada visión por su alrededor. Las partes de la deslizadora estaban desparramadas cerca y la pierna le dolía hasta el punto de que cada palpitación era una agonía.

Levantó la cabeza y su estómago se cerró de golpe. Una parte de la chapa se había incrustado en su muslo. Su primer instinto fue tratar de soltarla, aunque el roce le arrancó un grito de dolor.

El trozo de metal no solo debía haber desgarrado la carne, sino resquebrajado tendones y, si era su día de suerte, no habría seccionado también la femoral. Agradeció a su tía Ianna todas sus enseñanzas, así sabía que si lo arrancaba ahora podría morir desangrada en minutos.

Miró hacia el puente del que había saltado y comprobó que el soldado de la guardia no se había arriesgado a seguirla. La observaba desde lo alto, sacudiendo la cabeza. No parecía tener intención de lanzarse tras ella, aunque lo más probable es que hubiera alertado del accidente. Debía marcharse de allí antes de que llegaran los refuerzos.

Trató de incorporarse. El terrible dolor en la pierna provocó que perdiera el resto de las fuerzas

que le quedaban y abandonó.

Unas manos gentiles trataron de incorporarla desde atrás. Una alara aérea, con una larga cabellera oscura y sus brillantes alas de plumas extendidas, se había apeado de su automóvil e intentaba ayudarla. Se las apañó para mostrar una débil sonrisa en un rostro.

—¡Por los dioses! ¡Menos mal que has sobrevivido! ¿Qué ha ocurrido? —exclamó y se impulsó con sus alas para tratar de incorporarla. La ayudó a apoyarse con cuidado contra la pared del puente—. He avisado a una ambulancia. No te preocupes, me quedaré contigo hasta que vengan.

—No —le rogó. Sus ojos se llenaron de lágrimas por el dolor producido por aquella simple palabra—. Le agradezco con sinceridad el gesto, aunque si se queda conmigo tendrá problemas. Por favor, váyase.

La mujer frunció el ceño y posó una mano contra su frente, como comprobando si deliraba por la fiebre.

—No puedo dejarte así.

Se maldijo. Aquella alara era la única que había parado a socorrerla de entre todos los vehículos que circulaban por el puente. No podía permitir que, por culpa de un buen corazón, terminara pagando por sus propios errores.

—Por favor —insistió—. Escapaba de la Guardia. Si la ven conmigo temo que la metan en medio de algo de lo que no tiene la culpa.

Las facciones de la mujer se endurecieron y Kat previó la posibilidad de haberse equivocado al confesarse y perder así la única oportunidad de ayuda, pero ¿qué tipo de persona sería si no la advertía?

La alara aérea sacudió sus alas emplumadas con un golpe seco y regresó a su vehículo. La puerta se cerró tras ella y continuó su camino.

No la culpaba. Ya estaban las cosas lo suficientemente mal para complicarse más la vida. Al menos no parecía que la hubiera delatado.

El plan alternativo era avisar a los chicos y que la rescataran, aunque lo más probable es que no llegaran antes que la Guardia. Su estómago se encogió.

Estaba atrapada.



Capítulo 12

Barnimar. Ciudad El Grande.

El automóvil se detuvo de nuevo a un par de metros. Tras unos interminables segundos, la mujer se apeó y corrió hacia ella.

—Vamos. —La sostuvo por las axilas y la condujo al interior. Antes de que Katisa pudiera protestar añadió—: No pareces una criminal y, si lo fueras, habrías aprovechado la ocasión para engañarme. En lugar de eso, me has advertido. Si te sigue la Guardia probablemente no hayas hecho algo tan malo. O sí. Da igual, me arriesgaré.

Kat se quedó sin palabras.

—Gracias —fue lo único que consiguió articular.

Entrar en la parte de atrás del vehículo fue una de las cosas más difíciles y dolorosas que había hecho en su vida.

La mujer le ofreció un pequeño botiquín que sacó de la guantera.

—No tengo nada mejor, ni tampoco idea para ayudarte con la herida. —Su voz temblaba—. Lo siento, vas a tener que apañártelas tú sola con eso.

No podía creerse lo amable que estaba siendo la mujer con ella. Aquello confirmaba que todo por lo que luchaban todavía merecía la pena.

La alara volvió al volante.

—¿Dónde te llevo?

—No lo sé, lejos de aquí. A algún lugar en el que pueda esconderme mientras espero ayuda.

La mujer asintió y se mezcló entre el tráfico al tiempo que la estudiaba por el retrovisor, con unos grandes ojos llenos de temor, pero también de decisión.

—Para eso, mejor descender a la parte baja de la ciudad —razonó la mujer—. Es un lugar al que nadie quiere ir, ni siquiera la Guardia, y por eso mismo podría ser peligroso. Por allí anda lo peor de la ciudad.

Estaba segura de que era la mejor solución, y que la alara se la ofrecía con sinceridad, pero con la pierna de aquella manera estaría indefensa contra ese tipo de gente. Aunque, ¿qué alternativa le quedaba?

—Me arriesgaré —le aseguró, fingiendo una sonrisa para tranquilizar la conciencia de aquella mujer, que ya había hecho más por ella que muchos otros.

El automóvil levitó por calles y puentes, en una ruta que descendía hacia las raíces de la ciudad. Katisa se volvió a mirar si las seguían, aunque no lo parecía.

Comprobó si todavía funcionaba su auricular, y chasqueó la lengua al darse cuenta de que ya no estaba en su oreja. Lo habría perdido en la caída. Al menos, la holomuñequera seguía viva. Mandó un mensaje encriptado a la Aénima.

«Chicos. Necesito extracción. Estaré en la parte baja de la ciudad».

Estaba segura de que Clak lo recibiría y sabría cómo localizarla a través de sus pertrechos tecnológicos. Esperaba que se dieran prisa. No sabía cuánto tiempo permanecería consciente a causa del dolor y el desangramiento.

Se quitó el cinturón y lo anudó con fuerza alrededor de su pierna, justo encima de la herida, reprimiendo un grito de agonía. No dejaría de sangrar, pero retrasaría el proceso. En la base contaban con equipo médico profesional, aunque aún tardaría en llegar hasta allí.

A pesar de todo lo que su tía le enseñó, sus conocimientos eran mínimos y no se atrevía a hacer nada que empeorara la situación. Rebuscó en el botiquín, que apenas contaba con un par de vendas esterilizadas, un líquido antiséptico, unas gasas y apósitos. Era limitado, tal vez no sería suficiente.

Vertió el antiséptico sobre la herida y apretó los dientes. El insufrible dolor le arrancó las lágrimas, pero se las secó con decisión y continuó. Gastó las dos vendas para envolver su muslo y asegurar el trozo de chapa. Necesitaba inmovilizarla hasta que uno de los doctores la extrajera con seguridad.

—Te voy a dejar el coche perdido. —Estaba al borde del llanto y el frío se cernía a su alrededor como una capa de hielo. Su vida corría peligro, aunque no quisiera aceptarlo. ¿Y le preocupaba lo mal que iba a acabar la tapicería?

—No te inquietes por eso ahora. —Con una sonrisa, que trató de ser cálida, le ofreció un

pañuelo—. Para la cara, te la has manchado de sangre. —Se pasó una mano temblorosa por los ojos—. Eres una alara del desierto, ¿verdad? No suelen verse de tu especie por aquí.

Agradeció en silencio que le diera conversación, aunque lo más probable es que lo hiciera para tranquilizarse a sí misma.

—No hay muchos de nosotros que tengan los medios para abandonar mi planeta —contestó mientras cerraba los ojos e intentaba relajarse, sin demasiado éxito. Cada mínima vibración le arrancaba una oleada de dolor—. ¿Y tú? Eres una alara aérea, ¿cómo es que usas un vehículo para desplazarte?

La mujer se echó a reír.

—¿Sabes lo cansado que es ir de un lado a otro de la ciudad volando? Aunque el tráfico a veces se vuelve insufrible, lo prefiero a acabar reventada por el esfuerzo.

—Lo que daría yo por haber nacido con alas. —Suspiró y se acomodó lo mejor que pudo—. Volaría a todas partes.

—Bah, están sobrevaloradas. Y no sabes el gasto en productos de belleza para mantenerlas limpias y brillantes.

Ambas rieron, como si las circunstancias fueran diferentes, pero pronto el silencio volvió a instalarse entre ellas.

Dedicó unos instantes a deleitarse con la panorámica urbana. En conjunto, los edificios imponían una armoniosa uniformidad de fachadas de tonos gris-azulados, con detalles cromados que daban un toque de elegancia.

—Barnimar es una ciudad muy bonita —comentó.

—Hace unos años lo era más, cuando podíamos alardear de nuestra independencia, pero ahora… —La alara le echó una cauta mirada por el retrovisor y calló.

—El Regente Supremo se hizo con el poder e instauró el nuevo régimen —terminó por ella—. Sí, ya sé de lo que es capaz.

—Hace tres mil años, Barnimar El Grande liberó a nuestra ciudad del yugo de los Avatares. —Sacudió la cabeza—. Ojalá quedaran héroes como los de entonces.

Katisa observó un cambio en la panorámica a medida que descendían. La suciedad cada vez era más evidente, y las pintadas que delimitaban las zonas de cada banda callejera tiñeron las paredes de los edificios. Gran cantidad de escombros y desperdicios eran testigos de la dejadez, que la falta de luz no disimulaba. Por un instante, le abrumó la sensación de que habían atravesado un portal mágico a un lugar más decadente.

—Todavía quedan —objetó Kat. Se llevó la mano a la cabeza, que comenzaba a darle vueltas —. Aunque necesitaremos a más de uno, muchos de hecho. Lo difícil será juntarlos y que se pongan de acuerdo.

—Si todavía existieran los Portadores… —susurró la mujer.

El rostro de Yeirek asomó a su mente, pero pronto se desvaneció, reemplazado por la imagen de Durk informando de la mina de esclavos en ese mismo planeta. Esclavos que antes fueron Portadores. Tal vez mintiera, pero ¿y si no? Algo así podría traer esperanza a la gente, pero no quería hacerse demasiadas ilusiones.

—Supongo que por eso fueron los primeros en caer, o no lo habrían permitido —concluyó Katisa.

—Sí, eso creo yo también.

Tardaron al menos media hora más hasta que el automóvil se detuvo.

—Oye, me sabe mal, pero no me atrevo a ir más allá —dijo con una mirada esquiva y mordiéndose el labio—. ¿Tienes a alguien que pueda venir por ti? Te dejaría a las puertas de un

hospital, pero seguro que sería un problema para ti.

Se detuvieron frente a una parada de autobús abandonada, con los paneles de metacristal resquebrajados y llenos de carteles medio arrancados. Estaría muy expuesta ahí y esperaba que vinieran a buscarla pronto, pero al menos contaba con un asiento largo sobre el que dejar la pierna en alto. Varias pilas de basura acumulada apestaban la zona y supo que no se quitaría el olor de la cabeza en días.

La mujer la ayudó a apearse del auto y a sentarse en el sucio banco, con una preocupación que la conmovió.

—Has hecho muchísimo por mí, y te lo agradezco hasta el infinito. No te preocupes, alguien viene de camino —contestó, no muy segura de ello. ¿Y si Clak no había recibido el mensaje?

—Ten cuidado, esta zona es de las que una chica como tú debería evitar. —Posó la mano en su hombro con la preocupación reflejada en su leve sonrisa.

—Puedo defenderme. —Palmeó las cartucheras. Hasta aquel momento no había sentido la necesidad de comprobar si las pistolas permanecían ahí, y respiró aliviada al percatarse de que así era.

La mujer asintió y regresó a su vehículo.

—Que el deseo de los dioses te sea favorable —dijo, antes de cerrar la puerta y ponerse en marcha.

—Igualmente —susurró al aire—. Gracias, quienquiera que seas.

Observó las luces del vehículo alejarse, como un náufrago que ve la salvación de un barco desvanecerse en la distancia. Se abrazó, temerosa de lo que podría aguardarla en aquel lugar. Cada latido de su corazón mandaba una onda de dolor a toda su pierna, y seguro que había perdido mucha sangre, porque el frío que sentía no era normal. Quería regresar cuanto antes a la Aénima, tumbarse en su camarote, aplicarse una buena porción de sanidux y sentirse arropada por Clak. O mejor, por Tanard.

Varias farolas estaban fundidas y la penumbra disparó su imaginación, dando vida propia a las sombras. A pesar de que podía ver a través de la oscuridad, no apreciaba nada en concreto. Allí, un movimiento captó su atención, pero giró la cabeza hacia el lado contrario, al sonido de una lata rodando por el asfalto. El olor a basura en descomposición era más de lo que podía soportar y no la dejaba concentrarse.

El murmullo de una voz y una risa sofocada erizaron su piel. No estaba sola y, quien fuese, tenía la habilidad de acechar en las sombras. El estómago se le encogió por el miedo a los sonidos a su alrededor: el *clinc clinc* de una cadena, el roce de pasos arrastrándose por la suciedad, susurros ininteligibles. Eran varios, y percibía que la rodeaban.

El corazón se le desbocó. Acababa de salir de una situación difícil y caía en otra, tal vez peor. Los dioses debían de divertirse con ella en aquellos instantes.

El maullido de un catu la sobresaltó y alguien lanzó una maldición, más cerca de lo que esperaba. No podía correr, pero se defendería de aquellos depredadores, fueran quienes fuesen.

Temblorosa, echó mano de las pistolas y apuntó hacia los lugares en los que podían estar escondidos. En cuanto el primero asomara la cabeza, se quedaría sin ella.

El solitario foco de una deslizadora la deslumbró y cerró los ojos con fuerza. Solo le faltaba eso. Apuntó a ciegas a su alrededor en un acto desesperado. Estaba a la merced de sus hostigadores.

—Estos días dejan cualquier cosa por ahí tirada. —La paternal voz del abu, tras el foco, la hizo gritar de alegría. Con él ahí, no se atreverían a atacarla. Tyon se apeó de la deslizadora y se acuclilló a su lado—. Uf, eso tiene mala pinta, preciosa.

—Capitana preciosa para ti —respondió, feliz. Fue incapaz de refrenar el impulso y lo abrazó, sin siquiera esperar a enfundar las pistolas. Era lo más parecido a un padre que había tenido nunca—. Me alegro de que hayas sido tú quien ha venido.

—Conseguí escaquearme mientras Drarin y Tanard discutían quién te rescataría. Aún deben estar en ello. Clak se lo está pasando en grande.

El felinae la cogió en brazos, como si no pesara más que la ropa que llevaba encima, y la acomodó frente a él en la deslizadora. A Katisa le recordó a los caballeros de la antigüedad de las holopelis, con sus brillantes armaduras y su digno porte, al rescate de la damisela en apuros.

Odiaba aceptarlo, pero estaba bastante en apuros en aquellos momentos. Su esfuerzo por reprimir las exclamaciones de dolor fueron una prueba muy dura.

—Sé que duele, pero vas a tener que aguantar —dijo sin perder tiempo y arrancar de nuevo la deslizadora—. Si sientes la necesidad de desmayarte o de llorar, no te preocupes. No lo confesaré, por mucho que me torturen.

Kat rio, pero hasta respirar le suponía un calvario. Se recostó contra él.

—Espero que Clak repusiera el sanidux después de la última vez.

—Si le pones ojitos a Tan, no creo que te vaya a costar convencerle de que te deje su reserva de nanosanadoras.

—¿En serio tiene y no había dicho nada? —respondió Katisa incorporándose de golpe, lo que causó otra oleada de dolor—. Me va a oír.

Tyon rio.

—Y seguro que estará más que dispuesto a escucharte.



Capítulo 13

Calarik. Espaciopuerto.

Yeirek clavó los ojos en el fondo de la jarra de la que había estado bebiendo.

La cerveza de setas fresca era horrible, pero después de dos horas el regusto en temperatura ambiente le provocaba arcadas. Esperaba, al menos, que le sirviera para emborracharse y olvidar que el viaje a Calarik no había servido de nada. Odiaba marcharse con las manos vacías.

Aquel hediondo brebaje era la única bebida que había osado pedir, pues era lo más barato de la lista. Un simple vaso de agua habría sido suficiente si su precio no fuera desorbitado en aquel planeta. Y, aun así, no tenía ni idea de cómo iba a pagarle la consumición al tabernero. No le quedaba nada con lo que negociar.

Mikou apareció en su regazo y el brillo de astucia en los ojillos le arrancó una carcajada.

—¿Qué maldad tienes planeada, colega? —le preguntó. Tenía enroscado algo en la cola, que depositó en su pierna. Eran unas unidades—. Pero bueno, ¿no recuerdas lo que te dije sobre robar?

Sus labios se estiraron en lo que parecía una sonrisa, mostrando todos sus dientes, y le arrancó

una carcajada a Yeirek.

—Tú y yo vamos a tener otra conversación —le advirtió, aunque agarró las monedas para que no cayeran al suelo. Antes de acabar el movimiento, el tukiki ya había desaparecido.

Estudió al resto de la clientela para adivinar quién podría ser la víctima del robo de su amiguito. La taberna del espaciopuerto estaba bastante llena, a pesar de ser un planeta tan alejado del centro galáctico.

Las bombillas desnudas, que alumbraban con un penoso resplandor, no era suficiente para iluminar el local. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una cueva. La ventilación tampoco era la adecuada, el olor de la cerveza rancia y comida pasada parecía flotar en el aire desde tiempos inmemoriales. Al menos la temperatura era fresca, al contrario que en el exterior.

El tabernero era un curtido alara con buena parte de los tentáculos sesgados, y la cicatriz que le cruzaba la cara, desde la sien hasta la barbilla, enfatizaba su expresión de pocos amigos.

El resto de los clientes parecían sacados de un muestrario de razas de la galaxia. La mayoría cubrían su rostro con pañuelos o capuchas, las ropas llenas de polvo y arena. Si le hubieran preguntado, habría asegurado que ninguno de ellos tenía buenas intenciones. Lo más probable era que la mayoría fueran esclavistas o piratas de la peor calaña.

Se encogió de hombros y tiró las unidades sobre la mesa, apaciguando cualquier llama de culpabilidad. No quería pasar en Calarik más de lo necesario. Deseaba salir de allí cuanto antes, aunque la última vez que había mirado las pistas de aterrizaje se hallaban vacías de naves.

—Amigo. —El tabernero le llamó la atención cuando ya se levantaba—, por esa cantidad de unidades tendrías derecho a otra ronda.

—No, gracias —contestó, arqueando las cejas. Solo pensar en tragar otra de esas cervezas le revolvía el estómago—. Considéralo una propina.

—No es necesaria. —Se acercó en actitud de confidencia—. Los precios están tan inflados como para que no haga falta. Toma otra. Afuera hace mucho calor.

Yeirek entrecerró los ojos. Nadie era tan amable hoy en día.

—Prefiero enfrentarme al bochorno que seguir oliendo…

El frío metal de un cañón contra la nuca congeló las palabras en su boca. El tabernero se encogió de hombros con una sonrisa, recogió las unidades y se alejó a la otra punta de la barra.

—Por fin te encuentro, cerdo.

La voz de Juris contra su oreja le heló la sangre. Era imposible. Se volvió con lentitud y las manos en alto.

—¿En serio has estado buscándome todo este tiempo? —se burló—. ¿O es que piden más por mi cabeza?

—No me van a dar una mierda por ti y no me importa. Es algo personal.

Entre la clientela, algunos abandonaron el local, mientras que la mayoría parecieron dispuestos a ver el espectáculo.

—¿Por qué no acabamos con esto aquí y ahora, Juris? Estoy harto de ti.

—Ya te dije que solo me dan la recompensa si te entrego vivo. Si no, mi buen amigo Irin —señaló con la cabeza al tabernero—, estaría limpiando tus sesos de la barra.

Juris le lanzó una bolsa llena de unidades a Irin, que cazó al vuelo y abrió para comprobar el interior.

—Voy a esposarte. No me des problemas —le indicó sin dejar de apuntarle y sacó unas bridas del cinturón.

—Debes haber pagado más por la información de lo que te darán a cambio por mí —rio mientras obedecía. Echó un rápido vistazo a su alrededor. ¿Dónde narices se había metido el

tukiki?

—Ya te he dicho que es algo personal.

Juris le pasó la pistola al tabernero para que lo apuntara mientras lo maniataba. Con movimientos deliberados intentó hacerle daño apretando las bridas, aunque con poco éxito.

Yeirek no consiguió aguantarse la risa.

—¿Has perdido las esposas o es que no te mereces unas buenas? —Recibió un culatazo en la sien por respuesta cuando el cazarrecompensas recuperó su arma—. ¡Au! —se quejó. Estaba seguro de que había intentado dejarlo atontado, pero solo consiguió levantarle un poco la piel en la sien—. Dime una cosa, Juris. ¿Has logrado cazar a alguien en todo este tiempo?

—¡Andando! —le gritó mientras le empujaba hacia fuera del local—. Mi nave está en el hangar siete.

¿Qué probabilidad había de que se encontrara con aquel estúpido en ese momento? La galaxia era enorme, tanto que si alguien se paraba a pensarlo podía provocar vértigo. Tal vez contaba con cien mil millones de sistemas solares, la medida estándar de una galaxia del tamaño de la suya.

De ellos, menos del uno por ciento contaba con vida inteligente, lo que de todos modos resultaba en una cantidad absurda de mundos habitados. Podía entender que la diosa Kirena tuviera algo que ver con sus encuentros con Katisa. Pero ¿por qué tenía que pasarle también con Juris?

Se levantó y, al apoyar la pierna herida, se tragó una exclamación de dolor. Sin embargo, Juris se percató de ello y sonrió. Le propinó un puñetazo ahí que, a pesar de no contar con excesiva fuerza, le dolió de mala manera. Esta vez no fue capaz de contener un grito.

—¡No era necesario! —protestó.

—Lo sé.

Le señaló con el arma que avanzara. Obedeció, pero se mordió la cara interna para no contestarle.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó, en su lugar.

—Recordé que no dejabas de hablar de Calarik mientras estuvimos en la Kawa. —Se encogió de hombros—. Supuse que, tarde o temprano, volverías por aquí. Le pagaba una mensualidad al tabernero para que me avisara si te veía. Cuando llegaste, así lo hizo. Solo tuve que llegar y esperar a que decidieras marcharte. Por suerte no hay mucho tráfico por aquí.

Yeirek se detuvo, incrédulo.

—¿Le has estado pagando a ese tipo durante dos años, solo por la posibilidad de que pasara por aquí? ¡Eso sí que es odio! No me creo merecedor de tanto honor.

El cazarrecompensas lo guio a empujones hacia su destino.

—Ya no me importa la razón. Solo que ha terminado y por fin vas a recibir tu merecido.

Avanzó cabizbajo, preguntándose dónde diablos andaría Mikou. Al pasar por las diversas plataformas de aterrizajes, sus recuerdos lo transportaron siete años atrás, cuando pisó con Aldon aquellas mismas baldosas. Después de tanto tiempo todavía lo echaba de menos.

Ya se hartaba de los empujones de Juris cuando al fin llegaron al mencionado hangar. En él se hallaba una nave de dimensiones modestas, para uno o dos ocupantes, con el logotipo del gremio de cazarrecompensas. No parecía muy destartalado, aunque no era un modelo moderno, tampoco. Silbó con apreciación.

—¡Vaya, Juris! No está mal.

—¡Silencio! —contestó el aludido con un deje de orgullo en la voz incapaz de disimular.

Subieron la rampa de acceso, Yeirek en cabeza. El interior correspondía a una nave funcional amplia, de un solo ambiente, con luces suaves integradas en las paredes color crema. Paneles

táctiles ocultaban espacios de almacenamiento, y lo más probable también una litera, la cocina y los elementos de un baño.

Silbó con admiración. Había pilotado naves mucho peores.

—¿Y esto te lo dan al entrar en el gremio o lo has conseguido por méritos propios? —preguntó mientras sus ojos repasaban cada rincón—. Una mano de pintura y como nueva.

Juris le propinó un empujón.

—Esto no es una exposición. Siéntate ahí. —De un puntapié a uno de los paneles surgió un asiento sencillo y le indicó con la cabeza que se sentara.

Yeirek se volvió hacia él, sin intención de obedecer.

—Podrías atarme las manos delante, si no voy a tener un viaje muy incómodo.

—Igual crees que soy idiota. No pienso darte la oportunidad de que me ataques con tus poderes de Portador. —Le apuntó con el arma al pecho—. Siéntate, o te sentaré yo.

En ese instante, un borrón de color azul captó la atención de Yeirek. Mikou acababa de entrar en la nave. Juris, de espaldas a la rampa de entrada, ni siquiera lo advirtió.

Se sentó en el precario asiento.

—¿Sabes, Juris? No sé por qué me odias tanto y, la verdad, no esperaba volver a verte nunca más, pero la verdad es que me he alegrado de haberlo hecho.

—Me importa una mierda —le contestó, aunque alzó una ceja con incredulidad. Pulsó el botón de la rampa, que comenzó un lento ascenso.

—Y, en verdad, sí que eres idiota —añadió, reprimiendo las ganas de echarse a reír.

—Ah, ¿sí? —preguntó Juris en tono irónico—. Me hace gracia que digas eso, teniendo en cuenta que yo tengo el arma y tú estás maniatado. ¿Por qué soy idiota?

—Porque deberías haberme pegado un tiro en cuanto tuviste ocasión. —Se encogió de hombros—. Y porque no necesito las manos para usar mis poderes.

Una vorágine de rabia, frustración e ira se arremolinó en su mente. La liberó hacia el cazarrecompensas en un golpe telequinésico que lo lanzó disparado más allá de la rampa que se cerraba. Se estrelló contra el muro del espaciopuerto y cayó al suelo como un muñeco roto.

Incrédulo por la fuerza que había sido capaz de ejercer solo con su voluntad, dio un paso atrás, pero se obligó a centrarse. No podía perder tiempo.

—¡Mikou! —llamó al tukiki y le mostró las manos, atadas a su espalda—. Necesito tu ayuda con esto, colega.

En un par de saltos, el primate se colocó cerca de él y mordisqueó la brida. No le llevó un tiempo excesivo hacer una incisión en ellas, suficiente para que él se librara tan solo con la fuerza. Se frotó las muñecas y se sentó en el asiento del piloto. No pudo reprimir una carcajada de júbilo al comprobar que la rampa se cerraba del todo mientras Juris continuaba inconsciente en el exterior.

—¡Vámonos! —exclamó—. ¡Cómo me gustaría ver su cara de sorpresa cuando se dé cuenta de que ya no tiene nave!

Mikou se sentó en su regazo y se concentró en el amplio ventanal frente a ellos. Parecía tan ansioso como él por largarse del planeta.

—¿Te gusta nuestra nueva nave? —preguntó mientras rozaba con sus dedos el panel holográfico para iniciar la secuencia de ignición y despegue.

El tukiki se volvió hacia él y le mostró los dientes otra vez. No tenía ni idea si era algo instintivo o lo hacía conscientemente, pero desde que había descubierto las pinturas rupestres en la cueva y la afinidad de su raza con dioses antiguos, estaba seguro de que se trataba de lo segundo.

La nave se elevó hacia el cielo y traspasó la atmósfera sin apenas turbulencias. El espacio se abrió ante él, ofreciéndole un abanico de posibilidades infinitas.

La cuestión era: ¿a dónde? Estaba convencido de que la nave llevaba algún dispositivo de rastreo, pero no tenía ni idea de desactivarlo. Ojalá Katisa estuviera con él, ella sabría cómo.

En la navegación de abordo, el destino introducido por Juris era Barnimar. No reconocía el planeta y buscó en la red de información galáctica datos al respecto. Allí se hallaba una sede importante del gremio de cazarrecompensas, aunque algo más llamó su atención: milenios atrás había existido un templo de Portadores, ahora abandonado.

Un picor en la base de la nuca le obligó a rascársela. La sensación de que la diosa volvía a utilizarle cobró fuerza de nuevo. En un ataque de rabia, se dispuso a cambiar el rumbo.

Sin embargo, se detuvo. El lugar en el que Juris menos pensaría buscarle sería, precisamente, el que él mismo había programado. Además, si la diosa quería que fuera a Barnimar, tal vez encontraría otro de los orbes, uno menos para conseguirlos todos y, con suerte, destruirlos.

Si Kirena quería que jugara, aceptaba la apuesta.



Capítulo 14

Barnimar.

Yeirek estudió la edificación que se erigía frente a él. Tallado en la fachada de una montaña casi al más puro estilo de Calarik, no cabía duda de que trataban de esconderlo. Solo una puerta disimulada y una larga ventana horizontal rasgaban la superficie de roca gris oscuro.

Estaba tumbado en una colina baja frente al edificio, en una zona montañosa sin apenas vegetación. Según los mapas de Barnimar, se encontraba en una extensión deshabitada, razón por la que le extrañó descubrirlo ahí.

Mikou salió de la mochila y se colocó a su lado. Comenzó a mordisquearle los cabellos para llamar su atención.

—Todavía queda algo de pan de setas, si tienes hambre.

Yeirek ya había saciado la suya durante el viaje. La despensa de Juris contaba con platos precocinados, con los que se deleitó tras tantos días de la bazofia insulsa de Calarik. Había aborrecido las setas, y cualquier derivado, para el resto de su vida. Las provisiones de Juris le recordaron su estancia en la Kawaka Azul con Tyon, Nash y Hriss. Cómo añoraba aquella época

de su vida, y a ellos.

Mikou lo miró con fijeza, para volver a llevarse sus pelos de nuevo a la boca.

—¿Qué crees que será este edificio? —le preguntó—. No está señalado en ningún mapa. Como mínimo debería estar abandonado, pero ¿tú qué crees? —Se volvió hacia el tukiki y le rascó la barriga. Él esponjó las plumas y cambió el mordisqueo de sus cabellos por el del dedo —. ¿Se habrían dejado todas las luces encendidas de haberse ido?

Observó a su alrededor. Era muy extraño. Aparte de montañas y colinas de piedra gris no parecía existir nada más. Ni siquiera quedaban restos del templo de los Portadores que buscaba.

Según la información consultada en el ordenador de la nave lo erigieron justo en ese punto, pero se lo tragó la tierra hacía un par de milenios a causa de un terremoto. No quedaba nada él, al menos a simple vista.

—Sí, tienes razón —le dijo a Mikou, que lo estudió con la cabeza ladeada—. ¿A quién le importa? Hemos venido a buscar otra de las Lágrimas. Esto no nos incumbe.

Regresó hacia donde había aterrizado la nave. Cuanto más se acercaba, las campanillas de cristal de su cabeza parecían repiquetear con mayor intensidad, a pesar de ser débiles todavía. Estaba en el lugar correcto, solo necesitaba hallar un modo de llegar hasta las profundidades. Ahí deberían encontrarse los restos.

El sol comenzaba a descender de su cénit. Daba la impresión de que era más tarde, o de que estaba nublado, a causa del plomizo color del cielo. Si no hallaba pronto una entrada, tendría que esperar al día siguiente y se había quedado sin provisiones, a excepción del rancio pan de setas que no quería volver a probar.

Mikou hacía rato que saltó de su hombro y se había perdido por el monótono paraje, pero no le preocupaba. Estaba seguro de que regresaría. Tal vez quería ayudarle a buscar, aunque lo más probable es que hubiera olido algo de su agrado. Sospechaba que el tukiki también había quedado harto de las delicias de Calarik.

Ya tenían suficiente por aquel día. Estaba cansado y los colores que le rodeaban lo deprimían. Además, le dolía el muslo, allí donde el galuta le había asestado el zarpazo. En el botiquín de Juris encontró una pequeña cantidad de sanidux, que no fue suficiente para sanar la herida del todo. Se había cerrado y no parecía infectada, pero necesitaba una cura mejor. Temía que, si forzaba la pierna, volvería a abrirse.

—¡Mikou! —llamó, arrebujándose en su chaqueta para resguardarse de una corriente de aire fría.

Los molestos gritos del tukiki, a los que ya estaba acostumbrado, resonaron por las montañas. Siguió el sonido hasta su origen y descubrió al primate sentado en una roca, desparasitándose mientras lo esperaba.

—¡Aquí estás! Ven, volvamos a la nave. Pronto anochecerá y no veremos nada.

Mikou lo miró un instante y continuó con la tarea de asearse, sin prestarle atención. Yeirek rio ante la cabezonería de su amiguito y se sentó a su lado en la roca. Trató de molestarlo empujándolo con un dedo y el tukiki gritó, subió por el brazo hasta su cabeza y comenzó a despiojarlo a él. Sabía que aquel era un gesto que demostraba su aprecio y lo conmovió.

Un agujero en el suelo captó su atención. Ahogó una exclamación.

—¿Has encontrado una entrada?

Mikou saltó hacia el agujero y se introdujo en él antes de que pudiera impedirlo.

—¡Ey, espera!

Sacudió la cabeza mientras rebuscaba en la mochila una linterna. Alumbró el agujero, pero la oscuridad era tan impenetrable que el haz de luz parecía quedar absorbida por ella.

—¡Mikou! —llamó, asustado. ¿Y si había caído desde una gran altura y se había hecho daño?

El tukiki asomó la cabeza por la apertura durante un instante antes de desaparecer de nuevo. Bien, confiaría en su pequeño amigo y le seguiría.

Se sentó en el borde del agujero y volvió a enfocar. Mikou lo esperaba sobre una roca a menos de dos metros. Parecía un salto fácil, así que se dejó caer. Ahogó un quejido por el impacto en su pierna, pero podía continuar.

Percibió un perfil de rocas que descendían. Mikou saltó de una a otra, y se giraba cada vez hacia él para comprobar que lo seguía.

Cuanto más se alejaban de la entrada, más opresiva se volvía la oscuridad, a pesar de la linterna. El único sonido era el provocado por su respiración y por los guijarros que caían cada vez que descendía a la siguiente roca.

Se sintió observado, como si la negrura lo acosara, y un escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Qué tipo de bestias anidarían en el subsuelo de aquel mundo?

Cuando llegó al final del descenso, la humedad que flotaba le había impregnado la ropa. A medida que sus ojos se adaptaban a la penumbra, la luz que se filtraba por la apertura le permitió vislumbrar que estaba en una caverna. El eco de las gotas al caer revelaba que se trataba de un espacio vasto, y el haz de la linterna no alcanzaba sus límites.

Mikou trepó por su pierna y se sentó sobre su hombro. Temblaba y no paraba de moverse.

—¿Estás bien? —le preguntó, y el tukiki se deslizó de un lado al otro en respuesta.

Necesitaba seguir, a pesar de no tener claro hacia dónde. Se concentró en las campanillas, que parecían tirar de él en una dirección.

Tan pronto como dio el primer paso, un sonido procedente del lado opuesto lo frenó. Era otro tintineo, con una cadencia diferente.

Y era real.

Lo que fuera aquel ruido no estaba en su cabeza. Ni tampoco era provocado por la naturaleza, como gotas cayendo de manera aleatoria. El repiqueteo era agudo y con una cadencia rítmica, como si un ser racional asestara golpes a las piedras. Se detenía y volvía a empezar.

La curiosidad se abrió paso en sus pensamientos. Tal vez tenía algo que ver con el misterioso edificio que había descubierto antes.

Cambió de dirección hacia el nuevo sonido y Mikou se quejó en su oreja.

—Solo será un momento —se excusó—. No sé por qué, pero necesito saber de qué se trata.

Se dirigió hacia una abertura estrecha, aunque muy alta, a la derecha de la caverna. Su calzado blando apenas susurraba entre las piedras, pero podía sentir cada uno de sus cantos redondeados en las plantas de los pies. Tras recorrer cierta distancia, el pasadizo se estrechó hasta el punto de que necesitó detenerse, incapaz de seguir.

No debería haberse aventurado por aquellos pasillos sin conocimiento. Un frío helado lo atenazó, acompañado de un ligero vértigo, y apoyó la espalda contra la roca. Nunca se había encontrado en un lugar tan angosto y la sensación de que las paredes se cernían hacia él provocó que el sudor resbalara por su frente.

Mikou saltó al suelo y se coló por una apertura lo suficientemente ancha como para que incluso Yeirek pasara, aunque a gatas. Lo siguió. El dolor en la pierna se acrecentó al arrastrarse por el suelo de la cueva, pero ahora que el sonido de las herramientas contra la roca era más nítido, no tenía intención de retroceder.

Al menos, el camino no se estrechó, aunque su pronunciado descenso comenzó a preocuparle. Cada paso era un desafío para no resbalar por la gravilla. Se llevó la linterna a la boca y la sujetó entre los dientes con el objetivo de liberar las manos, pero el traicionero suelo le hizo perder el

equilibrio y se deslizó sin control.

Se agarró a salientes y piedras, arañó el suelo con todas sus fuerzas, pero lo único que consiguió fue herirse las palmas de las manos y arrancarse una uña. También perdió la linterna, que se apagó con un *crac*.

La claustrofobia se mezcló con el pánico, seguro de que estaba descendiendo hasta los mismos infiernos. Y ni siquiera sabía qué había sido de Mikou.

Una débil luz anaranjada marcaba el final del camino, a una considerable distancia todavía frente a él. La histeria y la sensación de vulnerabilidad se incrementaron al darse cuenta de que no podía frenar. Si lo que le esperaba al final del túnel era un abismo, caería sin remedio.

El aire se congeló en sus pulmones cuando el grito de Mikou llegó a sus oídos, y una punzada de culpabilidad se sobrepuso un instante a su angustia. Estaba a las puertas de la muerte, y de poco servía lamentarse por su idiotez.

Ya podía apreciar el límite del túnel y, en un último intento de salvar la vida, trató de agarrarse del borde. Sin embargo, la velocidad con la que descendía se lo impidió.

Se desplomó al vacío.



Capítulo 15

Barnimar.

La sensación de que el estómago se juntaba con su pecho se mezcló con el vértigo y no pudo reprimir un alarido de terror.

A pocos metros del final, un leve reflejo le reveló que el suelo no era roca dura, sino un estanque, aunque de profundidad desconocida. Esperaba que la suficiente para no partirse la cabeza.

El impacto contra el lago le arrebató el aliento con una fuerza inesperada. Jamás habría imaginado que golpear el agua pudiera doler tanto, casi como estrellarse contra cemento. Sin embargo, al sentir el abrazo del agua y percibir que continuaba con vida, se tranquilizó.

Debía ser muy hondo puesto que, a pesar del impulso por la velocidad, ni siquiera rozó el fondo. Se propulsó hacia la superficie, mareado y desorientado, con fuertes brazadas. La sensación de que no llegaría a tiempo al exterior le aterró, pero justo cuando sus pulmones no aguantaban más la presión, sacó la cabeza del agua.

Apenas se detuvo a recuperar el aire antes de encontrar a Mikou, que chapoteaba cerca

intentando mantenerse a flote. Nadó hacia él y lo cazó justo antes de que desapareciera bajo las aguas. El tukiki se le agarró a la cabeza con fuerza, tanta, que podía sentir su desbocado corazón palpitar contra la mejilla, a una velocidad incontrolable.

—No veo nada si me tapas los ojos, Mikou —le dijo, pero no parecía que tuviera intención alguna de moverse, así que tanteó el camino hacia la orilla más cercana.

El primate temblaba desde las orejas a la cola y, con las plumas pegadas al cuerpo, parecía más diminuto de lo que era en realidad. Pero no estaba herido, solo asustado.

Empapado y congelado de frío, Yeirek se tomó unos minutos para escurrir la ropa. Envidió por un momento la facilidad del tukiki por expulsar el agua con solo ahuecar las plumas.

El tintineo volvió a captar su atención, revelándole que quien martilleaba la roca estaba cerca. No tenía manera de saber cuánto habían descendido, seguro que mucho, pero si había alguien más, encontraría el modo de salir.

Continuó el avance pegado a las paredes húmedas de la cueva, mientras Mikou se aferraba a su hombro con fuerza y olisqueaba el aire.

Un par de pequeñas luces se iluminaron de pronto, en medio de las paredes del pasadizo, como si contaran con un sistema de detección. Le extrañó, no parecían puntos de luz normales. Sus formas no eran uniformes ni estaban simétricamente colocadas. Tampoco brillaban lo suficiente como para que su cometido fuera alumbrar. Se aproximó, presa de la curiosidad.

A medida que se acercaba a ellas, las formas cobraron intensidad, y el fulgor estaba teñido de un azul claro que conocía bien. Ahogó una exclamación. No podía ser. Extrajo la eséntica de su madre del bolsillo oculto en la mochila y la estudió. Brillaba de la misma manera.

De un par de zancadas, alcanzó la primera de ellas y comprobó que estaba incrustada en la roca de forma natural. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando sus dedos tocaron la textura de la gema.

—Es una eséntica, Mikou —susurró mientras trataba de controlar su respiración. Se acercó a la siguiente piedra—. Y esta también.

Una leve brisa rozó su rostro y arrancó a andar con determinación hacia la cada vez más brillante iluminación anaranjada. A su paso, más de aquellas gemas prendieron y su la luz azul claro parecieron darle la bienvenida. Al menos, contó seis.

El incesante tintineo que acompañó sus pasos de pronto se detuvo.

—¿Habéis visto eso? —La voz de una mujer resonó en las paredes. Se escuchaba ahogada, como si algo cubriera su boca—. ¿Por qué de repente brillan tanto? ¿Y ese color azul claro? Ninguno de vosotros es telequinético, ¿verdad?

Su corazón se saltó un latido y se detuvo de golpe. ¿Eran Portadores? No podía ser, era imposible, estaban todos muertos; pero aquellas palabras parecían delatar a la mujer como tal.

Con cuidado de que no lo vieran, asomó la cabeza a una pequeña sala ensanchada de manera artificial y descubrió a cinco personas. Cuatro de ellas, armadas con picos, herían la roca para abrir un pasadizo.

El único humano se detuvo al escuchar a la que había hablado, una aosién de cabello oscuro, con martillo y cincel. Sus orejas puntiagudas sobresalían a ambos lados de un moño sucio y despeinado. Los dos felinaes, un hombre y una mujer, siguieron con su cometido sin descanso. El último de la cuadrilla era un dernan con una barba larga llena de canas, trenzada con decenas de giros que evitaban que se la pisara. Aprovechó el momento para secarse el sudor de la frente.

La mujer del moño se hallaba frente a una de las esénticas con el ceño fruncido. Acercó las herramientas con la intención de extraerla, pero se detuvo y la observó más de cerca. Se rascó la oreja puntiaguda y acomodó el revoltijo que le recogía el cabello. Echó una ojeada inquisitiva al

humano, que se limitó a encogerse de hombros.

Todos ellos respiraban a través de una máscara que les cubría nariz y boca, conectada a una mochila a la espalda. Yeirek convirtió sus manos en puños al reconocer el modelo: era el mismo con el que la Guardia había anulado la voluntad de Kat justo antes de que se separaran de nuevo.

—¿No os parece extraño? —preguntó la aosién a sus compañeros—. Hace un momento brillaba añil, como mi Foco, con algún destello de los vuestros. Y ahora esto…

Foco… Su corazón se aceleró a la vez que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sí que eran Portadores. La cabeza le daba vueltas y necesitó apoyarse contra la roca. Al menos había encontrado a cinco. Él no era el único que sobrevivió al ataque de la Guardia. Era la mejor noticia que había recibido en muchísimo tiempo.

Pero eso también quería decir que desde entonces se había autocompadecido sin hacer nada al respecto. Si se hubiera esforzado en encontrar supervivientes, en reunirlos a todos y luchar juntos contra el Regente Supremo, tal vez la situación sería distinta.

Esperó unos segundos para tranquilizarse. Temblaba por la excitación de la cabeza a los pies. Una vez preparado, avanzó hacia ellos con movimientos suaves y carraspeó para llamar su atención.

—Sois… sois Portadores. —Los nervios traicionaron su elocuencia.

Los cinco se volvieron hacia él enarbolando sus herramientas.

—¿De dónde sales tú? —preguntó la aosién con desconfianza—. Todavía nos quedan varias horas para el cambio de turno. ¿Y tu respirador? No sobrevivirás mucho tiempo si te lo quitas.

¿Cambio de turno? No entendía nada.

—Pensaba que estabais todos muertos. —El temor en los ojos de ellos lo desconcertó, aunque pronto se convirtió odio.

Mikou se ocultó en la mochila y lanzó un lamento asustado, cuando el humano se adelantó y los amenazó con el pico.

—Estamos en una zona inexplorada y no te había visto nunca. ¿Quién eres? ¡Responde!

Levantó las manos para mitigar los ánimos. Su desconfianza era producto del gas, y debía ir con cuidado si no quería que lo atacaran.

—Me llamo Yeirek y soy Portador, como vosotros. ¿Qué hacéis aquí?

Ninguno pareció reaccionar a su pregunta. En cambio, el humano se adelantó otro paso y aferró más la herramienta. Lo cierto era que, con aquel aparato sobre la boca, le daba un aire fiero que le hizo retroceder.

La felinae se escondió tras su compañero de raza.

—¿Y si es uno de los disidentes sobre los que nos alertaron los soldados? —dijo a través de la mascarilla—. Los que quieren matarnos por haber sido Portadores.

—Os juro que no he venido por eso —se apresuró a contestar—. Pero no entiendo nada. ¿Por qué os tienen retenidos en estas cuevas? Eso son esénticas, ¿para qué las extraéis?

El hombre dio otro peligroso paso hacia él. Sus ojos eran dos rendijas estrechas.

—Eso es secreto. Ni siquiera a nosotros nos lo cuentan, pero sabemos que es por el bien de la galaxia. ¡Y si trabajaras aquí lo sabrías!

Yeirek retrocedió otro paso.

—¡Estoy aquí por otra razón! —se defendió—. Buscaba un antiguo templo de nuestra Hermandad y he caído cerca por accidente. —Miró a cada uno de ellos a los ojos. No sabía cómo convencerlos de que eran manipulados.

—No te creo. —El felinae se adelantó un par de pasos hasta situarse al lado del humano, y

también enarboló su pico. Esa actitud descolocó a Yeirek. Un Portador quemaba la Esencia a la menor señal de peligro, y no ver sus manos envueltas en llamas le pareció curioso—. Nadie baja tan abajo «por accidente». Vas a hacer que nos castiguen a todos.

—Podemos buscar una salida juntos. Seguro que…

El dernan gruñó y se lanzó hacia él con intención de atacarle. Los otros dos lo siguieron.

—¡No! —Su corazón le golpeó en el pecho—. ¡No quiero haceros daño!

Pero debía hacer algo, si no lo matarían. Quemó Esencia y empujó al trío con la fuerza suficiente como para provocar que trastabillaran y cayeran, aunque no trató de dañarlos, solo ganar tiempo.

—¡Guardias! —gritó la aosién del cincel y el martillo—. ¡Un desertor nos ataca!

Clavó los ojos en ella, desconcertado por su traición. Lo acababa de ver quemando Esencia y ¿aun así lo delataba?

Unas fuertes pisadas se acercaron desde un pasillo al otro extremo de donde se encontraba él. Al menos dos soldados corrían hacia allí.

Sin dudarlo, se lanzó de nuevo por el pasadizo por el que había llegado, corriendo con todas sus fuerzas. Debía echar mano de su arma de Portador, pero se hallaba en el bolsillo oculto de la mochila. Buscarla enlentecería la huida.

Echó una mirada atrás y comprobó que tres soldados de la Guardia le pisaban los talones. El miedo lo atenazó. No podía permitir que lo apresaran y le colocaran uno de aquellos respiradores. La voluntad era lo único que le quedaba para intentar salvar a Kat y a su tío. Si le privaban de ella con el gas que dispensaban, ¿de qué habrían servido todas las penurias por las que había pasado?

Solo existía una vía de escape: el estanque al que había caído. Tal vez si buceaba lo suficiente hallaría la manera de salir de allí.

Se precipitó por el inestable suelo hacia la salvación, pero tropezó a causa de la falta de luz. Se derrumbó sobre su pierna mala, y una piedra afilada se le clavó en la herida. Gritó de dolor y trató de incorporarse de nuevo.

Antes de conseguirlo los tres soldados se abalanzaron sobre él y lo inmovilizaron bocabajo. Uno de ellos le retorció el brazo mientras presionaba con la rodilla contra su cuello. No podía moverse, ni apenas respirar.

Trató de defenderse quemando Esencia. Lanzó a los otros dos con todas sus fuerzas, hasta que el que lo tenía sujeto lo golpeó en la cabeza con una porra. El aturdimiento copó sus sentidos y la oscuridad se llenó de puntos verdes y morados. Perdió la orientación, pero no cesó en su forcejeo.

—¡Trae una máscara! —gritó un soldado a uno de los otros dos, mientras le esposaba las manos a la espalda.

—¡No! —Por fortuna, no las necesitaba para dirigir su Esencia, solo tener línea de visión directa, así que giró el cuello un poco más, a pesar del daño que le provocaba, y empujó a su captor con la telequinesis. Libre del peso del soldado, se incorporó como pudo, aunque con las manos atadas y la pierna herida, no llegó lejos antes de ser derribado de nuevo.

Alguien le colocó uno de aquellos malditos respiradores. Desesperado, cerró los ojos con fuerza. No dejaría que lo controlaran como al resto. Sin embargo, solo consiguió aguantar el aliento menos de un minuto y, cuando sus pulmones no soportaron más la presión, aspiró el gas dispensado.

—Ya está, muchacho —dijo el soldado con voz suave—. Todo va bien, respira. Estás a salvo.

No, no estaba todo bien. Trataban de dominarle, de obligarle a obedecer. No podía permitirlo. Se volvió sobre su espalda y empujó con la pierna buena al guardia que lo retenía momentos antes, quien había aflojado la presión.

—¡Quitadme esto de la cara! —gritó, mientras luchaba de nuevo por escapar—. ¡No pienso caer en vuestra trampa!

Recibió otro golpe de porra, que lo dejó al borde de la inconsciencia, y uno de ellos lo apresó de nuevo contra el suelo.

—¿Por qué no funciona con él? —preguntó uno de los soldados.

—Ya ha pasado alguna vez —le contestó el que, con su propio cuerpo, le impedía moverse—. Por lo visto, si sabe que el gas sirve para eso es más difícil convencerle. —Lo sujetó con firmeza —. Tranquilo chico, no vamos a hacerte daño.

—¡Ya me lo hacéis! —respondió él, revolviéndose—. ¡Y no voy a dejar que me esclavicéis como a ellos!

Desesperado por la impotencia, trató de quemar Esencia de nuevo, pero no le fue posible. Aquello le confirmó lo que había adivinado antes, que el gas de algún modo anulaba la Esencia. El corazón estaba a punto de reventarle por el esfuerzo y el terror a que su viaje terminara ahí.

—¡Pásame el tranquilizador! —le ordenó el soldado que lo paralizaba a otro, que le entregó un inyector.

Forcejeó hasta el último momento para evitar que le administraran aquel sedante. Si dejaba que se lo inyectaran, estaba todo perdido.

Lágrimas de impotencia se agolparon en sus ojos al sentir el pinchazo en su brazo. Apretó los dientes para tratar de mantenerse despierto.

Pero la oscuridad lo envolvió.



Capítulo 16

Barnimar.

Katisa y Tanard avanzaban sobre la deslizadora por un estrecho valle. Les rodeaban colinas de gravilla gris oscura que parecían no tener fin.

Su barriga se revolvía por los nervios. Aquella era su primera misión de rescate a gran escala y cien mil cosas podían ir mal. Para colmo, no dejaba de pensar en cómo los cálidos brazos de Tanard la rodeaban para no caerse de la deslizadora.

No podía acelerar o el ruido de los motores alertaría a los guardias del complejo minero y mandaría el plan al garete. Era un fastidio. Según la información desplegada en su hololentilla, quedaban al menos tres kilómetros más a aquella velocidad.

Tal como sospechó, la noticia de una mina llena de ex Portadores creó conmoción entre la gente del PACTO. Todos supusieron que habían muerto aquel día, en el que el atacaron a la Hermandad y el Regente Supremo mató a su padre.

Saber que mantenían retenidos a un par de cientos de ellos en esas minas les inundó de esperanza. Y, con todo, nadie entendía por qué no se habían liberado por ellos mismos. La

respuesta la descubrió Katisa varios meses atrás, cuando la Guardia había tratado de anular su voluntad con una droga dispensada a través de las vías respiratorias.

Con ella funcionó. Mientras aspiró aquella sustancia, cualquier orden recibida por la Guardia le pareció racional e indiscutible. De no haber sido por Yeirek, a saber en qué prisión se hallaría en aquellos momentos. Era lógico suponer que los prisioneros debían estar bajo los efectos de algún compuesto similar, sino el mismo.

La mano de Tanard se cerró sobre la suya, con la que agarraba el manillar.

—Eh, calma —le susurró al oído—. La estás acelerando.

La reverberación del timbre de su voz en la oreja le provocó cosquillas en el bajo vientre. Su mente se desplazó a sus «reuniones» de los últimos meses, tras el accidente con la deslizadora en la capital.

Tan había insistido en ser él quien le realizara las curas con su reserva de nanosanadoras, y las sesiones se convirtieron en algo cercano a unos preliminares. Sin embargo, nunca había ido más allá de lo que ella le permitiera. Una decisión de la que a menudo se arrepentía, como en aquel preciso instante.

—No estoy segura de que estén preparados —comentó con la esperanza de alejar aquellos pensamientos turbadores. A pesar de saber que era un juego inocente entre ellos, no era de piedra. Frenó el vehículo hasta la velocidad adecuada.

—¿Nuestros congéneres? —preguntó Tan en tono divertido—. ¿Por qué no? Llevan cerca de dos meses recibiendo entrenamiento intenso para realizar la misión. Los he visto. Son muy capaces.

—Pero la mayoría eran granjeros…

—Y esclavos, y concubinas en burdeles. El fuego de verse en esas situaciones en contra de su voluntad no es fácil de apagar. Me alegro de que lo estén aprovechando para luchar.

Katisa sacudió la cabeza y aspiró con fuerza. El olor terroso que los envolvía le sirvió de ancla para centrarse.

—Podrían morir.

—Claro, y tú y yo. Ya lo saben y, aun así, todos levantaron la mano incluso antes de que pidieras voluntarios. ¿O no lo recuerdas?

—¿Y si no fuera cierto? —insistió. No quería que sus muertes recayeran sobre sus hombros—. ¿Y si no hubiera Portadores en las minas?

—Lo ideal sería que lo fueran, pero si no, liberaremos a cientos de esclavos igualmente. —Su mano volvió a cerrarse sobre la suya—. Hay que ver cómo te gusta correr. Para ciertas cosas, al menos. ¿O acaso quieres provocar un accidente y así conseguir más citas con *mis* nanosanadoras? —Hizo una pausa con teatral intencionalidad y una oleada de calor recorrió la piel de Katisa al recordarlo—. Estamos a punto de llegar, frena.

Tanard tenía el don de hacer que todo pareciera más fácil. Era una de sus cualidades, junto a la galantería, la cual era una moneda de cambio que repartía entre todas las mujeres con las que se cruzaba. Tal vez enmascarara con ello algún problema que lo atormentaba, pero despertaba en ella las ganas de querer seguirle allá donde fuera.

Se dirigieron al punto que marcaba su hololentilla. Según el mapeado geológico de Clak, aquel sería un buen lugar de observación para evaluar el escenario. También debían asegurarse de la viabilidad de la entrada auxiliar por la que pretendían infiltrarse.

El resto del equipo de rescate, compuesto por Drarin, Tyon, Clak, una veintena de alaras del desierto y otra nave además de la Aénima, esperaban a expensas de que ella llevara a cabo aquella maniobra. Si no cumplía su parte del plan, el resto fracasaría.

Llegados a ese punto, al menos solo ella saldría perjudicada, razón por la cual se había negado a que Tan la acompañara. No necesitaba niñera, sobre todo una que pudiera resultar herida, o peor.

Sin embargo, el exteniente Durk la había acusado de insensata e inexperta en el campo, algo de lo que, a regañadientes, debía admitir. La aleccionó sobre que los equipos eran, como mínimo, de dos integrantes. Las almas solitarias tenían otro tipo de misiones, y ella no estaba a la altura de realizarlas.

Cada vez que hablaba con aquel hombre insufrible soltaba un suspiro de exasperación, pero aceptó sus instrucciones. Tanard la cubriría cuando fuera vulnerable, en el momento clave.

Detuvieron la deslizadora tras unas rocas y, al apearse, una corriente de dolor recorrió su pierna. Ahogó una exclamación.

—¿Cómo va tu herida? —preguntó Tan. Le ofreció el brazo, solícito—. Dijiste que estabas bien del todo.

—No me habrías dejado venir si te hubiera dicho la verdad —replicó, apretando los dientes—. Estoy bien, te lo prometo. Solo se resiente cuando mantengo la misma posición un rato.

Con cuidado treparon la loma, arrastrándose los últimos metros para no ser vistos. Sus ropas oscuras se camuflaban con el color de las colinas, lo que facilitaba la infiltración.

Una vez en posición, agazapados, desplegó el mapa en su holomuñequera y lo colocó a nivel de sus ojos, de manera que el dibujo digital coincidiera con el entorno.

De no ser por la información de Durk, nunca habría adivinado que en aquel lugar se escondía un edificio. Una estrecha y alargada ventana horizontal, escarbada en la ladera, era el único indicio de ello. Aquella estructura le recordó a Calarik, donde las viviendas se encontraban en el interior de las montañas para resguardarse del calor.

La única puerta apenas se apreciaba y no era grande, lo suficiente para permitir el acceso a un vehículo de prisioneros cada vez. Dos robots de batalla montaban guardia, inmóviles. Desde aquella distancia podían parecer desactivados, pero las luces que parpadeaban bajo sus carcasas daban a entender lo contrario.

—Clak —llamó a través de su comunicador—. No habías dicho nada de robots. ¿Por qué hay dos en la puerta?

—No deberían estar ahí. —Su voz no era clara, varias interferencias la desvirtuaban—. Habrán incrementado la seguridad por algún motivo. Investigaré si hay más sorpresas aguardando y os mantendré informados. Tened cuidado.

Un escalofrío recorrió su espalda. Conocía aquellos modelos, llenos escáneres de todo tipo, con las armas fusionadas a los brazos. Eran similares a los que se enfrentó, junto con Yeirek, cuando liberaron en Calarik a una población de un limitado ejército robótico. Habían pasado seis o siete años, toda una vida para ella, y estos robots parecían más modernos. Era posible que les hubieran instalado escudos de energía individual, una práctica de moda en la actualidad.

A su lado, Tan estudió el complejo con sus anteojos llenos de telemetría.

—Menos por esos trastos, lo demás coincide con la información de Durk —susurró a su lado —. Debería haber cinco soldados en la sala de control. Los otros veinte estarán en las minas o vigilando las celdas.

—Eso si no nos ha engañado —comentó entre dientes, mientras estudiaba lo que sería su punto de acceso.

Tanard rio con suavidad.

—¿Tú, desconfiando de alguien? ¡Menuda novedad!

Katisa chasqueó la lengua y alzó los ojos al cielo. Prefería desconfiar que tener fe ciega en la

información de alguien que había trabajado para el enemigo. Le prepararía mejor en caso de una emboscada.

—Deberíamos dar un rodeo por allí —señaló una bifurcación en el camino—, y acercarnos a pie pegados a la loma. Según Clak, los sensores del edificio están centrados en detectar vehículos. Y, si algún soldado avispado nos descubre, con suerte pensará que somos de la fauna local.

—Tú mandas —contestó con una pícara sonrisa—. Ya sabes que tus deseos son órdenes para mí.

Reprimió la réplica que iba a soltarle, sonrojándose, y volvieron a montar. Debían tener especial cuidado con el ruido de la deslizadora, incluso el de sus propias voces. En un valle tan estrecho como aquel, el eco era un elemento traicionero.

Abandonaron el vehículo fuera del alcance de los escáneres y avanzaron en sigilo, atentos a cualquier sonido que proviniera del edificio.

Tan posó una mano sobre su hombro y señaló hacia adelante.

—Mira, la trampilla está ahí. —Le dedicó una sonrisa de suficiencia—. ¿Ves como no nos engañaba?

—O tal vez quiere que nos confiemos —argumentó, burlona.

—Eres incorregible. —Palmeó su hombro y le indicó con la cabeza que avanzaran—. Si no fuera porque eres adorable me caerías mal.

Se pegaron a una roca cercana a la entrada semioculta.

—No disimules —susurró ella mientras avanzaba con todo el cuidado que le era posible—. Sé que me odias porque no me plego a tu voluntad.

—Al contrario, *merinae iranar,* eso solo lo hace más interesante. —la contradijo, meloso, y le guiñó un ojo—. Pero céntrate, estamos llegando.

Katisa se detuvo un instante para respirar varias veces y calmar su mente. Agradecía a Tan que hubiera impuesto su autoridad sobre la de Drarin para acompañarla. Su preocupación desmesurada habría incrementado sus nervios, en lugar de apaciguarlos como él hacía ahora.

Su amigo de la infancia había protestado casi hasta llegar a las manos, pero la templanza de Tanard no se resquebrajó ni un segundo. Además, su precisión con el rifle francotirador era necesaria en otro punto del plan, donde su habilidad fuera más útil. Como, por ejemplo, para proteger a todo el equipo.

—Llegó el momento. Cúbreme —indicó Kat, extrayendo el desencriptador de su cinturón. Se desplazó en cuclillas hasta la trampilla del suelo que, cubierta de arena y gravilla, apenas se distinguía del resto del entorno.

La única manera de abrirla era por el otro lado, a través de un panel al que no tenían acceso. Pero ella contaba con otros medios.

Cambió la visión de su hololentilla, que le indicaría el circuito eléctrico y el lugar óptimo en el que colocar el desencriptador para una mejor recepción. Allí acercó el pequeño objeto circular y dejó que hiciera su magia.

Los segundos se convirtieron en minutos, y el sudor comenzó a resbalarle por la espalda a pesar del aire fresco que soplaba entre las montañas.

Echó un desesperado vistazo a Tan, que le infundió calma con un movimiento de sus manos. Se tocó el reloj y le indicó con los dedos que todo marchaba según lo previsto. Volvió a inspirar y exhalar con lentitud. Debía trabajar su falta de paciencia.

Al fin, con un chasquido, el cierre de la trampilla se desconectó. Abrió la pesada portilla y ojeó el interior. Una escalera de mano descendía, aunque con el contraste de la luz del exterior no

apreció hasta qué profundidad.

Asintió decidida mientras se disponía a bajar, seguida de cerca por Tan.

Estaban dentro.



Capítulo 17

Barnimar. Mina de extracción

Gracias a la peculiaridad en su visión, no necesitaron encender linternas mientras bajaban por la escalera de mano. El único sonido era el del roce de sus botas blandas sobre los peldaños metálicos.

No parecía que fuera a acabarse nunca. Tras varios minutos, todavía no veía el fondo. Le resultó poco práctico para tratarse de un acceso de mantenimiento, pero ¿qué sabía ella?

El olor a humedad que se filtraba en las rocas la transportó a su casa y lo aspiró, intentando retenerlo el máximo tiempo posible. A pesar de que odiaba su planeta, atesoraba los momentos pasados allí con su madre.

Repasó el plan. Tantas cosas podían salir mal. Creía haber pensado en todos los posibles problemas y, aun así, estaba segura de que aparecerían otros que ni se imaginaba.

¿Desde cuándo era tan reflexiva? Su madre, y tras ella su tía, no se hartaban de reprenderla por impetuosa. Trepaba montañas, galopaba como loca sobre Farnii, actuaba sin pensar una segunda vez. ¿Por qué ahora repasaba una y otra vez todos sus actos?

La respuesta era fácil: antes solo debía preocuparse por sí misma, y la juventud a veces le hacía creer que podía ser inmortal, que los accidentes no iban con ella. Sin embargo, ahora había vidas en juego, personas cuya existencia podía depender de tomar una mala decisión.

Por fin pisaron tierra firme. Al detectar movimiento, los sensores encendieron las luces, revelando una sala llena de tableros eléctricos.

El generador era una estructura imponente que ocupaba casi todo el espacio, cuyo zumbido taponaba los oídos. A su alrededor, varias células de combustible aguardaban su turno para alimentar aquella bestia. Despedían un olor a metal, aceite y algo que no supo discernir.

Tubos iluminados con una fosforescencia azul conectaban el generador a un panel adyacente. Señales parpadeantes indicaban el flujo destinado a abastecer toda la mina, en un juego de luces hipnotizante.

Desenfundó la pistola, pero no apuntó al generador. Si lo sobrecargaba, era posible que causara una explosión a la cual no sobrevivirían; eso si no contaba con algún sistema de prevención.

Así que descargó todo el cargador eléctrico sobre el panel de control para inutilizar la instalación. Los puntos de conexión chispearon, algunos explotaron, pero soltó un suspiro de alivio cuando todo quedó a oscuras. Sin estallidos ni alarmas. Apagó el generador y golpeó los empalmes hasta inutilizarlos.

—Fase uno completada —habló por el comunicador—. Drarin, fríe a esos robots

—Recibido. —El sonido de dos únicos disparos reverberó en su oído—. Ya. Están fuera de juego.

—Vale, que entren los equipos. Vamos a tratar de limpiar todo lo que podamos para que encuentren la mínima resistencia posible. Necesitaremos esa batería que transportan.

Se dirigieron a la única salida sin contar la escalera por la que habían descendido. Los llevaría al interior de la mina y, al contrario de lo esperado, no tenía panel de acceso.

En cuanto su mano se posó en la puerta para abrirla, la luz regresó.

—Pero ¿qué? —exclamó Tanard.

Katisa chasqueó la lengua.

—¡Te lo dije! —Pateó el suelo con fuerza—. Durk «se olvidó» de decirnos que contaban con otro generador. *¡Shelak!*

—Vale, tenemos problemas más acuciantes ahora. Ya le rebanaremos el cuello luego. Hay que ayudar a los nuestros. ¿Qué hacemos?

—Aquí está todo frito —concluyó al comprobar que la electricidad no provenía de ningún punto de la sala—. El generador de reserva debe estar en otro lugar del complejo.

Echó mano al comunicador.

—Drarin, hay complicaciones. No hemos podido anular completamente la electricidad. Que el equipo recule con cautela y esperen nuestra señal.

—¡Demasiado tarde! —La voz de Drarin contenía un ápice de histeria—. ¡Ya avanzan hacia la puerta!

La opresión en su estómago se incrementó. Todo el plan se basaba en la destrucción del generador. Contaban con que los soldados percibieran el apagón como un simple problema eléctrico, hasta que ellos tomaran el lugar.

La incursión sería más complicada sin la ventaja de la oscuridad. El plan había sido contar con que los soldados quedarían ciegos, mientras que su equipo, compuesto en su totalidad por alaras del desierto, podrían moverse con libertad sin necesidad de luz.

El sonido de maquinaria y el resonar de piedra contra piedra reverberó en las paredes.

Petrificada en el sitio, le echó una mirada alarmada a Tan.

—¿Qué *nomeidas* es *eso*? —preguntó, apretando su brazo con fuerza.

La tez de Tanard palideció varios tonos. Un nuevo sonido, el del constante disparo de un cañón de energía, anuló todos los demás.

—*Eso* son las defensas. —Desenfundó la pistola y se parapetó contra el marco de la puerta—. Las que deberían haber dejado de funcionar.

La respiración se le disparó. Una imagen mental de sus congéneres muriendo acribillados por los cañones se negaba a abandonarla.

—Nuestra gente... —La angustia se incrementó en su interior.

—¡Céntrate! —Tanard presionó su hombro—. Tenemos que concentrarnos en salvarlos. ¡Drarin, que se retiren! —ordenó al auricular, por encima del ensordecedor ruido de los cañones. Después la obligó a mirarlo—. Debemos encontrar ese generador. ¡Ahora!

Tenía razón, no podía permitir que la situación la superara o perderían la oportunidad, y muchas vidas. Armada con ambas pistolas, se precipitó hacia el pasillo detrás de su amigo.

—¡Clak! ¡Necesitamos que destruyáis esas defensas!

Un par de chasquidos más tarde, la voz del androide resonó en su oído.

—No estamos en las inmediaciones, la topografía accidentada de la zona no nos ha permitido aterrizar cerca. ¡Vamos para allá!

—¡Entendido!

Se colocó a la cabeza de la marcha. Tenía claro que los planos que Durk les había pasado no estaban del todo actualizados, pero podía hacerse una idea de dónde habrían colocado el generador auxiliar.

La voz de Tanard la sobresaltó.

—¡Clak! Interfiere las comunicaciones para evitar que pidan refuerzos.

Cierto. Si lo demás funcionaba, nada les libraría de que mandaran un mensaje de socorro. Era un desastre, todo estaba saliendo mal.

—Interceptadas —corroboró el androide— Además, puedo confirmar que en sus registros no consta comunicación alguna con su central en Barnimar, ni en ningún otro sitio. No han solicitado ayuda.

Una nueva voz se unió a la conversación y provocó que apretara los dientes. Durk.

—De todos modos, el tiempo de respuesta sería superior a tres horas. Estamos a salvo, tan lejos de la capital.

Se mordió la lengua para no increparle. Todo se había torcido por su culpa.

Unos pasos les alertaron. Frente a ellos, un hombre de mediana edad, con ropa de trabajo sucia y un cinturón lleno de herramientas, se quedó petrificado. Debía tratarse de un ingeniero de mantenimiento acercándose a comprobar qué había ocurrido.

Sin pensarlo dos veces, Katisa disparó varias descargas eléctricas sobre el hombre, que cayó al suelo entre convulsiones, con los dientes apretados.

Lanzando la culpabilidad al fondo de su mente, avanzó hacia él y presionó la pistola contra su frente.

—El generador auxiliar —preguntó amenazante—. ¿Dónde está?

El técnico le dedicó una mirada cargada de odio y perdió el conocimiento antes de poder contestar.

Solo les quedaba una opción: seguir los tubos de electricidad.

Siguieron a la carrera la ruta trazada por los cables, a través del laberinto de pasillos de piedra y luces auxiliares. El retumbar de los cañones del exterior los acompañó todo el camino, a pesar

de que el intervalo entre disparo y disparo se distanciaba cada vez. El generador auxiliar no debía contar con tanta potencia. Con suerte, la agotarían pronto ellos solos.

Tras lo que le parecieron kilómetros, llegaron a una isla en la que desembocaban varios pasadizos. En el centro se hallaba un montacargas que esperaba para descender. Se asomaron a observar la longitud del tubo por el que se desplazaría.

Y se enfrentaron a un abismo sin final.

No había rastro de mineros, solo el lejano sonido de picos. Era muy débil, por lo que debían estar a kilómetros por debajo.

—¡Kat! —la exclamación de Drarin la sobresaltó—. La mayoría han conseguido salir de la línea de fuego. Hay algunas bajas, pero no demasiadas. El problema es que la batería está inoperativa. Repito: la batería está inoperativa.

Su temperatura corporal descendió varios grados de golpe. Bajas. Se suponía que iba a ser una misión sin apenas riesgos y su trabajo debía haber evitado las muertes.

Tan la agarró por la cintura y se ocultaron en una grieta entre las rocas.

—Alguien viene hacia aquí —susurró.

Se había ofuscado con la noticia de las muertes hasta el punto de no pensar en otra cosa. Por eso no percibió los dos pares de botas que se acercaban. No podía distraerse de ese modo.

Dos soldados cruzaron por su lado sin percatarse de su presencia. Debían ir de camino a la sala del generador principal. En cuanto vieran al técnico inconsciente y el destrozo deducirían que les atacaban. Era cuestión de segundos que saltaran las alarmas.

En la estrecha grieta no había apenas espacio, pero Tanard se las apañó para abrazarla.

—Sé lo que piensas —le dijo, y ella se dejó caer contra su pecho—. Yo tampoco me esperaba bajas, pero hay que seguir, o será mucho peor.

—No sirvo para esto, Tan —le confesó, luchando por reprimir las lágrimas—. Cada muerte es como una puñalada.

El alara asomó la cabeza y escudriñó a ambos lados, la agarró de la mano y dejaron el escondrijo. A pesar de que la roca ya no tocaba su piel, la sensación de frío no aminoró.

—Por eso confío en ti, Kat —la alentó sin soltar su mano mientras avanzaban—. Eso hace de ti una gran líder. Te preocupas por tu gente tanto como de ti misma.

—No quiero ser ninguna líder. Todo esto me supera. —Apretaron el paso. O llegaban pronto al generador auxiliar o el plan se desmoronaría. Más aún.

Tan estrujó su mano.

—Solo te falta un poco de confianza en ti misma. Y experiencia.

—Kat. —Su intercomunicador vibró de nuevo con la voz de Drarin—. ¿Abortamos?

—¿Qué? —preguntó, tratando de retomar el hilo—. ¿Por qué?

El suspiro de Drarin fue sonoro.

—¿La batería? La que necesitamos para llegar a los mineros ¡Ya no tenemos!

Cierto, ese pequeño dato.

Un repentino dolor en las sienes amenazó con dejarla fuera de juego. ¿No había ni una cosa que pudiera salirles bien?

Lo sensato sería abandonar la misión, que los supervivientes regresaran a las naves y ellos dos trataran de encontrar una salida.

Se detuvo, frenando a Tan, que le echó una mirada inquisitiva.

—La decisión es tuya —le dijo y, por su expresión, estaba dispuesto a acatar sus órdenes, cualesquiera que fuesen.

Se encontraban tan cerca… Aquellos esclavos, Portadores o no, dependían de ella. ¿Acaso no

se había unido al PACTO para contrarrestar las injusticias de la galaxia? Sin embargo, debía admitir que, en esas circunstancias, no había nada que hacer. Aquella operación les venía grande. Al menos a ella.

Un largo suspiró, originado en su corazón, abandonó sus labios. Regresaban. Activó el comunicador.

—Drarin, abor… —Las palabras se congelaron en su garganta.

Y si…

—¿Kat? —inquirió Drarin—. ¿Has dicho que abortamos?

—¡No! —Se mordió el labio, dando forma a su idea para ver si sería viable—. Queda una oportunidad.

Volvió la vista a Tan, que ya sonreía de oreja a oreja.

—Sabía que no me defraudarías. ¿Qué necesitas?

—Tiempo.

Arrancó a correr, arrastrando a Tanard.

—¡Vaya! ¿No podías haber pedido un planeta? ¿O todo el oro de la galaxia? ¡Eso habría sido más fácil!

Kat soltó su mano para ganar velocidad. Si las diferencias del plano con la realidad eran salvables, se hallaban cerca del lugar donde ella habría colocado el generador auxiliar. Los tubos fosforescentes de electricidad parecían confirmárselo.

Cuando ya creía que avanzaban en círculos en ese laberinto de pasadizos, el camino frente a ellos terminó en una sala natural sin puerta.

Era más pequeña y rudimentaria que la del generador principal, pero no cabía duda de que era el lugar. En ella convergían y surgían cables y tubos eléctricos, de aquel mismo azul hipnótico que habían seguido.

—¡Aquí está! —anunció con una exclamación de triunfo.



Capítulo 18

Barnimar. Mina de extracción

En la sala del generador auxiliar no se habían tomado la molestia de revestir las paredes con materiales aislantes, lo que le confería la sensación de abandono.

Esta máquina, de menor tamaño, emitía un zumbido amplificado por el espacio reducido. Las vibraciones reverberaban en el suelo y transmitían una molesta sensación a través de sus botas.

Colocó el desencriptador sobre el panel de control para facilitarle el enlace a su muñequera y hololentilla. La conexión fue inmediata.

Por suerte, no se habían esmerado en aumentar la seguridad, aunque la complejidad del sistema ya le iba a suponer un buen rato en descartar rutinas y anular procedimientos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Tan desde la entrada, sin dejar de vigilar por si alguien se adentraba en el pasillo—. ¿No íbamos a destruir también el segundo generador?

La tarea requería toda su atención, así que se detuvo para contestarle.

—Confío en que Clak anule los cañones, pero aprovecharemos la energía de este trasto para poder bajar por el montacargas a la mina. —Reanudó la tarea, no podían perder tiempo—.

Controlaré el sistema para anular todo lo demás.

El sonido de unas botas pesadas acercándose a la carrera erizaron la piel de su nuca. El tiempo se agotaba.

—¡Date prisa! —la apresuró Tan desde la entrada. Ya apuntaba hacia el pasillo, preparado para entrar en acción—. Los contendré todo lo que pueda, pero yo solo…

Vació su mente de cualquier otro pensamiento que no estuviera enfocado en cancelar los sistemas que no le interesaban. A pesar de ir todo lo deprisa que podía, cuando los disparos comenzaron, su voluntad flaqueó por un instante.

Le echó un vistazo a Tanard. Parecía que manejaba la situación, pero sabía que era cuestión de tiempo que la ventaja numérica de la Guardia se convirtiera en un problema para ambos.

Era una tarea laboriosa, como tratar de desenredar varios hilos llenos de nudos. Había anulado varias cuantas rutinas cuando una alarma interna de mal funcionamiento se iluminó en la sección de los cañones.

—¡Jefa! ¡Armamento pesado destruido! —el grito de júbilo de Clak le arrancó una sonrisa a pesar del nerviosismo, que no dejaba de incrementarse—. Trataremos de aterrizar más cerca.

—¡Genial! —exclamó, triunfante. El equipo estaba a salvo.

—Si te viene bien, sería fantástico que me echaras una mano. —Al sarcasmo en la voz de Tanard le faltaba un punto para convertirse en irritación.

—Solo un minuto.

—No sé si tenemos un minuto.

Llegados a este punto ya no se molestaba en apuntar, solo extendía la mano y disparaba. Los impactos del enemigo zumbaban cerca de ella y era cuestión de tiempo que alguno los alcanzara, o al generador.

Un mareo desencadenado por las luces estroboscópicas, los nervios y el estruendo amenazaba con dejarla fuera de juego. Nublaba su visión y empañaba su razonamiento, pero al fin consiguió neutralizar todos los sistemas de la mina, excepto los esenciales para el plan. Las luces se apagaron de nuevo.

Se apresuró a unirse a Tanard en el tiroteo y, en esta ocasión, desenfundó solo la de carga letal.

A pesar de que todo estaba a oscuras, los soldados que los acorralaban contaban con algún sistema adicional de apuntado. No llevaban casco, por lo que debía tratarse de un visor del que tampoco habían tenido conocimiento hasta entonces. Otra cagada de Durk.

Necesitó un instante para darse cuenta de que las probabilidades de salir vivos eran escasas. Atrapados en una sala donde la única salida era la que defendían, solo les quedaba la opción de enfrentarse a todos los soldados o sucumbir en el intento.

Dando unos segundos de respiro a Tan, disparó hasta agotar el cargador.

Logró abatir a dos enemigos, pero dejó de saberle a victoria cuando dos más sustituyeron a sus compañeros caídos.

Tanard le sonrió calurosamente mientras esperaba a que las armas se autorrecargaran y, en ese momento, se percató de que su brazo estaba cubierto de sangre. ¿Cuándo lo habían herido? Ni siquiera se había quejado.

Cada disparo era similar a un pequeño rayo que lo iluminaba todo y, a causa de su rápida sucesión por ambas partes, pronto quedó cegada. Ya no podía confiar en su puntería y el enemigo iba ganando terreno.

Un gruñido de dolor de Tan la desconcertó, seguido de otro. Cobijada a un lado de la puerta observó que su amigo había recibido dos impactos, uno en el costado y otro en la pierna. Al

menos no parecían letales, pero el dolor que se reflejaba en su rostro la preocupó.

—¡Mantente a cubierto! —le ordenó, mientras ella lanzaba otra andanada.

—No vamos a poder mantener la posición, Kat.

En sus ojos se reflejaron sentimientos que nunca pensó ver en él: terror, desesperanza.

En aquel momento descubrió que su naturaleza despreocupada no era sino una coraza tras la que se escondía de su miedo. Él tenía experiencia en este tipo de refriegas y su convicción de que habían fracasado sembró una semilla de duda en ella.

No podían contenerlos por más tiempo. Los cargadores no se recargaban con la necesaria rapidez y, en breve, los soldados accederían a la sala y los acribillarían a bocajarro.

No quería acabar así, no todavía. Sabía a lo que se arriesgaba en cuanto se unió al PACTO, pero había esperado cosechar más éxitos antes de morir y unirse al lado de su madre y de Rala.

Ojalá hubiera marcado la diferencia. Salvar a unos cuantos estaba bien, pero no era suficiente. Necesitaba más, demostrarse a sí misma que no era el despojo que le habían hecho creer desde su infancia.

Apretó los dientes y descargó de nuevo toda su munición sobre los soldados.

Una explosión en su cabeza la impulsó a gritar. Habían acertado a uno de sus sensibles tentáculos. Le siguieron un impacto en el hombro, otro en la misma pierna que aún se recuperaba y uno más en la sien, cuando un disparo le pasó rozando.

Se desplomó en el suelo y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tanard le tomó el relevo y ella desvió la mirada, incapaz de presenciar su muerte si lo alcanzaban. No quería ser testigo de otra más.

Su cuerpo amenazaba con desconectarse por el desaliento y el dolor, pero se obligó a prender una llama final de esperanza. Si debían caer, sería la última en hacerlo. Buscó la fuerza en su interior y su mente le devolvió, a traición, la imagen de Yeirek.

A pesar de las dudas hacia él, del dolor de su despedida y del caos de sus sentimientos, su subconsciente le mandaba fuerzas a través de él. Estaba con el enemigo y, aun así, era su último pensamiento antes de perecer en la batalla. Y descubrió la ansiedad que le causaba saber que no volvería a verle.

Tanard se cubrió de nuevo, de una pieza todavía, y ella exhaló aliviada. Se dispuso a seguir con el combate pero, al asomarse, los soldados estaban ya a un paso de la entrada.

Sin querer ceder del todo a la derrota, vació su cargador por última vez. A esa distancia no fallaría y, tal vez, se llevaría a algunos a la tumba con ella.

Más disparos se unieron a la escaramuza y los gritos de sorpresa y dolor de los soldados, hicieron que su corazón se saltara un latido.

Tan cerró los ojos, aliviado, y sonrió. Volvió al ataque con renovadas fuerzas. Un aullido de júbilo resonó en la sala por encima del tiroteo.

—¡Son ellos, Kat! —exclamó, y el sosiego en su voz la tranquilizó—. ¡Nuestro equipo!

La garra de la muerte soltó la presa de su corazón y le devolvió la sonrisa. Vació de nuevo el cargador sin siquiera incorporarse. Se unió a los gritos de triunfo de sus congéneres cuando el último de los soldados cayó al suelo.

Tan se giró hacia ella y le tendió la mano del brazo bueno para ayudarla a levantarse. Las piernas no parecían capaces de sujetarle el cuerpo, parecían de mantequilla. Se fundieron en un abrazo que evitó que volviera a caer. Tan se sacudió en el llanto y ella cerró más los brazos en torno a él.

—Por un momento pensé que... —comenzó él, pero le mandó callar.

—No lo digas. Yo también lo hice.

Tanard se separó un poco. Su rostro estaba surcado de lágrimas.

—No dejes que me vean así.

Ella lo comprendió de inmediato. No era la única que se sentía arropada por sus interpretaciones despreocupadas. La moral de los equipos se vería mermada si intuían que se había venido abajo.

—¿Así cómo? ¿Todo desaliñado y con la ropa así? —Le guiñó un ojo y apartó las lágrimas con los pulgares, pero estaban manchados de su propia sangre y dejaron un rastro por sus mejillas y debajo de los ojos. No pudo evitar soltar una carcajada—. ¿Y ahora con la cara llena de sangre? ¿Y qué más da? ¿Pero tú me has visto a mí?

Tan le regaló una amplia sonrisa y pasó un brazo por sus hombros al volverse para encarar al resto. Al fondo del pasillo, la atronadora voz de Tyon llenó cada rincón.

—¿Se puede saber qué ha pasado? ¡Esos cañones no estaban en los planos!

—¡Estamos bien! ¡Gracias por preguntar, grandullón! —exclamó Tanard con una carcajada. Palmeó el brazo del felinae como si acabara de entrar en una cantina. Encaminó sus pasos hacia el resto del equipo, su coraza alzada de nuevo.

—El amigo Durk se olvidó de darnos algunos detalles —contestó Kat abrazando al abu—. Espero que no lo hiciera a propósito o le arranco los ojos.

—No lo creo —concedió Tyon—. Seguro que no tuvo tiempo de extraer toda la información. Y deja ya de temblar.

—¡No tiemblo! —protestó, pero era incapaz de soltar al fornido felinae—. ¿Está todo despejado?

—En esta zona sí. Supongo que el resto de los soldados estarán abajo, con los esclavos. He colocado a algunos a vigilar que no suba nadie por el montacargas.

—¡Kat! —El grito de desasosiego de Drarin la hizo estremecer. En dos zancadas estaba sobre ella y comprobaba todas las heridas con desespero—. ¡Estás sangrando!

Ella se separó un paso. Le conmovía su preocupación, aunque era excesiva.

—Duele, pero puedo soportarlo. —No mentía. Era doloroso; sin embargo, prefería el daño a la alternativa. Si hubieran tardado un poco más, ahora no sentiría nada de nada.

—¡Eh, Prinia! —llamó a una alara del grupo—. Atiéndela, por favor.

La tal Prinia se acercó, una alara del desierto en la treintena, con el rostro preocupado a causa de la urgencia en el tono de Drarin. Rebuscó en su macuto, del que extrajo un tarro de sanidux. La apartó a un lado del grupo y posó una mano en el pecho de Drarin para evitar que las siguiera.

—No es para tanto —le aseguró Kat a la sanitaria, apelando a su voluntad para no mostrar una mueca de dolor—. Mejor guárdalo para casos extremos.

—Tengo sanidux para embadurnarnos a todos dos veces si es necesario —contestó sonriente y le mostró la bolsa, en la que había varios tarros, vendas y otros utensilios médicos—. Así que no te preocupes. Hasta puedo darte un poco por si acaso.

Aceptó de buen grado su ofrecimiento, además de un parche nuevo por si necesitaba cambiarlo. Nunca estaba de más.

Regresaron con el resto del equipo. Aún quedaba mucho por hacer.



Capítulo 19

Barnimar. Mina de extracción

—¡No pienso quedarme aquí como si fuera una lisiada! —gritó Katisa, mientras daba un pisotón al suelo y, de inmediato, se arrepintió. Un agudo daño recorrió su pierna en oleadas desde la herida reciente. Se mordió con disimulo la lengua, no iba a permitir que el dolor se reflejara en su cara.

—¡Ya has cumplido tu parte! —insistió Drarin.

Era posible, pero se negaba a aceptarlo. Aquella sensación de que nada de lo que hacía era suficiente, regresó. Un picor en la base de la nuca la alentaba a continuar.

—¡Eso no quiere decir que no pueda seguir!

Drarin bufó.

—¡Tyon! —llamó—. ¿Podrías meter un poco de juicio en su cabeza?

Tyon se acercó a ellos en un par de zancadas y los observó con ojo crítico.

—El juicio no cabe en su cabeza. —Mostró sus afilados dientes en una amplia sonrisa—. Si la capitana quiere bajar a la mina, bajará.

Drarin alzó los ojos al cielo y acompañó sus manos en un gesto de indefensión. Katisa le dedicó una sonrisa cómplice al felinae.

—Está bien —se rindió—. Pero voy con vosotros.

—No —objetó ella, ayudando a recoger al resto, que se preparaban para continuar—. Hay que evacuar a los que están en las celdas, y deprisa. No consiguieron enviar ningún mensaje, pero es posible que a estas alturas sospechen en la capital de que algo no va bien. Cuanto antes terminemos aquí, mejor. Debemos separarnos.

Drarin fue a replicar, pero Tyon posó una mano sobre su hombro.

—Si te vas a quedar más tranquilo, no le quitaré el ojo de encima. —Se señaló el parche.

—Vamos —urgió Katisa, tragándose una carcajada—. Esos esclavos no se van a rescatar solos. Y recuerda. —Hundió un dedo en el pecho de Drarin—. Con esa droga obedecen órdenes directas. Pero hazlo con tacto, no queremos que se rebelen.

Sin esperar una respuesta, se dirigió a la plataforma que los llevaría al fondo de la mina. Allí la aguardaba un grupo de diez alaras del desierto, sus rostros llenos de determinación y las armas preparadas. También detectó pesar en sus ojos. Las bajas no habían dejado indiferente a nadie, que podrían haber sido amigos o familiares de aquellos que ahora compartían espacio con ella. Rehuyó sus miradas, presa de la culpabilidad.

Tyon se ajustó el parche, al que le habían instalado un módulo de visión nocturna, y se subió al montacargas. Sacaba una cabeza al resto del equipo, empequeñecidos por su corpulencia. Con una seriedad fuera de común en él, comprobó que su ametralladora ligera estuviera encendida y con el cartucho a máximo nivel.

Katisa activó el rudimentario botón y comenzaron a descender a un ritmo parsimonioso.

Tras tal vez cinco minutos de trayecto hacia el abismo, las primeras luces aparecieron, tenues al principio. El sonido de los picos contra la roca era cada vez más nítido.

Se asomó ansiosa al borde para calcular el tiempo hasta el fondo, que comenzaba a perfilarse. Al menos cinco túneles surcaban la pared de roca como si se trataran de heridas.

Un solitario soldado vigilaba con atención el descenso de la plataforma, tal vez extrañado por no corresponderse con alguna razón u horario. Katisa retrocedió un paso para evitar que la viera y sospechara antes de tiempo.

El persistente tintineo se detuvo de súbito y una voz atronadora surgió de uno de los pasillos.

—¿Por qué habéis dejado de picar? Y, ¿por qué han cambiado de color? Da igual, ¡seguid trabajando o no llegaremos al cupo! Ya sabéis que no nos dejarán daros de comer a ninguno de vosotros si no lo conseguís.

El repiqueteo volvió a comenzar.

El soldado echó un vistazo a un infopad, con el ceño fruncido mientras deslizaba el dedo por la pantalla, y volvió a clavar la mirada en la plataforma.

—¡Venga, que ya acaba el turno! —informó con una voz que parecía amplificada por algún aparato—. El reemplazo llega antes de tiempo. ¡Estáis de suerte!

Cinco disparos de energía eléctrica inmovilizaron al guardia, en cuanto terminó de hablar. Cayó al suelo entre convulsiones. Katisa enfundó la pistola.

—¿Qué? —contestó airada a la mirada de cejas arqueadas de Tyon—. No me parecía bien dispararle a muerte por la espalda.

—Eres demasiado blanda, capi —le contestó sin variar su posición—. Algún día te pasará factura.

Kat se encogió de hombros en el momento en el que el montacargas llegaba al final del camino.

—A pesar de todo, tiene el mismo derecho a vivir que yo.

Descendieron en silencio y ella aguzó el oído. El eco no le dejaba averiguar por cuál de los túneles se escuchaba más actividad. Quizás encontrarían esclavos en todos ellos.

Separó al equipo en dos grupos, uno capitaneado por Tyon y el otro por ella, y les indicó con señas que se dirigieran a uno de los túneles. Encabezó a su grupo y se introdujo por el siguiente.

Avanzaron por el angosto pasadizo. Las respiraciones pesadas de sus compañeros le revelaron que sentían la misma opresión que ella por la estrechez del túnel, a pesar de que sus antepasados habían vivido durante milenios en el interior de la tierra.

El repiqueteo de herramientas era cada vez más cercano, así como un pronunciado olor a sudor. Los esclavos se hallaban cerca.

Indicó con un gesto que se detuvieran y echó una ojeada. La tenue luz de las antorchas y el ruido de los picos servirían para que el factor sorpresa estuviera de su lado. Si todo iba bien.

El túnel desembocó en una estancia solo un poco más ancha que el pasillo en el que se encontraban. Cinco esclavos trataban de agrandar la sala a base de golpear la roca con pesados picos: dos felinaes, una aosién, un humano y un dernan.

Hacerles usar aquellas herramientas tan rudimentarias, con los equipos modernos que existían, era un castigo innecesario.

Vestían ropa de trabajo sucia por la tierra y el sudor, y los rostros estaban cubiertos por respiradores que iban conectados a sus mochilas. Había estado en lo cierto. Eran iguales a los que la Guardia usó con ella, anulando su voluntad, cuando se reencontró con Yeirek unos meses atrás.

Un soldado, con uniforme en lugar de armadura, observaba el trabajo de los cinco con el tedio dibujado en eln rostro. Con los brazos cruzados ante el pecho, no parecía presentar amenaza alguna para los esclavos.

—Vamos, chicos, ya lo habéis oído. Unos minutos más y podréis descansar —les dijo con sorprendente amabilidad. No necesitaba obligarles, la droga que respiraban los cautivos era suficiente para obedecer—. Cuando consigas extraer esa eséntica —le indicó a la aosién, que llevaba el cabello recogido en lo que unas horas antes sería un moño, y en lugar de pico trabajaba con cincel y martillo.

Trataba de extraer una gema que irradiaba una potente luz blanca, como si en su interior contuviera una bombilla de un voltaje considerable.

Le recordó a la piedra que llevaban los soldados que la persiguieron en Foles, y después en Falidric, y que en un principio supuso que se trataba de una linterna.

La mujer no parecía muy convencida de llevar a cabo el trabajo.

—Otra vez una de ellas ha vuelto a cambiar —le dijo, la voz le temblaba—. Pero ninguna había brillado nunca de color blanco. No conozco ese Foco. ¿Y si explota o algo?

Foco. Ahogó una exclamación al reconocer aquel término que Yeirek le había mencionado cuando estuvieron juntos en Calarik.

—No creo que lo haga y tu trabajo no es descubrir por qué reacciona así, de eso se encargarán en el laboratorio —contestó el soldado posando una amigable mano en su hombro—. Tú extráela y podremos descansar todos.

Ella asintió y, sin dudarlo, golpeó con el cincel y el martillo la roca alrededor de la gema —«eséntica» la había llamado el soldado— con cuidado de no lastimarla.

Katisa aprovechó aquel momento para surgir de la oscuridad del túnel y vaciar el cargador de la pistola de energía sobre el soldado. Su equipo se apresuró a flanquearla.

Inmediatamente, los esclavos dejaron de trabajar y se parapetaron contra la pared, asustados.

Dos de los hombres incluso enarbolaron sus picos a modo de defensa.

Ella levantó las manos para demostrar que no era una amenaza y dejó ambas pistolas en el suelo.

—No vamos a haceros daño. Hemos venido a rescataros.

Los cinco esclavos se miraron entre ellos con los ceños fruncidos.

—¿Rescatarnos? —dijo uno. Su tono era irónico y levantó más el pico, con intención de usarlo contra ellos—. ¿Qué os ha dado a todos con eso ahora?

No sabía a qué se refería, pero no importaba. Estaba convencida de que eran Portadores y, aunque no lo hubieran sido, le daba igual. Les habían privado de su voluntad y ni siquiera eran conscientes de ello. La situación la encendía.

—Aunque os parezca difícil de creer, estáis aquí en contra de vuestra voluntad. Os han estado manipulando a través de la droga que dispensan esos respiradores.

—¡No! —exclamó la mujer del cincel y se tocó la mascarilla—. Esto es por nuestra seguridad.

No le sorprendió su respuesta, fue la que le dio a Yeirek antes de que él le hiciera entender lo que ocurría. Decidió seguir la misma táctica que empleó con ella.

—¿Seguridad? ¿Os han dicho que el aire aquí está tan mal que podríais morir?

La mujer asintió, desafiante.

—¿Y por qué él nunca ha llevado una? —señaló al soldado inconsciente—. ¿Por qué nosotros lo respiramos también y estamos bien?

La duda asaltó los ojos de la aosién y miró a sus compañeros, en busca de una explicación. Ninguno de ellos supo dársela.

—No es posible —titubeó. Kat avanzó un paso hacia ella, con la mano extendida, pero la mujer la amenazó con el cincel.

—Voy a quitarte el respirador. Así comprobarás tú misma que no hay peligro. —Forzó una sonrisa para tratar de añadir confianza a sus palabras.

La mujer permitió, con cierta reticencia, que alargara la mano hacia su rostro.

—¡No! —gritó el prisionero humano, antes de que lo consiguiera. Dejó caer el pico y avanzó un paso con las manos en alto—. No le hagas daño. Si la dejas en paz, yo me la quitaré.

Asintió, conmovida por su gesto. El humano clavó una desafiante mirada en ella y, dando una última bocanada, se arrancó la máscara con valentía a pesar de sus dedos temblorosos.

—Está bien. Ahora respira —le ordenó. Con la última dosis que había aspirado de la droga, su efecto todavía duraba.

Él la obedeció, primero con una corta bocanada. Tras unos segundos, en los que su incertidumbre se abrió paso, las respiraciones fueron más amplias. Sacudió la cabeza y miró al equipo de rescate como si fuera la primera vez que los veía.

—Yo… —comenzó a decir, pero Kat se acercó a él y posó una mano con gentileza sobre el brazo.

—Está bien. Entiendo cómo te sientes, estuve en tu misma situación. —Después se dirigió al resto—. Como veis, vuestro compañero está sano y salvo. Quitároslas vosotros también.

Uno a uno, lo imitaron y se miraron unos a otros, confundidos. La felinae se sacudió por el llanto y su compañero de raza la abrazó, mientras el dernan se volvió hacia el muro y lo pateó.

La aosién dejó caer el cincel y el martillo y se dejó deslizar por la húmeda pared hasta quedarse sentada. Cubrió su rostro con las manos y sollozó.

Katisa se colocó en cuclillas frente a ella en silencioso apoyo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer. Apartó las manos para mirarla con una expresión de

profundo dolor—. Todo me parece un sueño o… más bien una pesadilla. Lo último que recuerdo… —Ahogó un grito y la agarró por el brazo—. La Guardia nos traicionó. Los muertos…

Su corazón dio un vuelco.

—¿Eres Portadora? —Era más una confirmación que una pregunta.

La mujer la miró a los ojos y sus manos se iluminaron con unas llamas de color añil. Después las movió a tal velocidad que Katisa sintió vértigo.

—¿Cuánto tiempo...? —preguntó, con la congoja reflejada en sus ojos.

—Mucho. —No quería decirle que habían pasado más de seis años desde el ataque a los templos y de la desaparición de la Hermandad—. Creímos que os habían matado a todos. Veros aquí nos llena de esperanza.

La mujer la abrazó con tanta fuerza que pensó que le partiría el cuello.

—Pues hemos vuelto. Gracias a ti.



Capítulo 20

Barnimar. Mina de extracción

No gracias a ella. Era incapaz de colgarse aquel mérito que había involucrado el esfuerzo, la voluntad y las buenas intenciones de tantas personas, incluido al indeseable de Durk. Pero era maravilloso el modo en el que habían sonado las palabras de Geara, la aosién del cincel a la que acababan de rescatar.

La valentía y eficiencia del equipo de alaras se incrementó. Cuando planearon la misión no estaban convencidos de la naturaleza de los esclavos, pero saberse rodeados de Portadores mejoró los ánimos de todos. Metro a metro liberaron al resto, enfrentándose a los soldados de la Guardia. Fue más fácil de lo esperado, pues la mayoría de ellos no contaban con armas de fuego. ¿Para qué iban a usarlas si ya los tenían subyugados?

Su corazón cantaba de alegría. Esta mina podría ser única, pero en el fondo de su alma sabía que no era así. Si tentaban a la suerte, encontrarían otras instalaciones en la galaxia con más de la Hermandad.

Se reunió con el último grupo sobre la plataforma para subir a la superficie. Habían revisado

hasta el rincón más recóndito de la mina, asegurándose de que no dejaban a nadie atrás. La felicidad en los rostros de los Portadores estaba a la par con las expresiones de orgullo de los alaras del desierto que lo habían hecho posible.

Tyon le guiñó un ojo y continuó con la conversación que mantenía con uno de los Portadores, felinae como él, aunque de pelaje oscuro y aspecto más gatuno.

Geara se acercó a ella. Sostenía la gema que trataba de extraer cuando los rescataron. Incapaz de apartar la mirada de su hipnotizante resplandor blanco, observó a la mujer voltearla varias veces sobre la mano. Alargaba el brazo hacia arriba, como si tratara de localizar una señal con ella.

—Es preciosa —comentó Katisa, preguntándose qué intentaba conseguir con esos movimientos—. El guardia la llamó eséntica, ¿no? ¿Por qué brilla?

Geara continuó con el minucioso examen de la gema.

—En verdad se sabe poco de ella. Hasta ahora pensaba que era un mito, pero es real. Detecta nuestra Esencia. Incluso se creía que podría llegar a almacenar parte de ella. Pero se comporta de una manera extraña. No debería hacer eso.

—¿El qué? —se interesó para matar el rato en el ascenso.

—Brillar de color blanco, ni con tanta potencia. No existe una Esencia que se manifieste en ese tono. El reflejo debería ser añil, el mismo que mi Foco —Frunció el ceño, sin dejar de mover la piedra de un lado a otro.

—Podría estar detectando el de todos vosotros y por eso no es de un color en concreto.

Ella la miró por un momento con las cejas alzadas, pero al final negó.

—Es una buena teoría, si no fuera porque ya hemos estado varios de nosotros juntos. —Desvió la mirada hacia sus compañeros—. Y nunca había reaccionado así.

—Igual esta es defectuosa —sugirió, y se colocó un tentáculo tras la oreja.

Un reptiliano de otro de los grupos, cuya delgadez dolía solo al verlo, se acercó a ellas. La ropa le colgaba como si fuera varias tallas más grandes.

—Disculpad que os interrumpa. He escuchado la conversación y me gustaría aportar algo. —No conocía muchos reptilianos, pero por el temblor y la carraspera de su voz parecía de bastante edad—. Antes de que llegarais, yo extraía una de las esénticas. Brillaba naranja, como mi Esencia, y de pronto cambió al blanco. Desde que estamos aquí no había experimentado nada semejante.

—¿Y qué quiere decir?

—No tengo ni idea —contestó el reptiliano—. He barajado la posibilidad de que alguien en tu grupo contara con Esencia, pero sus niveles deberían ser muy altos para que todas las esénticas hayan cambiado de golpe. Además, como dice Geara, el blanco no es uno de los colores de la Esencia.

Por un breve instante se le pasó por la cabeza que podría ser ella. Saltaron a su mente las imágenes de los soldados de la Guardia persiguiéndola en Foles con aquella pequeña piedra que brillaba con una luz blanca. Sin embargo, el mero hecho de pensarlo casi le provocó una carcajada.

Se comunicó con Tan y Drarin para asegurarse de que la situación estaba bajo control. Habían rescatado también a todos los Portadores que descansaban en las celdas. Mientras se hallaban dentro de ellas, se les despojaba de las máscaras porque dispensaban la droga a través del sistema de ventilación.

Al cortar casi toda la electricidad, sin darse cuenta también había suspendido el suministro de la sustancia, por lo que ya estaban «despiertos» cuando llegaron a ellos.

Golpeteó la barandilla de la plataforma con impaciencia, pero el ruido de la maquinaria amortiguaba los demás sonidos. Laira le había encomendado una última misión en aquella mina: extraer toda la información posible. Era una oportunidad única para infiltrarse en el sistema y recabar datos.

La posibilidad de conseguir la ubicación de otros lugares como aquel, en los que también tuvieran retenidos a Portadores, la emocionaba.

Al llegar a la superficie de nuevo, el resto les esperaba. Los recién rescatados, que habían trabajado codo con codo todo aquel tiempo, se abrazaron como si no se hubieran visto en años. La droga no solo les privó de voluntad, sino que les convirtió en meros robots sin sentimientos ni recuerdos.

Le sorprendió descubrir a Durk inmóvil frente al montacargas. Con una mirada expectante y una ligera sonrisa de esperanza en sus labios, escaneó a cada uno de los prisioneros. A medida que los descartaba, sus ojos saltaron de uno a otro con desespero, volviendo a comprobar sus caras. Al final, su rostro se endureció y se convirtió en el Durk de siempre. Giró sobre sus talones y se dirigió a la sala de control.

Todas las fealdades que había planeado soltarle se apagaron en su pecho como brasas ahogadas en agua. Tal vez acababa de descubrir las motivaciones ocultas en su deserción de la Guardia, aunque los detalles se le escapaban. Siguió sus pasos y lo agarró de la manga.

—Durk...

—¡Ahora no! —Se soltó de ella con un gesto brusco y continuó caminando, no sin antes dedicarle una mirada cercana al odio.

Sabía que lo mejor era dejarle en paz, pero, por desgracia, ambos se dirigían al mismo lugar.

Drarin la alcanzó.

—¿A dónde vas? —Caminó a su lado, sin tratar de retenerla—. Deberíamos marcharnos ya.

—Tengo que extraer todos los datos que podamos. —Se detuvo, para dejar unos momentos de soledad a Durk—. Laira me ha autorizado, siempre que encontrara la ocasión. Creo que podemos perder unos momentos, pero estaría bien que organizaras la extracción. No tardaré, ahora que la mina está asegurada.

Drarin se tomó unos momentos en asentir. Seguro que no estaba de acuerdo en dejarla sola, aunque el peligro hubiera pasado ya.

—Está bien, pero no me marcho hasta que hayas terminado.

—De acuerdo —contestó, y le acarició el brazo con cariño—. Ahora, vete. Acabaré antes sin distracciones.



Capítulo 21

Barnimar. Mina de extracción

Era la primera vez que pisaba la sala de control y no le sorprendió ver los cadáveres de los soldados asignados ahí, aunque sí le causó cierta angustia.

La ventana que había observado con Tan desde fuera ocupaba toda la pared frontal y, bajo ella, se hallaba un tablero semi holográfico desde el que controlaban la mina.

Durk estaba plantado frente a él con la mirada perdida más allá de la abertura, sus manos convertidas en puños a los costados. En cuanto la presintió chasqueó la lengua.

—Sigue a lo tuyo, Durk. Como si no estuviera. —Se acercó al tablero y colocó el disco descodificador sin siquiera mirarle—. Ignórame, se te da bien.

—Perfecto —contestó con el tono más seco de todo su repertorio.

Por el rabillo del ojo percibió que también se disponía a trastear con el panel de control. Iba a morderse la lengua, pero su impulsividad se lo impidió.

—¡Ni se te ocurra usar tus códigos antiguos!

Él se encogió de hombros.

—Valía la pena intentarlo. De hecho, ya sabrán que he tenido algo que ver en esto. —La miró de soslayo—. De todos modos, no funcionan.

Katisa asintió, aunque no estaba de más asegurarse de que sus palabras eran ciertas, no fuera a encontrarse con que había lanzado alguna alerta. Unos segundos después comprobó que había dicho la verdad: ningún mensaje había abandonado aquellas dependencias en horas, solo trataba de encontrar información. Y para eso estaba ella.

El proceso de sortear la seguridad que protegían los datos era más complicado de lo anticipado. Reconoció que el equipo de informáticos del Regente Supremo era bueno. Trataría de llevar a cabo el hackeo con la máxima celeridad, pero podría suponer un tiempo extra del que no disponían. En algún momento alguien se daría cuenta de lo que había ocurrido allí y enviarían refuerzos.

—Antes has dicho que no se presentaría nadie aquí en tres horas, ¿no? —preguntó a Durk, que parecía concentrado en lo que estaba haciendo.

—Como mínimo.

—Eso espero, porque creo que voy a tardar más. —Interactuaba con la holomuñequera con toda la rapidez que podía permitirse, pero la dificultad era mayor de lo que pensó al principio.

—Uno de ellos debe tener una tarjeta de acceso —Durk se lanzó a registrar los cadáveres.

No se podía creer que fuera tan servicial con ella.

—Déjalo, voy a tardar menos. Además, aunque la encuentres, no podríamos preguntarle la contraseña.

Tan concentrada estaba en su tarea que no se percató de que alguien se acercaba. Se giró, sobresaltada, para reconocer a Drarin. No era el único. Geara se había agenciado un rifle y montaba guardia en la entrada.

—Me estoy poniendo nervioso, Kat. Vámonos ya.

—Shhhh. Enseguida termino —mintió.

Traqueteaba con la seguridad sin avanzar apenas. Cada vez que sorteaba un obstáculo, otro se interponía. Era como si trataran de cerrarle el paso en tiempo real. Desde luego, alguien más capacitada que ella.

Al cabo de unos minutos presintió que quien le estuviera impidiendo el acceso le colocaba trabas fáciles de sortear, aunque laboriosas, con un solo objetivo: entretenerla.

—¡*Shelak*! —escupió. Detestaba irse con las manos vacías, pero no le quedaba otra que darse por vencida. Solo otro intento.

Entre la miríada de códigos algo llamó su atención. Era una sensación extraña y molesta, como si una mosca revoloteara cerca, sin impedir, pero importunando. Comprendió que alguien trataba de ponerse en contacto con ella de una manera sutil, aunque insistente.

Decidió picar y acceder al mensaje.

«Largaos. Ya llegan.»

Quedó petrificada en el sitio. Sin duda, quien fuera no podía referirse a los refuerzos, ¿verdad? Utilizó su propio canal para contestar.

«¿Quién?»

«¡YA!»

—¡Jefa! ¡Salid de ahí! —La ensordecedora voz de Clak resonó en su oído—. Naves de la Guardia se dirigen a nuestra posición.

—¡Eso es imposible! —exclamó Durk. Su faz había perdido todo rastro de color.

—¡*Meldur hidendi*! —Se giró hacia el exteniente—. ¿Cómo es posible que ya estén aquí? ¿Nos esperaban?

La vidriosa mirada de Durk la amedrentó. Su mandíbula se contrajo varias veces antes de marcharse sin echar la vista atrás.

—Vámonos, Kat —apremió Drarin—. Están todos a bordo ya.

Extrajo el descodificador y los tres se lanzaron a la carrera.

Cuando estuvieron a punto de cruzar la puerta al exterior, Geara soltó una exclamación.

—¡No! ¡No podemos irnos aún! ¡Hay alguien más!

Se quedó clavada en el sitio.

—¿Qué estás diciendo?

—Acabo de acordarme… Un joven… llegó hace unos días… se coló no sé cómo y trató de ayudarnos. Y yo… —Escondió su rostro entre sus manos—. Yo lo delaté. No podemos dejarlo.

—Hemos comprobado todas las celdas —intervino Drarin—. Y tú misma te has asegurado, Geara. No queda nadie.

—No estaba con el resto, lo llevaron a otro lugar. —La agarró por el brazo y no parecía dispuesta a soltarlo hasta que la tomara en serio.

—¿Sabes dónde está? —le preguntó. No iban a dejar a nadie atrás, y menos si la Guardia se hallaba en camino.

—¡Sí!

—¡No! —gritó Drarin y la agarró del otro brazo.

Ella se zafó con brusquedad de él.

—Puedo llevarte —rogó Geara antes de que Kat pudiera soltarle un mordaz comentario a su amigo—. Con mi velocidad será un momento. Por favor, no me lo perdonaría nunca si lo dejamos.

—Ya tardas —le instó.

—¡Kat! —logró escuchar a Drarin antes de que todo a su alrededor se convirtiera en un borrón de color añil.

Cuando la vorágine se detuvo, se hallaban frente a una puerta con un cartel que rezaba «Laboratorio». Su barriga estaba tan revuelta que vomitó.

—Lo siento —se disculpó Geara mientras trataba de abrir la puerta que, por descontado, permanecía cerrada. Masculló algo en aosién—. Aquí lo dejaron la última vez que lo vi.

—De acuerdo. Ahora, márchate. Yo me encargo.

—No puedo dejarte. Te espero —contestó la Portadora y aferró el rifle con resolución—. Montaré guardia.

—Vete, por favor. Estaré más tranquila si sé que estás a salvo.

—Pero…

Kat la miró a los ojos y suspiró, templando sus nervios para evitar sacudirla por los hombros.

—Geara. Vete.

La aosién asintió sin decir nada y se marchó, dejando una estela añil tras de sí.

Perpleja, trató de entender cómo le había resultado tan fácil convencerla, con la firmeza que mostraba en permanecer con ella. Seguro que todavía quedaba algo de esa droga en su interior, por eso obedecía sin rechistar a una orden directa. No existía otra explicación.

Al extraer de nuevo el descodificador de su bolsillo, se percató de que su cuerpo estaba rodeado de una aureola blanca apenas perceptible, que pronto se desvaneció. No podía creer lo que veía. Debía ser su mente, abotargada por el desplazamiento veloz que acababa de experimentar.

Sin perder tiempo, colocó el aparato sobre la puerta, que apenas se resistió. Era un código fácil de cuatro números iguales, para impedir la salida de quien estuviera dentro en lugar de evitar la

entrada.

Cruzó el umbral.



Capítulo 22

Barnimar. Mina de extracción

—¿Hola? —llamó Katisa cuando la puerta se desplazó—. ¿Hay alguien?

Era una sala con las paredes revestidas de un metalizado gris insulso, en sintonía cromática con el resto del mobiliario.

El olor a químicos, sangre y sudor asaltó sus sentidos y arrugó la nariz con disgusto. Armarios repletos de viales y aparatos, desconocidos para ella, abarrotaban el reducido espacio, creando sensación de claustrofobia.

En el centro de la sala, una mesa dominaba el escenario. Sobre ella descansaba un holoproyector, rodeado de algunas esénticas que brillaban como bombillas, algunas sujetas en utensilios destinados a su estudio.

En el interior de un par de barriles de metacristal, abandonados en medio del suelo, emanaba una extraña fosforescencia, ambos de tonalidad violácea. Se comportaba como un humo líquido que la hipnotizó por unos instantes.

Al otro extremo de la sala se hallaba otra puerta, con una pequeña ventana redonda en la que

se observaba oscuridad.

O Geara estaba equivocada, o habían llevado al hombre al que se refería a otro lugar.

—¡Jefa! —La voz de Clak la sobresaltó—. Los sensores ya detectan las naves de la Guardia. No sé cuánto tiempo tardarán en descubrir la Aénima, aun con el camuflaje activado. ¡Regresa ya!

Katisa chasqueó la lengua. No podía perder más tiempo. Dio media vuelta para marcharse.

Y un sonido en la habitación contigua, la que aparecía con la luz apagada, detuvo sus pasos. Echó un vistazo a la puerta. No le costaba nada acercarse a comprobar que el ruido no había sido provocado por una rata.

Las luces se encendieron automáticamente, revelando una habitación aún más reducida que la anterior, en la que solo cabía una vitrina llena de viales.

Un corto biombo dividía el espacio y, tras él, se hallaba una camilla sobre la que alguien yacía inmóvil, vestido con unas botas y unos pantalones llenos de polvo y restos de arena.

Agradeció en silencio haber tomado la decisión de entrar en la habitación o habría pasado por alto la presencia de aquella persona. Se apresuró hasta la camilla, con la esperanza de que siguiera vivo.

Y la respiración se congeló en su garganta.

Imposible. Por un instante creyó que era Yeirek. Aquel cabello negro y ondulado, pegado a su cabeza a causa del sudor, le recordó a él cuando lo vio por última vez.

A aquel tipo lo tenían amarrado a la camilla con varias tiras, similares a cinturones, en el pecho, la cadera y las piernas. En un muslo se apreciaba un vendaje sucio y manchado de sangre reseca.

Un respirador le ocultaba el rostro hasta los ojos, que permanecían cerrados, aunque no parecía del mismo modelo que los que llevaban los Portadores. Debían dispensarle alguna sustancia diferente.

Su antebrazo estaba rodeado por una abrazadera de aspecto extraño, con pequeñas agujas que se le clavaban en la piel. De él emergía un tubo que conectaba con otro barril, idéntico a los que había descubierto en la habitación anterior, del que salía la misma fosforescencia caleidoscópica, pero de color azul claro.

Rodeó la camilla y se acercó a él y, a cada paso, su corazón se empequeñecía. La sorpresa y el desconcierto amenazaban con inmovilizarla, pues la similitud con Yeirek era tan asombrosa que resultaba difícil creer que fuera una mera coincidencia.

El choque entre dos viales de cristal la sobresaltó y giró la cabeza hacia el sonido, apreciando por una fracción de segundo un borrón azulado.

—¿Mikou? —susurró, porque un nudo enorme en la garganta le quebró la voz, y su visión se llenó de lágrimas cuando el pequeño tukiki asomó desde un rincón y saltó hacia ella.

Trepó por su cuerpo hasta colocarse en su lugar preferido, en el hueco del cuello, y restregó la cabecita contra ella.

Ya no había capacidad para el error, el de la camilla era Yeirek. Sin dudarlo ni un segundo, le extrajo el respirador.

Su rostro estaba magullado y lleno de sangre reseca. La preocupación por él nubló el resto de sus pensamientos.

—¿Qué hacéis aquí, Mikou? —preguntó mientras desataba las ataduras que lo mantenían inmovilizado—. ¿Qué le pasa? ¿Y qué ha hecho para que lo hayan atado así? ¿No está con ellos?

Mikou le echó una mirada de reproche y saltó sobre Yeirek. Se acurrucó en su pecho sin

perderle de vista, mientras ella le sacudía por el hombro.

—Despierta, Yeirek.

—¡Jefa! —La insistencia en la voz de Clak era preocupante—. ¡Están aquí! ¡Tenemos que despegar! La otra nave no tiene camuflaje y ya se ha marchado, pero nosotros somos vulnerables en el suelo.

—¡Largaos! Me ocultaré y ya vendréis a buscarme cuando llegue a un punto de extracción seguro.

No podía dejar a Yeirek en aquellas condiciones, ni tampoco permitir que sus amigos sufrieran a consecuencia de sus actos.

—Pero…

—¡Que os marchéis, *dalaka*! ¡Estaré bien!

—Cuando estés a salvo, mantendremos una conversación —concluyó Clak en un tono tan serio que la conmovió.

—De acuerdo, y la aguantaré sin rechistar.

—¡Ja! Seguro.

Con un chasquido, la comunicación cesó y ella regresó su atención a Yeirek, que frunció el ceño y murmuró algo inteligible.

—¡Vamos, despierta! —le gritó, no había tiempo para que se hiciera el remolón. Le abofeteó, quizás con más fuerza de la necesaria.

Abrió los párpados de golpe y sus ojos se clavaron en ella.

—¡Maldita sea! —masculló al cabo de unos momentos—. ¡Sal de mi cabeza de una vez!

El comentario la tomó por sorpresa, pero no vaciló ni un instante más. Lo cogió de la pechera de la camiseta.

—¡Yeirek, reacciona! ¡Tenemos que salir de aquí! —le apremió.

—¿Eres real? —Alargó la mano hacia sus tentáculos y apartó los dedos de golpe en cuanto los rozó—. ¡Eres real! Pero ¿qué haces aquí?

—Ahora no es el momento de explicaciones. ¡Vámonos!

Yeirek se incorporó, aunque se detuvo tras el tirón del aparato en su brazo. Siguió con la mirada el tubo que conectaba al bidón fosforescente y frunció el ceño.

—¡No es posible! —exclamó. Se lo arrancó como si le quemara, dejándole una línea de puntos de sangre alrededor del brazo.

—¿Qué es? —preguntó mientras tiraba de él para que se apresurara.

—Creo que… ¿mi Esencia?

Una explosión resonó por el complejo y el miedo se apoderó de ella.

—¡Clak! ¿Qué ha sido eso? —gritó a su comunicador.

—Es la Guardia. No nos han visto todavía, pero están bombardeando el complejo. —Su voz estaba acelerada de manera artificial.

—¿Por qué quieren destruir sus propias instalaciones?

Miró a Yeirek en busca de una explicación y el desconcierto en su expresión la hizo desistir. Lo ayudó a bajar de la camilla, pero en cuanto puso un pie en el suelo soltó una exclamación de dolor.

—Jefa, vamos a tratar de entretenerles lo máximo posible. —A pesar de la velocidad de sus palabras, la modulación de su voz la tranquilizó un poco, una táctica que sin duda estaba destinada a ello—. Tú busca un lugar en el que guarecerte. Creo que intentan destruirlo todo. Quizás quieran borrar las pruebas.

Otra explosión, más cercana todavía. Agarró la mano de Yeirek y tiró de él hacia la puerta, sin

siquiera preguntarle si podía caminar. Sus dedos se entrelazaron con firmeza y una sensación indescriptible la llenó de seguridad en sí misma.

—¡Espera! —exclamó Yeirek—. Necesito mi mochila.

—¿Qué mochila? ¡No hay tiempo! —No quería detenerse, pero él era más fuerte y la retuvo en el sitio. Chasqueó la lengua; sin embargo, el ruego en su mirada la ablandó—. No podemos. Lo siento.

—Es muy importante —insistió.

Otra explosión. El suelo se movió con violencia y cayeron algunos pequeños trozos del techo. Yeirek la cubrió con su cuerpo.

—No hace falta que hagas eso —le regañó, apartándose, una vez que pasó el peligro.

—¿Qué quieres que te diga? A veces mi cerebro va en piloto automático, la próxima vez dejaré que te aplasten. —Resopló y volvió a entrelazar los dedos con los suyos.

Katisa chasqueó la lengua y reprimió una réplica. No había tiempo. Salieron del laboratorio a la carrera, a pesar de que él cojeaba más que ella. Las explosiones se sucedían con tanta rapidez que estuvo segura de que sus tímpanos reventarían. Ahora, debía lidiar con un pitido que la desconcertaba y con las detonaciones de luz que dañaban su visión.

Yeirek tiraba de ella con seguridad, como si supiera dónde se hallaba su salvación. Lo miró y, entre la bruma de su reducida visión, le pareció que sus labios se movían.

—¿Qué? —gritó.

—¿Que si no lo oyes?

—¡No oigo nada!

Su boca formó unas palabras sin sentido: «campanillas» y «cristal». Katisa sacudió la cabeza sin comprender, pero se dejó arrastrar.

Las paredes se desmoronaban a su alrededor y cada escombro amenazaba con sepultarlos, pero él persistió, guiándola a través del caos. Sorteaba las rocas con precisión y agilidad, como si desafiara a la gravedad misma.

El suelo bajo sus pies se tornó en un océano de tierra y piedras, moviéndose como olas. Con cada sacudida, la roca rugía y se desgarraba, y estuvo segura de que acabaría por engullirlos.

El techo frente a ellos se desmoronó, cortándoles el camino. Yeirek volvió sobre sus pasos sin soltarla, pero una pared a pocos metros bloqueó aquella salida también.

Tan solo una mirada fue necesaria para revelarle el terror que sentía a pesar de la seguridad que aparentaba. Presionó su mano para transmitirle calma, mientras buscaba la manera de escapar.

Las llamas azules rodearon sus dedos y los restos de la pared se movieron unos centímetros, pero la siguiente explosión provocó otro derrumbe. Todo a su alrededor se resquebrajaba.

Aquel era el final de su camino. Era imposible sobrevivir a eso. Incapaz de razonar, lo abrazó con fuerza, consciente de que lo había encontrado de nuevo para morir con él. Esta vez no se quejó cuando la envolvió entre sus brazos y se concentró en su respiración entrecortada. La forma en la que le acarició la espalda le infundió la fortaleza necesaria para afrontar a la muerte.

Una fuerza invisible los arrojó hacia adelante con violencia, lanzándolos contra el suelo, y la oscuridad la envolvió en un torbellino de confusión y miedo.



Capítulo 23

Barnimar. Mina de extracción

Todo quedó en silencio, una calma tan densa que parecía palpable.

El vaivén del suelo había cesado y, en ese momento de pausa, Katisa se preguntó si seguiría viva. Era de esperar, pues bajo el persistente zumbido en sus oídos, un golpeteo en su pecho le aseguraba que la vida latía dentro de ella.

Sus rodillas percibieron el contacto firme del suelo en contraste con otra sensación: una calidez reconfortante que la envolvía, arrullándola. Alguien cubría su cuerpo como un escudo humano.

Yeirek.

Al principio, le embargó el temor de que aquel gesto pudiera haberle costado la vida, pero aquella losa de preocupación se aligeró al percibir su respiración, así como el rápido latido de su corazón junto a su oreja.

Se separó de él lo suficiente para observarle el rostro. Aún contraído por el terror, en cuanto percibió que ella se movía aventuró a abrir los ojos.

—¿Kat, estás bien? —preguntó alarmado—. ¡No veo nada!

—Sí, ¿y tú? Espera. —Levantó la holomuñequera, de la que surgió un chorro de luz.

La primera acción de Yeirek fue estudiarla de pies a cabeza para cerciorarse de que estaba de una pieza. El gesto le enterneció, aunque no entendía por qué, en el fondo, le molestaba que fuera tan protector con ella.

—No me creo que estemos vivos —susurró él, como si le preocupara que sus palabras pudieran provocar un nuevo derrumbamiento. Estaba temblando.

Katisa iluminó su alrededor con la linterna. A ella no le hacía falta, pero las pulsaciones de Yeirek se calmaron al comprobar su entorno.

Se hallaban en una burbuja perfecta, con la roca compactada a su alrededor. Una apertura estrecha parecía el único modo de salir de ella, al menos de uno en uno, por la que también entraba aire.

La redondez de aquel domo le indicó que la magia había intervenido. Era demasiado precisa para ser natural.

—No sabía que podías hacer eso —dijo en un hilo de voz, siguiendo con el foco la semiesfera.

Yeirek frunció el ceño.

—Ni yo. —Hizo una pausa—. Aunque no estoy seguro de haber sido yo —confesó. Antes de que pudiera preguntarle, él trató de incorporarse y soltó un siseo, desistiendo. Se llevó la mano a la herida de la pierna con la expresión contraída por el dolor. Sangre fresca había traspasado el improvisado vendaje y lo empapaba con rapidez. Bufó, contrariado—. Se ha vuelto a abrir.

—Déjame ver. —Tenerlo tan cerca provocaba que sus dedos temblaran mientras le desataba el vendaje y observaba la herida. No estaba infectada, pero si no la trataba pronto lo estaría, *dalaka* —. Me gustaría limpiarla, aunque no va a ser posible de momento. ¿Qué te pasó?

Extrajo de su cinto el sanidux y el parche que le había dado la sanitaria. No era demasiado, pero serviría.

—Tuve un percance con un viejo amigo en Calarik —contestó con vaguedad.

Katisa se limpió las manos en la ropa y buscó el dedo que parecía menos sucio. Untó la herida con todo el ungüento que quedaba y colocó el emplasto con cuidado.

—¿Has estado en Calarik? —Frunció el ceño—. ¿Me buscabas?

Él negó y un mechón se cruzó sobre su rostro.

—A ti no.

A pesar de la punzada de decepción no iba a preguntarle, sabía que evadiría la respuesta. En su lugar comprobó que el parche estaba bien sujeto.

—Necesitas puntos, pero ahora mismo es lo único que puedo hacer.

Yeirek cogió su mano y le besó el dorso.

—No has perdido el toque, peque.

Una traidora sonrisa escapó a sus labios. Por un momento, aquel mote estrechó la abismal distancia que se había abierto entre ellos por el tiempo y la desconfianza, y no pudo refrenar sus siguientes palabras.

—No me llames peque.

En la expresión de él se entremezclaron el humor y la ternura. Sus miradas se clavaron y a Kat se le olvidó lo que iba a decir a continuación, concentrada en sus ojos.

Él acercó la mano a su mejilla y la acarició con su pulgar. El roce provocó un escalofrío por todo su cuerpo y nubló el resto de sus sentidos, a excepción de su corazón, que retumbaba ensordeciéndola. Sin saber cómo, se encontró rodeada por sus brazos de nuevo, abrumada por su

caricia, y todo dejó de existir a excepción de sus labios, cada vez más cercanos.

Y el semblante de Yeirek cambió de pronto. Cerró los ojos como si un dolor interno lo aquejara y la apartó de su lado. Se levantó ayudándose de las paredes, sin tratar de forzar la pierna maltrecha.

Katisa se incorporó también, desconcertada. ¿Se había imaginado lo que había estado a punto de ocurrir? No, estaba segura de que no, pero en su fuero interno casi prefirió que no hubiera pasado. Todavía debía analizar aquel precipitado encuentro.

¿Cómo era posible que él estuviera en aquella mina? ¿Y, por qué estaba sujeto a la camilla? ¿Por su propia seguridad o porque era un prisionero? Demasiadas preguntas.

Sus movimientos erráticos la sacaron de sus pensamientos. Yeirek buscaba a su alrededor con desespero.

—Oye, ¿y Mikou?

Ahogó una exclamación. No recordaba en qué momento había dejado de percibir su presencia sobre su hombro. A pesar de su agilidad, le preocupaba que hubiera sido aplastado.

Otro pensamiento, más urgente, se hizo un hueco en su cabeza. No sabía en qué estado se hallaba el resto del complejo.

¿Y si aquella burbuja era lo único que los separaba de toneladas de piedra y cemento? ¿Y si no podían salir? Morirían de hambre y de sed, sin contar que el aire se terminaría en algún momento.

Un repentino escalofrío recorrió todo su cuerpo.

✧ ✦ ✧

Había estado a punto de besarla. Lo deseaba igual que un manjar cuando se está hambriento, o una jarra de agua fresca al estar sediento. Había levantado un muro alrededor de su misión, ladrillo a ladrillo, evitando que nadie, salvo Mikou, se le acercara. Y se desmoronó en cuanto abrió los ojos y la vio frente a él.

La sorpresa de encontrarla al despertar en aquella mina sobrepasó a la que se había llevado al saber que los esclavos que trabajaban allí eran Portadores.

Habría sido muy fácil sucumbir al sabor de sus labios, pero necesitaba centrarse en su propósito. Las palabras de la sacerdotisa de Itolen habían sido claras: debía asegurarse que ella se sacrificaba para expulsar de nuevo a Igazash.

No, ni hablar. Encontraría otro modo. Sin embargo, temía desviarse del camino si se entregaba a ella. Kat sería capaz de hacerle olvidar que debía encontrar todos los orbes para romperlos.

La frustración lo embargó. Ya no sabía si sus pensamientos eran propios o nociones implantadas con sutileza por Kirena. Dudaba que el deseo de la diosa fuera que destruyera la única vía para su reencarnación, así que continuaría centrado en ese objetivo.

Se habían salvado de milagro del desmoronamiento de la mina. Cómo había ocurrido era un misterio. Él era un Avatar, el único que quedaba con toda probabilidad en la galaxia, y no era consciente de su potencial ni de qué Foco de la Esencia, aparte de la telequinesis, poseía.

Sí tenía una cosa clara: el don de la curación que poseyó su madre no contaba entre ellos, o la herida de su pierna se habría sanado ya.

¿Estarían a salvo gracias al poder de Katisa, el cual no sabía ni que existía? ¿Podría ser que su instinto hubiera detonado un escudo? Demasiadas preguntas sin respuesta.

El sonido de las campanillas de cristal se intensificó en su mente. Giró la cabeza hacia el lugar del que provenían: la única imperfección en la cúpula de roca, una hendidura lo suficientemente ancha como para que pudieran pasar por ella, aunque a duras penas.

Eso solo quería decir una cosa. Había tenido razón en su suposición de que otro de los templos de Kirena se encontraba allí. Qué casualidad que Barnimar fuera el destino que la nave de Juris tenía programado. Otra de aquellas «coincidencias» de las que empezaba a hartarse.

—Drarin, ¿me recibes? —La alterada voz de Kat lo devolvió al presente. Trasteaba con su muñequera—. Chicos, ¿alguien me oye? ¡Estamos atrapados!

No tenía idea de a quién llamaba, pero el pánico se estaba apoderando de ella mientras repetía una y otra vez aquellas frases, a la espera de una respuesta que no llegaba. Posó una mano sobre la suya para intentar tranquilizarla.

—Calma, la desesperación no nos va a ayudar.

—Ya, y la calma tampoco. ¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó. Observaba la apertura en la roca sin mucho convencimiento y su voz temblaba—. Esa es la única salida, pero no es garantía de que nos lleve a alguna parte. Tal vez se estreche más y no logremos cruzarlo.

—En ese caso, dejaremos que la desesperanza nos vuelva locos, pero antes podríamos comprobarlo, ¿no te parece?

Ella se acercó a la hendidura y sacudió la cabeza.

—Es un estrecho túnel y no veo el final. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Porque no sirve de nada que los dos sucumbamos a la histeria.

—¡No estoy histérica! —gritó, una octava más alta.

Yeirek soltó una carcajada.

—Vamos, solo hay un modo de saberlo. —Agarró su mano—. Además, tengo un buen presentimiento. ¿Tú las oyes?

—¿El qué? —dijo mientras apretaba con fuerza su mano.

—Las campanillas de cristal —contestó, sin mirarla. Sabía cómo sonaba eso, a que estaba trillado. Y tal vez así era, aunque si ella también las oía sería diferente. ¿No debería, si estaba relacionada con la diosa?

—Solo oigo un pitido. ¿Estás seguro de que tus oídos no están mal por las explosiones? —Se colocó un tentáculo tras la oreja, de aquella manera tan adorable—. Da igual, debemos avanzar, sea a donde sea. Aquí no estamos seguros.

Tiró de su mano para internarse en la hendidura. Sin embargo, ella se soltó con brusquedad y se adelantó.

—Yo iré delante —declaró y se quitó la muñequera con la linterna—. Toma, enfócala a tus pies para ver dónde pisas. Yo veré mejor sin ella. Y cuídala bien, como la rompas…

Entró en la estrecha fisura, casi tan ancha como ella, y en aquel momento el pavor hizo mella en él. Su cuerpo era más voluminoso y temía quedarse encajado y no poder avanzar.

Kat volvió la cabeza y, al ver que no la seguía, extendió su mano hacia él.

—Sé lo que piensas, y no te voy a dejar aquí. Voy a asegurarme de que el camino es transitable —afirmó, mientras gesticulaba, insistiendo para que la siguiera—. ¿Y si este espacio no aguanta el peso de la roca y te sepulta?

Asintió, pero las piernas no le obedecían. Kat salió de la apertura y lo tomó de la mano con suavidad. Entrelazó sus dedos con los de él y lo miró con la cabeza ladeada.

En aquel momento, como si le hubiera lanzado un conjuro, todo a su alrededor se desvaneció. Solo existía ella y sus enormes iris de color miel.

—¿Recuerdas en Calarik cuando te guie por la oscuridad, en aquel poblado lleno de robots? Confiaste en mí sin dudar. ¿Confiarás en mí ahora?

Sus palabras se asentaron en él como un bálsamo y le sacaron de aquel vórtice de aprensión en el que se había metido. Apretó su mano.

—Siempre —dijo y se dejó arrastrar.



Capítulo 24

Barnimar. Mina de extracción

La claustrofobia se apoderó de Yeirek cuando todo su cuerpo estuvo envuelto en piedra. Le impedía pensar y respirar con normalidad, pero no podía dejar que le venciera.

Concentró sus sentidos en el foco de luz que alumbraba sus botas y en la mano que tiraba de él con seguridad.

Las inhalaciones de Kat eran calmadas, a pesar de la situación. Estar entre paredes de roca no era tan extraño para ella.

—Buenas noticias, creo. —Su voz ronca y el tono que empleó no le pareció que fuera a anunciar algo halagüeño—. El camino se bifurca más adelante. Aunque no sé hacia dónde ir. Al menos, si uno no tiene salida, tendríamos otra oportunidad.

Las campanillas de cristal seguían tañendo apacibles, pero sin pausa.

—Acércate más, allí sabré decirte hacia dónde.

—¿Eso que crees oír? —preguntó en tono de burla.

—Tú ríe todo lo que quieras, pero si tengo razón me deberás una disculpa.

Kat soltó una carcajada.

—Si eso llegara a ocurrir, mejor que te esperes sentado.

El pasillo seguía recto y se ensanchaba ligeramente, pero una brecha en la pared mostraba que existía otro camino. Era igual o más angosto que el actual, y su ansiedad se acrecentó al percibir las campanillas en esa dirección.

—Es por ahí —indicó. Ella lo miró, evaluando la seguridad en sus palabras, y se desvió hacia allí.

Avanzaron cada vez más lentos. Kat se deslizaba por la roca con naturalidad, hasta el punto de que se preguntó si su anatomía sería diferente y podría fundirse con la piedra. En cambio, las paredes se ensañaban con él, presionando todo su cuerpo. Los cantos rugosos le cortaban la piel.

Tenía la sensación de que llevaban kilómetros caminando por aquel túnel por el que se desviaron, pero al enfocar con la linterna, apenas si habían avanzado unos pocos metros.

Al intentar volver la cabeza se percató de que se había quedado encajada entre la piedra, al igual que el resto de su cuerpo. La angustia provocó que hiperventilara y, en ese momento, sus manos se soltaron.

—¡No! ¡Kat, por favor, vuelve! ¡No puedo moverme!

Todo estaba a oscuras, a excepción del pequeño foco que alumbraba a sus pies y al cual no podía mirar, y el sonido de las campanillas de cristal era tan fuerte que no lograba escuchar los pasos de ella.

—¡Kat! —rogó de nuevo, pero el eco se amortiguaba por la proximidad de las paredes. Se había quedado solo, atrapado, sin espacio siquiera para respirar bien. No quería permanecer ni un segundo más en aquella oscura desolación y trató de agitar su cuerpo para desencajarse de la roca, lo que provocó el efecto contrario. El sudor resbalaba por su espalda y su visión se enturbió con cientos de luces violetas y verdes.

Unos dedos tibios volvieron a enlazarse con los suyos y su alma se apaciguó. Se aferró a ellos tal vez con más fuerza de la necesaria.

—Falta poco. El camino se ensancha más adelante. —Su voz calmada, destinada a tranquilizarlo, causó el efecto contrario.

—¡Me da igual! ¡Como si queda un kilómetro! ¡No puedo moverme! ¿Lo entiendes?

—Ahora eres tú el que está histérico, cálmate.

—¡No puedo! —El corazón le bombeaba como si fuera a explotar de un momento a otro y, encima, el repiquetear de las campanillas era tan abrumador que amenazaba con desquiciarle.

—Yeirek, mírame —pidió ella con suavidad. Sin embargo, no podía volver la cabeza, aprisionada entre la roca como estaba.

—No puedo —repitió en un susurro lastimero.

—Pues escucha mi voz. Respira. Lentamente. —Se aproximó a él para que sintiera su contacto y su aliento rozó la piel en su brazo como una brisa cálida—. No estás encajonado del todo, solo lo crees y debes liberarte de esa sensación. Estoy teniendo en cuenta el volumen de tu cuerpo y te juro que, si no supiera que puedes pasar, ahora mismo estaríamos volviendo sobre nuestros pasos.

No estaba seguro de sus palabras. La roca se ceñía alrededor de su cuerpo más que un sudario y no parecía dispuesta a soltarlo. Sin embargo, le había pedido que confiara en ella. Y eso iba a hacer.

—Eso es. Coge aire y suéltalo, un par de veces más —continuó. Esperó a que siguiera sus instrucciones—. Flexiona un poco las rodillas y deslízate unos centímetros hacia abajo y a la izquierda. Así. —Tiró de su mano con suavidad—. ¿Ves? Sígueme y piensa solo en el siguiente

paso, a tu ritmo, que te espero. No queda mucho, te lo prometo.

Continuó con indicaciones que obedeció sin pensar, encomendándose a ella y, tras unos metros, el pasadizo se ensanchó como si lo hubiera puesto a prueba y estuviera satisfecho con el resultado.

—¿Lo ves? —señaló Kat con una sonrisa traviesa—. Tu heroína personal al rescate. ¿Te dije que te sacaría de ahí, o no?

Libre de la opresión que le había consumido durante los últimos minutos, se embelesó con su expresión pícara y tiró de su brazo para fundirse en un abrazo con ella. Permanecieron unos maravillosos instantes así, sin decir una palabra. Olía a sudor y a tierra, una fascinante combinación que despertó sus instintos más profundos.

Ella fue la primera en romper el hechizo y estudió su alrededor. La imitó, reticente, y dirigió el foco de la linterna.

Las paredes estaban formadas por bloques de piedra unidos con argamasa. Era un trabajo tosco, nada que ver con las construcciones modernas. Le recordó al pasadizo que encontró bajo el complejo de los Portadores en Minom, justo antes del templo de Kirena.

Las campanillas de cristal, apaciguadas ahora, tañían como en una suave brisa. Estaba seguro de que habían llegado a uno de ellos.

—Qué raro es esto, ¿verdad? —preguntó ella, rascando con una uña las junturas artificiales de la pared—. No parece que forme parte de la mina.

—En el pasado hubo un templo de Portadores cerca —informó —. Creo que es esto.

El haz de luz descubrió una pared desmoronada más adelante. No parecía reciente, sino un derrumbe provocado por el paso del tiempo.

Su corazón se aceleró cuando reconoció el rostro esculpido de la representación de la alara de la luz entre los restos. Pasó por encima de las piedras esparcidas.

Como ocurrió en el templo de Minom, ocho antorchas se prendieron a la vez en cuanto Yeirek puso un pie en el interior, y el tañido de las campanillas cesó.

A su lado, Kat soltó un exabrupto y se cubrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó y apartó las manos cuando su vista pareció adaptarse—. ¿Qué es esto?

—Lo que venía buscando antes de encontrar la mina.

Ella se maravilló del pequeño templo octogonal que se abrió ante ellos. Se acercó a uno de los murales, al que representaba a la sacerdotisa Xandara.

—Esta es una alara del desierto —apreció y posó su mirada en el siguiente muro, en el que se hallaba una alara con enredaderas en flor alrededor de los brazos. Yeirek reconoció las mismas representaciones de los otros templos—. Y esta una naturalista. —Se volvió hacia él—. ¿Qué buscabas?

Su tono era solo curioso. Que la desconfianza pareciera haber desaparecido de su expresión levantó un peso en su alma.

—Todo esto es tan… —Quería decir conveniente, pero sabía que provocaría más preguntas y suspicacias—… extraño. ¿Qué hacías tú en la mina?

—Rescatar esclavos. Que, por cierto, eran de los tuyos. —Se acercó a admirar el siguiente mural, en el que una alara acuática saltaba de un géiser— ¿Por qué la Guardia te tenía atado a la camilla?

Ahí estaba otra vez, ese tono acusatorio. Al final, su falta de suspicacia se debía a que daba por sentado que seguía trabajando para el enemigo.

—Porque yo también traté de liberarlos. —No quería darle explicaciones. Ojalá confiara en él,

pero la conocía lo suficiente como para saber que sus palabras no cambiarían su parecer.

Ella lo miró con las cejas alzadas y esperó una explicación más extensa.

—Me da igual lo que creas —mintió, pero no quería discutir—. No trabajo para ellos y, aunque tengamos objetivos diferentes, en el fondo buscamos lo mismo.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella mientras sus dedos perfilaban el relieve de la alara acuática, casi con reverencia—. Y, ¿qué es?

—Impedir que Igazash se salga con la suya.

Kat se volvió hacia él. Sus ojos estaban abiertos de par en par, pero pronto su ceño se frunció.

—¿Igazash? ¿El dios?

Yeirek titubeó. En ese momento se dio cuenta de lo que parecía: que estaba tronado. Y tal vez tuviera razón.

¿Cómo iba a explicarle lo que le habían revelado en Itolen sin darle la impresión de que estaba loco? ¿Que seguía las indicaciones de una pandilla de herejes lunáticos con una profunda convicción?

Sin embargo, por muy enajenados que estuvieran aquellos monjes, de algún modo todo encajaba. Ocurrían cosas que escapaban a su control, como reencontrarse con ella tantas veces. Era prácticamente imposible, sin una fuerza superior que guiara los pasos de ambos. Pero no era lo único.

Se acercó a él y pasó de largo. Se dirigió al mural en el que estaba representada la diosa Kirena, como si flotara en el aire con los brazos abiertos en oración. Sobre una de sus manos se hallaba el orbe y Yeirek respiró aliviado al ver que el bulto seguía allí y no había desaparecido igual que en el templo de Calarik.

Avanzaba como hipnotizada, con la mirada vacía.

—¿Kat? —llamó su atención. No respondió, solo alargó el brazo hacia la esfera—. Oye...

La respiración se congeló en su garganta cuando el orbe se despegó de la pared y flotó con lentitud hacia ella. Juntó las manos, formando una concavidad como si esperara a que aterrizara entre ellas. En sus labios brillaba una apacible sonrisa.

—Hacía mucho tiempo —musitó.

En cuanto el cristal entró en contacto con su piel, su interior refulgió con una explosión de luz blanca y se separó en varios trozos. Ondularon frente a su rostro con un patrón irregular, aunque armonioso.

—Es precioso —susurró, casi sin parpadear.

Sus labios formaron palabras que no fue capaz de entender y, por unos instantes, las ondas de luz sobre su cara lo embelesaron hasta robarle la noción del tiempo.

Una parte de él le gritaba que espabilara, que eso no podía ser bueno. Al fin, su sensatez se impuso y reaccionó. De un manotazo, golpeó la esfera, que voló a la otra punta de la sala.

—¿Qué haces? —exclamó Kat. Se lanzó a rescatarla, pero él se interpuso en su camino y la sujetó por la cintura—. ¡Suéltame!

—¡Te estaba poseyendo! —gritó para que reaccionara. No sabía si era cierto, pero lo parecía. Aldon le narró la manera en la que Igazash había poseído el cuerpo de su tío, tan solo al contacto con uno de esos orbes. Ignoraba si ocurriría lo mismo en caso de que ella tocara una de las Lágrimas, pero no iba a arriesgarse a perderla tan pronto.

—¿Qué dices? —Forcejeó, aunque él la retuvo con firmeza—. ¡Estás loco!

—¿A qué te referías cuando decías que hacía mucho tiempo?

—¿Qué? ¡No he dicho nada por el estilo!

Los agudos gritos de un animal llenaron de ecos el templo. El tukiki se hallaba sobre los montículos del muro derruido, saltando mientras protestaba para llamar su atención. En cuanto la obtuvo, se detuvo y esbozó una sonrisa.

—¡Mikou! —exclamaron al unísono y se abalanzaron sobre él. Kat estiró el brazo y el primate trepó por él hasta su cuello. Yeirek le acarició la barriga y él erizó sus plumas sin apartar la vista de la entrada.

Temiéndose lo peor miró en aquella dirección, para descubrir una de las correas de su mochila. Al acercarse la encontró al otro lado del derrumbe y la recogió.

—Pero bueno, Mikou ¿la has arrastrado todo el camino?

Incrédulo por la inteligencia del tukiki, rebuscó con desespero en su interior para comprobar que sus pertenencias seguían allí. Palpó la eséntica, su arma de Portador y los dos orbes en el compartimento oculto. Exhaló un suspiro de alivio al comprobar que no se habían perdido. Al abrir el bolsillo secreto le recibió una brillante luz blanca. Los orbes y la eséntica fulgían.

—¿Me vas a contar de qué va todo esto? —preguntó Kat sin dejar de acariciar la cabecita de Mikou. Con la otra mano, extrajo un puñal de su bota—. ¿O voy a tener que torturarte?



Capítulo 25

Barnimar. Templo de Kirena

Katisa escuchó la teoría conspiranoica de los labios de Yeirek, intentando no resoplar por la exasperación. Le resultaba increíble que alguien tan inteligente como él creyera en aquellas tonterías.

—Espera —le interrumpió cuando su paciencia rozó el límite—. Deja que lo resuma, a ver si lo he entendido. Igazash, el que en la mitología se cargó mi mundo, estaba metido en uno de esos orbes y se ha liberado porque Aldo Deni metió su manaza donde no debía, se llevó la esfera con él y ahora el dios lo tiene controlado.

—No exactamente. Aldo Deni es Igazash.

Katisa reprimió una carcajada, por educación. Serenó su rostro antes de continuar.

—¿Y por qué se ha cambiado el nombre? Si es un dios, ¿no deseará que lo conozcan como tal?

—¡Y yo qué sé! —Levantó las manos al aire, exasperado—. ¡Pues no querrá que se sepa!

—Eso no encaja con la personalidad de un dios, ¿no te parece?

Yeirek se apoyó en uno de los muros y se deslizó hasta el suelo con la mirada perdida. Ella se sentó frente a él con las piernas cruzadas.

—Ya sé cómo suena eso, no hace falta que lo digas en ese tono. —Se llevó las manos a la cara.

Yeirek se lo creía. Alucinante. Hasta aquel momento, lo más raro que había escuchado era a un grupo de atontados asegurar que los planetas eran cápsulas de un videojuego al que jugaba una raza superior.

—¿No crees que nos habríamos dado cuenta si un dios, con recursos ilimitados, caminara entre nosotros? —trató de razonar con él.

—Los sacerdotes de Itolen opinan que no ha encontrado la manera de liberarse de su actual cuerpo mortal, pero que acabará por pasar.

Kat lo miró con compasión. Creía que le entendía, de algún modo. No quería ni imaginarse lo duro que debió ser para él que toda su vida se desmoronara cuando el Regente Supremo desmanteló la Hermandad de Portadores. Era lo más cercano a su familia, y todos desaparecieron de repente.

Era consciente de la fragilidad de la mente. Construir esas historias debía ser su vía de escape, pero solo se mentía a sí mismo.

—Yeirek, los dioses no existen. —Colocó una mano en su rodilla—. Son la invención de algunos que buscan el poder y el control sobre el resto de nosotros.

Mikou, a su lado, emitió un grito de protesta, y Kat volvió a rascarle las plumas de la cabeza.

—No, Kat. Son reales. O al menos lo fueron. Y lo que queda de ellos está en estos orbes. —Sostuvo el orbe resplandeciente que antes había tocado ella y lo guardó en la mochila junto a sus gemelos.

—¿Todos los dioses? Fueron unos cuantos.

—No sé nada del resto, solo sé lo que me han explicado sobre Igazash y Kirena.

Se le escapó un suspiro. Tal vez, si exteriorizaba lo que llevaba dentro, se percataría él mismo de lo irracional de su historia.

—Está bien, continúa. ¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

Él levantó los ojos y rebuscó en su mirada, tal vez un vestigio de que le creía.

—¿Sabes por qué te buscaba la aracne cuando nos reencontramos?

Una punzada de ira cruzó su pecho como una descarga a la mención de aquella tipeja de ocho patas.

—Sí, trabaja para Deni. Quiere una llave que está convencido de que tengo. Aunque tú ya sabes eso.

Yeirek chasqueó la lengua.

—Sí, lo sé. Y, ¿nunca te has preguntado qué quiere abrir?

—Claro, pero me da igual. No pienso dársela. —Para enfatizar sus palabras sujetó el medallón de unorenita con resolución.

Yeirek sacudió la cabeza.

—Crees que es el colgante, ¿no?

—¿Qué otra cosa podría ser? Aparte de la Aénima, no poseo nada más, y dudo que sea la nave lo que busca.

Él agarró sus manos, haciendo que soltara el colgante. La convicción en su mirada era tan real que le hizo dudar por un instante.

—¿Y si te dijera que la llave eres tú, y lo que quiere es abrir el orbe que contiene la consciencia de Igazash, igual que has abierto este? —dijo y señaló la mochila.

Katisa fue incapaz de reprimir una carcajada.

—¡Eso te lo acabas de inventar! —apartó las manos con brusquedad.

—¡Pues sí! Pero tiene lógica. No sabía que los orbes reaccionaban así al tocarlos.

—¿Lógica? ¿En serio? ¡Si ya controla a alguien!

Yeirek se rascó la cabeza con fuerza.

—Ya, pero el cuerpo que posee es mortal. —Una sombra de pesar cruzó su expresión—. Envejece, como todos nosotros, o podría enfermar. En cualquier caso, tarde o temprano morirá. Creo que quiere evitar eso.

Mikou se plantó entre ambos y observó su intercambio. Parecía interesado en la conversación, pero lo más probable es que esperaba que uno de los dos le lanzara un trozo de comida.

—Cuando eso pase, con controlar otro cuerpo ya tendría suficiente. —Katisa se apretó las sienes, el dolor de cabeza no parecía querer abandonarla—. ¿Por qué estamos discutiendo esto? ¿No ves lo absurdo que suena?

Yeirek clavó su mirada en ella por unos instantes. Con suerte empezaba a entrar en razón.

—Estoy seguro de que no puede quemar Esencia. Y ¿qué sería un dios sin sus poderes? —Pues no, no entraba en razón—. Mira, yo no tengo las respuestas. Pero está claro que quiere encontrarte. Tú eres la clave.

Ya tenía suficiente. Se levantó para buscar una manera de salir. Eso sí era importante. Si no lo conseguían pronto, Mikou no sería el único ávido por comer.

—Oye, me halagas —trató de endulzar su tono lo máximo posible—. Pero no me creo merecedora de ser el centro de tus demencias. Empieza a tocar con los pies en la tierra o acabarás haciéndote daño.

Yeirek echó mano de la mochila y sacó una piedra similar a las que habían extraído en aquella mina.

—¿Ves esto? A estas alturas seguro que ya sabes qué es: una eséntica. Mira cómo brilla. Eso lo haces tú. Nadie tiene un Foco blanco. ¿Y esas esferas? Lo mismo.

La conversación con Geara en el montacargas, sobre las esénticas, acudió a su mente. A los Portadores les había extrañado el comportamiento de los cristales.

—Podría ser que…

—¡Para! —gritó, y a punto estuvo de lanzar la eséntica, pero cerró los ojos, respiró, y la encerró en un puño—. ¡Deja de intentar razonar todo lo que digo, por favor! Este templo, los orbes, las esénticas... son reales, no me lo invento. Hasta ahora, brillaban con el color de mi Foco, pero desde que has aparecido tú han cambiado. ¿Qué más pruebas necesitas?

Katisa se apoyó contra el mural de la alara acuática y cruzó los brazos. Sabía que no debía seguir con ello, aunque necesitaba algunas respuestas.

—Está bien, digamos que te creo. Antes has dicho que buscabas aquí una de esas esferas. Y, por lo que veo, tienes dos ya. ¿Por qué vas tras ellas?

—En la iglesia de Itolen las llaman las Lágrimas de Kirena, hay seis y contienen la Esencia de cada una de sus sacerdotisas de antaño. —Señaló los muros que los rodeaban, con las representaciones de las alaras—, que se sacrificaron en un ritual para preservar la consciencia de la diosa.

El término «sacrificio» provocó un escalofrío en su espalda. No creía en los dioses, y nunca se había preocupado por conocer la mitología de la galaxia. Sin embargo, era una palabra que no le pegaba a una diosa como Kirena.

—En ellos hay Esencia suficiente para despertarla en caso de que, como está ocurriendo, Igazash encuentre la manera de regresar. Y así poder luchar contra él y desterrarlo de nuevo.

—Y ¿dónde está Kirena?

La intensidad de su mirada la estremeció. Estaba convencida de que la respuesta no le iba a

gustar.

Yeirek desvió la vista hacia el suelo.

—Lo desconozco —contestó, evitando mirarla directamente. Su mandíbula se tensó. Mentía y Katisa no sabía por qué—. De momento, no es importante. Encontrar las Lágrimas es lo prioritario.

Suspiró. Haría un esfuerzo por creerle. Quería confiar en él, convencerse de que todo aquel tiempo había seguido su propia agenda y que su implicación con Aldo Deni era solo parte de ese plan.

—¿Por qué yo? —se descubrió preguntando.

Yeirek esbozó una pequeña sonrisa de triunfo y señaló a la alara del desierto representada en el mural, con sus tentáculos flotando alrededor de su cabeza. Sujetaba una espada con ambas manos y, a pesar de que su rostro mostraba serenidad, expresaba mucha fuerza. De algún modo, Kat deseó ser como ella. Parecía un buen modelo a seguir.

—¿Sabes quién es? —preguntó él.

—No, nunca me ha interesado la teología.

Él rio divertido.

—Se llamó Xandara, la primera suma sacerdotisa de Kirena. Pues tú, Katisa, eres descendiente directa de esa mujer.

—¿Que yo… qué? —Su corazón dio un vuelco—. ¡Venga ya!

—Vi un cuadro de ella de hace cinco mil años. Era idéntica a ti. No solo porque era una «tocada por la diosa» también. Casi me da un infarto al ver lo parecidas que sois. No puede ser mera coincidencia.

Ella alzó los ojos al cielo.

—No se parece en nada a mí. Solo en los tentáculos.

—Eres una cabezota —protestó, aunque se le escapó una sonrisa. Se acercó al relieve de Xandara y le hizo señas para que se colocara a su lado—. No es tan preciso como el cuadro, pero fíjate: sus pómulos. —Pasó los dedos por aquella zona en la piedra y después por la mejilla de Kat, con tanta delicadeza que su corazón revoloteó, travieso—. Su mentón. —Hizo lo propio con su barbilla, en la que se recreó. El tiempo se detuvo y ya no podía apartar la mirada de él. Se acercó sin pretenderlo, como si Yeirek fuera un huracán que la succionara—. Su nariz…

Él acarició con un dedo la suya y dio otro paso, hasta que la distancia entre ellos desapareció. Pero fue su expresión, de un deseo primitivo, lo que erizó la piel de Katisa. La misma que la había vuelto loca unos meses atrás en la cápsula de salvamento, la que provocaba que su corazón amenazara con explotar.

Se le escapó un trémulo suspiro cuando la mirada de Yeirek se deslizó desde sus ojos a los labios y arrimó el rostro hasta que sus alientos fue lo único que respiraban.

Él rozó su nariz contra la suya, con tanta dulzura que las piernas de Katisa amenazaron con perder la fuerza.

—… su boca. —Con una lentitud agónica, sus bocas se tocaron en una caricia. Ella mordió su labio inferior como si se tratara de un apetitoso dulce y Yeirek gruñó, besándola con más valentía.

Aquel sonido disparó un resorte en ella y lo atrajo con fuerza con la mano tras su nuca. Lo necesitaba más cerca, aunque ya no quedara espacio entre ellos.

Su lengua se abrió paso a través de los labios de Katisa y una corriente de calor recorrió todo su cuerpo en oleadas, mientras su corazón ensordecía sus oídos.

Sus lenguas se enredaron y el fuego en su interior se intensificó al movimiento de las manos

de Yeirek por debajo de su cintura, estrujándola aún más contra él.

Una quemazón palpitó entre sus piernas y le besó con más urgencia. Necesitaba sentir su piel en las yemas de los dedos. Sus manos se colaron bajo la camiseta de él y recorrieron con lentitud su espalda, acariciando cada músculo.

La respiración de Yeirek se aceleró y su boca se deslizó hacia el cuello de ella, donde lo lamió con ternura y necesidad a partes iguales. Una mano irrumpió traviesa por debajo de su camiseta y retorció uno de sus pezones.

Una oleada de placer erizó su cuerpo y gimió en busca de más cuando la lengua de Yeirek regresó hasta su boca con un deseo animal. En aquel momento, perdió todo control sobre sí misma. Gimió con frustración, lo necesitaba más cerca todavía.

Se estaba volviendo loca, nunca había ansiado nada con tanta desesperación. Liberó su mente de cualquier pensamiento salvo la urgencia de satisfacer aquel deseo. Entre gemidos, susurró su nombre.

Con un gruñido de apremio, Yeirek le levantó la camiseta. Deslizó sus labios por su estómago y saboreó cada centímetro, despacio, hasta que se detuvo en sus pechos, donde lamió y succionó uno de los pezones, recreándose, lo que le lanzó descargas de placer.

Ella enredó los dedos en su cabello. No quería que se detuviera, necesitaba deleitarse en aquella sensación para siempre.

Y, de pronto, Yeirek echó un paso atrás.

—No puedo —susurró entre jadeos y retrocedió otro paso.

Todavía mareada por el torrente de emociones, Kat quería preguntarle por qué, pero le falló el habla. Él la miraba con una mezcla de deseo, dolor y frustración.

—No quiero hacerte daño. —La congoja en su voz la sobresaltó.

—Pues no me lo hagas —contestó ella y avanzó un paso hacia él, en busca de terminar lo que habían comenzado.

Yeirek levantó una mano para impedir que se acercara, a pesar de que su mirada expresaba todo lo contrario.

—Para eso tengo que alejarme de ti. —Ese dolor de nuevo en sus ojos.

—Hace un momento no parecía que quisieras. —El fantasma de sus manos en la piel y su boca sobre los pezones todavía encendía su deseo.

La mirada de Yeirek se volvió vidriosa y sus pupilas se dilataron por un instante.

—Y es lo último que quiero, pero debo estar centrado para llevar a cabo mi misión.

Kat entrecerró los ojos. *Su misión*. Decía aquella palabra con reverencia. No como si se la hubiera encomendado un superior —como cuando Laira le asignaba una a ella— sino como si fuera algo sagrado.

Ya no estaba tan segura de que pretendiera engañarla, era imposible que tratara de convencerla con una historia tan inverosímil. Tal vez estaba loco de atar, pero una voz muy profunda en su interior le gritaba que no.

Sus ojos verdes la atraparon de nuevo y, en ese instante, la certeza de que no deseaba volver a separarse de ellos la abrumó.

Estaba loca, lo sabía, y seguramente él sería su perdición, pero no podía negar las emociones que acababa de sentir.

—Tu misión es encontrar esos orbes para matar a Igazash, ¿no? —preguntó, tratando de darle algo de sentido a sus pensamientos. Él asintió—. ¿Ese Igazash que controla a Aldo Deni, que a su vez controla al Regente Supremo? —Volvió a asentir y enarcó una ceja—. Entonces, como dijiste antes, tenemos objetivos similares.

—¿En serio?

—Ya te he dicho por qué estaba en la mina. Estoy con un grupo de gente que lucha por evitar las injusticias que se hacen en nombre del Regente. —Reprimió el impulso de volver a acercarse a él y caer en la vorágine del deseo que le provocaba—. Parece que perseguimos lo mismo, aunque desde diferentes flancos. Seguro que me acabo por arrepentir de esto. Pero, tal vez, podríamos aunar fuerzas.

Yeirek parpadeó varias veces. Después se tocó la oreja, indeciso.

—¿Ya confías en mí? —preguntó en un hilo de voz.

Sopesó la respuesta. El deseo, la atracción que sentía por él, había nublado su juicio por unos minutos. Después de su rechazo comenzaba a enfriarse y su mente, por fortuna, intentó hacer que entrara en razón.

Se dirigió a Mikou, sentado sobre la mochila de Yeirek. Mientras la recogía y se la tendía con brusquedad, el tukiki trepó hasta su hombro y, de algún modo, le dio fuerzas para terminar de convencerse.

—No, pero es irrelevante —dijo, e inspeccionó el templo en busca de una salida—. Y si no, siempre puedo matarte.



Capítulo 26

Barnimar. En el interior de la montaña

Yeirek retorció las manos, tratando de apagar el deseo que había estado a punto de consumirle, y que todavía amenazaba con convertirlo en una antorcha.

Era incapaz de apartar la mirada de Kat mientras buscaba una salida del pequeño templo, y su corazón cabalgó de nuevo en su pecho. Colocó las manos en la fría piedra, que le sirvió de ancla para evitar correr hacia ella y comerse sus labios, saborear esa bonita piel y oírla susurrar su nombre con deseo.

Deseaba retomarlo donde, de manera estúpida, él mismo lo había detenido. Sentir que ella también lo ansiaba era a la vez eufórico y doloroso, pero no podía permitirlo.

La sensación de que Kirena agitaba los hilos de su destino era cada vez más abrumadora. Con total descaro, trataba de guiarle hasta ella para asegurarse de que se sacrificara, cumpliendo así el papel de ambos. La odiaba con todo su ser.

Comprendía que no confiara en él. ¿Cómo iba a hacerlo si él mismo no estaba seguro de que sus pensamientos eran suyos?

Debería apartarse, desaparecer de su vida y luchar contra la diosa para que no se cruzaran de nuevo. Pero tampoco deseaba volver a separarse de Kat. Y, lo peor de todo, es que ella misma le había ofrecido un argumento irrefutable: en el fondo, ambos buscaban lo mismo.

Si permanecían unidos, sería difícil para él evitar el destino que le esperaba a Katisa. Pero ¿y si no? Quizás contar con ella era la única manera de sortear su sacrificio, de encontrar una alternativa a acabar con Igazash. Juntos.

Incluso podrían hallar el modo de rescatar a su tío de las garras del dios y así cumplir con la promesa hecha a su padre, también.

Kat se quejó tras pegar una patada a uno de los muros y lo sacó de sus pensamientos.

—Tal vez podríamos regresar por donde hemos entrado y seguir el túnel que descartamos —sugirió ella, masajeándose la barbilla.

Era una posibilidad, pero él ya había estado en varios templos como aquel y conocía la salida. Además, prefería cualquier alternativa a enfrentarse otra vez a la claustrofobia sufrida en los túneles.

—Es por aquí —aseguró, y se plantó ante el único muro que no contaba con relieve.

Obedeciendo a su mera presencia, las piedras se arrastraron con un ruido pesado.

Cruzó los dedos para que no se toparan con otro derrumbe obstruyendo la salida. Pero, por el deseo de los dioses, estaba despejado. Solo algunas piedras entorpecían el camino, y podían trepar por ellas con facilidad.

Kat ahogó una exclamación.

—¿Cómo has movido todo el muro? —Él le guiñó un ojo, guardándose el misterio, y ella alzó los ojos al cielo—. Vale, seguro que tiene que ver con eso que haces con las manos.

Sin esperarle, saltó con gracilidad las piedras que se interponían en el camino, con Mikou en su hombro. Avanzaron por un pasillo por el que podían ir en fila, pero con holgura, y pronto las antorchas dejaron de alumbrarles.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Kat volviéndose solo en parte—. ¿Dónde están los orbes que faltan? ¿Nos llevará mucho? Porque yo tengo cosas que hacer.

Yeirek no respondió. No quería reconocer su ignorancia, aunque estaba seguro de que, de algún modo, encontrarían el camino al siguiente lugar. Encendió de nuevo la linterna de la holomuñequera. Frenó en seco cuando se topó con Kat, que le miraba con los ojos entrecerrados.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Resopló—. Ya empiezo a arrepentirme de mi decisión. —Le dio la espalda y continuó.

—Existe un mapa —susurró Yeirek al cabo de un rato, poco convencido—. Pero nadie sabe dónde está.

—Pues vaya —bufó ella.

Él repitió sus palabras en voz baja en una burla. Y, en ese momento, Kat se volvió hacia él con los brazos en jarra.

—Te he oído —protestó—. No creas que…

Dejó de escucharla. A veces se ponía cargante. Mikou, sobre su hombro, jugueteaba con el colgante de Kat.

El medallón de unorenita que había heredado de su madre.

Y que llevaba en su familia incontables generaciones.

Se detuvo en seco.

—¡No me fastidies! —Se golpeó la frente. Se acercó a analizar el medallón, pero Mikou lo defendió con uñas y dientes—. ¡Dile que me lo deje! Será un momento.

Kat titubeó y miró por encima de su hombro, hacia el pasillo que se perdía en la oscuridad.

—¡No me voy a largar con él! —protestó, molesto por su presunción—. Solo quiero comprobar algo.

Ella asintió y se lo quitó, revolviendo sus tentáculos en un movimiento que le resultó muy provocativo.

Refrenó el impulso de atraerla de nuevo hacia él y sentir su cuerpo contra el suyo, pero, en su lugar, se concentró en la joya. Yeirek la enfocó con la linterna, estudiándola.

El nacarado azul de la unorenita resultaba fascinante bajo aquella luz. Estaba lleno de puntos y rayas, desperfectos que atestiguaban el paso del tiempo, aunque para ser una pieza que contaba con milenios se conservaba demasiado bien.

Por más que lo girara no apreciaba ningún mapa. Había esperado un sutil dibujo de la galaxia camuflado en el tornasol. Tal vez estaba equivocado y no tenía nada que ver.

—Está hecho polvo. Toma, espero no ser yo quien lo rompa —Se lo devolvió a regañadientes. Ojalá hubiera acertado.

La mirada de Kat estaba enfocada en el suelo

—Mira, la luz traspasa los arañazos y desperfectos.

Yeirek se fijó en las formas que el haz de la linterna reflejaba en el suelo y ahogó una exclamación.

—¡Eso es! —Pegó el foco al medallón—. ¿Lo ves?

Kat lo miró como si estuviera loco.

—¿Qué tengo que ver?

—Estas marcas redondas son demasiado perfectas y esas rayas muy bien definidas. No son rasguños por el transcurso de los años —señaló al suelo, a cada uno de los puntos y las líneas—. Estos son planetas y, estas, rutas galácticas.

Kat estudió el conjunto de señales y sacudió la cabeza.

—Digamos que te lo compro. —Se encogió de hombros—. No parece haber ninguna referencia o nombre que nos permita saber dónde indica.

—Apuesto que sobre un mapa de la galaxia todo estaría más claro.

Katisa frunció los labios, pensativa, y le quitó la holomuñequera de la mano. Tras varios movimientos de pupila y de manos, se desplegó ante ellos un mapa tridimensional de la galaxia con las rutas comerciales comunes.

Mikou gritó, asustado por la súbita aparición de la imagen y se escondió entre las sombras. Ambos lo ignoraron.

—A ver, enfoca ahí el medallón, trataré de ajustar el tamaño para que concuerde —indicó Kat.

—¿Me crees?

—¡Qué va! —Arrugó la nariz y le lanzó aquella sonrisa traviesa que le volvía loco—. Solo quiero descartar esa alocada teoría tuya.

Durante varios minutos trastearon con la representación holográfica de la galaxia, cambiaron las rutas por otras de peregrinación y vacacionales. No encajaba nada.

—Me encanta tener razón —afirmó ella con una sonrisa que Yeirek le robaría con otro beso —. Por un momento, incluso llegué a pensar que no andabas desencaminado.

Él torció el gesto, frustrado, e hizo ademán de devolverle el medallón, pero se detuvo.

—¡No, claro! ¡Qué tontos! Solo otro intento, por favor. —Ella hizo rodar los ojos, pero desplegó de nuevo el mapa desde la holomuñequera—. Haz que te muestre las rutas más importantes de hace cinco mil años.

El atlas galáctico apenas cambió; sin embargo, sí lo hicieron las líneas comerciales, en gran medida. Yeirek rio una carcajada de triunfo cuando los puntos y rayas del medallón coincidieron con el holograma.

—¡Lo sabía! —La señaló con el dedo—. ¡Ya me debes dos disculpas! —Cruzó los brazos ante el pecho a la espera de sus palabras.

Kat bufó divertida, sin decir nada, y pulsó el aire de manera ausente mientras interactuaba con la holomuñequera. Asintió satisfecha cuando el nombre de cada planeta se manifestó sobre los puntos de referencia.

—Indica siete lugares —bufó con resignación—. No quería perder tanto tiempo en esta búsqueda.

Yeirek se acercó hasta que su pecho rozó la espalda de Kat, y su corazón volvió a acelerarse cuando ella se recostó contra él. Hundió la nariz en sus tentáculos. Era tan reconfortante sentirla tan cerca, no solo físicamente, que estuvo a punto de perder el norte de nuevo.

—No es tanto —le indicó una vez repuesto—. Podemos descartar Minom, Itolen y Barnimar. Son los tres que ya tenemos.

Ella señaló un punto en la parte más alejada del centro galáctico.

—¿En Calarik? —preguntó y ladeó la cabeza—. Supongo que tiene sentido, si la primera sacerdotisa era de allí. —Resopló—. No me apetece volver, aunque así podría visitar a mi tía y a mi prima.

—No te preocupes, esa es la razón por la que fui hace unos meses, y por la que tengo esta herida. —Le señaló la pierna. Ella se volvió a mirarlo con las cejas arqueadas y él sonrió—. Sigue tan llena de arena como la dejaste, pero del orbe, ni rastro. Se lo habían llevado hace tiempo. Descubrir quién lo tiene va a ser un problema.

—Aun así, quedan tres planetas donde buscar —suspiró y leyó sus nombres—. Tarangai, Remónema y... —ahogó una exclamación—. ¡Junah!

Cediendo a un instinto que se escapaba de la razón, Yeirek rodeó su cintura con el brazo que no sujetaba el medallón. Maldita sea, cuando Kat estaba tan cerca, todo lo demás perdía importancia.

—¿Qué le pasa a Junah?

Ella pensó la respuesta.

—En realidad, nada, pero en ese planeta mi madre vivió un montón de años. Incluso podría haberme concebido ahí.

Kat dibujaba espirales en el dorso de su mano con el dedo mientras hablaba y él creyó derretirse allí mismo. Si no se detenía, no sabía si sería capaz de controlarse de nuevo.

—Podríamos empezar a buscar en Remónema —propuso, y sus labios se escaparon hacia el lóbulo de ella, justo donde terminaba su puntiaguda oreja—. Está más cerca de aquí que Junah.

—¿Y qué pasa con Tarangai? —preguntó con voz entrecortada, exponiendo su cuello, en busca de más besos—. Está como a la misma distancia de Remónema.

—No te preocupes por ese —contestó, acatando su demanda silenciosa. El deseo imperioso arremetió de nuevo, con renovado vigor—. Allí es donde mis padres encontraron el orbe de Igazash. Es el que tiene mi tío.

Ella volvió a asentir, ausente, con los ojos cerrados. Levantó una mano para acariciarle el cabello, pero su movimiento se congeló a mitad de camino.

—Espera, ¿qué? —Pegó un salto hacia adelante, apartándose de él. Sus ojos estaban abiertos de par en par y parecía incapaz de cerrar la boca. En ese preciso instante, la mente de Yeirek abandonó la nebulosa sensación de deseo y se percató de lo que acababa de decir—. ¿Tu tío es

quien tiene el orbe de Igazash? Entonces, ¿tu tío es Aldo Deni?



Capítulo 27

Barnimar. En el interior de la montaña

Katisa no daba crédito. Había estado a punto de caer otra vez. ¿Por qué era tan inocente? Y, ¿cómo era él capaz de influenciarla de ese modo? ¡Si casi iba a dejarlo todo e irse con él en su búsqueda! Era una boba.

—¡Puedo explicártelo! —Yeirek trató de captar su brazo, pero ella lo apartó—. ¡No es lo que parece!

—¡Cuando nos conocimos me dijiste que eras huérfano! —gritó, luchando por evitar que las lágrimas asomaran—. ¡Y, ahora, no solo tienes padres, sino que tu tío está obsesionado conmigo!

Intentó obligar a su respiración a calmarse, incapaz de controlar la ira. Sus mejillas todavía ardían por el momento íntimo que habían compartido segundos atrás, y ya volvía a sentir que la acuchillaba por la espalda.

—¡Cuando te lo conté lo creía! ¡Te lo juro!

—¡Ya no puedo creerte, Yeirek! —Le amenazó con el dedo, aunque de lo que tenía ganas era

de pegarle un puñetazo—. Lo he intentado, de verdad que sí, ¡pero esto es demasiado! ¿Todavía me crees incapaz de pensar que no trabajas para Deni? ¡Es tu tío!

—¡Ni siquiera lo conozco! —protestó. Se llevó la mano al pecho y se lo rascó con fuerza.

—¡Pero a la aracne que trabaja para él sí la conoces!

Yeirek chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Sí, a ella sí. —Sus ojos se aguaron, aunque no supo interpretar si su frustración era porque se había delatado a sí mismo o por otra razón—. Todo esto es parte de esa larga historia que prometí contarte.

La cabeza le iba a estallar. Después de aquella confesión, ¿todavía albergaba alguna esperanza de que le creyera? ¿Hasta ese punto creía que era imbécil?

La opresión en su pecho iba pareja a la de su garganta, que le impedía tragar bien. Nunca había estado tan enfadada en su vida. De los insultos que recibió en su mundo natal por el color de su piel, aquel de Yeirek, velado, era el que más le dolía.

En aquellos instantes lo odiaba.

—Ahora no es el momento —contestó, tratando de controlar su temperamento—. Y, sinceramente, creo que nunca lo será.

—Kat… —rogó a su espalda, pero no tenía intención de detenerse, ni de dejar que volviera a enredarla con sus tonterías mitológicas. Su única obsesión en aquellos momentos era salir de allí y reunirse con sus amigos, los de verdad.

Un ligero peso en su hombro, donde Mikou se asentó, le infundió renovadas fuerzas. Avanzó por los pasillos de aquellas ruinas hasta que las paredes volvieron a ser de roca desnuda.

—Chicos, ¿me oís? —Intentó otra vez la comunicación con la Aénima. El silencio de radio comenzó a preocuparla—. Por favor, contestad.

La única respuesta que obtuvo fueron unas débiles interferencias visuales en la hololentilla. Frunció el ceño, no era eso lo que esperaba encontrar. La Aénima no contaba con esa capacidad en sus comunicaciones, tan vieja era. Lo ignoró, debía estar captando la holoemisión de alguna cadena mediática del planeta.

—Por favor, responded —continuó, sin aminorar el paso ni volverse para comprobar si Yeirek la seguía. Le daba igual.

Otra interferencia, esta vez algo menos sutil, se coló de nuevo en su sistema. Se detuvo en seco. Yeirek, en silencio tras ella, trastabilló y murmuró un débil «perdón», al que ni respondió.

Hurgó en aquella señal. Tal vez Clak había dado con la manera de comunicarse de otro modo, aunque no entendía qué razón podría llevarle a ello.

Gracias a su experiencia, descubrió que se trataba de una comunicación codificada, ofuscada en lo que parecía una transmisión casual.

Alguien con un nivel de conocimientos de hacking superiores a los de Clak, y también a los suyos, trataba de ponerse en contacto. Recordó lo ocurrido hacía unas horas, cuando alguien desconocido la advirtió de que la Guardia estaba a punto de lanzar el ataque.

Al descodificar el mensaje detectó que se trataba de un minúsculo clip de video. Era un fragmento de una holopeli. En él, un actor bastante famoso se dirigía a un grupo de gente discutiendo y les gritaba:

—¡Silencio!

El mensaje no daba lugar a malas interpretaciones. Eso abrió las puertas a más preguntas, pero no era el momento ni el lugar para contestarlas. Lo único claro era que, si se comunicaba con sus amigos, la Guardia podría detectarlos.

Continuaron. Una corriente de aire acarició sus mejillas. A su espalda, Yeirek ahogó una

exclamación.

—Esto me suena. Creo que entré cerca de aquí.

El pasadizo por el que avanzaban se desembocó en una pequeña caverna llena de estalactitas y estalagmitas y, en un extremo, la luz solar se filtraba a través de un agujero.

—Seguro. Entré por ahí. —Yeirek se adelantó—. Vamos, mi nave no está muy lejos.

Por un momento, se planteó dejar que se marchara y buscar otra salida, pero no tenía sentido. Necesitaba huir de ahí tanto como él, y no había garantías de que el ataque de la Guardia no hubiera destruido cualquier otra vía. Con un suspiro de resignación, trepó los montículos que los separaba de la apertura.

No fue una ascensión difícil, aunque al llegar a la cima le dolían los hombros y los muslos por el esfuerzo. Una vez fuera, la luz la deslumbró por unos largos instantes, nada a lo que no estuviera acostumbrada.

Reconoció el mismo color grisáceo de las montañas, no debían andar muy lejos. El aire rozó sus mejillas y meció sus tentáculos. Lo aspiró, aliviada por haber hallado el camino a la superficie, pero estaba impregnado del olor a metal y a plástico quemados.

A medio kilómetro, una columna de humo se elevaba hasta el cielo.

—¡No! —gritó Yeirek, y corrió en aquella dirección.

Katisa buscó a la Aénima en el firmamento, pero no había rastro de ella y, tras la misteriosa advertencia, no tenía intención de utilizar el comunicador.

Corrieron hasta la siguiente loma. El olor cada vez era más intenso. Yeirek se detuvo en la cima y ahogó una exclamación.

A los pies de la colina, humeaba una nave pequeña para dos o tres tripulantes, con el logo del gremio de los cazarrecompensas. Estaba bastante entera, con solo un disparo visible en el casco, del que surgía todo aquel humo.

Corrieron hacia ella y Yeirek se precipitó al interior. Cerca de la entrada, arrancó un extintor de su sujeción y lo vació sobre lo que quedaba del incendio. Por suerte no se había propagado hasta los controles de la nave.

El olor a quemado era tan intenso que los ojos de Katisa se llenaron de lágrimas.

Él tiró al suelo el extintor vacío y se lanzó a comprobar los paneles de pilotaje. Las luces del interior de la nave rehusaron encenderse, pero el resto de operativas no parecían haber sufrido muchos desperfectos.

—Déjame que haga algunas comprobaciones —le indicó ella e hizo un chequeo exhaustivo de las funciones—. Todo parece en orden, excepto las comunicaciones. Se han cargado la antena. Si quieres sácanos de aquí.

Los ojos de Yeirek se iluminaron por un instante.

—¿Aún quieres venir conmigo?

—No me quedan alternativas —añadió con aspereza.

Él asintió, un tanto apesadumbrado, y le cedió el timón con una reverencia. Ella se mordió el labio, no quería confesarle que se le daba mal pilotar.

—No me apetece. Tú mismo.

Yeirek inició las maniobras de despegue mientras ella se sentaba en el asiento del copiloto, se aseguraba con el arnés y echaba un último vistazo al cielo, a través del metacristal, en busca de su nave.

Mientras el suelo se alejaba no pudo reprimir un escalofrío. Ojalá sus sentimientos fueran otros. Su cuerpo todavía no había olvidado el deseo que le robó la razón minutos atrás. Había sido un sentimiento tan puro, tan potente... pero la desconfianza volvía a abrirse paso.

—Mi padre era Aldon, el Portador con el que llegué a Calarik cuando te conocí.

Sus palabras la intrigaron y lo miró, incrédula. Sí que percibió un cariño paternal en aquel hombre hacia Yeirek, pero no le había parecido que ambos compartieran semejante vínculo. Era interesante. Sin embargo, regresó su mirada al ventanal.

—No me importa tu vida.

—Me da igual. Estás aquí y no puedes huir a ninguna parte, así que me vas a escuchar.

Katisa resopló y cruzó los brazos ante el pecho con fuerza. Giró la cabeza hacia el lado contrario. Si quería explicarle algo no iba a encontrar a una oyente receptiva.

—En aquel tiempo no lo sabía. Me enteré más tarde, después del ataque de la Guardia a la Hermandad. Murió entre mis brazos, igual que te pasó a ti con tu madre. En aquel momento, me lo confesó.

En contra de su voluntad, se volvió hacia él, aunque trató de camuflar el sentimiento de empatía. Los ojos de Yeirek estaban anegados mientras se mantenían fijos en la línea del horizonte.

—A mi padre le apasionaba la xenoarqueología y, por algún motivo que empiezo a pensar que no fue casual, estaba obsesionado con las Lágrimas de Kirena. Las «bolas», como tú las llamas. —Katisa vio por el rabillo del ojo cómo se giraba a observarla, y que desistía al ver que no le devolvía la mirada—. Así conoció a mi madre, que era arqueóloga en la escuela avanzada de Tarangai junto con su hermano gemelo, Sisho. Marcharon de expedición a buscar el templo de Kirena en la otra punta del planeta. Al encontrarlo, mi tío Sisho tocó el orbe y fue poseído por la consciencia de Igazash, se largó en su nave y los dejó tirados en medio de la jungla.

Ya casi habían atravesado la estratosfera cuando él posó un brazo sobre su hombro.

—Ni siquiera había nacido cuando eso ocurrió. Mi madre quedó encinta en la jungla de Tarangai, después de que mi tío desapareciera.

Debía reconocer que era una buena historia, pero no tenía manera de saber si era inventada. Yeirek apartó la mano de su hombro, a pesar de que no había hecho ademán de sacudírsela de encima.

—Justo antes de morir, mi padre me hizo jurarle que haría todo lo posible por liberar a mi tío del yugo de Igazash —continuó—. Y, casualmente, descubrí que podría ser el tal Aldo Deni. Mi madre se llamaba Deneba, «Deni». El parecido del nombre con el de mis dos progenitores era demasiada casualidad. Así que me colé en el Palacio del Regente para estudiar la situación. Pero la aracne me atrapó antes de poder llegar a mi tío. Así es cómo la conocí.

—Me extraña que no te matara —se le escapó. A su pesar estaba interesada.

Yeirek asintió.

—Pensé que lo haría, pero me confirmó que era su sobrino. Dijo que olíamos igual. Yo estaba desesperado y me dio a escoger entre morir allí mismo o la promesa de presentarme a mi tío si llevaba a cabo un encargo. ¿Tú que hubieras hecho?

Se encogió de hombros.

—Depende del encargo.

—Exacto. Yo pensaba lo peor, pero solo me pidió una cosa, una muy fácil. Encontrar una llave.

Esta vez sí que se volvió hacia él.

—Te juro que no tenía ni idea que tuviera algo que ver contigo. Y, cuando lo descubrí en Grunna, intenté todo lo posible para evitar que el grarog que iba con vosotras te hiciera daño. Lo amenacé con matarlo si te ponía un dedo encima.

Katisa ahogó una exclamación. Un violento ardor en la boca de su estómago se irradió al resto

de su cuerpo y fue incapaz de frenar las lágrimas.

Él. Había sido él.

Karel trató de hacerse con la llave después de su parada en Grunna, porque lo habían amenazado de muerte.

Y Yeirek era el responsable.

El dolor en su corazón al recordar el cuerpo inerte de Rala, su rostro lleno de sangre, el daño del soplete de Karel sobre sus tentáculos, todo regresó a su mente como un tornado.

Se soltó el arnés y se levantó de su asiento, a pesar de las turbulencias en la atmósfera. Le daba igual, nada podía ser más doloroso que lo que sentía en aquel instante. Necesitaba salir, pero no le era posible, estaba atrapada allí, con él. Se apoyó en la pared para recobrar el aliento.

—¿Kat? —preguntó con timidez, un tinte de preocupación en su tono.

—¡Fue tu culpa! —gritó con todas sus fuerzas, con la esperanza de que el dolor se escapara entre sus palabras—. Por ti Rala murió y Karel me torturó.

El horror se plantó en la expresión de Yeirek mientras el color abandonaba su rostro. Se soltó el arnés y se levantó para ir hacia ella, pero una violenta sacudida provocó que se sentara de nuevo de golpe.

Les estaban disparando.



Capítulo 28

En la órbita de Barnimar

Yeirek volvió a colocarse el arnés con toda la rapidez posible y desplegó en el holopanel las armas. Kat permaneció en el otro extremo de la nave, sin reaccionar al hecho de que les dispararan.

Estaba harto de que cada vez que tratara de contarle la verdad para que confiara en él, provocara el efecto contrario.

Aquel no era el momento de pensar en eso. Desplegó el radar.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Nos siguen cuatro cazas y una fragata! ¡Katisa! Ya me odiarás luego, pero ahora ¡sienta tu culo aquí y evita que nos maten!

A punto estuvo de volver a gritar su nombre cuando la alara se sentó a su lado y, con gestos y una actitud profesional, se colocó de nuevo el arnés y se concentró en la tarea.

Tras un rápido vistazo, la sangre se le heló al ver la frialdad en su mirada. Si quería despreciarle, pues bien. Primero debían librarse de la Guardia y sobrevivir para ello.

Comenzó las maniobras evasivas. Los disparos de energía se sucedían a una velocidad

endiablada, desde cuatro puntos distintos.

Ejecutó varios giros en espiral, pero los cazas eran más rápidos y, a pesar de que esquivó unos cuantos impactos, no se libraron de un buen porcentaje. El escudo los absorbía, de momento, pero pronto se agotaría y los dejaría sin protección.

—¡Haz un giro invertido y colócate tras ese, que se ha quedado aislado! —le indicó Kat, señalando el panel.

Virando ciento ochenta grados, tan veloz que los mandos temblaron con violencia, se posicionaron en la retaguardia del descuidado caza.

Kat disparó dos andanadas, pero el enemigo realizó un giro evasivo en la última milésima de segundo y solo impactó la primera. No lo destruyeron, pero quedó a la deriva.

Su compañero de ala les disparó una sucesión rapidísima.

—Desciende en barrena sobre esos dos, ¡corre! —Sin pensar siquiera, confiando sin dudar en sus instrucciones, se lanzó en picado y en espiral, como si fuera un sacacorchos, en dirección a los de la otra ala enemiga.

Casi vomitó lo poco que le quedaba en el estómago. Era la primera vez que ejecutaba esa maniobra en la vida real, y la sensación era muy distinta al simulador.

Katisa no apartó el dedo del holobotón de disparo hasta que tres impactaron en el costado de uno de los cazas. Al ser tan pequeños, no contaban con escudo, por lo que eran más vulnerables. Media sección del vehículo salió disparada hacia el espacio, su piloto con él.

Solo quedaban dos operativos, pero uno parecía habérselo tomado como algo personal. Lanzó varias ráfagas hasta que impactó en uno de sus motores, inutilizándolo.

Podían continuar, pero a mitad de velocidad y, desde luego, incapaces de llevar a cabo según qué maniobras.

Kat se desenganchó de su arnés.

—¡Trata de esquivar sus disparos! —le ordenó—. Voy a ver si puedo apañar algo en las tripas de este trasto.

—¡No! ¡Es peligroso! —Alargó la mano para atraparla, aunque fue más rápida. Era inútil ir tras ella, la muy cabezota. Levantó la trampilla que llevaba a la sala de máquinas y desapareció.

Se concentró en evitar los disparos, pero si no quería provocar que Kat perdiera el equilibrio, debía limitarse a inclinar la nave de un lado a otro lo mínimo posible, y poco más.

—¡Shelak! —La aguda voz de la alara le desconcentró por un instante—. ¡El distribuidor de potencia está ardiendo! ¿Y el extintor?

Iba a gritarle que el único que había lo acababa de gastar antes, pero otro impacto directo provocó que la nave comenzara a girar sobre su propio eje sin control. Un tremendo golpe sonó en la sala de máquinas y Kat gritó.

—¡Kat! —Quiso quitarse el arnés y correr en su ayuda, pero los giros en centrifugado hicieron imposible que se moviera.

Tras un par de minutos, cuando ya estaba a punto de desmayarse, la nave se estabilizó y dejó de tener el control. Iban hacia atrás y, por el radar, se dirigían a la fragata. Los estaban arrastrando sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Le daba igual. Lo primero era saber en qué estado se encontraba ella. Se levantó del asiento y caminó hacia la trampilla, a pesar de que todo le daba vueltas todavía.

—¡Peque! ¿Estás bien?

Al no recibir respuesta, su preocupación fue en aumento. Bajó de un salto a la sala de máquinas y la vio, colgando inerte, enredada entre varios cables como si fuera una marioneta. Su corazón se encogió de tal modo que pensó que implosionaría.

La descolgó, arrancando multitud de los filamentos en el proceso. Estaba muy magullada, su rostro cubierto de sangre a causa de varios cortes, uno bastante profundo en la sien que necesitaba atención rápida. Sus tentáculos y manos presentaban heridas similares.

Verla tan vulnerable le causó una angustia peor que cuando creyó su propia vida en peligro. Sus dedos buscaron el pulso en el cuello y el alivio cayó sobre él como un manto cálido al percibir su pálpito bajo la piel. Palmeó sus mejillas y, al ver que no reaccionaba, la sacudió.

No despertaba.

Por unos instantes, su preocupación por ella había sido lo único importante. Ahora que sabía que, al menos, continuaba con vida, debía pensar en su siguiente paso. Los iban a atrapar y, una vez en la fragata, no serían capaces de escapar.

—Piensa, Yeirek —se dijo a sí mismo.

Kat, inerte en sus brazos, le inspiró un plan. Era alocado y con pocas probabilidades de éxito, pero no contaba con nada más. Trataría de gastar aquel cartucho y rezaría para que funcionara.

Asió uno de los cables y ató las muñecas de Kat con fuerza para que no se soltara, pero con cuidado de no dañarla. Se la cargó al hombro y trepó por la corta escalera de mano hasta la cabina.

Mikou les recibió, inmóvil, estudiando cada una de sus acciones con atención.

Yeirek depositó a la alara en el suelo con mucho cuidado y agarró su mochila. Rebuscó en los bolsillos y suspiró aliviado al encontrar lo que buscaba. Después clavó sus ojos en el tukiki.

—Ya sé que no te gusta —le dijo, con la esperanza de que le entendiera—, pero hazme el favor de meterte dentro y no moverte hasta que te lo diga.

Mikou se introdujo en la mochila sin un sonido y se quedó al fondo, rodeó su cuerpo con la larga cola y se hizo un ovillo, dispuesto a obedecerle.



Capítulo 29

En la órbita de Barnimar

Yeirek se preparó frente a la puerta y esperó a que la nave aterrizara, con Kat cargada sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

En cuanto todo movimiento hubo cesado, y estuvo seguro de que pisaban suelo firme, inspiró varias veces y pulsó el botón que abriría la rampa trasera.

Descendió por ella, levantando una mano para enseñar que iba desarmado. Con la otra sujetaba a Kat, aunque se preocupó en mostrar que tampoco contaba con armas.

Se hallaban en un inmenso hangar lleno de cazas como los que habían destruido. El suelo, brillante e impoluto, era del mismo material que los revestimientos de las paredes, de un frío metal oscuro.

Una enorme entrada rectangular daba a un espacio plagado de estrellas. Tal como había sospechado, se encontraban en el interior de la fragata.

Un grupo de seis soldados en armadura cromada corrió desde una puerta cercana y los rodearon con los rifles de asalto apuntando hacia ellos.

Con movimientos deliberadamente tranquilos y sin bajar la mano, depositó a la alara en el suelo con delicadeza. Deseó que no se despertara hasta que hubieran salido de aquel embrollo o lo complicaría todo.

—Quiero hablar con el que esté al mando —dijo con voz clara y autoritaria, tratando de inyectar a sus facciones la seguridad de alguien de alto rango.

Los soldados en armadura se miraron unos a otros, indecisos.

—Ese debo ser yo —dijo una voz tras ellos, con cierto sarcasmo en su tono. Un oficial de uniforme gris oscuro y ribetes cromados se acercó, flanqueado por dos soldados más.

Por sus galones, debía ser un segundo oficial, un pez gordo. En la cabeza llevaba una de esas tiaras que había visto antes, que podían convertirse en un campo de fuerza que envolvía la cabeza a modo de casco.

Pasó entre el círculo de sus hombres y se plantó ante él con las manos a la espalda. Arqueó una ceja al ver el cuerpo inconsciente de Katisa.

—Quiero aclarar este malentendido —indicó Yeirek luchando para que sus nervios no lo traicionaran.

—¿Malentendido? —rio el oficial—. ¿Qué malentendido puede existir cuando tu nave abrió fuego contra nuestros cazas?

—Sus cazas abrieron fuego primero. —No recordaba si había sido así, pero continuó con el rostro impasible, infundiendo seriedad—. Las comunicaciones quedaron inhabilitadas por mi anterior combate y no me era posible contactar para solicitar un alto el fuego.

El oficial volvió a reír.

—Crees que soy tonto —afirmó—. Hay otros modos de contactar si eso ocurre. Incluso los cazarrecompensas saben eso. —Señaló a dos de los soldados que los apuntaban—. Apresadlo.

Kat, en el suelo, gruñó y se irguió hasta quedarse sentada. Observaba todo a su alrededor, desconcertada. Le temblaba el labio inferior.

—¡Un momento! —exclamó Yeirek, con tanta vehemencia que los guardias dudaron—. No soy un cazarrecompensas, a pesar de que viajara en una nave de ese gremio —aclaró alzando la barbilla—. Y tengo que entregar esta prisionera en Corranu lo antes posible.

—¿Qué? —Kat gritó y se puso en pie con dificultad—. ¡Maldito *marandiwi gilir*! ¡Sabía que eras un traidor!

—¡Silencio! —le ordenó Yeirek, adelantándose al oficial, y se giró hacia ella—. ¡Si no cierras esa bocaza, te la cerraré yo, y me aseguraré de que no puedas volver a abrirla en una semana!

Levantó la mano con la amenaza de abofetearla. Si tenía suerte, le seguiría el juego. Ella guardó silencio y le dedicó una mirada que hundió su corazón hasta el fondo de su pecho. La incredulidad y el desengaño se fusionaron con una expresión de profundo dolor.

El oficial aplaudió.

—Ya me conozco el truco del prisionero, y no va a funcionar conmigo.

Yeirek le lanzó una mirada de advertencia.

—No sabe con quién está hablando —dijo, con toda la frialdad de la que fue capaz—. ¿Reconoce esta insignia? —. Indicó con la cabeza la que la aracne le dio en el palacio del Regente, que había enganchado a la solapa de su maltrecha camisa antes de salir de la nave.

El oficial, dubitativo, avanzó un par de pasos y la observó con detenimiento, después desvió su mirada a sus ojos, en busca de una explicación.

—Supongo que sabe que esta insignia corresponde al servicio secreto del Regente Supremo, liderado por Aldo Deni. Esta prisionera debe entregarse a Deni de inmediato. Puede comprobarlo si lo desea. A no ser que no cuente con el grado de autorización necesario, claro —añadió con

una expresión de desprecio que no le costó fingir.

El hombre extrajo una infopad de un bolsillo e hizo varias comprobaciones.

A su lado, Kat se dejó caer de rodillas al suelo sin una palabra. Parecía que había entendido su bravata y actuaba en consecuencia.

—No hay ninguna mujer con la descripción de esta alara en las listas de los buscados de la Guardia ni del gremio de cazarrecompensas.

Yeirek reprimió el impulso de morderse el labio. ¿Y si no estaba en las listas y Deni lo llevaba en secreto? En cambio, soltó una carcajada de desdén.

—Ya veo que no es lo suficientemente importante en la cadena de mando como para ver las listas del servicio secreto.

El oficial chasqueó la lengua.

—Me estás haciendo perder el tiempo…

—Está bien. Cuando mi tío, el mismo Aldo Deni, compruebe que es usted el que me ha hecho perder el tiempo a *mí*, sufrirá las consecuencias. —Bajó las manos, infundiendo seguridad a sus palabras.

El oficial palideció y estudió el rostro de Yeirek durante unos largos instantes. Parpadeó un par de veces y consultó su infopad una vez más. Después miró a Kat y pareció compararla con la información de su tableta.

Asintió e indicó a sus hombres que bajaran las armas.

—Le ruego acepte mis disculpas —susurró al fin—. Veo que esta mujer sí está en la lista de los más buscados del servicio secreto. Entienda que debía asegurarme. Solo he visto al doctor Deni una vez. —Carraspeó— y nunca olvidaré sus ojos, que veo replicados en usted.

Yeirek asintió, aunque no sabía cómo tomárselo.

—Entiendo que solo hacía su trabajo.

El oficial tocó un comunicador que llevaba en la oreja.

—Preparad una nave lo antes posible —ordenó. Se dirigió de nuevo a él—. ¿Cómo es que viajaba en una del gremio de cazarrecompensas?

Tragó saliva, tratando de ganar algo de tiempo para inventarse una historia.

—Le robé la prisionera al cazarrecompensas de esa nave, que desconocía cuán importante era para mi tío. —Se encogió de hombros—. Dejó la mía muy maltrecha, así que me agencié ambas cosas. Pueden disponer de ella como mejor convenga.

El oficial inclinó la cabeza y pareció escuchar algo en su oído.

—La nave está lista. Si me acompaña —dijo con un ademán de la mano.

Avanzó con un seco asentimiento, pero se percató de que Kat no los seguía.

—¡En pie! —le gritó. Ella no movió un músculo, su mirada perdida en la lejanía—. Tal vez quieras llevarte otra paliza. —Volvió sobre sus pasos y tiró de su brazo para levantarla. Trató de no dañarla, a pesar de que tuvo que imprimir de firmeza y brusquedad sus movimientos. Kat se dejó arrastrar, sin mirarle ni una fracción de segundo.

Anduvieron por el hangar hasta una nave de dimensiones modestas, no más grande que la de Juris, pero de mejor calidad.

En la rampa, extendió la mano para despedirse del oficial, que le respondió el gesto y lo culminó con un saludo militar.

—Añadiré en el informe su celo y colaboración, Segundo… Melvir. —Leyó en su chaqueta. Observó la sonrisa de orgullo del oficial y a punto estuvo de alzar los ojos al cielo. Dio media vuelta y agarró de nuevo a Kat por el brazo para que avanzara también.

Una vez dentro, subió la rampa y dejó escapar un suspiro de alivio.



Capítulo 30

En la órbita de Barnimar

Katisa se hundió en el asiento de copiloto, su mirada recorriendo los relucientes detalles y los elaborados hologramas del panel de control.

Así se premiaba la traición, con una flamante nave recién salida de fábrica. Era similar a la que acababan de abandonar, solo que en los tonos grises típicos de la Guardia.

Yeirek se sentó a su lado y comenzó la secuencia de despegue. No podía ni mirarlo a la cara. El puñal invisible todavía permanecía clavado en su corazón.

Un dolor ardiente en su sien la sobresaltó. Se llevó las manos atadas allí y sus dedos se llenaron de sangre. Probablemente era el golpe que la dejó inconsciente cuando la nave empezó a girar fuera de control.

Se revolvió contra sí misma. En el interior de la montaña, había parecido tan sincero, tan cercano. La esperanza era traicionera, manipulaba la razón y llenaba el alma de aliento.

Se mordió el lado interno de la cara al recordar la conversación de Yeirek con la aracne, unos meses atrás en Foles. Pretendía ganarse su confianza para conseguir sus objetivos, y ella había

caído como una tonta. De lo contrario, ahora no estarían de camino a Corranu.

Se concentró en el ventanal frente a ella. La estrecha salida del hangar de la fragata desapareció para convertirse en un campo infinito de estrellas. La galaxia nunca le había parecido un lugar tan frío como en aquel momento.

Yeirek manipuló el timón sin mediar palabra. Mejor así. No tenía ganas de hablar, ni siquiera de gritarle. El peso en su pecho la aplastaba, un dolor que ninguna herida física podía superar.

La mochila, que él había dejado caer entre los dos, se abrió y la cabecita de Mikou apareció, observó a ambos y saltó por el brazo de él hasta su coronilla. Comenzó a rebuscar alimañas inexistentes en sus cabellos, en un gesto que evidenciaba su afecto.

Apartó la mirada, dolida. El tukiki lo prefería a él, tal como había demostrado abandonándola para irse con él. No se merecía su cariño.

Trató de calmarse. Necesitaba idear un plan de escape, no iba a dejar que se saliera con la suya. Las cartucheras no estaban en sus caderas, y menos las pistolas. La habría desarmado mientras se hallaba inconsciente.

Con un ligero movimiento del tobillo comprobó que no le había encontrado el cuchillo que siempre llevaba en la bota. Lo entretendría para poder echar mano de él y atacarlo.

Yeirek activó la navegación asistida y dejó el timón. Canturreó mientras rebuscaba en su mochila hasta encontrar el puñal de metal oscuro que había pertenecido a su orden. Katisa reprimió un escalofrío cuando lo empuñó hacia ella, y lo miró desafiante a los ojos.

Sin percatarse siquiera de su escrutinio, cortó los cables que la mantenían maniatada y volvió a registrar su macuto. Extrajo las dos pistolas, con sus fundas, y se las entregó como si fuera cualquier otro objeto menos inocuo. ¿Tan convencido estaba de que no le dispararía? Era un movimiento temerario, ¿o acaso no sabía leer en su expresión lo mucho que lo odiaba?

Sin embargo, él le regaló una calurosa sonrisa que la desarmó.

—Te las quité para no levantar sospechas. Espero que no te importe. Y gracias por no liarla. —Asió el brazo más cercano a él e inspeccionó sus heridas—. No estaba seguro de tu reacción cuando despertaras. Pensaba que no lo conseguiríamos.

Abrió la boca para replicar, pero las palabras murieron en la garganta. Era incapaz de entender su actitud.

Yeirek ascendió la mirada de los brazos a su rostro y alargó la mano hacia su sien. Los ojos se le oscurecieron por la preocupación y chasqueó la lengua. Se levantó, dándole la espalda. Aquel era el momento de acceder al cuchillo, pero, por alguna razón, no se decidió a ello.

—¿Podrías hacer tu magia y encargarte del sistema de seguimiento? —le preguntó mientras revisaba las paredes—. A ver si entretanto encuentro un botiquín por aquí.

A la simple pronunciación de la palabra, un icono holográfico con el símbolo intergaláctico de la sanación se iluminó en una de los paneles.

—¡Vaya! —exclamó mientras se dirigía a aquel punto—. ¡Qué moderno! —Presionó el panel y se abrió una portezuela, de la que extrajo un botiquín de dimensiones considerables. Se volvió hacia ella y frunció el ceño—. ¿Por qué me miras así? ¿Tienes una conmoción?

Regresó, se arrodilló a su lado y desplegó el contenido del botiquín en el suelo. Antes de que pudiera detenerlo, Mikou agarró un paquete de gasas y se lo llevó a un rincón a jugar con él. Yeirek sacudió la cabeza y rio.

—Has sufrido un buen golpe antes —comentó mientras leía las etiquetas de las pequeñas botellas del interior. Encontró una linterna para respuestas neuronales, la encendió y apagó repetidas veces y la depositó de nuevo en su sitio—. ¿Por eso estás menos elocuente de lo normal? Es que me parece raro. —Sus manos se abalanzaron sobre uno de los botes—. ¡Ey!

¡Nanosanadoras! —exclamó, al alzar uno con un líquido entre blanco y dorado que cambiaba según incidía la luz—. ¡Genial! Te vas a librar de que te cosa. Nunca lo he hecho y te haría un estropicio.

Acercó el bote a su sien, pero ella le detuvo, agarrando su muñeca.

—¿No vamos a Corranu? —le preguntó sin soltarla.

—¿A Corranu? ¿Pero qué...? —Hizo rodar los ojos en un gesto de hastío—. Ah, ya. Que todavía no te fías.

—Ponte en mi lugar. ¿De verdad confiarías?

—Seguro que sí, pero es que yo soy menos *cauto* que tú. Soy un tío majo, aunque no te lo creas.

Aplicó una pequeña porción de nanosanadoras a su sien y un agradable frescor relajó el dolor de inmediato. No era la primera vez que experimentaba con aquel medicamento. Necesitó varias sesiones para sanar su maltrecha pierna, con la pequeña herida de su sien, en unas horas estaría recuperada del todo.

—Estuviste... *demasiado* convincente en la fragata. Y me hiciste daño en el brazo. —Las palabras fueron perdiendo fuerza a medida que las soltó y, al finalizar, se mordió el labio con disimulo. Había sonado muy infantil.

—Mira, cree lo que quieras. —Volvió a concentrarse en el botiquín—. Si nos llegan a capturar, tú tendrías mucho que perder, pero yo también. La aracne disfrutaría arrancándome todos los miembros de mi cuerpo, uno a uno.

—Tu tío no lo permitiría.

Yeirek soltó una carcajada seca.

—Mi tío no sabe ni que existo y, además, dudo que pueda dar su opinión. Eso si Igazash no lo mató al tomar su cuerpo. —Sus ojos se clavaron en los de ella y provocó que el corazón se saltara un latido, el muy artero—. No te veo preocupada porque quieran arrancarme los miembros.

—No, igual hasta la ayudaría. Tal vez me convenga hacerme su amiga, después de todo.

Con una sonrisa torcida, él le pegó un apósito sobre la sien con más fuerza de la necesaria.

—¡Au!

—¡Ay, perdona! ¿Te he hecho daño? No era mi intención. —Su sonrisa juguetona expresaba lo contrario.

Guardó todo en el botiquín y se levantó para dejarlo donde lo había encontrado, aunque se detuvo. Descargó el contenido en la mochila y almacenó la caja vacía en su espacio. Después se giró hacia ella y se encogió de hombros ante su mirada atónita.

—Parece ser que lo malo se pega pronto —rio Katisa, y giró la cabeza hacia Mikou, que dejó su pelea con las gasas para protestar a su comentario—. Pensaba que en la Hermandad os enseñaron humildad y ética.

—Lo hicieron, pero ninguna de esas cosas da de comer. La mala vida te prepara a aprovechar cuando se te presenta algo que echarte a la boca. O, en este caso, para curar.

—No sigas por ahí que no me das pena. —Comprobó que el apósito estuviera bien pegado.

—Pues deberías. La próxima vez, no dejes que Mikou venga conmigo. Ha estado a «esto» de convertirse en mi cena… varias veces. —Ella lo miró horrorizada, pero él le guiñó un ojo, divertido, mientras volvía a sentarse al timón—. ¿Has anulado ya el sistema de seguimiento o se te ha olvidado cómo hacerlo?

Un resoplido escapó de sus labios, pero la furia que esperaba sentir se había desvanecido. Debería querer arrancarle los ojos y, sin embargo, algo en su actitud calmaba ese impulso.

Pero tenía razón, lo primero era asegurarse de que no los seguían.

—Me gustaría llamar a mis amigos —aventuró, mientras se encargaba de desactivar la localización de la nave. De su contestación dependerían sus próximas acciones.

—Claro —respondió y comprobó el radar—. Aunque la fragata está muy cerca y lo más probable es que vayan a interceptar el mensaje. ¿Te parece si saltamos a otro lugar?

—¿Como a Corranu, por ejemplo?

Yeirek soltó una carcajada.

—Lástima que esté tan lejos, allí pasaríamos desapercibidos. —Buscó en el panel holográfico la opción del mapa galáctico y lo desplegó—. Pero con saltar a un sistema vecino es suficiente.

—Elige tú —contestó ella. Le interesaba saber por qué destino se decantaba.

Él se encogió de hombros y llamó a Mikou, que saltó a su regazo con la gasa entre los dientes.

—A ver, ¿a dónde quieres ir?

Mikou alargó los brazos y trató de capturar los hologramas cercanos.

—¿En serio vas a dejar que el tukiki escoja?

—¿Por qué no? Es parte de la tripulación, ¿no? Que sea útil en algo —dijo mientras acariciaba las plumas de su espalda.

Entendió por qué Mikou se había encariñado con él. Durante el tiempo que pasó a su lado, Katisa le dio toda la libertad que quisiera y, sin embargo, lo más probable es que deseara más atención.

Se equivocó con el tukiki. ¿Cuántas otras cosas más habría juzgado mal?

—¿Ahí? —La voz de Yeirek la sacó de sus pensamientos—. ¿Estás seguro?

Por toda contestación, el tukiki saltó otra vez al suelo y continuó destrozando su nuevo juguete.

—Pues ahí vamos.



Capítulo 31

Hiperespacio. Saliendo del sistema Barnimar

Frente a ellos, las estrellas se mezclaron en una espiral de luz y, tras un breve tirón, entraron en el hiperespacio. Según los cálculos, tardarían solo unos minutos en llegar. Su destino era un sistema colindante al de Barnimar.

Cuando su mirada volvió a posarse en Yeirek, lo encontró observándola, su rostro imposible de descifrar. ¿Era temor lo que asomaba en sus ojos? ¿Pesar, preocupación? Quizá una mezcla de todo. Quería poder adentrarse en sus pensamientos y arrancar las respuestas que él se negaba a mostrar.

En breve volvieron a la velocidad normal y un planeta en tonos gris claro y marrón se plantó ante ellos. Yeirek consultó el navegador de a bordo.

—Parece que el juicio de Mikou no es tan malo. En este planeta no hay casi presencia de la Guardia, un pequeño puesto sin apenas personal. Según la información general está centrado en la agricultura y el ganado, demasiado modesto para que se interesen en controlarlo. ¿Te parece bien este? —Se giró hacia ella y detuvo la nave a la espera de su respuesta—. Podemos aterrizar

en un punto apartado, sin población, para asegurarnos la privacidad.

Ella asintió y activó las comunicaciones de su holomuñequera.

—Chicos, ¿estáis ahí?

—¿Jefa? —respondió Clak alrededor de un minuto más tarde. Los mensajes entre sistemas no eran inmediatos—. ¡Estás viva!

—Estábamos muertos de preocupación, Kat —irrumpió la voz de Drarin—. Nos temíamos lo peor.

—Habla por ti, los demás confiábamos en que estarías bien. —La grave voz de Tyon le provocó una sonrisa—. Vamos a buscarte, capi.

—Ya no estamos en Barnimar —les aclaró ella—. Os paso las coordenadas.

—¿Estamos? —preguntó Clak.

—Luego.

Yeirek voló hacia el planeta.

—Con que «capi»... —insinuó, echándole una sonrisa pícara.

—Es lo que pasa cuando tienes una nave, que te cambian el nombre.

Cordilleras de montañas recorrían la superficie del mundo al que se acercaban, sin apenas valles en los que cosechar. La composición de los minerales también era común, por lo que no despertaba el interés en las megacompañías mineras. Era el perfecto lugar en el que dejarse perder sin miedo a ser encontrado y vivir de recursos propios.

Aterrizaron en un claro rodeado de árboles, con un brillante estanque de aguas transparentes, de difícil acceso sin nave. Seguro que nadie se había aventurado en aquel lugar nunca. Saber que eran los primeros despertó una curiosa sensación en su interior.

Se estiró, liberando la tensión que la había dominado las últimas horas, se descalzó y sumergió los pies en el agua. El frescor no solo alivió su piel, sino que sirvió de catalizador para centrarse.

Yeirek se sentó a su lado, muy cerca, sin decir una palabra para respetar su paz, y se entretuvo arrojando guijarros al lago. El leve chapoteo era tan relajante, combinado con el sonido de los pajarillos y otros animales, que a punto estuvo de quedarse dormida.

No recordaba cuánto tiempo hacía que no experimentaba tanta calma. Cerró los ojos, permitiendo que el fresco aroma de la naturaleza la envolviera y, sin apenas pensarlo, se encontró recostada sobre el hombro de Yeirek. Sus respiraciones se acompasaron.

—¿Cómo haces tú para confiar en las personas? —Se sorprendió preguntándole.

—¿Yo, confiar? —Reprimió una carcajada—. Los únicos con los que me he relacionado en los últimos años, habéis sido Mikou y tú.

—Y la aracne.

—No me la recuerdes. —Su cuerpo se estremeció—. ¿A ti no te da escalofríos solo de pensar en ella?

—No me cambies de tema.

Yeirek suspiró. Su mirada se perdió en la lejanía y, cuando ya creía que no le iba a contestar, su voz grave la arrulló.

—Es una mezcla de intuición y fe y, si te equivocas, aprendes para la próxima vez. Descubrir cómo confiar es un proceso, con riesgo a que te hieran, pero ayuda a encontrar conexiones con los que realmente valen la pena.

Katisa se incorporó y estudió su expresión. Él le devolvió la mirada y alzó una ceja. Esbozó una pequeña sonrisa, casi inquisitiva.

—Eso ha sido muy profundo —le dijo, y colocó un tentáculo tras la oreja.

—Nah, lo leí en una galleta de la suerte. —Se encogió de hombros y continuó lanzando guijarros al agua, pero ella captó un enrojecimiento en sus orejas semi puntiagudas.

En ese momento, un ruido discordante con el entorno surcó el aire. La Aénima había llegado. Aterrizó con un sonido sordo, ahogado por el de los gases al ser expulsados, y la estructura metálica crujió al posarse sobre el terreno accidentado.

La rampa comenzaba a descender cuando Katisa se adelantó hacia allí, botas en mano. Saber que podría contar con sus amigos de manera incondicional iluminó su interior. Indicó a Yeirek que se acercara, pero él sacudió la cabeza y se apartó hasta la entrada de la nave de la Guardia.

El primero en salir fue Drarin, que apenas esperó a que la rampa tocara el suelo para correr hacia ella. Debería haberlo intuido, pero antes de percatarse de sus intenciones y detenerlo, la abrazó con fuerza, incluso con desesperación.

—Tenía el corazón en un puño, Kat. —Fue a plantar un beso en su sien, pero descubrió el apósito y sus ojos se entrecerraron—. No vuelvas a hacerme esto.

Molesta por el comentario, palmeó con rapidez el omoplato de su amigo y se deshizo pronto de la demostración de afecto. Echó un furtivo vistazo a Yeirek, que había desviado abruptamente la mirada. Se recogió el cabello con movimientos algo bruscos.

Antes de que Drarin pudiera preguntarle quién era el misterioso hombre que la acompañaba, se volvió a saludar a Tyon, que la envolvió en un peludo abrazo.

—¡Vaya, capi! —exclamó el felinae pasando el brazo por sus hombros al admirar la otra nave. Un rayo de sol incidió en los ribetes metálicos de su parche—. Te dejamos un rato sola, y ¿te agencias un vehículo de la Guardia?

—No ha sido idea mía, pero podría sernos útil, ¿no? —contestó ella, que no había valorado aquella posibilidad hasta aquel momento.

Mikou saltó a su hombro para observar con curiosidad a sus nuevos amigos.

—¡Ah, también has pensado en la cena! —rugió Tyon—. ¡Qué detalle!

El tukiki gritó asustado y se escondió entre sus tentáculos.

—Doy por hecho que habrás inhabilitado el rastreador de seguimiento de esa nave, jefa. —La voz de Clak, detrás del felinae, amplió su sonrisa todavía más. Raras veces abandonaba la Aénima, que lo hiciera para saludarla significaba mucho. El androide dirigió su atención a Yeirek—. Detecto un nuevo ser biológico. ¿Quién es?

Ese era Clak, práctico y conciso.

No tenía sentido demorar las presentaciones. Caminaron hacia él, en vistas de que Yeirek no parecía dispuesto a acercarse.

—Lo encontré inconsciente en la enfermería —se explicó.

—¿Y no se te ocurrió otra cosa que quedártelo? —replicó el androide en tono de mofa.

Tyon ahogó una exclamación de pronto, a unos pasos de Yeirek.

—No puede ser —susurró para sí mismo—. ¿Gañán?

Él se irguió igual que si hubiera saltado un resorte al oír al felinae. Abrió los ojos como si no creyera lo que veía.

—¡Ty! —Corrió a su encuentro y lo abrazó con fuerza. Cuando se separó de él, sus mirada estaba llena de lágrimas—. ¿Qué haces aquí? ¿Conoces a Kat? ¿Y ese parche? ¿Dónde…?

El felinae volvió a abrazarlo y la ternura de su gesto inundó los ojos de Kat.

—Han pasado muchas cosas, gañán. —Se separó de él y lo agarró por los hombros. Su mirada era solemne—. Y no todas van a gustarte. —Antes de que Yeirek pudiera preguntar, añadió—: Luego nos ponemos al día, frente a una buena jarra de cerveza.

—Está bien, siempre que no sea de setas.

Tyon se volvió hacia ella.

—¿En qué basurero lo has encontrado?

Ignoró el comentario. Le habría hecho gracia en otra circunstancia, pero una pregunta más acuciante rondaba por su cabeza.

—¿Cómo es que os conocíais?

—Estábamos en la misma nave —contestó el abu, la voz temblorosa por la emoción—. Es al que se le ocurrió el nombre de «Viento del Ocaso».

Le vino a la cabeza el momento en el que Tyon, antes de pertenecer al PACTO, había coincidido con ella y sus dos compañeros desaparecidos. Fue su primer trabajo como hacker.

—¡Ya me acuerdo! —Chasqueó los dedos—. Pensé que ese nombre solo podría ocurrírsele a alguien poco cuerdo. ¿Fue por el *Gerané Eranel*?

Yeirek se limitó a asentir.

—¿Has estado en Calarik? —intervino Drarin y, tras las presentaciones, ambos fruncieron el ceño en reconocimiento mutuo.

—Sí, es el Portador que nos ayudó con el problema de Cilib, Drarin. ¿Lo recuerdas? —Le aclaró y luego se dirigió a Yeirek—. Y él es el sobrino del gobernador, que también estaba en la reunión.

Por un momento, la cabeza pareció a punto de estallarle. Acababa de darse cuenta de que todos ellos ya se conocían. ¿Cómo era posible? La galaxia era enorme, no podía ser una cuestión de azar.

Drarin estrechó su mano, aunque a ella no le pasó desapercibida la tensión en su rostro.

—Jefa, ¿tienes un momento? —El tono en Clak eran de los que no admitían una negativa.

Ambos se alejaron.

—Me preocupaba que no hubieras sobrevivido. ¿Por qué no contactaste en cuanto pudiste?

—Es lo que he hecho. Las comunicaciones estaban comprometidas, por eso no lo hice antes.

—Espero una amplia explicación de todo lo que ha pasado.

—¿Todo?

—Todo. Y no te dejes nada. Ya sabes que pretendo que mis análisis sean lo más exhaustivos posible.

—No pienso contarte *todo.* —Cruzó los brazos ante el pecho.

—Si te refieres a actos indecorosos, no te preocupes, esos ya los he registrado.

—¡Clak! —Se llevó la mano al corazón, pero sus manos comenzaron a temblar al recordar su acercamiento en el templo de Kirena—. ¿Cómo puedes pensar eso de mí? Parece mentira que me conozcas tan poco a estas alturas.

La imitación de risa del androide provocó que las mejillas se le encendieran y las orejas le ardieran.

—No te molestes en negarlo. Tus niveles de oxitocina, endorfinas y serotonina, que todavía no te han abandonado, hablan por ti. —Katisa trató de mantener la expresión lo más estoica posible —. ¿Respondes por él?

Una brisa helada sopló en el claro y colocó las manos en los sobacos.

—No estoy segura —contestó, sin dejar de observar cómo el abu y él hablaban y se reían, bajo la dura mirada de Drarin—. Ha tenido oportunidades para entregarme al enemigo, y no lo ha hecho.

—La cuestión es, ¿cuáles son sus intenciones? ¿Va a formar parte de nuestra tripulación? ¿Se va a ir?

Katisa titubeó. No se lo había preguntado. Conocía su voluntad de ir en busca de las Lágrimas,

pero tras su reencuentro con Tyon, la situación podía haber cambiado. Una parte de ella deseaba que continuara con ellos, al menos unos días.

—Ni idea —tuvo que admitir.

—Ahora mismo da igual. Parece ser que tiene un pasado con el grandullón. Algo que, en el fondo, me tranquiliza. Y a ti también debería.

Cuando se acercaron al pequeño grupo, los hombros de Yeirek se habían hundido, como si sostuviera un peso enorme, y se llevó la mano al pecho.

—Haré lo que pueda para encontrar a Nesh y a Hriss, Ty, te lo prometo.

El felinae utilizó la excusa de colocarse bien el parche y limpiarse con disimulo una lágrima en el ojo bueno.

—Se agradece, pero yo ya no sé dónde buscar más. Me duele, aunque he de aceptar la posibilidad de que no lo consiguieran.

Yeirek se recostó contra una roca y su expresión se ensombreció. Tyon colocó una mano sobre su hombro y continuó.

—Me uní a esta gente porque nos metimos en un problema con la Guardia. Puede que me dieran por muerto. Yo mismo creí que no lo contaba. Los del PACTO me salvaron la vida y, desde entonces, estoy con ellos.

Yeirek le miró y unas líneas aparecieron entre sus cejas.

—¿Pacto?

—¿No le has contado nada, capi? —Se volvió hacia ella.

—La verdad es que más bien he hablado yo todo el rato—la defendió.

Katisa se encogió de hombros de manera exagerada.

—En realidad no le he hecho mucho caso. En serio, ¿cómo lo soportabas?

—¿A vosotros también os trata así, o es solo a mí? —preguntó Yeirek dirigiéndose a Ty y Drarin.

—A mí mucho mejor, desde luego —se apresuró a asegurar el alara.

El felinae rompió a reír.

Clak, a su lado, desplegó su antena y la pantalla de su rostro se congeló por unos instantes. Se volvió hacia Katisa.

—Jefa, se requiere tu presencia inmediata en la base —informó y su pixelada expresión mostró desconcierto—. ¿Se puede saber qué has hecho?



Capítulo 32

Corranu. Calabozos del palacio del Regente Supremo

Wes Trelen había perdido la noción del tiempo. Las horas pasaron a ser días, los días semanas y, a partir de entonces, dejó de preocuparse.

Había fallado a Aldo Deni, un error imperdonable por su parte. Confiar en las falsas palabras del sobrino de su empleador acabó con sus huesos en aquella fría y húmeda celda.

Siempre pensó que los lazos consanguíneos del resto de las razas eran más fuertes que el de las aracnes, que no dejaban de luchar entre ellas por el favor de su matriarca de casta. Ahora ya sabía que en toda la galaxia el único favoritismo válido era hacia uno mismo, y cualquiera que

tratara de convencerla de lo contrario, mentía.

Esperaba conseguir el perdón de Aldo para poder salir de allí y hacerle pagar por su traición a aquel joven. Sin embargo, desde su regreso al palacio no lo había visto. Al poner el pie en el hangar los soldados la apresaron y encerraron allí y, por más que pedía hablar con su jefe, no consiguió ni una respuesta.

No solicitaba dar explicaciones, solo deseaba una nueva oportunidad para poder demostrarle que, esta vez, no le fallaría.

Jugueteó con un dedo con su «manjar», un anfibio sin vida. Sus guardias sabían que solo encontraba placer en su comida si permanecía viva. La muerte amargaba el sabor, pero debía ingerir algo para sobrevivir. Aunque aún no sabía con qué objetivo. Si Aldo no tenía intención de presentarse, ¿qué sentido tenía?

Le prometió ser la suma sacerdotisa del culto a Igazash cuando lograra traerlo de nuevo a la galaxia, a un panteón en el que solo él reinara, pues nadie creía en los dioses en la actualidad.

Poder y riquezas, le había asegurado, y no estaba dispuesta a renunciar a ello con tanta facilidad. Lucharía con ahínco, pero si él no aparecía, ¿de qué serviría?

Un revuelo a la entrada de las mazmorras llamó su atención. No había nada mejor que hacer que ver a qué prisionero traían esta vez. La mayoría venía a rastras y se marchaba del mismo modo para no regresar, porque era difícil hacerlo tras una ejecución. Ella era la más veterana de todos los encarcelados en aquellos momentos.

Se levantó, se acercó al campo de fuerza que la alejaba de la libertad y echó un vistazo.

Se irguió llena de esperanza al ver al propio Aldo Deni avanzar hacia su celda, acompañado de aquella molesta doctora, la neuróloga.

Deni, como siempre, parecía librar una lucha interna, a la que todos estaban acostumbrados y a nadie importaba ya.

Jugueteaba en la mano con aquel orbe de reflejos rojizos del que nunca se desprendía. Parecía que le proporcionara energía, como si se tratara de una batería. Estaba segura de que aquel aosién se apagaría igual que una máquina vieja en el momento en que lo soltara.

El vigilante acercó su ojo para desactivar el campo de fuerza y ambos entraron en su celda, bajo la atenta y curiosa mirada de la aracne. Le alegraba que Aldo se hubiera dignado a visitarla, al fin, pero no comprendía la presencia de la doctora Mernari. Permaneció a la espera, sin osar pronunciar palabra.

Aldo carraspeó.

—Tendrás curiosidad por saber qué haces aquí, encerrada, después de tantos días —le preguntó sin rodeos.

—La verdad es que no —respondió, cruzando dos de sus brazos ante el pecho—. Sé que la cagué y supongo que este es mi castigo.

Aldo abrió los ojos con deleite.

—¿Ve, doctora Mernari? —Se encaró a la mujer, cuyos rizos oscuros temblaban. Su rostro era la definición del miedo—. Acepta sus faltas sin problema. ¿Por qué usted no?

La mujer se retorció las manos. Aun así, encontró el valor para levantar la barbilla.

—Yo no me he equivocado en nada. El problema es la tecnología, que no está lo suficientemente avanzada.

Aldo se separó de ella y se apoyó en una de las paredes. Al tocarla con una mano, la retiró con una expresión de asco y se apartó. Sacudió la cabeza.

—Eso no es excusa. Me aseguró que podría.

La doctora se pasó una mano por el cabello, tratando sin éxito disimular su temor.

—Tal vez, si esperamos unos años. He leído informes muy prometedores de…

—¡Basta! —rugió Deni, apretando los puños—. He aguardado ya demasiado tiempo. Estoy harto. Es hora de que llegue mi momento de gloria, el que tanto he esperado, y debo cambiar mis planes por su ineptitud.

Su arácnido rostro se levantó con interés y clavó sus cuatro ojos en Aldo Deni. ¿Insinuaba lo que creía? ¿Iba por fin a resucitar a su dios?

—¿Su… su momento? —tartamudeó la doctora—. Pensé que el espécimen artificial que estaba creando era para transferir la consciencia del Regente Supremo a otro cuerpo.

Solo a su mirada intimidante, la doctora enmudeció. Aldo echó un vistazo al guardia, que parecía estar centrado en la épica tarea de limpiarse las uñas.

—¡Guardia, desaparece hasta que te avise! Y que nadie nos moleste.

Sin entretenerse siquiera en saludar, el soldado corrió raudo hacia la salida y cerró la puerta tras él.

El aosién chasqueó la lengua.

—Me ha pillado, doctora. Un error imperdonable que debo subsanar.

—Le… le juro que no diré nada —tartamudeó ella, tan pálida que Wes estaba segura caería redonda allí mismo—. Quedará entre nosotros tres.

—Me temo, mi querida doctora, que su oportunidad ya pasó. Tal como le dije la última vez, habría consecuencias si fallaba, y así será.

En un rápido y fluido movimiento extrajo una pistola del interior de su impoluta chaqueta gris claro y apuntó a la cabeza de la doctora. Sin embargo, no disparó. Su mirada se volvió vidriosa y apretó los dientes, como si pulsar el gatillo le supusiera un esfuerzo inhumano.

La doctora gritó desesperada y corrió a alejarse de él, aprovechando aquel momento de incertidumbre, aunque no tenía a dónde huir.

El fulgor rojo en el interior del orbe se incrementó y pareció que le daba fuerzas para continuar. Se aproximó a la doctora hasta pegarle la boca de la pistola en la frente y, sin atender a sus ruegos, apretó el gatillo.

Wes no se equivocó, había caído redonda allí mismo.

La aracne alzó los ojos hacia Aldo, que se encaró a ella. Aunque no la apuntaba, no guardó el arma.

—Supongo que voy a correr la misma suerte —aventuró.

—Probablemente —afirmó el aosién—. Aunque todavía no. Tengo planes para ti y, hasta ahora, has sido mi empleada más leal y efectiva. Te voy a dar una última oportunidad, pero solo una. Fállame y tus sesos se esparcirán en todas direcciones. Y créeme, sé que tu cerebro no está en tu cabeza. Conozco la anatomía de las aracnes milenios antes de que tú nacieras, ya que yo mismo elaboré algunas disecciones entre las de tu raza.

Lo miró con los ojos entrecerrados. Decía sinsentidos.

—Debería haber tenido esta conversación motivadora contigo hace tiempo. Bien, ya es hora de que te revele aquello que llevas tiempo anhelando: la verdad. —Con un gesto le indicó que se sentara en el camastro de la celda, pero era demasiado pequeño para ocupar su cuerpo y lo hizo en el suelo, donde llevaba durmiendo todo aquel tiempo. Aldo se encogió de hombros y se sentó allí—. Yo, mi querida aracne, soy Igazash.

Con mucha dificultad, Wes reprimió una carcajada. Ahora sabía que estaba loco, uno peligroso. Se cuidaría de hacer enojar a aquel aosién cuya pistola todavía permanecía en su mano.

—¿No dices nada? —preguntó Deni con una ceja alzada.

—¿Qué quieres que diga? —respondió con cautela—. Me he quedado sin palabras.

Aldo sonrió con tristeza.

—Sé que es difícil de creer que yo, bueno, soy yo, con esta carcasa que poseo. No tuve mucho donde elegir. —Se señaló a sí mismo—. Este aosién fue el único con la poca voluntad como para poder secuestrar su cuerpo y su mente.

—Pues cambia a uno que impresione más —contestó, encogiéndose de hombros.

Los ojos de Aldo chispearon y sus labios se fruncieron. Apretó las manos con fuerza y pareció percatarse de que todavía sostenía la pistola. La guardó con parsimonia, mientras respiraba y exhalaba. Se daba unos segundos para calmarse.

—Entiendo tu falta de respeto porque no es fácil de creer, pero no me presiones. Sabes que mi paciencia tiene límites. Y te advierto, se está reduciendo a marchas forzadas. —Jugueteó con el orbe y centró su mirada en el interior, como si tratara de encontrar algo—. No puedo cambiar de cuerpo, de momento. Lo que he construido hasta ahora se desmoronaría y debería comenzar de nuevo. Todos me conocéis con este aspecto. Cambiarlo solo retrasaría aún más mis planes. Pero cuando lo haga, ha de ser definitivo y el adecuado para un dios.

Wes asintió, aunque su mirada se desvió al cadáver de Mernari.

—Ah, la doctora. —Chasqueó los quelíceros—. Tal como sospechó en su último pensamiento lúcido, el cuerpo que construía no era para el Regente Supremo, sino para ti.

Aldo sacudió la cabeza y apoyó los brazos sobre sus piernas. Para ser un dios, parecía muy terrenal. Sin embargo, no creyó oportuno comentarlo.

—No sé cómo voy a solucionar esto. No puedo canalizar mi poder a través de este aosién. —Se lamentó Deni mientras se observaba a sí mismo—. Si todavía existieran los Avatares sería más fácil, tendría dónde escoger. Por eso se les llamó así. Pero esos inútiles de Portadores se cargaron hasta el último y prohibieron que se gestaran más.

A estas alturas ya estaba convencida de que Aldo no tenía bien amueblada la cabeza. Aunque, ya que parecía dispuesto a desvelar todos sus planes indagaría, solo para saber lo lejos que debía esconderse.

—Tal vez podrías confesarme lo que en tus palabras es «todo lo que he conseguido hasta ahora». Creo que después de tanto tiempo estaría bien que tuvieras esta consideración hacia mí.

Aldo la miró con una expresión indescifrable, que cambiaba entre la ira y la indecisión, debatiendo consigo mismo. Después de un largo minuto, al final suspiró.

—¿Cuál es el objetivo de un dios, sino el de apaciguar las almas de los mortales, Wes? —Cruzó los dedos en su regazo, y en sus ojos destelló la tristeza—. Mi objetivo no ha cambiado desde el principio, hace diez mil años. Mira toda esa gente. Viven en una galaxia llena de injusticias, de luchas de poder, se roban y se asesinan, solo para conseguir más. Y el problema de origen siempre es el mismo. Todo, absolutamente todo, es a causa del libre albedrío. Ese que los otros malditos dioses tanto insistieron en alentar en las mentes de esos idiotas. —Su mirada se clavó en ella—. Pero no estáis preparados todavía para tomar decisiones. Y no hablo solo de la Comisión, o los políticos de cada planeta, sino también de las elecciones de cada individuo. Sois unos críos insolentes y egocéntricos que no pensáis en el conjunto. Necesitáis a un guía que os acompañe, que tome las decisiones por vosotros, para que la armonía reine en esta galaxia.

Aldo se detuvo a tomar aire y sus ojos se iluminaron antes de continuar.

—Yo seré vuestro faro, la fuerza que recompensará al obediente y castigará al rebelde. Y va siendo hora de que me responsabilice de ese difícil papel de una vez por todas.

Si la aracne hubiera contado con párpados, se abrirían y cerrarían repetidas veces. Algo en el semblante de Aldo, en su mirada, provocó que solo deseara echar a correr lo más rápido y lejos

posible, a varias galaxias de distancia, a poder ser.

El silencio se asentó entre ambos. Él esperaba una respuesta, pero no era lo único. Deseaba su aprobación, la constatación de que ahora entendía todo lo que había hecho desde que se conocieran. Y que estaba a favor.

Respiró varias veces, en busca de las palabras que no acabaran con su vida en aquel sucio y frío suelo. No las halló, así que continuó con sus preguntas, para alargar lo inevitable el máximo tiempo posible.

—¿Y toda esa historia con la llave? ¿Qué tiene que ver con tu plan?

Aldo le mostró el orbe.

—Seguro que sientes curiosidad por saber la razón por la que no me separo de esto, ¿no es así? —Esperó a que asintiera—. Aquí dentro está mi consciencia. Llevo cinco mil años confinado en un limbo gris del que no he sido capaz de escapar. Cinco. Mil. Años. Estoy seguro de que no puedes hacerte una idea de lo que supone. En todo este tiempo no he logrado salir, o terminar con mi vida y descansar de esta agonía. Kirena me encerró solo porque no quería plegarme a sus deseos, y se olvidó de mí. Desconozco si se marchó con los otros o si continúa aquí, pues no la percibo. Y más le vale no estar cuando consiga liberarme, porque mi venganza va a ser terrible.

Aldo se levantó de golpe, su rostro rojo hasta las raíces de su cabello, sus puños apretados con firmeza a sus costados. Le dio la espalda y respiró varias veces. Muchas. Después se volvió de nuevo hacia ella, su expresión más relajada.

—A tu pregunta sobre la llave... —continuó—. Esa chica, Katisa, ¿verdad? Tiene algo que puede abrir esto y liberarme de mi prisión. No sé qué es ni por qué obra en su poder, aunque su madre era la viva imagen de Xandara, la suma sacerdotisa de Kirena cuando se realizó el ritual que me metió aquí dentro. Supongo que algo tendrá que ver.

Wes se rascó la barbilla. En su demencia, tenía la historia muy bien hilvanada.

—¿Y una vez liberado? ¿Cómo piensas hacer que todos te obedezcan?

El pecho de Aldo se hinchó y le dedicó una cálida sonrisa.

—Ahí está el truco, mi querida y vieja amiga. ¡Porque todos me adorarán! —rio con deleite—. ¿No te has dado cuenta? En nombre del Regente Supremo, la Guardia está oprimiendo al pueblo. Los piratas, esclavistas y todos los que se dedican al mundo del crimen, tienen carta blanca para hacer cuanto gusten sin apenas una recriminación. Los impuestos están por las nubes y el que no puede pagarlos es arrestado, junto al resto de su familia, obligados a trabajos forzados.

—¡Pero eres tú quien ha provocado todo esto!

—Por supuesto, aunque ellos no lo saben. Y yo llegaré con mi espada victoriosa a acabar con todas estas injusticias. La galaxia entera estará tan contenta con el cambio de rumbo que no dudarán en adorarme. Y el que no… bueno, ya te puedes imaginar. —Desvió la mirada al cuerpo de la doctora y se acercó un poco más hacia ella, en tono confidente—. Y allí entraba en juego que consiguiera un cuerpo nuevo que albergara mi consciencia, al que poder controlar sin repa... —Se detuvo, como si se acabara de percatar de que había dicho más de la cuenta. Wes no quiso ahondar, no fuera a ser que perdiera los nervios.

—¿Y la extracción de eséntica? ¿Y la esclavización de los Portadores?

Deni asintió.

—Es un plan de contingencia. Como te he explicado, no puedo canalizar mi poder a través de este cuerpo. La eséntica no solo almacena la Esencia, sino que también permite usarla a quien no posee el don de quemarla. Mi intención es hacer acopio de toda la que pueda y los Portadores son los únicos que la detectan. Así, si lo demás falla, aún podría manifestar poder suficiente, al

menos hasta que encuentre otra solución.

La aracne lo miró entristecida, pero no por él, sino por ella. Había perdido, ¿cuántos, veinte años?, al servicio de un loco. Qué desperdicio.

Aldo se acuclilló ante ella y sus ojos centelleaban. La agarró por el cuello y se acercó a su cara.

—Veo que no te has creído una palabra de lo que he dicho —susurró en un tono peligroso—. Seguro que ahora mismo piensas que estoy loco, ¿me equivoco?

No contestó, no osaba. Lo que leía en su mirada le daba miedo.

—Pues voy a hacer que cambies de opinión.

Sin dejar una pausa entre su última palabra, soltó su cuello y le sujetó una de las manos. Ella trató de apartarla, pero sin demasiado ímpetu. La curiosidad por ver cómo pensaba demostrárselo era mayor. Sin soltar el orbe en ningún momento, él la obligó a tocarlo.

Y un torrente de imágenes entró en su cabeza, de una manera tan abrupta que su cuerpo se pegó al suelo como si una montaña hubiera caído sobre ella.

Gritó, lloró, se maravilló y, cuando apartó el orbe de su mano, comprendió todo por lo que Aldo Deni había pasado.

No.

Por lo que Igazash había pasado.

Su cuerpo tembló con un temor reverencial y se postró ante él, tomó su mano libre y se la llevó a la frente. Necesitaba el contacto de aquel, su dios, para que le purificara el alma. Había dudado de él. ¿Cómo podría compensárselo?

—¡Mi señor! —gritó enardecida—. Nunca más vacilaré ante vuestras órdenes. Sacrificaré mi vida por vos si es vuestro deseo, haré todo lo que esté en mis manos para procurar vuestro regreso. ¡No anhelo ninguna recompensa, solo que me permitáis permanecer cerca de vuestra grandeza! Pedid lo que queráis. Soy vuestra sierva.

La mano de su dios se posó sobre su cabeza y, con gesto gentil, la ayudó a incorporarse.

—Mi querida aracne, no esperaba menos de ti —le indicó que le siguiera al exterior de la celda—. De hecho, sí tengo una petición. Ahora que la doctora no podrá lograr mis pretensiones, debo poner en marcha un plan alternativo para instaurar mi perpetuidad. Uno que requerirá un tiempo extra y, sin embargo, puede que resulte más exitoso.

—¿Qué deseáis, mi señor? —preguntó, apañándoselas para realizar una genuflexión—. Daré mi vida por conseguíroslo.

—Bien. No esperaba menos. La chica de la llave, Katisa, necesito que la traigas ante mí sin demora. Viva, sin un rasguño y, a ser posible, no en contra de su voluntad. Convéncela.

Wes tragó saliva. Por lo que recordaba de la desfachatez atrevida de la muchacha, iba a ser algo difícil de conseguir.

—No pretendo poner excusas, mi señor, pero a estas alturas va a ser complicado traerla de buenas maneras.

Igazash chasqueó la lengua y alzó los ojos al cielo.

—Tú tráela, y ya la convenceré yo, si es preciso. —Posó la vista en el orbe rojizo en su mano —. Si es quien yo creo, es la persona más poderosa de toda la galaxia, aunque probablemente no lo sepa y, antes de que se dé cuenta, tengo planes para ella. Consíguemela en perfecto estado y te colmaré con todos tus deseos. Pero como sufra una sola herida… Lo que le he hecho a la doctora te parecerá un acto de misericordia.



Capítulo 33

Corranu. Exquisita Galería de Arte de los Canildan

Con la mirada pegada en el horizonte, Tur Tabryn trató de relajarse.

Los atardeceres en Corranu eran dignos de admirar, siempre que el espectador tuviera el privilegio de acceder a suficiente altura donde poder contemplarlos. Y, desde el balcón del despacho de la galería de los Canildan, todavía lucían más espectaculares.

Era una de las pocas cosas que Tur echaba de menos desde que huyó del palacio, de su hogar, del lugar que lo vio crecer, y que casi termina con su vida.

Él ya no contaba con el derecho a disfrutar a diario de aquellas vistas, no se consideraba digno. Y, a pesar de que la decisión había sido suya, aún suspiraba las pocas veces que los últimos rayos del sol de Corranu le mostraban aquellos cielos violetas y dorados.

Sus dedos se enroscaron con fuerza alrededor de la barandilla. Cuán lejanos quedaban los días en los que su vida era fácil y rodeada de lujos, cuando bebía de la sabiduría de su padre, al que asesinó. Qué ineptitud la suya por haberse dejado influenciar y no pensar por sí mismo.

Su falta de lucidez lo condujo a aquel infierno de culpabilidad en el que vivía desde entonces,

y la fundación del PACTO solo calmaba en parte el dolor que bullía en su alma.

Cerró los ojos para alejar los pensamientos y embeberse de los lejanos sonidos de la ciudad que se desplegaba a un kilómetro por debajo. Sin embargo, la visión de su padre cayendo al abismo tras haberlo empujado le obligó a abrirlos de nuevo con sobresalto.

Unos suaves pasos avanzaron hacia él y Ainira Canildan, la alara del desierto dueña de la galería junto a su esposo, posó una mano en su brazo.

—Estáis aquí, Maj… —comenzó, aunque se detuvo y sacudió su cabeza, sus tentáculos balanceándose con gracia—. Perdóname, Tur. Nunca me acostumbraré a tutearte.

Tur correspondió a su sonrisa.

—Pues deberías hacerlo, querida. Jamás tendré el honor de volver a ser el hombre que debí haber sido.

Ainira lo miró con esos ojos azules, todo iris, tan característicos de los alaras.

—Eso no lo sabes, las cosas podrían llegar a arreglarse. En eso estamos, de hecho.

Tur negó con una sonrisa triste.

—No, querida. Es mi deseo terminar con el mal que yo mismo ayudé a engendrar. Pero, si lo conseguimos, sabes que no es mi pretensión recuperar la regencia. Hay personas más capaces en la galaxia para ello.

Ainira clavó los ojos en el horizonte.

—No voy a seguir insistiendo en que deberías. He aprendido lo cabezota que eres. Y ahora puedo decírtelo sin reparos —añadió con una carcajada—. Por cierto, ya estamos todos. Cuando quieras podemos comenzar.

Tur asintió y, con un gesto gentil, ofreció a la alara que encabezara la marcha. Él la siguió hasta el interior del despacho, en el que tres personas aguardaban.

Inar Canildan, con sus tentáculos recogidos en una coleta y un impecable traje chaqueta blanco y dorado, decantaba licor en cinco vasos que repartió entre los asistentes.

Tur estrechó la mano de Onoregan, el magnate minero que había perdido parte de su imperio a causa de las triquiñuelas de Aldo Deni. Él era la «O» del PACTO.

—¿Sabes? Deberías quitarte ese dichoso respirador gris más a menudo —comentó el humano con un fruncimiento de ceño—. El color insalubre de tu piel es preocupante. Acabarás pareciendo un monstruo.

Agradecido por el apoyo, Tur palmeó su hombro, pero se tragó las palabras que merecían aquel comentario: que su piel solo reflejaba ese hecho, que ya se sentía como uno.

Se volvió hacia Berna Pontiek, la «P» del PACTO. Era una felinae con un traje chaqueta exquisito y formal, miembro de la Comisión del Acuerdo en representación de su raza. Como dictaba la tradición, seguía los pasos de su padre y todos los Pontiek, generación tras generación, desde hacía tres mil años.

Su corte de pelo facial era impecable y resaltaba sus felinos ojos verdes. Su velluda mano, que Tur estrechó con aprecio, lucía una manicura que encajaba a la perfección con el resto de su imagen.

—Te veo preocupada, Berna. Más de lo habitual. ¿Va todo bien?

Los hombros de la felinae se hundieron y un profundo suspiro escapó de su nariz.

—No, en absoluto. Por eso mismo he convocado esta reunión.

Tur miró en derredor y frunció el ceño.

—¿No estábamos todos? ¿Y Adean?

Berna tomó asiento e indicó al resto que la imitaran. Se pasó una nerviosa mano por su pardo cabello.

—Merdin ha sido neutralizado. —Su mirada se perdió en el vaso que Inar le había entregado —. Ayer lo arrestaron y encarcelado por sus propios hombres, y ha sido acusado de traición. Está en espera de sentencia.

Ainira ahogó una exclamación y depositó su vaso en la mesilla, del cual no había bebido todavía. El temblor en sus dedos era un reflejo del impacto que la noticia había causado en todos ellos.

—Pero ¿cómo? —preguntó Inar, que se sentó al lado de su esposa y pasó un protector brazo por sus hombros—. Es el jefe de la Guardia.

—Ya no —anunció Berna mientras bebía de un trago el interior del vaso. Sin embargo, no lo depositó sobre la mesilla frente a ella, sino que lo manoseó con un fingido aire distraído—. Ha sido destituido por una mujer que ha aparecido de la nada, una korrok, cuyo nombre no recuerdo. Poseía un dosier con información espeluznantemente precisa sobre él, que no tenemos ni idea de dónde ha salido.

Tur se sentó en uno de los sillones. Las fuerzas le habían abandonado. Aquel era, sin duda, un duro golpe para ellos, así como la pérdida del último resquicio de cordura que le quedaba a la Guardia. Aedan era la «A» del PACTO, y su ayuda había sido inestimable todo aquel tiempo.

—De Deni, sin duda —adivinó Tur, conjeturando la información con la que contaban—. Los datos debe haberlos recopilado esa hacker que mi madre dice tiene encerrada, y a la que obliga a conseguir todo tipo de información.

—Es verdad, la dichosa hacker. —Onoregan sacudió la cabeza—. Es cuestión de tiempo que nos descubra a todos.

Berna enganchó la mirada con Tur por un instante, para desviarla al suelo. El manoseo del vaso se volvió más insistente.

—Así es. Por eso debo hacer un anuncio, aunque me pese.

El corazón de Tur se encogió y luchó para que las lágrimas no rebasaran la línea de sus ojos. Su mundo se desmoronaba de nuevo.

—¿Te desentiendes, Berna? —preguntó en un hilo de voz. No la culpaba, sabía lo que había en juego. Él estaba dispuesto a arriesgar su vida, lo único que le quedaba, si era necesario. El resto tenían mucho más que perder.

—No quiero —confesó. Su mirada permaneció clavada en sus manos, en un claro intento de no cruzarla con él—. Pero debo pensar en mi familia, no solo en mí misma. Están siguiendo a mi marido, y mis hijos también han sufrido varios percances que podrían parecer fortuitos, aunque yo sé que son avisos. —Resopló y pasó una uña afilada por el cristal, el chirrido provocó un escalofrío en los brazos de Tur—. Además, están las desapariciones de algunos de los miembros de la Comisión.

—¿Cómo? —preguntó Ainira, con un marcado temblor en su voz—. ¡En los medios no han dicho nada!

La felinae asintió y depositó al fin el vaso en la mesilla.

—Lo mantienen en secreto. Han cerrado servidores de noticias y apresado a periodistas que han intentado indagar en el tema. —Se abrazó como si la temperatura hubiera descendido—. El representante de los nolgar desapareció la semana pasada y desde ayer que no se nada de Erión, mi buen amigo dernan. Lo peor de todo es que sus familias han corrido la misma suerte y no sabemos si han muerto o los tienen retenidos en algún lugar. Ellos dos eran los que más discutían las decisiones del Regente Supremo—. Desvió de nuevo la mirada hacia Tur—. Bueno, ya sabéis a qué me refiero.

Tur asintió y trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora, aunque sospechó que había fallado

por la mueca de pesar de Berna.

Desde hacía unos seis años, un falso holograma de él mismo, programado por el equipo de Aldo Deni, se encargaba de emitir edictos y proclamar nuevas normas. Y lo peor de todo es que nadie sospechaba del fraude. Apenas un puñado de personas, además de las que estaban reunidas frente a él, conocían la verdad.

—Seguiré ayudando económicamente a la causa mientras me lo permitan, pero no puedo implicarme más. —Se llevó una mano al corazón—. Lo lamento de veras.

Un silencio helado se asentó entre los presentes. Ella era su voz en la Comisión del Acuerdo, la barrera que mantenía sus movimientos dentro de la legalidad. Sin su ayuda, deberían redoblar los esfuerzos y el peligro se incrementaría de manera exponencial. Sumado a eso, a partir de ahora tampoco contarían con la ayuda del jefe de la Guardia.

De un plumazo, dos de los fundadores de la única organización que plantaba cara a los planes de Deni, habían caído. Las cosas no podían ir peor.

La felinae pasó la mirada por el resto de sus compañeros, sus ojos llenos de lágrimas de culpabilidad y congoja.

Tur se levantó del sillón y se acuclilló frente a ella.

—Berna, has sido muy valiente por llegar hasta aquí junto a nosotros —dijo, tratando de evitar que se reflejara la decepción en su voz—. Comprendo tu situación y solo te puedo pedir que, por favor, te mantengas a salvo. A ti y a tu familia.

La felinae asintió y se limpió las lágrimas con la manga del otro brazo.

—Soy una cobarde. Lo sé.

Tur la tomó de la mano con un apretón tranquilizador.

—No. Cobardes son todos aquellos que no mueven un dedo para tratar de arreglar las cosas. Al contrario, tu valentía ha sido esperanzadora, para nosotros y para innumerables personas que nunca sabrán lo que has hecho por ellas.

Berna cerró los ojos con pesar y, al abrirlos, la resolución brilló en ellos.

—Si no os importa, me gustaría retirarme. No quiero ser testigo de lo que habléis a partir de ahora. Lo siento.

—Cuídate, Berna. —Tur se incorporó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse de su asiento—. Volveremos a vernos cuando celebremos nuestra victoria.

Ainira, cuyo rostro también estaba surcado por las lágrimas, dejó su asiento y se acercó.

—Te acompaño a tu aerolimo, preciosa. —La tomó del brazo y abandonaron el despacho.

Tur se desplomó sobre el sillón que antes ocupara y suspiró apoyando la frente en su mano.

—¿Y ahora qué? —preguntó Onoregan que, sin permiso de Inar, se acercó al mueble bar y se sirvió una generosa ración del licor. La engulló de un trago y repitió la operación.

—Ahora seguimos adelante —respondió Inar. Se acercó a su amigo y le quitó la copa para beberse su contenido del mismo modo—. Hemos sufrido un fuerte revés, de acuerdo, pero ya conocíamos los riesgos. Yo digo que sigamos adelante, y mi esposa estoy seguro de que opinará igual.

—¿Nosotros cuatro? —Onoregan paseó su mirada por sus amigos con incredulidad—. Pontiek y Adean eran los que tenían influencia real, nosotros solo podemos aportar dinero, y ya sabemos todos que esa no es la única variable para que las cosas salgan bien. —Su atención se centró en Inar—. ¿Y Tanard, tu hijo? ¿No crees que sería una buena incorporación? Siempre ha aportado ideas muy positivas. Es un estratega eficaz.

—No —contestó tajante—. Tanard no debe conocer las identidades del resto del PACTO. Que sepa que sus padres formamos parte ya es suficiente.

—No confías en él. —No era una pregunta, era una afirmación y, por su tono, no parecía dirigida a herirle.

—Por supuesto que sí. Con toda mi alma, Jerenid —contestó al magnate, la molestia impregnando su tono—. Ya sé que tú no confías en los tuyos, pero… —Sacudió la cabeza y pareció buscar otro argumento—. Disculpa mi atrevimiento. No mentiré: le protejo. Aun así, pienso que es más eficiente en su posición actual.

—Estoy de acuerdo —intervino Tur. Se sentía pesado, como si una fuerza invisible lo pegara al asiento—. Tiene información de primera mano sobre nuestros «soldados». Yo sugeriría que nos mantuviéramos como hasta ahora, avisándole de que las cosas podrían torcerse pronto. Tenemos que buscar otras estrategias. ¿Alguna sugerencia?

—No se me ocurre —dijo Onoregan con la cabeza gacha—, pero pensaré en ello.

—Podría haber algo. —Inar dio toques a su barbilla con el dedo—. Aunque es muy vago.

—Cualquier cosa ayudará —le animó Tur. Estaba dispuesto a escuchar la más mínima aportación de esperanza.

—En la célula de Tan hay una muchacha, una alara del desierto. Considera que es valiosa por su valentía y su arrojo a la hora de liberar reclusos. Ha estado muy comprometida con una misión que se acaba de llevar a cabo. El rescate de prisioneros Portadores de una mina.

El corazón de Tur dio un vuelco y fue incapaz de parpadear por unos instantes. Se levantó de un salto y agarró a Inar por los brazos.

—¿Has dicho Portadores? —Trató de controlar un temblor de excitación—. ¿Los han encontrado? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

Inar sonrió a la reacción de su amigo y posó una mano en su hombro.

—No estamos seguros todavía. Todo parece indicar que sí, aunque tal vez solo sea un centenar. No quería darte una noticia como esa y que luego… fracasara. Creo que tus quebraderos de cabeza actuales son más que suficientes.

—¿Y dices que la muchacha, la alara, tiene algo que ver?

—Está implicada en el descubrimiento, pero no es por eso por lo que mi hijo cree que podría ser interesante. Hace poco rescataron a un reportero que asegura que Aldo Deni la persigue por alguna razón que se desconoce.

—¿Es alguien importante? —inquirió Onoregan que se aproximó a sus dos compañeros.

—Eso es lo curioso —contestó Inar con premura—. No. Es una chica corriente de la zona más pobre de Calarik. Es un misterio por qué Deni está interesado en ella, pero podría ser una alternativa. Tal vez sería un buen cebo.

Tur frunció el ceño y escudriñó con incredulidad a su amigo.

—Me gustaría investigar a qué se debe el interés que esa alimaña tiene en ella antes de enviarla a la boca del lobo. —Se enderezó con determinación—. Necesito conocerla.



Capítulo 34

Base del PACTO

—¡Es alucinante! —exclamó Yeirek. Sus ojos parecían incapaces de apartarse de la titánica columna compuesta de estalactitas y estalagmitas que dominaba la cueva—. ¿Y decís que no tiene entrada ni salida, que solo se puede acceder a través de coordenadas? Eso es muy inteligente.

La Aénima avanzó con lentitud hacia la columna principal de la caverna, a una de las plataformas de aterrizaje.

«Siempre que el enemigo no las conozca», pensó Kat, un tanto intranquila. Ella misma había insistido en que él los acompañara en su nave, incapaz de arriesgarse a darle las indicaciones de cómo acceder a aquel lugar. Comenzaba a confiar en él, pero mejor dejar ciertas informaciones al margen.

La nave de la Guardia, pilotada por Drarin, se adelantó a ellos.

—Nos vemos en el cuartel general, Kat. —El seco tono en su amigo resonó en los altavoces de la cabina—. No hagas esperar a mi prima.

Drarin había protestado por separarse del grupo, por supuesto, pero era el único entre ellos que dominaba el pilotaje, sin contar a Yeirek.

Una vez aterrizados, Katisa suspiró y se dispuso a cumplir las órdenes, con un nudo en el estómago. El tono en el que Laira había requerido su presencia no presagiaba nada bueno.

¿Tendría algo que ver con Yeirek? Lo dudaba. El mensaje de su mejor amiga había llegado antes de notificarle el rescate de un Portador más. No tenía idea de qué ocurría.

En la plataforma, la maravilla en los ojos de Yeirek no había disminuido un ápice.

—No te preocupes, capi. Yo me encargo de enseñarle esto y de encontrarle un lugar para que descanse y, sobre todo, de que se dé un buen baño —comentó Tyon y golpeó con cariño a Yeirek en el hombro—. Los dioses saben que lo necesita.

—¡Eh! —protestó el aludido, pero acercó su nariz con disimulo hacia su axila—. Sí, supongo que tienes razón —asintió, ruborizándose.

Katisa le envidió. Ella misma deseaba darse una ducha por encima de todo, y cambiarse de ropa. Estaba sucia, maloliente y su vestimenta rota en varios puntos. Deseaba que la reunión se celebrara en la intimidad o se moriría de la vergüenza.

—Ve —insistió el felinae—. Te esperamos en la cantina para que nos digas cómo ha ido. Si puedes decirlo, claro.

Se mordió el labio y descendió los escalones con rapidez, pues los ascensores eran más lentos. Se dirigió hasta el edificio donde se hallaba el cuartel general, saludando a los conocidos de pasada, sin demorarse. No era tanto que no quisiera hacer esperar a Laira, sino que no podía soportar más la tensión por enterarse de qué ocurría.

Tanard corría hacia ella desde el edificio de control y se fundieron en un abrazo.

—Sabía que lo conseguirías —susurró contra su oreja—. No me tenías nada preocupado.

Ella rio y se separó de él.

—Pues no es eso lo que dijo Tyon —le golpeó el brazo—. ¿No decías que confiabas en mi liderazgo?

—Hasta los mayores líderes pueden caer. —Le pellizcó la mejilla.

—¡Gracias! ¡Qué alentador!

Tan pasó un brazo por sus hombros y la condujo hacia el edificio central, en el que Laira debía esperarla.

Al traspasar las puertas, los que allí se encontraban la recibieron con sonrisas y vítores. Se detuvo en seco, sorprendida por el despliegue, y su pecho se llenó de una emoción nueva para ella.

No sabía cómo reaccionar, así que permaneció inmóvil, observando cada uno de los rostros congregados allí. No eran muchos, no más que el personal habitual, pero le habría sentado igual si hubiera sido uno solo de ellos.

Pronto, regresaron a sus quehaceres, y la dejaron con el corazón inflamado y lágrimas en los ojos.

Al volverse hacia Tan, la miraba con lo que dedujo era orgullo. Pero ella no se sentía merecedora de ese recibimiento.

—¿Por qué a mí? Los demás fueron unos héroes, yo no. —Se encogió—. Lo único que me pueden atribuir son las muertes.

—En eso te doy la razón —La voz de Durk, tras ella, la sobresaltó—. Me he opuesto a este vitoreo sin sentido, pero nadie me ha hecho caso.

—Gerix —susurró Tan, agarrándolo del brazo—. Aquí no.

—¿Por qué no? —contestó y se deshizo de él con brusquedad. Su aliento apestaba a alcohol

—. Es un momento tan bueno como cualquier otro. ¿Qué ha hecho para que todos la feliciten? ¡Nada! ¿Por qué? —Se volvió hacia los rezagados—. ¿Por qué la aplaudís? Estáis creando líderes incompetentes.

Tan lo agarró del hombro y se interpuso de manera protectora delante de ella.

—¡Basta ya, Gerix!

Durk empujó a Tan, que no parecía dispuesto a permitir esa afrenta sin contestación.

—¡No! —exclamó Kat, y se plantó entre ellos—. ¡Tiene razón! ¡Me he dejado llevar todo el rato y, encima, me he equivocado en las pocas decisiones que he tomado!

Ambos se detuvieron y centraron su atención en ella.

—¿No lo ves? —argumentó Tan, sujetándola por los hombros—. Levantas su moral por tu voluntad, por tu valentía, porque eres tan cabezota que te lanzas al peligro sin pensar.

—¿Y eso es positivo? —rio Durk—. La verdadera valentía está en arrojarte a ejecutar un plan, a pesar de haberlo repasado mil veces y tratado de considerar todo lo que pueda salir mal. Lo que hace ella es precipitarse con la mente en blanco sin pensar en las consecuencias. ¡Y eso no debería aplaudirse!

Tan lo apartó y agarró la mano de Kat para dejarle atrás.

—Vuelve con tu botella. Esta no es manera de comportarse. Estamos celebrando una victoria, por pequeña que sea. Déjala en paz.

La defensa de Tan la incomodó. Cuando en su planeta recibía el menosprecio de los vecinos, su madre, y después su tía, la abrazaban como si quisieran convertirse en un escudo para evitar que se rompiera. Y, sin embargo, en el fondo no le hicieron ningún favor. No las culpaba, al revés, las amaba por ello. Pero en su intención afectuosa de evitar que le afligieran los insultos, lo único que habían conseguido era que se hundiera más sobre sí misma y no exteriorizara su dolor. Debía empezar a cambiar eso.

—¿Qué quieres Durk? —Le amenazó con un dedo—. ¿Por qué descargas toda tu frustración sobre mí?

Él enfocó con cierta dificultad su mirada en ella. Su dura expresión voló por unos instantes y sus ojos se aguaron.

—Que volvamos ahí afuera. Hay más Portadores, muchos más, esperando a ser rescatados, que ni siquiera saben que son esclavos, ¡que no recuerdan nada de su vida anterior! Pero no, vamos a perder el tiempo con absurdas celebraciones sin sentido.

La pasión en sus palabras la dejó perpleja. Esas emociones no casaban con su visión de Durk.

—Kat, déjalo. —Tan apresó su muñeca—. No vale la pena.

No estaba de acuerdo.

—En la mina, saqué un montón de información. —Le tocó el brazo, a riesgo de que se apartaría con brusquedad. Sin embargo, no se movió. Solo la escrutó con vehemencia—. No toda la que me habría gustado, pero seguro que puedo sacar algunos datos para continuar la búsqueda. Me pondré en seguida con ello. Te lo prometo.

Durk asintió con un gesto corto y seco.

—Pues ya tardas. —Giró sobre sus talones y se alejó. Para estar beodo, lo cierto es que caminaba con entereza suficiente para no parecerlo.

Si en la mina le pareció que se lo tomaba de manera personal, ahora ya estaba convencida de ello. ¿Cuál sería su historia?

Tan, a su lado, chasqueó la lengua con molestia y tiró de ella hacia la sala de control.

—Vamos. No podemos demorar más la reunión.



Capítulo 35

Base del PACTO

De la sala de control, donde la plana mayor de la célula del PACTO se solía reunir, surgió un tipo con un respirador de color gris que cubría casi la totalidad de su rostro.

Era humano, con la cabeza completamente rapada y, a pesar de una complexión y estatura imponentes, de movimientos comedidos y elegantes, más que los de Tanard, a los que siempre había considerado casi regios.

No conocía la identidad de aquel hombre y dio un paso atrás, amedrentada, al verlo acercarse con tanta decisión. Pero, al percibir su mirada, de un azul tan claro como los océanos de Shainman, se relajó.

No podía apreciar su expresión tras la máscara, aunque en sus ojos se reflejaba una sonrisa, acentuada por unas graciosas arrugas en las comisuras. Tomó su mano y la estrechó con fuerza.

—Quería felicitarte por el éxito de la misión, capitana Ostara. —La voz distorsionada del respirador desvirtuaba el calor en sus palabras—. No me conoces, querida, pero soy un elemento clave del movimiento y te estoy muy agradecido. El rescate de los Portadores nos ha llenado de

esperanza. Ahora sabemos que podría haber muchos más. Y todo gracias a ti.

Titubeó, abrumada. Alguien en la cúpula del PACTO la felicitaba e incluso estrechaba su mano. Una breve oleada de orgullo rodeó su pecho, una que no debería estar allí. No se sentía merecedora de tales palabras. ¿Sabía él que habían muerto algunos por culpa de su estupidez?

—Yo… no he hecho nada. Me encontré por casualidad con la información. Cualquiera podría haberlo conseguido, mejor que yo.

Una carcajada distorsionada se escapó de su respirador.

—Pero te lo tomaste como algo personal y ejecutaste un buen plan, no exento de errores, aunque eso siempre es de esperar —le reprobó. Por su voz, parecía más joven de lo que sugería su apariencia—. Un buen líder debe ser modesto, pero también ser consciente de sus éxitos.

Apretó los ojos con disgusto. Otro que insistía con lo del liderazgo. Empezaba a odiarlo.

—No soy ninguna… —comenzó, pero él levantó un dedo para pedirle silencio.

—Dejemos eso para más adelante. Acompáñame —insistió y colocó la mano de ella en su brazo y la animó a andar—. Me he adelantado porque quería felicitarte personalmente, querida, pero me temo que a partir de aquí las cosas no van a ser tan buenas para ti. Lo siento.

Lo miró alarmada y agradeció que le hubiera ofrecido el brazo, ya que la tormenta de emociones que en ese momento se arremolinaban en su interior amenazaban con hacerla caer.

Al atravesar la puerta, Laira corrió hacia ella para abrazarla. Drarin y Miri, la alara de la luz que no se separaba de ella, permanecieron tras la mesa de operaciones. Le devolvió la sonrisa a su amigo de la infancia, que la observaba con orgullo.

Fenan, el exreportero que había rescatado unos meses atrás, también se encontraba entre los presentes. Tanard se colocó a su lado y observó la escena con una sonrisa llena de cariño.

—Lo que hemos conseguido hoy ha sido importante, Kat —le susurró Laira al oído—. Pero no vuelvas a arriesgarte como lo has hecho o me matarás del susto.

La besó en la mejilla y sostuvo sus manos unos instantes, sin apartar la mirada de sus ojos hasta que la sonrisa desapareció de su rostro.

Como si el último minuto no hubiera sucedido, le indicó con solemnidad que se sentara en una solitaria silla frente a la mesa de operaciones. Volvió al lugar que solía ocupar.

—Ahora las malas noticias —dijo en voz alta y no fue capaz de mirarla de nuevo—. Fenan, si eres tan amable.

Fenan se adelantó y activó el holograma de su muñequera. Gesticuló sobre él hasta encontrar la información que buscaba y agrandó la imagen para que todos la vieran.

Una foto de ella, tan clara que no cabía duda de quién se trataba, flotó en el holograma mientras se desplegaban letras.

«En búsqueda y captura. Se requiere viva por estar en poder de información vital para la Regencia. Recompensa: cincuenta mil unidades».

El aire abandonó sus pulmones. Lo que ocurrió en la fragata la había puesto sobre aviso. Ya era consciente de que el servicio secreto de la Regencia la buscaba, pero aquella era una suma desorbitada. Ni siquiera se demandaban premios tan altos por los criminales más peligrosos. Eso despertaría el interés de todos.

El corazón se hundió en su pecho y se abrazó para evitar temblar delante de los asistentes.

Fenan se dirigió a ella, y el pesar en su mirada encogió su alma.

—¿Recuerdas que te dije que Aldo Deni buscaba a una alara del desierto «tocada por la diosa» y que sospechaba que podrías ser tú? —Katisa asintió, sin poder reprimir un escalofrío que recorrió todo su cuerpo—. Pues siento decirte que mis sospechas no eran infundadas. Pero lo peor no es eso. Hasta ahora solo estabas buscada por el servicio secreto de Deni, la DCE, el

Departamento de Contingencias Especiales. Sin embargo, hace apenas unas horas que esta información ha escalado y ahora te busca toda la Guardia. Incluso el gremio de cazarrecompensas.

Se hundió aún más en su asiento.

—¿Ha sido por el rescate?

Fenan negó con la cabeza.

—No lo creo. Nuestros hackers han estado trabajando sin interrupciones para codificar las retransmisiones de lo que ocurrió en la mina. —Cruzó los brazos frente a él—. Tarde o temprano la Guardia las descubrirá y, entonces, todavía será peor. Pero este movimiento parece haber sido ajeno a ello.

Cerró los ojos. No quería enfrentarse a toda una sala con miradas acusatorias puestas en ella. No entendía por qué ahora, qué había cambiado para que Deni escalara su búsqueda. Siempre trató de mantener un perfil bajo.

—¿A quién has cabreado de esta manera? —preguntó Laira, aunque, para su sorpresa, el tono solo estaba lleno de preocupación.

Tanard dio un paso al frente.

—Cuando nos conocimos, me confesaste que Aldo Deni te buscaba porque tienes algo que tu madre te dejó en herencia. ¿Podría ser por eso? ¿Sabes de qué se trata y por qué lo necesita con tanta insistencia?

Percibió cómo la sangre le abandonaba el rostro. A la luz de lo que le había contado Yeirek, ella misma era el objeto de su búsqueda. Asintió, no tenía sentido ocultarlo más.

—Es cierto. —Se agarró del borde de la silla para intentar aplacar el temblor—. Hace tiempo que me persigue, pero no sé de dónde le viene la obsesión ni por qué de repente este movimiento. He pensado en darle el objeto que tal vez busca. —Mostró el trozo de unorenita que colgaba de su cuello—. Esto lo heredé de mi madre, es lo único que se me ocurre que persiga.

No era su intención ocultarles la verdad, pero si Yeirek estaba en lo cierto, ¿iban a aceptar que era ella misma a la que buscaba Deni, y que deseaba tenerla en su poder para abrir un orbe que contenía la consciencia de un dios? Todos pensarían que estaba loca. Ella misma se lo consideraba por empezar a creerse las locuras de Yeirek.

—Si esto es lo que ocurre —continuó con su mirada clavada en el suelo—, yo misma se lo entregaré. No quiero que, por mí, todos estéis en peligro.

—Kat, no tienes la culpa. —Tanard se acercó, se acuclilló frente a ella y sostuvo una mano entre las suyas—. No has hecho nada para ponernos en peligro, ni a nosotros ni a ti misma. Todo es por ese tipo. Deja de culparte.

—Pero yo puedo arreglarlo, si se lo entrego —le aseguró y cruzó la mirada con él.

—¿De verdad crees que solucionarás algo si te doblegas a sus peticiones? —preguntó el hombre del respirador—. No lo hagas. Solo sería un pequeño triunfo para Deni. No cambiarías nada. Al contrario. Lo más probable es que darle esa llave, sea cual sea su significado para él, haga que las cosas se compliquen para nosotros y el resto de la galaxia.

En eso no le faltaba razón.

—Entonces —preguntó en un hilo de voz—, ¿por qué me habéis convocado?

Laira tomó la palabra.

—Porque mereces estar al tanto de las circunstancias. También para informarte de que, hasta que las cosas se calmen, hemos decidido que lo mejor es que no participes activamente en ninguna misión, ya que podrías comprometerla.

Katisa arqueó las cejas. La medida era más acertada de lo que el resto de los asistentes

parecían temer. No quería volver a arriesgar la vida de nadie.

Dejó escapar con lentitud un suspiro de alivio y asintió. Así podría concentrarse en buscar la información que le había prometido a Durk, que él se encargara de trazar los planes, puesto que parecía tener un ferviente interés en ello.

Cuando la reunión se dio por concluida, Laira la observaba con una de sus cejas sin pelo arqueada. La conocía lo suficiente para saber que se extrañaba de que no protestara.

—Ha sido más fácil de lo que pensaba. —Suspiró, acercándose a ella con una sonrisa calurosa —. Incluso llegué a valorar encerrarte en tu habitación.

—¿En serio serías capaz? —Colocó los brazos en jarra, indignada—. También sé acatar órdenes.

Por contestación, ella soltó una carcajada.

—Kat, que nos conocemos desde pequeñas.

No se resistió a compartir una mirada cómplice, aunque su ánimo se ensombreció pronto.

—Me gustaría seguir participando en los rescates, pero no me pidas que los lidere, por favor. —Luchó por no evocar los rostros de los caídos, con los que cruzó más de una palabra. No eran solo nombres en una lista para ella—. Sus muertes me pesan demasiado. Necesito ayudar de otro modo.

Laira la abrazó de nuevo.

—Buscaré la manera, te lo prometo.

Sus palabras la aliviaron, y asintió.

Antes de marcharse, echó un último vistazo al hombre del respirador gris. Su mirada era calculadora, aunque no fría. Y en ese momento tuvo la certeza de que sus destinos volverían a cruzarse.



Capítulo 36

Base del PACTO

Katisa dirigió sus pasos hacia la sala de comunicaciones en el cuartel general, como cada mañana desde que permanecía confinada, hacía diez interminables días.

Se arrebujó en su cazadora y metió las manos en los bolsillos. La humedad de la caverna se pegaba a su piel y le impedía entrar en calor. A pesar de haber pasado la mayoría de su vida en casas esculpidas en el interior de las montañas, las dimensiones de aquella caverna eran demasiado amplias.

Además, ignoraba las características del planeta en el que se encontraban. Por lo que ella sabía, incluso podría ser un asteroide, aunque era una remota posibilidad, ya que contaba con atmósfera natural.

Escudriñó su alrededor en busca de Mikou, al que apenas había visto desde que se reencontraran. Le daba la impresión de que la rehuía y desconocía la razón. Aun así, sus bolsillos siempre estaban llenos del fruto favorito del pequeño primate, por si se dignaba a aparecer.

También echaba de menos a Clak, que prefería pasar más tiempo con su nuevo hermano

robótico que con ella. No le extrañaba. Su humor se había agriado al saber que estaba buscada por la Guardia y el gremio de cazarrecompensas, y era consciente de que era menos sociable de lo habitual.

La mayoría con los que se cruzaba en su camino la saludaban, no solo con cordialidad, sino con respeto. Y ella correspondía a todos con una sonrisa sincera, a pesar de lo difícil que le resultaba.

Nunca quiso destacar. Desde pequeña su única ambición fue ser invisible para todos, no molestar ni ser molestada. Pero el estigma del color de su piel lo convirtió en una quimera imposible.

Sin embargo, debía reconocer que el cambio no era tan desagradable como cabría pensar. Desde que dejó Calarik, no había vuelto a ver aquel gesto que sus vecinos realizaban frente a sus rostros para ahuyentar a los malos espíritus, ni tampoco tenía que endurecerse ante a las miradas de desdén y desconfianza. Incluso después de las muertes en Barnimar.

Perdida en sus pensamientos terminó en la zona que el PACTO había habilitado para el entrenamiento y las enseñanzas de la Hermandad. Katisa lo consideraba un bonito gesto hacia todos aquellos Portadores que desearan lidiar con el trauma de sus pérdidas, para reconciliarse con ellos mismos y unirse a la causa si querían.

Nadie estaba obligado a ello y, por lo que sabía, no todos se habían considerado preparados para retomar esa vida después de tanto tiempo esclavizados. Cada cual sanaba sus heridas al ritmo que necesitaba y nadie les juzgaba por ello.

Le gustaba verlos practicar sus hechizos, organizar combinaciones estratégicas entre dos o más Portadores con diferentes poderes. Aquel rincón de la cueva siempre se iluminaba con destellos multicolores que le recordaba a fuegos artificiales.

Se dejó embelesar por las llamas que fulguraban en sus manos, por sus movimientos cuando practicaban la lucha cuerpo a cuerpo.

Para qué intentaba engañarse. El motor que cada mañana llevaba sus pasos hasta allí era para embelesarse con uno solo de aquellos luchadores: Yeirek.

Se apoyó contra una estalagmita en silenciosa contemplación. Sus músculos se insinuaban bajo la camiseta, húmeda por el sudor, mientras rodeaba a su contrincante y trataba de derribarlo sobre una colchoneta de lucha.

Un agradable escalofrío recorrió la espalda de Kat cuando, presa del calor, él se despojó de la camiseta exponiendo el torso y las luces jugaron a pintar claroscuros sobre su piel. Se avergonzó por las inquietantes sensaciones que le provocaba aquella visión y agradeció no tener un foco cerca que mostrara el rubor en sus mejillas.

Su contrincante, un delgado solron de finos cuernos que parecía no tener nada que hacer con él, realizó una ágil finta que lanzó a Yeirek de espaldas al suelo. Katisa se sobresaltó un instante, pero se relajó al escuchar sus carcajadas.

Él se incorporó de nuevo, ayudado por el solron que le había ofrecido el brazo, en aquel instante, se percató de su espectadora. Con una amplia sonrisa, levantó la mano para saludar.

—¡Buenos días, Kat! —gritó risueño, mientras se apartaba un par de mechones que se habían soltado de su coleta. Sus miradas se trabaron por unos instantes, y ella le respondió el gesto un tanto ruborizada.

Yeirek comentó algo a su contrincante y avanzó un par de pasos hacia ella. Sin embargo, de pronto se detuvo y su alegría desapareció de su rostro. Se volvió, con los hombros hundidos y le indicó con la mano al solron que continuaran, aunque su atención no estaba del todo en él.

No entendió a qué se debía su repentino comportamiento hasta que alguien plantó un beso en

su sien. Drarin. Ella se apartó y cruzó los brazos ante el pecho.

—¡Aquí estás! —exclamó su amigo, alzando la voz más de lo necesario—. ¿Dónde te habías metido?

—Drarin, la próxima vez que me des un beso sin mi permiso, te quedarás sin dientes —susurró para que solo él la oyera. No tenía por qué enterarse nadie. Tal vez estaba exagerando, pero no debía tomarse según qué libertades. Solo eran amigos, por mucho que a él le pesara.

Él rio como si le hubiera explicado algo gracioso.

—¿Qué? —Puso los brazos en jarras, aunque sin perder la sonrisa—. ¿Ya no puedo darle una muestra de aprecio a mi mejor amiga?

Ella le lanzó una mirada de advertencia.

—Eso no era una muestra de aprecio y lo sabes —dijo, observando de soslayo a Yeirek. Era consciente de que los celos carcomían a Drarin, lo intuía por las expresiones de odio que le lanzaba y las mordaces insinuaciones que se repetían desde que llegó.

Drarin soltó otra carcajada.

—¡Vamos, que no es para tanto! Vayamos a desayunar. Rescataron a una pastelera de nuestro mundo, que hace unas *marqueicas* rellenas de nabara confitada con las que te vas a chupar los dedos.

—Con que *marqueicas*… —Saboreó el recuerdo de aquellos pastelillos, que la transportó a los días en que su madre la llevaba a la Fortaleza de Naumos, en Calarik, para que socializara con Laira y Drarin, los únicos que no tenían reparos en jugar con una «tocada por la diosa».

Su humor se ablandó un poco y encabezó la marcha, guardando cierta distancia con él. Tal vez nunca le agradeció lo suficiente su amistad cuando más la necesitó, pero no estaba dispuesta a dejar que continuara con la farsa de exagerar la naturaleza de su relación.

La mañana se presentó tediosa. Se pasaba las horas descifrando información en busca de más Portadores, tal como le prometió a Durk.

Laira también le había solicitado varias tareas, tal vez para mantenerla entretenida. Así que alternaba las búsquedas con la codificación de algunos virus que pudieran usar en los asaltos a instalaciones, o la creación de programas para ayudar a ocultar los diferentes refugios.

En la sala de comunicaciones los otros voluntarios se cernían sobre sus equipos, abstraídos en su trabajo. En el fondo envidiaba su poder de concentración. Entre que sentía que solo por estar ahí ponía en peligro a todos, y la desconcertante presencia de Yeirek en la base, apenas era capaz de pensar en otra cosa.

De vez en cuando, se le escapaba una mirada a la puerta de la sala de mando, donde Laira, Tan y Drarin pasaban la mayoría de las horas. Deseaba entrar y saber qué tramaban, aunque estaba segura de que se lo impedían para minimizar daños si la capturaban.

Saboreó las últimas migas de la *marqueica* que había afanado del comedor, y suspiró, volviéndose a centrar en su tediosa tarea. Olía a cerrado y a humedad, y el silencio en el que trabajaban sus compañeros era incómodo, apenas roto por algún chasquido de lengua o un carraspeo.

Decidió desviar unos minutos a la búsqueda de los dos amigos de Tyon: Nesh y Hriss, que no aparecían entre los apresados, aunque tampoco en los decesos. Simplemente habían desaparecido de la galaxia como si nunca hubieran existido. Era algo poco común. O trataban de esconderse, o los habían borrado del mapa por alguna razón.

Volvió a centrarse en las tareas asignadas con un suspiro de pesar. Se había estado autoconvenciendo de que llevarlas a cabo era suficiente para ella, pero le estaba resultando más difícil de lo esperado.

Necesitaba embarcarse en algo que de verdad valiera la pena. Había descubierto que sus acciones en el PACTO la hacían sentirse útil, viva, que sus gestos podían significar la diferencia para otros. Cambiar las vidas rotas de los que rescataban y llenarlas de esperanza tenía sentido para ella.

Pero no iba a ser tan mezquina de rechazar su responsabilidad solo por mejorar su ánimo. Sabía que estaba en juego la seguridad de todos. Si la capturaban, ¿resistiría la tortura antes de confesar información, por poca que supiera?

Con un estremecimiento, recordó la figura de Karel con el soplete encendido mientras le quemaba los tentáculos. Se tocó las cicatrices que la habían marcado por siempre y supo que no aguantaría el dolor por mucho tiempo. A Karel pudo engañarlo para que se detuviera, pero a un torturador profesional no.

Se frotaba los ojos con las palmas de las manos cuando una de aquellas interferencias apareció en su hololentilla, sutil, silenciosa, como las otras dos veces que, en la mina de Portadores, recibió para alertarla del peligro.

Esta vez la codificación del mensaje era complicada en extremo, pero era el reto más interesante que se le había presentado en días y, solo por ello, redobló sus esfuerzos.

El picor en el ojo, provocado por el uso prolongado de la hololentilla, no iba a impedirle descubrir qué trataban de decirle. Tampoco lo harían sus doloridos hombros por mantener los brazos en alto, moviendo bloques holográficos y pulsando teclas virtuales.

Se pinzó el puente de la nariz cuando las letras bailaron inconexas frente a ella, y un dolor en cabeza y cervicales casi la obligó a rendirse definitivamente. Pero la curiosidad por saber quién se había tomado tantas molestias por enviarle una comunicación con aquel nivel de seguridad era superior a su cansancio.

—¡Sí! —exclamó, dando una palmada, lo que provocó el sobresalto de sus compañeros.

Y las palabras que leyó erizaron su piel.

«Katisa, ayúdame, por favor»



Capítulo 37

Base del PACTO

La mirada de Katisa se enganchó a esas palabras sin comprender.

Por la manera de contactar, por su estilo en el código, sabía que se trataba de la misma persona que la había advertido ya en un par de ocasiones.

«¿Quién eres?», preguntó con su holomuñequera.

«Soy tu enemiga. Soy tu amiga.»

«No te entiendo.»

«Necesito escapar.»

«¿Escapar? ¿De dónde?»

«Estoy atrapada. No puedo huir. Estoy con él».

¿Él?

«¿Con Deni?»

Hubo una pausa antes de su respuesta.

«Sí».

«¿Cómo te ayudo?»

«Lo sabrás.»

«Pero ¿dónde estás?»

Otra pausa. Esta vez más larga.

«No fui yo quien avisó a la Guardia en Barnimar.»

«¿Qué? ¿A qué te refieres?»

«Ten cuidado con...»

La puerta de la sala de mando se abrió de golpe, y saltó sobre su asiento. Un ceñudo Durk cruzó el umbral y cerró dando un portazo.

Regresó a su conversación.

«¿Cuidado con qué? ¿Con quién?»

Pero la conexión se había perdido. Trató de recuperarla con desesperación, no podía dejarla con esa incógnita. Fue inútil.

La expresión de Durk, llena de ira contenida, enrojecía sus facciones. Avanzó un par de zancadas, la suela de sus botas golpeando el suelo con fuerza y las manos convertidas en puños.

Sus miradas se cruzaron por un segundo y su ceño se frunció todavía más. Se desvió de su rumbo para dirigirse hacia ella con decisión.

Katisa se agarró del borde de su asiento para evitar salir corriendo. No quería parecer una cobarde, aunque tampoco se fiaba de sus intenciones.

Durk plantó las manos en su mesa y cerró los ojos, en un intento visible de calmar la agitada respiración por todos los medios. Cuando los párpados se elevaron de nuevo, su expresión no había cambiado demasiado.

—Hablemos —le espetó.

—Ni lo sueñes —contestó ella. Ni siquiera pensaba darle una excusa.

Durk sacudió la cabeza y soltó un sonoro suspiro.

—Me gustaría hablar contigo —probó de nuevo. Sonó como una persona educada, algo que parecía costarle sobremanera—, ¿me acompañas a dar un paseo, por favor?

Katisa clavó la mirada en sus ojos castaños para discernir su propósito. Se notaba que había hecho un esfuerzo con su petición, eso no iba a negarlo. Pero ¿qué podía querer comentar? ¿Con ella precisamente? ¿Habría descubierto su reciente conversación? Su mirada estaba algo ofuscada por la preocupación, y eso todavía la desconcertó más.

—Es importante —insistió—. Te aseguro que no perdería el tiempo en hablar contigo si no lo fuera.

Había tardado poco en volver a comportarse como él mismo. Se levantó de la silla, intrigada. La imagen de Durk en la mina, cuando registró con la mirada a los esclavos, acudió a su mente. Al menos le serviría para discernir algo sobre él. La curiosidad la carcomía.

—Tú guías.

Durante largos minutos caminaron en silencio, aunque ella no le quitó ojo. Cambiaba de expresión con rapidez, como si mantuviera un diálogo consigo mismo, una no demasiado agradable. Eso la alarmó un poco. Durk no era de los que planeaban conversaciones, las soltaba sin filtro.

Sus pasos los retiraron del centro de mando, de todo el mundo, en realidad. No quería presionarlo y desatar su ira, pero la ansiedad por oír sus palabras la consumía.

Se detuvieron en un lugar apartado de la cueva y Durk observó a su alrededor con ojo crítico. Era un punto estratégico, alejado de cualquier edificio y de miradas indiscretas. Muy listo.

El calor abandonó su cuerpo. ¿Sería de él de quien la advertía su nueva amiga/enemiga? Si

quería hacerle daño no habría testigos, pero ¿iba a pedirle con un esfuerzo de amabilidad que le acompañara para luego maltratarla?

Durk cruzó los brazos frente a él, aunque su mirada se clavó en sus botas.

—No sé cómo decirte esto, así que te lo voy a soltar tal cual —comenzó. Katisa suspiró, segura de que le caería otra impertinencia—. Tenemos un espía.

¿Cómo? No podía haberle entendido bien.

—¿Alguien le está pasando información a la Guardia sobre nosotros?

Durk alzó los ojos al cielo.

—¡Felicidades, acertaste! —ironizó, mordaz—. Sí. Esa es la definición de espía.

Sus comentarios sardónicos no la afectaban igual que antes, aunque tampoco era inmune a ellos. Como siempre que hablaba con él, las puntas de sus orejas ardieron.

—Eso es absurdo —contestó ella. Cruzó los brazos y tamborileó los dedos—. ¿De dónde sacas esa tontería?

Él avanzó unos pasos y le indicó con la cabeza que la siguiera.

—No hace mucho que estoy aquí, pero he estudiado todos los informes. —Se volvió hacia ella —. No, no me mires así. Es algo que deberías hacer si quieres llegar a liderar.

Se mordió la lengua mientras le alcanzaba. ¿De dónde sacaban todos la absurda idea de que perseguía esa meta? Como si apartara un insecto, le instó a que continuara con su exposición.

—He encontrado detalles, pequeñas cosas que no me cuadran. Créeme, son de las que yo tenía muy en cuenta para que no me pillaran. Supongo que a los otros les ha pasado desapercibido, pero un espía sabe verlas. Y yo llevo tiempo en esto.

Debía haber una explicación racional. Era un paranoico.

—Que alguien no sepa redactar bien un informe no le convierte en espía.

Durk chasqueó la lengua.

—Ha sido un error decírtelo. Olvida esta conversación.

Se dio la vuelta con intención de marcharse, aunque ella lo agarró del brazo.

—Espera. Sé que no te resulta fácil hablar conmigo. Lo sé porque el sentimiento es mutuo, pero oiré lo que tengas que decir.

Durk se soltó de su agarre con mal talante.

—Me da igual si no quieres escucharme. Ya me las apañaré.

—No me hagas rogarte, Durk. Ahora que has plantado la duda en mí, no vas a irte como si nada. —Trató de leer los pensamientos en aquel rostro que la ponía de tan mal humor—. Si has hecho el esfuerzo de intentar hablar conmigo es porque tienes algo en lo que basarte. Escúpelo.

En su mirada cruzó una sombra de duda y vaciló por unos instantes.

—Es lo que ocurrió en el rescate de la mina —explicó tras un suspiro de rendición—. Los refuerzos de la Guardia que bombardearon la zona. No es posible que aparecieran tan rápido. Estaban avisados.

¿A eso se refería su nuevo contacto cuando escribió que no había sido ella? No le gustaba el color que estaba tomando el asunto.

—Pensé que los soldados de la mina, de alguna manera, habían logrado avisar a la central de Barnimar.

—No lo hicieron —le aseguró. Cruzó con brusquedad los brazos—. Estuve pendiente de esa parte. Alguien les informó previamente a la incursión o no habrían llegado tan pronto.

Un escalofrío helado recorrió la espina dorsal de Katisa. No podía ni imaginar que alguien de la base les hubiera vendido. Era impensable.

—Tal vez se hallaban más cerca y tu información no era tan exacta como crees —le atacó,

mirándolo de soslayo—, igual que tus planos desactualizados de la mina.

Durk soltó una carcajada seca, que le sonó a Kat como si le hubiera concedido un tanto.

—Fue lo primero que comprobé al regresar a la base, por eso sé que fue una encerrona. Despegaron antes de que llegáramos.

¿Y si estaba en lo cierto? Podría mentir, pero ¿por qué se lo contaría a ella, entonces? Con mantenerlo en secreto tenía suficiente.

—¿Lo sabe Laira?

—No. —Soltó un sonoro suspiro—. De momento solo tú, yo y el traidor.

Buscó la mentira, o la locura, en sus ojos. Pero su expresión era férrea. Estaba convencido al ciento por cien.

—Hay algo que no entiendo. —Sus labios temblaban de nerviosismo y, para calmarse, desvió su mirada hacia la columna de estalactitas. Las naves que llegaban y se marchaban parecían insectos en busca de néctar. El carraspeo de Durk la trajo de vuelta—. Si alguien avisó del ataque, ¿por qué en la mina no sabían nada?

—Lo más probable es que lo supieran, pero debían estar convencidos de que los refuerzos llegarían antes.

Ella golpeteó sus labios con un dedo.

—Aun así, me dio la impresión de que no estaban alerta.

Durk alzó los ojos al cielo con una expresión de petulancia. Lo detestaba.

—¿No te parecen suficientes los cañones que casi terminan con la mitad de tu equipo? —Abrió los brazos como si se rindiera—. A pesar de mis objeciones, pasaron dos meses desde que os di la información hasta que el plan tuvo lugar. Contaron con tiempo suficiente para colocar esas armas y solo esperar a que llamáramos a la puerta.

Katisa ahogó una exclamación, podría tener razón. La Regencia había mantenido en secreto el paradero de los Portadores todos aquellos años. No había motivos para esperar una incursión, por lo que colocar armamento pesado en las instalaciones no tenía sentido si no temían un ataque real.

Llegar a esa conclusión le sentó como si le hubieran clavado un puñal en la espalda. ¿Quién podría ser el informante? Ella se lanzaría al vacío por demostrar la lealtad de cada uno de sus amigos.

Necesitaba centrarse. Regresó su atención a Durk y tomó nota de todas las inflexiones que cruzaban su rostro humano. La arrogancia se mezclaba con algo más profundo que no acababa de discernir. Preocupación, tal vez. Pesar, incluso. Expresiones que no le cuadraban con él, pero que ahí estaban.

—¿Por qué no se lo has contado a nadie?

—Porque ya no me fío de ninguno de ellos. —Le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Y de mí sí? —Esa sí que era una información insólita.

—Eres demasiado transparente para ser una espía.

—Tal vez es que soy buena actriz.

La risa sarcástica de Durk en el fondo le dolió un poco.

—Si esta información hubiera salido de otra boca —le atacó ella—, estaría segura de que el traidor serías tú. De hecho, todavía no lo descarto.

Durk puso los brazos en jarra y en sus labios se formó una sonrisa orgullosa.

—Es la primera frase inteligente que te he escuchado decir desde que nos conocemos.

Ella se volvió con un movimiento brusco.

—No sé qué hago hablando todavía contigo. Estoy harta de que me desprecies de esta

manera.

—No te desprecio. En realidad, me importas bien poco. —Su mirada se perdió en la nada—. Tienes potencial, lo reconozco. Por algún motivo que no logro comprender, los demás te siguen y harían casi cualquier cosa por ti. No es una cualidad imprescindible para liderar, pero eso ya lo has ganado. Solo me fastidia ver cómo ponen su vida en tus manos sin pensarlo dos veces, y tú no tienes ni idea de nada.

Aquel hombre poseía la habilidad de revivir sus sentimientos de infancia, de causarle el mismo dolor que sus congéneres con sus insultos y su desprecio. Sin embargo, en el fondo no le faltaba razón. No tenía ni idea de nada. Sí, algunos conocimientos en varias áreas: podía curar heridas leves, se le daba medianamente bien la mecánica y, aunque era competente con los hackeos, nunca llegaría a los niveles de Rala. Pero no era especialista en ningún ámbito.

Un inusual brillo multicolor en la zona de entrenamiento captó la atención de Durk. Katisa, todavía perdida en sus pensamientos, no había apartado la mirada de él.

Y ahí estaba. En sus ojos, en la manera en la que fijó la vista en aquella zona. En lo mucho que le costó apartarla. Tristeza. La misma mirada que tenía en la mina cuando el último de los Portadores salió de las profundidades.

—¿Por qué traicionaste tú a la Guardia? —aventuró a preguntar—. Es algo personal para ti, ¿verdad?

La observó con una mirada calculadora, con una intensidad fuera de lo común en él. Duró unos instantes, después sus ojos la atravesaron con frialdad de nuevo.

—Eso no es asunto tuyo.

Sin decir una palabra más, giró sobre sus talones, con tanta decisión que el viento se arremolinó entre ambos. Regresó hacia el núcleo de edificios, dejándola sin palabras y con la culpable sensación de haber metido las narices donde no debía.



Capítulo 38

Base del PACTO

Regresó al edificio central con la cabeza tan llena de pensamientos que amenazaba con estallar. Un espía entre ellos. Y no era Durk.

No tenía sentido. Todos los que componían el PACTO habían perdido algo valioso en su vida a causa de los tejemanejes del Regente Supremo, o de Aldo Deni. ¿Quién les vendería información después de eso? ¿A cambio de qué? No podía entenderlo.

Sentía como si una capa de hormigón reposara sobre sus hombros. Ahora que estaban dispuestos a rescatar a los Portadores que pudieran, ella sabía que, en adelante, en cada misión se arriesgaban a caer en una trampa. No era una sensación halagüeña. Deberían suspender cualquier plan hasta descubrir al traidor.

Otro cráter en su interior: no podía hacer nada para avanzar.

Entró de nuevo en la sala de comunicaciones, abatida. Dolía sentirse así, igual que si le desgarraran el pecho cada vez que pensaba en ello. No tenía claro cómo gestionarlo, pero tampoco podía ignorarlo.

Miró a cada uno de los que se hallaban sentados en sus mesas. Todos manejaban las comunicaciones de un modo u otro. ¿Sería alguno de ellos?

Y, además, estaba su reciente conversación. Alguien, que trabajaba con el enemigo, quería su auxilio. La había ayudado en varias ocasiones, era justo echarle una mano. Esperaba que reanudara las comunicaciones con ella pronto.

Un veloz borrón azul pasó por su lado y se posó, descarado, sobre la mesa que había ocupado hacía un rato. El tukiki la recibió con una sonrisa traviesa.

—¡Vaya, Mikou! —exclamó, tratando de no levantar la voz para no molestar al resto. Sacó un fruto de su bolsillo y se lo lanzó, que él atrapó en el aire con una pirueta—. ¿Por fin te dignas a saludarme?

Mikou le dio la espalda mientras se comía su refrigerio y ella suspiró fastidiada, aunque se le pasó rápido en cuanto la mano de Yeirek le acarició el hombro. Su corazón se aceleró al mero contacto.

Tampoco había tenido apenas ocasiones de hablar con él desde que llegaran. Solo tuvo tiempo de informarle de las razones por las que no saldría de aquella cueva en una temporada, y esperaba tener un momento a solas con él para aclarar las cosas. O concretamente, calmar el torbellino que su presencia provocaba en su cabeza, en todo su cuerpo.

—Ah, ya veo que solo vienes acompañándolo a *él* —acusó al tukiki, que la ignoró y se dedicó a mordisquear el canto de la mesa.

Yeirek la miró a los ojos con una expresión que no fue capaz de descifrar, aunque predominaba la seriedad.

Olía a limpio y a champú, y la humedad había aplanado las ondas de su pelo, dejándolo casi liso. Por un momento, no consiguió pensar en otra cosa que pegar la nariz en sus cabellos y olisquearlos hasta su cuello, y continuar por la clavícula que sobresalía de su camiseta.

—¿Tienes hambre? —preguntó, y ella regresó la mirada a sus ojos—. Tenemos que hablar.

✧ ✦ ✧

—¿Hay que escalar hasta lo más alto de la cueva para poder llevarme algo a la boca? —preguntó Katisa cuando el resuello se lo permitió—. ¡Te he dicho que me moría de hambre!

Yeirek rio, pero se detuvo y se volvió hacia ella.

—Eres una blandengue —se burló, y le tendió la mano—. Vamos, ya queda poco. Es ahí mismo. Las vistas merecen la pena.

Ella rechazó su ayuda con un manotazo, burlona, y pasó a su lado para encabezar la subida. Yeirek volvió a reír a su espalda. No era un camino empinado en exceso, pero la dificultad residía en lo resbaladizo.

En el fondo, se alegraba de aquel ejercicio. Cada mañana corría un par de vueltas alrededor de la base antes de pegarse una ducha, pero aquel ascenso requería un poco de habilidad. Al día siguiente todos sus músculos le dolerían, una recompensa que ella consideraba adecuada por un trabajo bien hecho.

En unos minutos llegaron a una repisa natural, tan espaciosa como para que ambos se acomodaran sin estrecheces. Katisa recuperó el aliento mientras se dejaba deleitar por el espectáculo que se desplegaba ante ella. Yeirek había acertado: las vistas valieron el esfuerzo.

Desde su atalaya dominaban la caverna titánica. Las formaciones milenarias que colgaban del techo y sobresalían del suelo componían un paisaje de ensueño, bañado por la luz de innumerables focos. Pese a ser cientos, no conseguían vencer las sombras de todos los rincones, y el juego de luz y oscuridad invitaba a dejar volar la imaginación.

En el centro, la columna colosal lo dominaba todo, compuesta por miles de estalactitas y estalagmitas entrelazadas en una danza eterna iniciada hacía millones de años. La sensación de que aquella formación seguiría allí, después de incontables generaciones a partir de la suya, era de algún modo reconfortante.

—¿Te dije que valía la pena o no? —Yeirek, a su lado, se había sentado en el borde de la repisa y movía las piernas en el aire como un niño pequeño. Su mirada soñadora le arrancó una sonrisa y se sentó a su lado para descansar los músculos.

—¿Cómo descubriste este lugar?

—Necesitaba un espacio tranquilo en el que aclarar las ideas. —Se encogió de hombros—. Y mis pasos me trajeron hasta aquí. A Mikou también le gusta. Tanta gente le pone nervioso. Debe recordarle al mercado de exóticos.

El tukiki apareció de la nada a la mención de su nombre y olisqueó la mochila de Yeirek. En ese momento, el estómago de Kat rugió como un yígol enjaulado. Se masajeó la zona, avergonzada, mientras él reía a carcajadas. Agarró la mochila y extrajo unos pequeños contenedores con comida y bebida para ambos. Le tendió uno de ellos.

—Come —le dijo, sin más preámbulos.

Ella asintió y pegó un gran mordisco a uno de los bocadillos.

—¿No querías hablar? —preguntó con la boca llena—. Habla.

Yeirek suspiró.

—No me vas a dejar comer tranquilo, ¿verdad?

—Sabes que no. —A pesar de que para ella la oscuridad no existía, la penumbra que se cernía sobre la repisa le parecía incómoda. Si iba a sincerarse, no quería perderse ni un ápice de sus expresiones—. Podrías haber traído algo de luz, ¿no?

Yeirek la miró y, tras unos instantes, sus cejas se arquearon ante una idea. Rebuscó nuevamente en la mochila y, al abrir el bolsillo oculto, la luz blanca de los tres orbes les iluminó. Los extrajo y los dejó cerca.

No pudo reprimir una carcajada.

—¿En serio? ¿No los consideras un artefacto divino? —señaló uno de ellos—. Acabas de denigrarlos a meras lámparas.

Como única respuesta, Yeirek se encogió de hombros.

Por unos minutos, ambos disfrutaron de un agradable silencio, en absoluto incómodo, mientras comían.

Le costaba apartar la mirada de él. Su perfil, el modo en que las ondas del cabello le enmarcaban el rostro, la luz de aquellos ojos que estudiaban todo con atención. Solo con observarlo provocaba que su corazón se acelerara.

Por unos breves instantes su compañía le había hecho olvidar la información de Durk. Ojalá tuviera la habilidad de desconectar su mente como cuando apagaba la holomuñequera. Pero era demasiado pedir, por lo visto. La preocupación volvió a asentarse en su pecho como un parásito.

Razonó que era bastante improbable que Yeirek fuera quien avisara a la Guardia de su incursión a la mina. Su expresión al despertar y verla allí le pareció genuina, aquella sorpresa no podía fingirse. Además, según Geara llevaba en la enfermería varios días, por lo que era imposible que conociera sus planes.

Estaba bastante convencida de que él no era el traidor.

—No sé cómo empezar. —Yeirek rompió el silencio—. Así que creo que lo haré por el final. Me voy.



Capítulo 39

Base del PACTO

¿Que se iba? ¿Cómo que se iba?

Katisa carraspeó tras haber estado a punto de atragantarse. Esas dos palabras le sentaron como una bofetada.

—¿Tan pronto? ¿No te alegras de tu reencuentro con… con tu familia? —Señaló hacia la zona donde los Portadores practicaban.

Yeirek pegó otro mordisco a su comida.

—Mi vida ha dado muchas vueltas desde que el Regente se cargó la Hermandad. —Su mirada se perdió en la lejanía—. Hasta hace poco pensaba que era el único que había sobrevivido y, no sé, ya no me siento tan parte de ellos. Al menos, de momento, hasta que consiga reordenar mi vida, si alguna vez lo hago. Y creo que la mejor manera es alejarme. Como se suele decir: para encontrarse uno mismo, primero hay que perderse.

Katisa bebió casi todo el contenido de su cantimplora en un intento infructuoso de deshacer el nudo en su garganta. ¿También deseaba alejarse de ella?

Naturalmente, ¿qué otra cosa cabía esperar? No debería sorprenderse después de la desconfianza que había mostrado hacia él en repetidas ocasiones. Ella habría reaccionado de la misma manera.

Algo captó la atención de Yeirek y desvió la vista. La siguió hasta el lugar donde los diferentes colores de la Esencia iluminaban las paredes naturales de la cueva.

—A mi padre le habría emocionado saber que algunos sobrevivieron al ataque —susurró con un profundo pesar en su voz—. Lo extraño mucho. Siempre supo cómo guiarme para tomar decisiones difíciles.

—No me ha parecido que fuera una decisión difícil para ti. —Su voz no mitigó la aspereza de sus palabras, aunque trató de hacerlo—. Me da la impresión de que lo tienes muy claro.

Yeirek chasqueó la lengua y apartó la comida con un suspiro frustrado.

—No sé por qué crees eso. Desde hace tiempo que mi cabeza es un laberinto. —Sus ojos, brillantes por un cúmulo de emociones, se encontraron con los de ella—. Al contrario que tú. Encajas tanto aquí que parece que lo hayan creado para ti.

—No es cierto, todos esperan algo de mí. Ni siquiera sé por qué lo hacen, pero no puedo dárselo. —La voz se le quebró al final.

—Es por tu fortaleza. Creo que no te das cuenta de la influencia que ejerces en los demás.

Alargó la mano y colocó un tentáculo tras su oreja, en un ademán tan tierno que aumentó sus pulsaciones. Una sensación efervescente burbujeó en su estómago, y sus mejillas ardieron.

No quería que se fuera. Si lo hacía, no volverían a verse, seguro. Tal vez sería lo mejor, pero se negaba a aceptarlo.

—¿Por qué quieres marcharte?

Él cerró los ojos por un momento y movió la cabeza con desánimo.

—Ya sabes por qué. Le hice una promesa a mi padre... y me gusta cumplirlas.

Había algo más. Estaba segura, lo veía en la manera en que su mirada franca rehuía en el último segundo.

—¿Es solo eso? —Tomó su mano, entrelazando los dedos. Era agradable sentir la calidad de su piel en la palma y clavó la mirada ahí. Le gustaba demasiado aquella sensación y no estaba segura de estar preparada para no volver a tenerla—. ¿O es una excusa?

Yeirek tardó un rato en desviar la vista, también.

—No es una excusa, pero tampoco es la única razón. —Le acarició con el pulgar el dorso de la mano—. Estoy fuera de lugar aquí. Supongo que me he acostumbrado a las compañías selectivas. —Movió la cabeza en dirección a Mikou, que se acababa de lanzar a la comida que él había dejado—. Además, no puedo quitarme la sensación de que estoy perdiendo un tiempo valioso.

Su contacto la abrumaba, y necesitaba pensar con claridad. Separó su mano y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

En menos de dos horas, tuvo un intercambio con alguien que no sabía si era amigo o enemigo y había descubierto, de boca de una persona a la que no apreciaba demasiado, que tenían un traidor en la base. Ahora Yeirek quería marcharse. ¿No podría haber esperado otro momento?

—Quédate. Unos días más, al menos. Podríamos ayudarte a encontrar los orbes. —¿Había sonado a desesperación? Sí, estaba segura de que sí. Qué idiota.

—Ya. ¿Y vas a explicarles tú lo de los dioses? Si ni siquiera me crees.

Tenía razón. ¿Cómo iba a persuadirles de algo de lo que no estaba convencida ni de lejos?

—Ya veo que no hay nada que pueda decir para que te lo replantees. —Giró la cara para que no viera la humedad en sus ojos.

—Siento habértelo soltado así, pero he intentado muchas veces hablar contigo estos días, y siempre estás acompañada de tu... de uno u otro. Es muy difícil acercarse a ti para una conversación privada.

Katisa se levantó de un salto con intención de regresar, la sangre le bullía. Por sus intercambios en la cápsula de escape y en la mina, habría asegurado que sentía algo por ella, pero estaba claro que solo habían sido momentos de lujuria para él. Quería alejarse y volver a pegar los trozos de su corazón.

—Entonces no sé por qué seguimos hablando. No te preocupes, te conseguiré un transporte. —Comenzó a descender por el camino.

Yeirek la atrapó por la muñeca para impedir que se marchara. Estaba claro que no se lo iba a poner fácil.

—Kat, no te enfades —dijo, y el dolor en su mirada era casi palpable—. No quería irme sin hablar contigo antes. Tengo que preguntártelo, porque en la mina me diste a entender que estabas dispuesta a venir conmigo. ¿Todavía lo estás?

El aliento se congeló en su garganta. Era una petición simple, pero llena de connotaciones. Era cierto que había estado dispuesta a seguirlo cuando le explicó el plan en Barnimar, aunque la situación en aquel momento era diferente. La excitación de su reencuentro, el deseo que provocaba en ella, hizo que tomara una decisión precipitada.

Su mirada se desvió hacia la cueva, a la colosal columna de estalactitas, cuya visión se apreciaba desde todos los puntos. Se detuvo donde se reunían los Portadores para recuperar el tiempo perdido y finalizó el recorrido en los barracones en los que se hallaban sus amigos.

—Cuando lo dijiste, por alguna razón pensé que sería una búsqueda rápida, pero no es así, ¿verdad?

Él soltó su muñeca, aunque el calor de su contacto se permaneció unos segundos más.

—Ni de lejos. —Miró al suelo y su voz ya tenía un tinte de derrota—. Aunque el mapa ha ayudado, solo es el principio. No sé cuánto tiempo nos llevaría, pero no va a ser poco. Aun así, me haría muy feliz que decidieras venir conmigo.

El peso de toda la montaña pareció aplastarle la cabeza. No quería irse. Allí estaban sus amigos, los de siempre, los nuevos. Cumplir misiones del PACTO era vital para ella, se sentía útil, valorada, no el despojo que siempre le hicieron creer que era. Las cicatrices de su pasado habían comenzado a sanar desde que se unió a ellos.

Pero, por otro lado, estaba él. Su cercanía desataba un caos interior, la irritaba, la enternecía, la volvía loca de maneras que a veces anhelaba y otras odiaba. Sabía que no era completamente sincero con ella y, a pesar de la extravagancia en sus historias, de algún modo no parecían del todo falsas.

Deseaba tener más tiempo con él a solas para profundizar en sus sentimientos.

Aunque tampoco quería dejar el PACTO.

Se frotó la cara con desesperación. No sabía qué hacer.

—Perdona, ha sido un error. —La voz de Yeirek la sacó de la vorágine de pensamientos—. No debería habértelo pedido. Sé que no los abandonarás. Tienes una vida aquí, hay... *gente* que es evidente que te ama. —Metió todo en la mochila y se la colgó, dando por terminada la conversación—. Me marcharé lo antes posible.

Se plantó ante él y le impidió el paso. Aún no había dicho la última palabra. O, tal vez, era que no aceptaba su decisión.

—Tienes que dejar de hacerme esto, Yeirek, aparecer en mi vida y luego esfumarte.

—¡Tú tampoco me lo has puesto fácil! Has desconfiado de mí desde que volvimos a vernos. Y

todas las veces que nos hemos cruzado solo he tratado de ayudarte. —Levantó los dedos y comenzó a enumerar—. En Vaenport, cuando los secuaces de Deni te acorralaron; en Grunna, esa ya la sabes, aunque no acabara bien; en Foles, en el club de lucha, antes de que cayeras inconsciente. —Hizo una pausa y se pasó la mano por el cabello—. Y si no fuera porque logré convencer a la aracne, ya estarías en las garras de Igazash.

Sus palabras resonaron en ella. Cada una de las escenas le vinieron a la mente con claridad. ¿Cómo era posible que lo supiera? No le había contado a nadie aquellas anécdotas. Pero tampoco podía ser él todas las veces, ¿verdad? No tenía ningún sentido que lo fuera.

—¿Me... me has estado siguiendo?

—¡Joder, no! —Se arrancó de nuevo la mochila del hombro y la arrojó al suelo—. Eres tú la que siempre me encuentras, aunque mi propósito sea alejarme.

—¡Pero eso es imposible! —Lo que insinuaba era confuso e irreal hasta el infinito.

—¡Lo sé! Intento decirte que nuestros destinos están entrelazados de una forma que no podemos comprender. ¡Y maldita sea, ojalá no fuera así!

Un escalofrío recorrió su columna. Aquellas palabras la aterraron.

—Para mí eres importante —continuó en un tono más suave, aunque cargado de dolor—, y tengo que aceptar que aquí estás a salvo, a pesar de todo. Conmigo... las cosas serían distintas, podría poner tu vida en peligro. Me duele, aunque es la verdad. —Una fina línea de agua se formó en sus ojos.

Su preocupación la conmovía, pero, en el fondo, ella ya había tomado una decisión y no tenía sentido demorarlo más.

—Por una vez, estamos de acuerdo. —Intentó que sus palabras sonaran firmes—. Creo en lo que se está llevando a cabo aquí y no voy a abandonarlos, por mucho que supongas que tu misión te conducirá al mismo final.

La derrota se dibujó en su rostro, apartó la mirada y volvió a recoger la mochila del suelo.

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Ojalá la situación fuera diferente. Mientras el corazón se le hacía trizas, se aproximó a él y lo besó en la mejilla.

—Te deseo un buen viaje —susurró cerca de su oreja—. Cuídate mucho, Yeirek.

Él asintió, aunque parecía que el peso de la roca acompañara sus movimientos. Hizo ademán de descender por el camino hacia la base. Pero, de pronto, se detuvo.

—¡Al cuerno! —explotó y de una zancada pegó los labios a los suyos.

El mundo alrededor se desvaneció. El deseo y la avidez de su beso le impedían pensar en nada más y, cuando su lengua se abrió paso ella enredó los dedos en su cabello. Una mano se deslizó por la curva de su cuello hasta su nuca y le rodeó la cintura con la otra, presionándose contra ella.

La electricidad recorrió su cuerpo en oleadas y pensó que quemaría su piel, mientras sentía el corazón de él palpitar contra su pecho.

Él se separó unos milímetros para tomar aliento y su mirada cargada de deseo encendió chispas en el corazón de Katisa. No, ella no había terminado todavía, lo arrastró de nuevo hacia sus labios, leyendo en su boca una sonrisa de triunfo y de dolor. No quería detenerse. El final de aquel beso significaría el de su relación, cualquiera que fuera.

De la misma manera que la había iniciado, él la concluyó, como una conversación en la que no hubiera nada más que decir. Pero sí que había, mucho más. Y, en el fondo, era él quien no quería continuarla.

Presionó la frente contra la de ella y le besó la punta de la nariz. Fue a decir algo, pero Katisa le frenó con los dedos sobre sus labios.

—No, por favor, no digas nada.

Él asintió y desvió la mirada al suelo. Se alejó de nuevo, aunque al cabo de unos pasos se volvió hacia Mikou, sentado sobre una roca arropado por su propia cola.

—¿Nos vamos? —le preguntó.

Su corazón amenazó con romperse otra vez. No solo se iba, se llevaba a su pequeño amigo también.

El tukiki se dirigió hacia ellos, los miró de hito en hito. Tras unos instantes, trepó por la pierna de Katisa y se acurrucó en el hueco de su cuello.

Era reconfortante que la hubiera elegido, después de que últimamente pareciera tan distante, pero era un nimio consuelo.

Percibió la sombra de aflicción en la mirada de Yeirek cuando se giró para irse sin decir nada más. Ella también se volvió, no quería verlo marchar.

La megafonía repartida por la cueva explotó en una alarma, el eco creando una cacofonía caótica. Su corazón se saltó un latido, nunca había oído nada similar desde que entrara a formar parte del PACTO.

—Atención por favor. —Una voz de mujer, pausada y tranquila resonó con claridad—. Todos los voluntarios para ayudar en el ataque diríjanse a las plataformas de despegue.

¿Qué *nomeidas* estaba ocurriendo?



Capítulo 40

Base del PACTO

Kat esprintó. Pasó ante él como una lanza y Yeirek la persiguió con cierta dificultad. Cuando le ponía empeño a algo lo llevaba al límite. Mikou se mantenía agarrado a los tentáculos de ella para evitar que saliera volando y, si no hubiera sido por la seriedad de la situación, le habría parecido gracioso.

Sus emociones todavía se arremolinaban en su interior como si contuviera un huracán. Pena, deseo, odio hacia sí mismo, angustia... y la megafonía no ayudaba a calmarle.

El caos se desplegaba a su alrededor. Todos aquellos con los que se cruzaban lo hacían a la carrera, tropezando unos con otros, sin tiempo ni para pedir disculpas. La histeria se había apoderado de la base.

Todos corrían de un lado a otro y en sus rostros se reflejaba una mezcla de miedo y ansiedad. Vociferaban para hacerse oír entre la multitud, preguntando en qué podían ser útiles.

La megafonía alertaba de un ataque. No era allí, o el estruendo del combate resonaría por todas partes. Debía estar ocurriendo en otro lugar y, aunque sabían que no eran el objetivo

directo, la inquietud persistía, ya que era evidente que algo no iba bien.

El alara elegante que había conocido al llegar a la base, al que Kat le presentó como Tanard, se hallaba en la entrada del edificio de control repartiendo instrucciones de manera frenética. Un surco se había formado entre sus cejas y su semblante, en general risueño, estaba ensombrecido por la preocupación.

—¡Tan! —lo llamó. Él le hizo gestos para que se acercara—. ¿Qué ha ocurrido?

—La Guardia está atacando varios campamentos de refugiados —explicó, sin centrar la mirada en ningún punto. Controlaba todo lo que sucedía a su alrededor sin perder detalle—. Somos la célula más cercana a uno de ellos, así que vamos a ayudar. ¡Sí, esos están bien! —gritó a un alara que le enseñaba un par de rifles de asalto—. ¡Repartidlos entre todos los que quieran venir!

—¿Los refugios? —preguntó ella con los ojos vidriosos, mientras Yeirek le apartaba al tukiki de entre los tentáculos para que no estorbara—. ¿Cómo lo han...? —Su mirada se endureció y presionó los labios hasta que se convirtieron en una fina línea—. *¡Shelak!*

Giró sobre sus talones y se dirigió a la carrera hacia la columna central. Las naves estacionadas en las plataformas humeaban los gases de ignición, todas con las luces encendidas. Se preparaban para despegar.

—¡Kat! —la llamó Tanard, pero ni se volvió. Yeirek corrió detrás.

—¡Nadie impedirá que eche una mano! —gritó ella, aunque lo más probable es que el alara no la oyera a causa el tumulto.

Mientras trataba de mantener el paso, Yeirek abrió la mochila y, sin decirle nada, Mikou se deslizó dentro. Tembloroso y en silencio, observó su alrededor con sus ojillos oscuros muy abiertos, agarrado al borde para no caer.

Al pie de la inmensa columna, Katisa ni siquiera prestó atención a los montacargas, en los que hileras de personal cargados de armas y cajas esperaban su turno. En cambio, enfiló las escaleras y subió los peldaños de dos en dos.

La Aénima se encontraba en la parte central de la columna. Iba a ser una larga y cansada ascensión. A pesar de que ambos estaban en forma, después de varios niveles Kat se detuvo a recobrar el aliento. En ese momento sus miradas se cruzaron.

—No me había dado cuenta de que me seguías —dijo, con una genuina expresión de sorpresa —. ¿Vas a venir?

Si las palabras tuvieran solidez le habrían dado un puñetazo.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —respondió entre jadeos—. Yo tampoco pienso quedarme aquí mientras atacan a gente inocente. ¿Tengo que recordarte dónde me crie?

Doblada por la cintura, y sin apartar la mano de su costado mientras trataba de respirar profundamente, asintió.

—Me alegro de que hayas decidido retrasar tu viaje.

Reanudó la marcha y él trotó tras ella por rampas y escaleras, en las que apenas se cruzaron con nadie. Casi con toda probabilidad habrían llegado antes con los ascensores, incluso después de esperar turno, pero la conocía lo suficiente para saber que ella no era de las que aguardan en fila.

Cuando sus pulmones ardían y pensaba que no le quedaba resuello, llegaron a la plataforma en la que la Aénima y otra nave, de dimensiones reducidas, permanecían con las rampas bajadas y los motores en marcha.

Habían descargado algunas cajas con retropropulsores del montacargas y varias personas, la mayoría alaras del desierto y aosién, las repartían entre las dos naves a partes iguales. La

voluminosa forma de Tyon, destacaba por encima del resto mientras dirigía el reparto de las cajas que iban destinadas a la Aénima.

Drarin, plantado al lado de la rampa de la nave de Kat, vociferaba órdenes. Parecía en su elemento ejerciendo su poder como uno de los líderes de la célula.

El fuego se asentó en el pecho de Yeirek. No entendía qué había visto ella en aquel tipo, qué parte de su personalidad la había cautivado. Apartó la mirada, su mera visión le provocaba dolor y rabia.

Sin embargo, un pensamiento lo asaltó como un bálsamo. A pesar de que Drarin y ella estaban juntos, Kat le había besado a *él* en dos ocasiones ya. Tal vez las cosas no andaban tan bien en esa relación como Drarin pretendía.

Sacudió la cabeza para despejar la idiotez de su mente. No era momento de pensar en aquellas sandeces. ¿Qué tenía, quince años?

Kat corrió hacia la rampa sin siquiera dedicarle una mirada al alara, pero él la interceptó agarrándola por la cintura. Yeirek se mantuvo a una distancia prudencial.

—¡Eh, eh, Kat! —exclamó Drarin tras presionarla contra su cuerpo—. ¿A dónde crees que vas?

Ella no intentó soltarse de su abrazo, pero su mirada de advertencia habría hecho recular a un galuta.

—Suéltame, Drarin. Ahora no es el momento. —La frialdad en sus palabras de algún modo consiguieron hacer sonreír a Yeirek con el sabor del triunfo. También provocó que el alara la soltara y levantara las manos en señal de rendición.

—Mi prima no dejará que abandones la base.

—Laira tiene cosas más importantes en las que pensar ahora mismo —respondió mientras ascendía la rampa al interior de la Aénima.

—¡Kat! —vociferó él y avanzó un paso hacia ella—. Aportarás más aquí, si la ayudas. No tienes experiencia en un ataque a esta escala.

Katisa se detuvo y volvió sobre sus pasos, señalando a Drarin con el índice.

—¿Y tú? —le preguntó. Hizo un amplio gesto, hacia las personas que corrían frenéticas entre las cajas y las naves—. ¿Alguno de ellos la tiene? —Su mirada se centró en un punto y frunció el ceño. Señaló a un humano en la cuarentena de pelo rapado y expresión sagaz—. Tal vez Durk es el único entre todos nosotros.

La expresión de Drarin se suavizó.

—Por favor, no me hagas pasar por esto. —Capturó su mano y se la llevó al corazón—. Si te ocurre algo no sé qué voy a hacer. Necesito concentración y si tú estás ahí estaré solo pendiente de tu seguridad.

Kat acarició la mejilla de Drarin y un dolor agudo pellizcó el corazón de Yeirek.

—El problema es que no confías en que pueda cuidar de mí misma, y no sé cuántas veces voy a tener que demostrártelo. —La mirada de ella se suavizó a la par que el interior de Yeirek se desmoronaba. Sin embargo, fue incapaz de dejar de escuchar la conversación—. Sé que fuiste tú quien convenció a todos de que me permaneciera en la base estos días. No tengo las mismas aptitudes de liderazgo que Laira y tú, si las tuviera me quedaría aquí y la ayudaría a dirigir la defensa. Ya sé que mi experiencia en batalla también es limitada, pero me voy a sentir más útil.

—Por favor, Kat —rogó Drarin y la abrazó con fuerza—. Tengo el presentimiento de que algo horrible va a pasarte.

Yeirek se volvió. No podía seguir aguantando aquella escena.

—Es solo el miedo a perderme —razonó ella—. Si te quedas más tranquilo, me pegaré al culo

de Durk, por mucho que le odie. Él me mantendrá a salvo.

Como si se hubiera sentido invocado, el cuarentón llamó la atención de todos con un berrido.

—¡Vámonos YA! —gritó con voz autoritaria. Debía estar acostumbrado a impartir órdenes—. Las defensas de los refugiados pronto fallarán. ¡Confían en nuestra ayuda!

Sin titubear, todos embarcaron en las naves, tras cargar las últimas cajas retropropulsoras. Yeirek se encaminó hacia la Aénima y se preparó mentalmente, lanzando sus dolorosos sentimientos a un rincón. Kat ya estaba a bordo.

Drarin detuvo sus pasos con un golpe en el pecho.

—Tú no vas a subir a esta nave —susurró amenazante y lo empujó. La mano de Yeirek se cerró con fuerza.

—Eres de lo que no hay, Drarin. —La grave voz de Tyon, a su espalda, sosegó su ánimo y, con un monumental esfuerzo de voluntad, Yeirek decidió no estampar el puño en aquella perfecta nariz de alara del desierto—. Vamos a la otra nave, gañán. Voy contigo —añadió con una mirada de reproche en su único ojo.

—¡Ty! —llamó Drarin con un toque de ruego en su voz, pero el felinae no se volvió.

Se cruzaron con el tal Durk, que ni siquiera les dedicó una mirada, y embarcó en la Aénima a grandes zancadas.

Geara, la aosién Portadora que lo había delatado en la mina, corrió para unirse a Tyon y a él, sin hacer uso de su Esencia de velocista.

—Espero que me hayas perdonado por lo que te hice —comentó con una mirada huidiza.

Yeirek le puso la mano en el hombro.

—Ya te dije que no hay nada que perdonar. No eras tú misma, estabas bajo los efectos de la droga.

Ella sonrió, más segura, y los tres se apresuraron a subir a bordo de la otra nave.

Una sensación que había creído olvidada para siempre se sobrepuso a todas las demás por unos instantes. A pesar de que ya no se consideraba parte de la Hermandad que lo vio crecer, le entrenaron para situaciones como aquella.

Nunca tuvo la oportunidad de aplicar sus conocimientos en batalla real, solo en la pequeña escaramuza en Calarik con Kat.

Ahora, después de tantos años y tras la desarticulación de su organización, por fin podría demostrar su valía.

Y esperaba estar a la altura.



Capítulo 41

En el espacio. En la órbita de Elmeren.

Media hora más tarde del despegue salieron del hiperespacio.

Y casi se estrellan contra la enorme forma de una fragata de la Guardia.

—¡Agarraos! —La voz amplificada de Clak provocó que el corazón saltara en el pecho de Kat, todavía alterado por la accidentada llegada—. ¡Maniobras evasivas!

El androide giró el timón con brusquedad para evitar la colisión. Drarin no había reaccionado a tiempo y se estampó contra la pared contraria de la cabina. Katisa habría corrido la misma suerte de no hallarse sentada. Sin embargo, Durk solo se sujetó con brevedad en el respaldo del asiento del piloto, sin siquiera perder el equilibrio.

—¿¡Una fragata!? —exclamó Drarin mientras se incorporaba y se sujetaba con fuerza al respaldo donde ella se sentaba—. ¡Ni que los refugiados supusieran un peligro!

—Es el procedimiento estándar —argumentó Durk con los brazos cruzados ante el pecho y flexionó un poco las rodillas para ganar estabilidad—. Injustamente o no, son prisioneros fugados.

—¡Hay niños allí abajo, por el amor de los dioses! —imprecó ella mientras se ajustaba el arnés—. ¿No tienen piedad?

—Envían un mensaje al resto de la galaxia —contestó el exteniente con el ceño fruncido—. No les importa quién padezca las consecuencias. Por eso estoy en el PACTO y no con ellos.

La fragata disparó una andanada en su dirección y Kat activó el escudo justo cuando uno de los rayos impactaba contra ellos.

—¿Cuánto aguantarán? —le preguntó a Clak. El corazón bombeaba con fuerza en su pecho. Nunca se había encontrado en una batalla en medio del espacio.

—No mucho, me temo —contestó el androide mientras realizaba maniobras efectivas para esquivar los disparos—. Ya sabes que el material es viejo.

—¡Laira! —gritó Drarin al comunicador. Un reguero de sangre cubría un lado de su cara. El golpe le había provocado un corte en la sien—. Hay una fragata justo en el punto de salida. Avisa a todo el que pueda para que cambien las coordenadas a otra parte de la órbita. Nos están atacando, repito, nos están atacando.

Cerca de ellos surgió del hiperespacio uno de los cargueros del PACTO. De inmediato, una andanada de rayos cegadores proveniente de la fragata iluminó la oscuridad e impactó en la nave, antes incluso de que el agujero hiperespacial se hubiera cerrado.

Con una explosión que les cegó por unos instantes, el carguero fue desintegrado en menos de lo que ella tardó en ahogar una exclamación, y dejó en su lugar una estela de restos de metacristal y acero.

El aire se congeló en su pecho. No le había dado tiempo a saber si era la misma en la que viajaban Tyon y Yeirek. Drarin le había confesado que prefirieron volar en una nave más moderna, con mejor equipamiento, y por eso no estaban allí.

El horror que acababa de presenciar anuló cualquier otro pensamiento, y una opresión sofocante se asentó en su pecho, robándole el aliento.

Drarin se apresuró a colocarse a su lado y le puso una mano en la pierna para frenar su movimiento impulsivo. Ni se había dado cuenta de ello.

—Tyon no iba en esa nave, tranquila —le dijo, clavando su mirada en la de ella, seguramente con la intención de transmitirle sosiego.

En parte lo consiguió. Trató de calmar su respiración, sin éxito. El abu y Yeirek podrían haberse salvado al no viajar en aquel carguero, pero los que sí iban dentro no tuvieron tanta suerte. Al menos, le quedó el consuelo de saber que apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que ocurría antes de morir.

De una de las aberturas de la fragata surgieron cazas como avispas de un avispero, y se enzarzaron en una lucha contra las naves del PACTO. Ellos también contaban con cazas, pero su número era muy inferior.

Pronto, las explosiones se sucedieron. Perdían pilotos en cuestión de segundos. El resto no duraría si no hacían algo.

—¿Se recargaron los cañones PEM? —preguntó. Necesitaba concentrarse en otra cosa, como inutilizar aquella ballena espacial y evitar más bajas. Sin esperar respuesta se inclinó hacia el panel de control para comprobarlo ella misma—. Podemos inutilizarla como hicimos con la corbeta hace unos meses.

—Sí —le respondió Drarin—. Pero solo llevamos cuatro torpedos, no cabían más.

—Suficiente —sentenció ella y desplegó la pantalla para ponerse manos a la obra. Ojalá Tyon no hubiera decidido abandonarlos en ese momento, él tenía mejor puntería.

—Suficiente ni de broma —objetó Durk—. Contra una corbeta pudo funcionar, pero mira lo

grande que es esta fragata. O acertamos en algún punto crítico o solo inutilizaremos partes de la nave, sin conseguir detenerlos. Además, seguro que cuentan con contramedidas. Es una fragata de guerra.

Katisa chasqueó la lengua. Aun así, debían intentarlo. Sin necesidad de avisarle, Clak ya maniobraba para que tuviera la fragata a tiro. No habían activado el camuflaje, un fallo que tal vez les costaría la vida, y a estas alturas carecía de sentido. Pero ¿quién habría esperado semejante recibimiento? Aun así, tenía total confianza en las habilidades de pilotaje del androide. Se las apañaría para evadir la mayoría de los impactos. Ojalá el escudo aguantara lo suficiente hasta llevar a cabo la maniobra.

Trasteó con el sistema de apuntado y, cuando estuvo segura, disparó. El olor a ozono inundó la cabina y el dispositivo PEM voló en busca de su objetivo. Sin embargo, alcanzó a uno de los cazas, que se interpuso en la trayectoria. Los motores de la nave monoplaza se apagaron y vagó a la deriva.

En aquel momento comprendió que aquellos cazas no solo atacaban objetivos, sino que servían como defensa contra los impactos dirigidos a la fragata. Les daba igual sacrificar a sus propios soldados. *¡Meldur hidendi!*

Aún quedaban tres disparos. Se limpió las sudorosas manos en la pernera del pantalón y volvió a intentarlo. Esta vez se tomó un poco más de tiempo y disparó.

Otro caza absorbió la colisión y, apenas un segundo después de quedar inutilizado por el PEM, fue destruido por una nave del PACTO

—*¡Shelak!* —gritó con frustración. Si no conseguían librarse de la fragata, no habría rescate.

La mano de Durk se posó en su hombro con firmeza.

—¿Ves aquella protuberancia en la parte baja de la fragata? —le indicó el humano con seriedad. Se trataba de un bulto que sobresalía del casco como un cáncer—. Ese es uno de sus puntos débiles. Es donde está uno de los distribuidores de la nave. No conseguiremos destruir la fragata, pero reduciremos drásticamente su fuerza de fuego. —Presionó la mano que sujetaba su hombro—. No falles, niña. Solo quedan dos.

Ya. Era consciente de ello. Miró a su alrededor. Las otras naves del PACTO no eran más que cargueros como la Aénima, que contaban tan solo con algún cañón para defenderse de los piratas. Tras el éxito de las pruebas con los PEM, Laira le aseguró que habían instalado un puñado de cañones en otras naves, pero la mayoría tenían limitaciones de espacio, también.

Pocos de los pilotos poseían formación militar. Casi todos eran transportistas o comerciantes, lo que se apreciaba por los disparos erráticos y las maniobras poco efectivas.

El sabor de la bilis llenó su boca justo al apretar el botón del penúltimo PEM. En ese preciso instante, Clak viró la Aénima con brusquedad y el dispositivo se desvió del objetivo. Impactó en la fragata, pero lejos de la protuberancia que le había indicado Durk. Oscureció una sección de la nave y poco más.

—*¡Dalaka!* —gritó, pateando el suelo.

Otro carguero del PACTO disparó sobre la fragata uno de aquellos PEM, contra la ranura por la que los cazas parecían no dejar de salir. Deseó con desesperación que hubiera sido Tyon. Él era el de mejor puntería entre todos. Tenía que ser él, eso significaría que seguía vivo. Y Yeirek también.

Se sintió orgullosa del abu. Había conseguido que ni un caza más se uniera a la batalla. Un problema menos.

Volvió su atención al panel de disparo y apartó todo pensamiento de su cabeza. Apuntó al lugar que Durk le había indicado, aunque las maniobras evasivas de Clak no ayudaban. En varias

ocasiones estuvo a punto de disparar, pero no lo veía claro.

—¡Vamos, jefa! —la alentó Clak.

Su pulso flaqueó, solo quedaba uno de los dispositivos PEM y no podía errar. Por la flota del PACTO, por todos los refugiados.

La presión era demasiado intensa. Fallar no era una opción.

—¡No puedo! —Se tragó su orgullo, desató el arnés y le cedió el puesto a Durk. En ese momento le dio igual lo débil e inferior que le hizo sentirse, sobre todo a los ojos del humano.

Él alzó las cejas durante una fracción de segundo y se sentó en el asiento que ella le ofrecía. Ni siquiera perdió tiempo en ceñirse las cinchas.

Apenas pasaron unos segundos hasta que Durk disparó. El último dispositivo esquivó varios cazas e impactó de lleno en el objetivo. A pesar de que la nave continuaba activa, los cañones se silenciaron.

—¡Sí! —gritó Katisa y, sin poder evitarlo, abrazó al exteniente.

Él le palmeó el brazo.

—Gracias por dejar a un lado tu cabezonería —le dijo al oído—. Aún haremos un soldado de ti.

El rostro le ardió. ¿Cómo le decía algo así en un momento así?

Antes de poder replicarle, las comunicaciones de la nave se activaron.

—¡A todos los cargueros! —La voz de Laira reverberó en los altavoces—. Evitad el fuego y haced lo posible por llegar al planeta. Los refugiados solicitan ayuda urgente. Envío refuerzos para ayudaros allí arriba, pero en la superficie se están quedando sin tiempo. ¡Os necesitan ya!

Antes de que Laira terminara su comunicado, Clak ya se había desviado en un amplio arco y se dirigió al planeta frente a ellos, una esfera de tonos marrones y verdes.



Capítulo 42

Elmeren

Katisa nunca había visitado Elmeren IV, a pesar de que era uno de los mundos en los que el PACTO había establecido un campo de refugiados.

Anochecía mientras descendían entre nubes amenazantes de tonos morados y grises, que se arremolinaban en los picos nevados de las montañas. No eran los únicos que surcaban los cielos, al menos contó un par de naves más adelante, y estaba segura de que otras les seguían.

Esperaba que la mayoría lo hubieran logrado, a excepción del carguero que estalló y los cazas que se sacrificaron para que el resto superaran el bloqueo.

Durk se había levantado del asiento del copiloto y Katisa obligó a sentarse a Drarin para que pudiera curarle el corte en la sien.

—Si los refugiados no han ofrecido resistencia, a estas alturas los estarán obligando a entrar en las lanzaderas. —La grave voz de Durk resonó en la cabina—. Si no…

—Todos los asentamientos cuentan con armamento —rebatió Drarin, mientras Katisa le aplicaba desinfectante y un apósito a la herida. Su mirada estaba llena de gratitud y algo más,

aunque ella le correspondió solo con una sonrisa contenida y se apartó en cuanto hubo terminado —. Con la idea de que pudieran defenderse si aparecían piratas o esclavistas. Me costaría creer que no las estén usando contra la Guardia.

No tardaron en comprobarlo. Mientras sobrevolaban los valles cercanos al punto de reunión, los disparos, incluso algunas pequeñas explosiones, marcaban el lugar a simple vista.

—Pues parece que sí han presentado batalla —dijo Clak mientras incrementaba la velocidad de la nave.

Katisa no podía apartar la mirada del caos de luces a medida que se acercaban. Le parecía encomiable que, después de tantos minutos, horas tal vez desde que avisaran del ataque, todavía aguantaran. Se preguntó si en el resto de los asentamientos asaltados lucharían con el mismo ahínco. Esperaba que sí.

—Rodea esas montañas, androide —ordenó Durk—. Les atacaremos por la retaguardia.

Por un instante, Katisa estuvo a punto de saltar. Su manera de dirigirse a Clak le parecía una falta de respeto, pero la visión a través del ventanal pronto robó sus pensamientos.

Lo que se desplegaba ante sus ojos era una pequeña ciudad, no el austero asentamiento que imaginaba. Había esperado refugios improvisados, mal construidos con materiales encontrados cerca, no edificios de uno o dos pisos de altura, robustos y con buena planta. Los disparos de energía se reflejaban en las paredes de vivos colores.

Cada estallido le provocaba una punzada de dolor. Probablemente aquellos refugiados habrían estado dispuestos a comenzar de nuevo en aquel asentamiento. Seguro que incluso le habían dado un nombre. Y la Guardia regresaba a destrozar sus vidas otra vez, bajo las órdenes de un Regente Supremo que no se preocupaba por las desventuras de sus súbditos. Al contrario.

Durk se posicionó al lado de Clak y le señaló un callejón en el que habían levantado una barricada. Hombres y mujeres se parapetaban detrás, disparando contra el enemigo. A pesar de ello, su ataque era inútil. Los soldados avanzaban implacables, envueltos en escudos de energía.

—¡Ayudemos a esa gente! —Durk se volvió hacia Drarin y ella—. ¡Disparadles!

Drarin era quien se encontraba en el puesto del copiloto y desplegó el panel de armamento. La Aénima solo contaba con un cañón de energía, pero era de buen calibre. Sin más demora apuntó en la pantalla y disparó una andanada.

Los escudos absorbieron la mayoría de los impactos, aunque provocaron que los soldados recularan y se parapetaran.

Los vítores de los refugiados al verse respaldados elevaron el espíritu de Katisa.

—Da la vuelta —ordenó el exteniente—. Haremos otra pasada.

Abajo, algunos habían desembarcado de las naves y se sumaban a los esfuerzos de los refugiados, repartiendo armas y atención a los heridos.

Otro carguero se situó al lado de la Aénima. Disparó desde las alturas a unos soldados que manejaban un vehículo blindado con armamento antiaéreo. *¡Dalaka!* Su escudo absorbió todo el fuego, sin llevarse ni un rasguño.

El cañón del blindado giró en redondo y apuntó a su atacante. Disparó una lengua de luz azul, tan potente que la cegó por un momento.

Clak esquivó con maestría el misil del enemigo, pero se estrelló en un costado del carguero que volaba a su lado. Katisa ahogó una exclamación, aunque el alivio se abrió paso al cerciorarse de que no había estallado. Aun así, la zona del motor estaba en llamas y, si no tomaban tierra y lo controlaban pronto, no durarían demasiado.

Encontró una esquiva mirada de culpabilidad en los ojos de Drarin y supo que en ella volaba Tyon. Y, por tanto, también Yeirek y Mikou. Sus uñas se hundieron en el respaldo del asiento

que el alara ocupaba.

No perdió de vista ni por un instante aquella nave hasta que se posó, a salvo, en tierra firme.

—Necesito bajar —anunció. Su ayuda era más necesaria ahí abajo que en la cabina, en la que no podía hacer otra cosa que observar y sufrir—. Aquí me siento inútil.

La mayoría de la flota del PACTO carecía de preparación para presentar batalla. Con un cañón antiaéreo como aquel, sus naves estaban sentenciadas. La mayoría no contaban con contramedidas, algunas ni con escudos. Debía inutilizarlo para evitar que los suyos perecieran incluso antes de tomar tierra.

—Pero ¡qué dices! —exclamó Drarin con la intención de levantarse, aunque la firme mano de Durk en su hombro lo impidió—. Kat, ¡es muy peligroso!

El hombre la miró de soslayo y asintió de manera casi imperceptible. Su aprobación le arrancó una ligera sonrisa y se dirigió a la bodega, agarrándose a las paredes para no caer por el movimiento

—Aquí también estamos en peligro —argumentó el exteniente, con un tono que no ofrecía pie a rebatir—. En el mejor de los casos, la mayoría de nuestras naves aguantarán solo uno de esos impactos. Hay que acabar con ese cañón.

—¡Pues disparémosle desde el aire! —insistió Drarin. El ruego en su voz comenzaba a teñirse de desespero.

—¡Esta nave no tiene armamento suficiente para atravesar ese escudo! —La autoritaria voz de Durk llenó los rincones de la Aénima—. Un individuo será más eficiente en este caso. Si consigue llegar hasta el antiaéreo puede robarlo y usarlo en nuestro favor.

Durk le había leído el pensamiento, o tal vez su idea era menos descabellada de lo que parecía. Se posicionó frente a la rampa de salida, a la espera de que Clak la abriera, y una ligera oleada de orgullo envolvió su corazón al saber que Durk la consideraba lo suficientemente capaz como para intentarlo.

—¡Me voy con ella!

—¡No! —gritó Durk con autoridad. Los sonidos de un forcejeo y un tortazo más tarde terminaron con los ruegos de Drarin—. ¡Te necesito aquí! Debes disparar mientras dirijo ataques aéreos coordinados.

—¡Clak es capaz de hacer ambas cosas! —le recriminó Drarin.

—¡No confío en los androides!

—¡Eh! —se quejó el aludido.

—Desciende ahí —indicó Durk, haciendo caso omiso de su lamento. Con la rampa cerrada, Katisa no tenía ni idea de dónde se refería, pero estaba segura de que sería un buen lugar. El comunicador más cercano a ella crepitó—. Si utilizas ese cerebrito que creo que tienes en algún lugar, te irá bien. —sugirió el humano, su voz más suave de lo habitual.

—¡Voy con ella! —insistió Drarin.

—¡Harás lo que yo te diga! —vociferó Durk, amenazante—. ¡No tenéis formación militar, si no acatáis mis órdenes no lo vamos a conseguir!

Con dificultad consiguió dominar, a duras penas, el miedo y el nerviosismo y se preparó. Pulsó el botón para que la rampa de salida descendiera. El suelo a sus pies se acercaba a gran velocidad y su estómago se convirtió en una piedra.

—¡Ahora, niña!

Saltó, confiando en Durk.

Rodó para minimizar el impacto contra la tierra, pero tanto el propio golpe como el dolor en un hombro y una rodilla, le robó el resuello por unos instantes. En cuanto sus pulmones se

activaron de nuevo, se incorporó.

Al emprender la carrera, se llevó la mano a la rodilla. Le ardía. El tejido se había rasgado y una herida asomaba debajo, ensangrentada, la piel levantada por la fricción contra la gravilla. Sin darle más importancia, echó una última mirada a la Aénima cuando se alejaba hacia el centro de la población. No quería pensar en lo que supondría para ella que la nave de su madre saliera mal parada de aquella batalla, y menos aún la pérdida de Clak, o la de Drarin, incluso la de Durk.

Con una ligera cojera que pronto remitió se dirigió hacia el conjunto de edificios en dirección al lugar en el que la nave accidentada había aterrizado, a reunirse con Tyon y Yeirek.

El cielo plomizo era un fiel reflejo de sus emociones y parecía contener el olor de la ceniza y los materiales quemados. Nunca había deseado con tanta desesperanza que sus latidos ensordecieran los gritos de terror y desolación de los refugiados a los que todavía no podía alcanzar.

A cada paso sus botas crujían sobre un suelo cubierto de cristales, escombros y madera carbonizada. La impotencia se asentó en su pecho. Los refugiados habían construido todo aquello, una nueva vida, durante meses, tratando de mejorar su precaria situación. Y, de un plumazo, el Regente Supremo lo destruía sin miramientos. Era doloroso comprobar con cuánta rapidez podía arruinarse la esperanza.

Avanzó con decisión hacia el sonido de la refriega más cercana. Todo sufrimiento que consiguiera evitar sería recompensa suficiente para su conciencia; aunque a punto estuvo de flaquear, cuando la brisa transportó el olor acre de la carne quemada por los disparos de energía.

El llanto de un infante en el interior de una de las casas detuvo sus pasos. La tristeza con la que llamaba a su madre quebró su alma. Se dirigió hacia allí sin siquiera pensarlo.

Entró en el edificio. Los impactos ennegrecidos impresos en las paredes eran testigos de los disparos que se cruzaron allí. Quien viviera en aquella casa había defendido su libertad y sus derechos y, por los sollozos del infante, el resultado no parecía favorable.

Corrió hacia la aguda voz. Cerca de una alacena a punto de caer, una niña alara se acurrucaba sobre el pecho ensangrentado de una mujer. Sus transparentes alas temblorosas estaban plegadas a su espalda.

—¡No! —gritó, arrodillándose a su lado, sin importarle el dolor de su herida.

Era la misma niña a la que había rescatado meses atrás de la corbeta de la Guardia, a la que aupó y a la que le pareció que su piel era bonita, ajena a lo que significaba para los de su etnia.

Reconoció a la mujer como su madre. Sus párpados todavía permanecían abiertos y su expresión se había petrificado en una mueca de preocupación y alivio a partes iguales. Probablemente habría muerto después de comprobar que su hija seguía con vida tras la incursión a su hogar.

La niña, al verla, la reconoció y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Ayúdame a despertarla! —imploró, reanudando su llanto—. ¡No me contesta!

Con el corazón roto, le devolvió el abrazo con fuerza. Revivió el momento en el que ella misma perdió a su madre de igual manera, más o menos a esa edad, y no pudo evitar compartir aquel dolor con ella.

—Primero tengo que ponerte a salvo —le dijo con la voz entrecortada. Comprobó de un rápido vistazo que la niña no estaba herida y terminó su escrutinio mirándola a los ojos. No quería mentir, pero en aquel instante era necesario y sabía que, si su madre las veía desde el otro lado, contaba con su bendición—. Luego enviaremos a alguien para que la ayude, ¿de acuerdo?

La niña frunció el ceño, poco convencida. De sus ojos cayeron renovadas lágrimas y echó un

último vistazo a su madre. Al fin, asintió.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Pero no tardemos, ¿vale?

—Trato hecho —contestó Katisa y levantó el meñique. La niña enredó asimismo su dedo con el de ella, sellando su acuerdo—. Agárrate fuerte. Vamos a salir de aquí.



Capítulo 43

Elmeren

En cuanto la niña se agarró a su cuello y cerró las piernas alrededor de su cintura, Katisa se dirigió a la puerta, saltando muebles y cerámica destrozados.

En el exterior se encontraron de nuevo con la desolación provocada por el asalto. Cuerpos de alaras, minomantes y dernans inocentes, que no habían tenido oportunidad de defenderse, se hallaban esparcidos sobre una tierra aún sin pavimentar. Hasta aquel momento habían sido vecinos de la pequeña durante un tiempo y no quería que presenciara la horrible escena. Ya tenía suficiente con lo que había sufrido en su corta vida.

—Vamos a jugar a un juego —le dijo a la niña, apenas convencida de lo que hacía—. Tienes que cerrar los ojos, muy fuerte, sin abrirlos. De este modo la magia nos ayudará e iremos más rápidas. ¿Preparada?

No contestó, pero percibió su asentimiento contra el hombro.

Avanzó con toda la rapidez que pudo, con una mano sobre la espalda de la niña para evitar que cayera y darle cierta percepción de seguridad.

El cañón del antiaéreo no paraba de disparar a las naves que sobrevolaban el perímetro. Por suerte, el artillero no era muy bueno, pero alcanzó a alguna de ellas, que humeaban en pleno vuelo.

Alzó la vista en el momento en que uno de los cargueros accidentados descendía hacia su posición. Lo más probable es que buscara aterrizar y atender el fuego que ardía en uno de sus laterales. Si no se encontraba en muy mal estado, dejaría a la pequeña alara allí para tratar de anular el cañón.

El carguero estalló a solo unas decenas de metros sobre su cabeza, ante sus incrédulos ojos, alcanzado por un segundo impacto.

Katisa corrió a cobijarse dentro de una de las casas para evitar que los pedazos cayeran sobre sus cabezas.

Pronto, humeantes trozos de metacero se desplomaron a su alrededor con estruendo, aunque no fue lo único que chocó contra el suelo. El cuerpo calcinado de una persona, de raza o género imposibles de reconocer, se estampó a pocos metros con un golpe sordo.

La carne todavía humeaba y en la corteza resquebrajada de su piel se apreciaban los rebordes incandescentes del fuego. El único solaz que le quedaba era que, quien fuera, había muerto de inmediato, sin sufrimiento, a causa de la ferocidad de la explosión.

Presionó gentil, pero con firmeza, la cabeza de la niña para que no la girara presa de la curiosidad.

—¿Qué es ese olor? —preguntó.

Las arcadas provocadas por el hedor a carne quemada, así como sus propios sollozos por la impresión de aquella imagen, le impidieron contestar de inmediato.

—Nada, cariño —consiguió decir al fin—. Vas muy bien, hemos avanzado un montón con nuestro pequeño truco. Tú sigue con los ojos cerrados, ¿vale?

Necesitaban cargarse el antiaéreo, era una prioridad. Estaba dejando fuera de juego demasiadas naves. Aunque primero debía centrarse en el bienestar de la niña. Reanudó su carrera en cuanto estuvo segura de que no caían más cascotes.

Un rayo de luz de color añil se dirigió hacia su encuentro y, por un momento, reculó con el corazón bombeando por el miedo, incapaz de discernir de qué se trataba.

Dejó escapar un suspiro de alivio en cuanto la luz se convirtió en Geara, la Portadora que rescató en la mina. Había olvidado que su Foco era la velocidad.

—¡Katisa! —exclamó en reconocimiento y enfocó la atención en la niña en sus brazos.

—Ponla a salvo, ¡por favor! —le rogó, ofreciéndosela.

Geara aupó a la pequeña, y le plantó un beso tranquilizador en la sien.

—Estamos recuperando refugiados y un par de naves que han logrado aterrizar se encargan de embarcarlos —le explicó, sin perder de vista todo a su alrededor—. Necesitamos más gente para defenderlas. Nos vendría bien tu ayuda. La de cualquiera, de hecho.

Le dio el tiempo justo a asentir antes de que Geara volviera a convertirse en un rayo de luz que se alejó de ella.

Por un instante, sus pasos siguieron la estela añil de la Portadora, pero se detuvo, dividida entre dos decisiones: o se encargaba de la defensa de las naves de rescate, o de la destrucción del temible cañón que mermaba sus fuerzas aéreas.

Sacudió la cabeza con convicción después de decidirse por la segunda opción.

La luz de los disparos del antiaéreo se reflejaba con tanto brillo contra las nubes del anochecer que no le costó discernir dónde se hallaba.

Corrió hacia allí. Trataría de sorprenderlos por la retaguardia y anular de algún modo sus

disparos, aunque no tenía ni idea de cómo.

Al doblar la esquina, se encontró de frente con dos soldados que salían de una de las casas. Reculó hacia la protección del edificio para pasar desapercibida y estudió sus movimientos, con cuidado de no ser vista.

En ese momento, un grupo de refugiados se abalanzó en tropel por la puerta de la siguiente construcción, huyendo de la inminente inspección de la Guardia.

—¡Alto! —gritó uno de los soldados y levantó el fusil de asalto—. ¡Sois fugitivos buscados, si no os rendís dispararemos!

Los refugiados, la mayoría mujeres, ancianos y niños, gritaron con pavor y corrieron con más ansias. El enemigo abrió fuego.

El tiempo pareció detenerse para ella, consciente de cada milésima de segundo. A aquellas cucarachas cromadas no les importaba que fueran personas indefensas, demasiado jóvenes o mayores, o tan asustados que no suponían una amenaza. No eran un grupo de criminales violentos. Se trataba, simplemente, de personas.

Aquella fue la gota que rebasó el vaso de su moralidad. ¿Por qué debía tener consideración por esos monstruos que no dudaban en acribillar a cualquiera, aunque no fueran a defenderse?

Desenfundó ambas pistolas y, aprovechando que no habían reparado en ella, vació el cargador eléctrico en la espalda de uno de ellos. Demasiados disparos después, los músculos del soldado se agarrotaron y soltó el fusil. Se volvió hacia ella mientras trataba de acceder a su pistola con movimientos espasmódicos, con la intención de acabar con la amenaza. Pero cayó inconsciente antes de conseguirlo.

El segundo soldado, que había estado persiguiendo a los refugiados, se volvió hacia ella y disparó, pero Kat rodó por el suelo y se protegió contra la esquina del edificio. Cuando el cargador del soldado se vació supo que era el momento.

Al abandonar el parapeto, sin embargo, no esperó encontrarse con aquella escena.

El grupo de refugiados se había abalanzado sobre él y lo golpeaban con puños, patadas y piedras. Le recordó a una de esas holopelis de zombis. El hombre gritaba de agonía, pero ella no iba a ser la que los detuviera. Era el soldado o ellos, y sus ánimos estaban con los refugiados.

Pasó de largo, apartando la mirada en la manera en la que descargaban su rabia contra el soldado. Ya no gritaba ni se movía, probablemente porque estaba muerto, pero todavía le quedaba un uso: la canalización de la ira de aquellas personas que lo habían perdido todo por segunda vez.

Se concentró de nuevo en los disparos del cañón, que se repetían casi sin pausa. El atronador sonido le serviría de guía hasta su ubicación.

No tardó en llegar al lugar. El vehículo se hallaba aparcado en medio de una plaza. Se trataba de una especie de furgoneta sin techo en la que habían instalado un cañón y un asiento para el artillero.

Una cucaracha cromada consultaba una pantalla mientras disparaba. Otras dos lo flanqueaban a cierta distancia, protegiéndolo con ametralladoras de gran calibre. Uno de ellos escaneaba la zona por la que había aparecido ella y se escondió veloz tras la esquina. Por fortuna no la vio.

Con el resuello aún alterado por la carrera y la adrenalina, estudió la situación con desaliento. Ella sola no era rival para aquel despliegue, ¿en qué estaba pensando? Podría distraer a uno de los escoltas, pero ¿a los dos?

Intentaba idear un plan mientras observaba, con creciente preocupación, cómo los disparos alcanzaban las naves aliadas. Si al menos consiguiera llegar hasta el vehículo...

Activó la holomuñequera. El artillero se guiaba por un sistema de inteligencia artificial, así

que, con un poco de esfuerzo y suerte, ella podría alterarlo.

Probó a conectarse de forma remota al vehículo, pero contaba con algún tipo de defensa contra hackeos, porque no dejaba de echarla del sistema. Chasqueó la lengua. *¡Marandiwi dihir!* Necesitaba colocar el desencriptador en el chasis o no había nada que hacer.

Empezaba a darse por vencida y valoraba un plan alternativo, cuando dos alaras del desierto aparecieron en el lado opuesto en el que se encontraba ella. Los reconoció de inmediato. A pesar de no recordar sus nombres, habían participado en la incursión de la mina, de eso estaba segura.

Uno de ellos arrojó un proyectil hacia el vehículo, una granada lo más probable. Estalló a su lado, aunque la explosión no causó efecto alguno por el escudo. En cambio, el estruendo sirvió para alertar a su escolta.

Los dos alaras se escondieron tras lo que quedaba de una pared, en el mismo instante que ambos soldados inundaban de rayos de energía la zona en la que se habían ocultado.

Su corazón se saltó un latido. Aquella era la distracción que necesitaba. Corrió agachada, acortando la distancia que la separaba del antiaéreo, fuera del campo de visión del artillero. Colocó el desencriptador, que se enganchó magnéticamente, y huyó hacia unos escombros cercanos.

Se agazapó todo lo posible tras el montículo de piedras, que ni siquiera hecha un ovillo conseguía cubrirla al completo. A pesar de estar tan expuesta, no quería arriesgarse a alejarse más, pues el desencriptador tenía un límite de alcance.

Trató de no dejarse amedrentar por el ensordecedor sonido de las ametralladoras, mientras desentrañaba la seguridad del cañón para cortarle el flujo. Esperaba que ninguno de los soldados apreciara el movimiento de sus manos sobre el aire, tocando los iconos que sólo ella podía ver a través de la hololentilla.

Gruñó con frustración con cada intento erróneo. Era más complicado de lo que esperaba. La ropa se le pegaba al cuerpo, por la humedad del ambiente y el sudor.

Un rayo recorrió las nubes con su luz, y al segundo siguiente, el grave retumbar de un trueno sacudió el valle.

Otro sonido, un fuerte golpe, llamó su atención. A pesar de la urgencia de su tarea, no consiguió dominar su curiosidad y se asomó a comprobar qué ocurría.

Una roca de considerable tamaño había aplastado a uno de los soldados, dejándolo fuera de juego. Un dernan de baja estatura, con las manos envueltas en llamas carmesí. Desconocía el color de la mayoría de los Focos de la Esencia, pero aquel debía tener algo que ver con la fuerza bruta.

Se hallaba tras el muro en el que los alaras se habían refugiado, rodeado por una esfera perfecta de color amarillo, algún tipo de campo protector.

El dernan se mesó la larguísima barba con una sonrisa de satisfacción y le dirigió un gesto obsceno al soldado restante, que no dejaba de dispararle. El campo defensivo a su alrededor repelió todos los impactos.

Sus manos se prendieron de nuevo con las llamas carmesí y levantó otra roca, de gran tamaño, como si no pesara en absoluto a pesar de sus dimensiones. La lanzó contra su atacante, que reculó unos pasos. No sirvió de nada. La piedra lo aplastó como si fuera un insecto.

Una algarabía de júbilo resonó tras el muro y las cabezas llenas de tentáculos de sus dos congéneres se asomaron. Se les unió la de una alara del aire con sus alas emplumadas. En ese momento, las llamas amarillas se apagaban de las manos de la alara, a la vez que el campo de energía alrededor del dernan se deshizo en una nube.

El artillero pareció darse cuenta de la falta de sus dos compañeros e hizo virar el cañón hacia

su enemigo.

Los tres alaras y el dernan debieron percatarse de que su parapeto no aguantaría ni un impacto de ese calibre, teniendo en cuenta lo agujereado que se hallaba a estas alturas a causa de las ametralladoras, y corrieron cada uno en una dirección.

Volvió a concentrarse en su tarea de anular el vehículo, gesticulando desesperada frente a ella, pero no lo consiguió antes de que el artillero disparara. Por fortuna, nadie resultó herido, aunque los cascotes en los que habían estado parapetados momentos antes saltaron por los aires. Después regresó a su tarea inicial de abatir naves, como si no hubiera ocurrido nada, ajeno a su presencia.

Entre disparo y disparo, la débil voz del soldado pidiendo refuerzos la urgió a conseguir su propósito. Si reparaban en ella estaba perdida, su cobertura no resistiría lo suficiente.

Otro rayo cayó cerca, y el trueno que lo siguió retumbó en su pecho con la fuerza de un enorme tambor. Las primeras gotas de lluvia mojaron su piel con un frío al que no estaba acostumbrada y pronto el olor a tierra húmeda se mezcló con el del ozono de las armas de energía. El agua cayó con delicadeza al principio, pero se convirtió en una cortina pesada al momento siguiente.

No le gustaba que lloviera ni la sensación que le producía mojarse de ese modo, aunque provocó que se apresurara aún más en la desactivación.

Reprimió un grito de triunfo al conseguir acceder a la programación base del vehículo y, justo cuando se disponía a anularla, se lo pensó mejor y tomó el control.

Su primera orden fue apagar el cañón, que descendió con un zumbido decadente. El silencio repentino intensificó el sonido de la lluvia contra la tierra.

—¡Eh, tú! —exclamó el artillero al descubrirla. Desenfundó una pistola que llevaba al cinto—. ¡Sal con las manos en alto!



Capítulo 44

Elmeren

El soldado bajó del vehículo sin alejarse de él ni un paso, tal vez con la intención de evitar que se lo robara, y la apuntó.

Con el corazón bombeando a mil por hora, ella se alzó con los brazos en alto. Debía pensar rápido, pero la sensación de estar calada hasta los huesos, tan poco habitual en ella, la distraía.

—¡Tira las pistolas! —ordenó el artillero y señaló sus cartucheras. El estómago de Kat se cerró con fuerza—. ¡No hagas movimientos bruscos o despídete!

Ella asintió, deslizó primero una mano hacia una pistola, y la dejó caer a sus pies. Luego repitió lo propio con la otra. El labio le temblaba por el frío y la humedad, aunque también por el miedo.

—¡Empújalas hacia mí! —continuó. La mirada de su agresor estaba absorta en que no le atacara, en cómo trataba de alejar las pistolas en el suelo embarrado, algo bastante difícil y lento. Así que no percibió el ligero movimiento en sus dedos, que seguían interactuando con la hololentilla.

El cañón del vehículo, controlado por ella, viró a toda velocidad y se estrelló contra el artillero, voló por los aires unos metros y cayó con un estruendo digno de una chatarrería. Ni siquiera lo dejó inconsciente, pero se retorció en el suelo presa del dolor. El impacto fue brutal, aunque la armadura absorbió la mayor parte. Por suerte, el arma se escapó su mano y se perdió entre los escombros.

El sabor del triunfo le supo a dulce, su plan había funcionado y estaba a su merced. Recogió sus pistolas del suelo y se acercó a él. El odio, la rabia y la impotencia ante las atrocidades que acababa de presenciar se arremolinaron en su interior como una tormenta, más violenta que la que se desataba sobre su cabeza. Lo apuntó con ambas armas.

El soldado retrocedió, arrastrándose sobre su espalda como un gusano, y con una mano implorante hacia ella, hasta que se topó con una pared. El casco se había partido y dejado a la vista casi medio rostro, en el que se asomaba una mirada aterrada.

—¡No me mates, por favor! —suplicó—. ¡Solo seguía órdenes!

Se detuvo frente a él. Lo observó con una falta de empatía que apenas la distrajo un segundo. Estaba dispuesta a dispararle a sangre fría, sin remordimientos.

—No me lo creo —dijo, con los dientes apretados, y comprobó que los cargadores de ambas armas estuvieran óptimos—. Sabías lo que hacías. Podrías haberte negado o desertar. No habrías sido el primero ni el último.

Los ojos del artillero se convirtieron en dos rendijas llenas de odio.

—Tienes razón —contestó con voz ronca—. Lo haría aunque no me pagaran por ello. Es mi deber, y uno que cumplo con gusto.

Las manos de Katisa se cerraron con fuerza sobre ambas pistolas.

—¿Cómo puedes encontrar placer en matar a gente inocente? —Le escupió—. Eres un monstruo.

El soldado, sin apartar la mano como si se tratara de una barrera entre los dos, la cerró en un puño.

—No son inocentes, son fugitivos de la ley, criminales huidos de la justicia, y vosotros, terroristas.

—¡No somos terroristas! —Estaba harta de aquella etiqueta que no podía alejarse más de la realidad.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo llamas a todos los ataques contra las naves que transportaban prisioneros como estos? —El odio brilló en sus ojos—. Han muerto soldados, buenos hombres con familias que se han quedado sin padres, sin hermanos, sin hijos, solo porque cumplían con su deber transportando delincuentes para que pagaran por sus crímenes.

Un nudo se formó en su garganta. Ella intentó evitar aquellas muertes siempre que le fue posible, aunque no podía responder por otros dentro del PACTO. Tal vez ellos no tuvieran tanta deferencia con la Guardia. Pero no quería desviarse de su argumento.

—¡Yo no llamaría criminales los que no pueden pagar unos impuestos abusivos, o que quieren que su voz se oiga! No tenéis derecho a quitarles la vida porque el Regente Supremo haya decidido enriquecerse.

—¡Nadie está matando a esas personas! —La sorpresa en la expresión del soldado no le pasó desapercibida.

—¡Pero los convertís en esclavos en campos de trabajo!

—De algún modo tendrán que pagar por su pereza. Todos deben ser productivos en este orden que intenta construir el Regente Supremo. —Tal vez porque percibió que no había peligro, bajó la mano y se la llevó al pecho—. Si no, ¿qué justicia sería para las personas honradas que sí

contribuyen al bien de la galaxia?

—¡No es por pereza! —Para recordarle que no estaban en una conversación amistosa, le apuntó con más firmeza—. No todos tienen la solvencia para llegar a esos niveles tan desorbitados, que solo los ricos pueden alcanzar. Debería estar equilibrado.

—Nunca ha funcionado un sistema equitativo —Suspiró el soldado—. Y siempre habrá gente que no podrá llegar a esos niveles, pero les damos un techo y nunca les faltará un plato en la mesa. Solo pedimos a cambio un poco de colaboración.

¿De verdad estaba justificándose de ese modo? ¿Qué les diferenciaba de los esclavistas? A los esclavos tampoco se les privaba de la comida, pero no era por caridad, precisamente.

—¿Y los niños? —insistió—. Tienen derecho a una infancia feliz, a una educación.

La mirada del soldado vaciló por solo un momento. Tal vez había tocado algún tema en conflicto con su teoría.

—Los únicos responsables de su situación son sus padres. Deberían tomárselo más en serio. ¡El futuro de sus hijos depende de ellos! —La señaló con un dedo acusador—. Y sí que reciben una educación. Son separados de sus padres, que no han sabido protegerlos. Se les adiestra y educa a todos por igual.

Las consecuencias de lo que decía eran nefastas. Casi le faltó el resuello para continuar hablando.

—Los transformáis en herramientas para consolidar el régimen, para promover esa ideología y que no piensen por sí mismos. —Lágrimas de rabia, de impotencia, se mezclaron en sus mejillas con las gotas de lluvia. La convicción de aquel hombre en que sus actos estaban llenos de benevolencia le parecía increíble.

—La galaxia era un caos hasta que el Regente Supremo tomó las riendas —contraatacó—. ¿Es que no podéis ver que todo esto es por un bien común?

A pesar de que no dejó de apuntarle ni un solo segundo, el soldado pareció relajarse. Estaba seguro de que no le dispararía. Y eso la encendió todavía más.

—¡No es cierto! ¡Se trata solo de control! La represión no es buena para nadie. Todos deberíamos tener las mismas oportunidades. —De eso estaba segura. Lo había visto durante toda la vida, hasta que huyó de su planeta. La desigualdad de género entre los alaras de Calarik había limitado el desarrollo del mundo hasta niveles insospechados. Y eso solo era una pequeña muestra de lo que podría llegar a ocurrir en la galaxia—. No habrá justicia para todos, solo para algunos. No todo el mundo tendrá las mismas oportunidades de prosperar.

—Al principio será duro para muchos, pero…

El soldado se interrumpió para lanzarle una piedra a la cabeza, que apenas tuvo tiempo de esquivar y abrió una brecha en su oreja. Sin dudar ni un instante más, ella vació todo el cargador letal sobre él con un grito de rabia.

Su dedo solo se detuvo al percibir que la energía de la pistola se había agotado. Se autorrecargó con un pitido agudo, y la nebulosa de ira desapareció de su mente. Su visión se fijó en el cadáver frente a ella, en su mirada vacía.

El corazón golpeó su pecho con fuerza, como si luchara por huir de lo que acababa de hacer. ¿Había sido necesario terminar con su vida de aquella manera? Estaba indefenso, armado con una simple piedra. Se había dejado llevar por el odio y ni siquiera vaciló antes de dispararle hasta la muerte.

Se estrujó el pecho. Ahora sabía cómo se sentía una asesina a sangre fría. El olor a la carne quemada se mezcló con el de la tierra mojada en una combinación peculiar. Estaba segura de que esa pestilencia se grabaría en su memoria junto a la de Karel, que también murió electrocutado

por su mano. Al menos, de él se defendía.

Alzó la cabeza hacia el cielo y dejó que la lluvia cayera sobre su rostro. Las gotas parecieron arrastrar un poco de esa culpa, como si tuvieran el poder de limpiarle la conciencia y, al volver la vista al frente, se obligó a silenciar la tormenta de sentimientos en su interior. No era el momento.

Clavó la mirada en el antiaéreo abandonado. Apretó los dientes y montó. Ahora tenía el control.

Tardó apenas unos minutos en activarlo de nuevo y dominar su funcionamiento, y se dirigió con determinación hacia donde Geara se había llevado a la niña.

De camino se detuvo a recoger una de las ametralladoras, la única que había sobrevivido a las rocas del dernan.



Capítulo 45

Elmeren

El piloto del carguero en el que viajaban Tyon, Geara, él y otros dos alaras del desierto, aterrizó con pericia en el angosto espacio entre dos edificios.

La rampa trasera descendía y Yeirek ya estaba preparado con el único extintor que había encontrado, dispuesto a apagar el incendio en el casco de la nave.

Sabía que no era suficiente. El impacto del antiaéreo había malogrado el motor sin destruirlo, pero el fuego se extendía rápido hacia los contenedores de combustible. Si no lograba contenerlo la nave entera volaría en pedazos.

Por suerte, el impacto había alcanzado al carguero en el que él viajaba y no a la Aénima, que volaba a su lado en el momento del ataque. Katisa estaba a salvo.

—Date prisa con ese extintor, gañán —indicó Tyon a su espalda—. Ahora no hay soldados, aunque seguro que vendrán a darnos la bienvenida en breve.

De un salto pisó tierra firme y se abalanzó hacia las llamas. No consiguió aplacarlas, pero al menos evitó que la situación se descontrolara, de momento.

Mikou salió de la mochila y se posó en su hombro con su velocidad característica. Oteó el cielo mientras emitía un casi inaudible lamento. Nubarrones cada vez más densos se cernían sobre el valle, y destellos esporádicos serpenteaban realzando sus contornos. Si el deseo de los dioses les era favorable, llovería y el incendio podría extinguirse del todo.

—Hagamos una barricada —sugirió Geara mientras estudiaba a su alrededor con ojo experto. Ella había sido Portadora antes de que la Hermandad desapareciera y, a diferencia de él, debía tener experiencia en la defensa contra piratas y esclavistas. La situación en ciernes no era tan distinta—. Estos edificios nos dan algo de cobertura, pero así podremos salvaguardar a los refugiados que recuperemos hasta que embarquen. Voy a buscar ayuda.

Él asintió y Geara se convirtió en una estela de color añil, apenas perceptible en la creciente oscuridad.

De uno de los edificios frente a ellos asomó un minomante armado con un rifle de asalto que los estudió con ciertas reservas. Su altitud y gran cornamenta le confería un aspecto amenazante, aunque Yeirek ya conocía la disposición amable de los de su raza.

Sin dilación, corrió hacia él. El corazón se le encogió al notar el parecido con su amigo Derron, que había dado su vida en el ataque a la Hermandad. Tenían el mismo tono de pelaje oscuro y mirada brava.

—Ya era hora —gruñó el minomante. Intentó impregnar de dureza sus palabras, aunque el alivio en su tono era más que manifiesto—. Creíamos que estábamos sentenciados.

—Hemos venido lo antes posible —contestó, posando una mano en el brazo del minomante—. ¿Cómo está la situación?

—Aquí hay un grupo de unos veinte, la mayoría mujeres y niños —explicó mientras le indicaba con la mano que lo acompañara al interior. Familias de diferentes razas se apiñaban sentados en el suelo del salón, con el miedo reflejado en sus rostros. Las lágrimas en los niños y en la mayoría de las mujeres, encogieron su alma. Nadie tenía derecho a ser tratado así—. Son los únicos que he conseguido reunir hasta que habéis llegado. Unos minutos más y nos habrían encontrado.

—Por suerte no ha sido así —contestó, tratando de ofrecer una sonrisa alentadora, aunque el sentimiento no lo acompañaba—. Vamos a ver si somos capaces de llegar al carguero, ¿de acuerdo?

Algunos susurros de descontento, sobre todo entre las mujeres, recorrieron el grupo. Les entendía, no querían abandonar la ficticia seguridad del edificio para enfrentarse a la intemperie. Los niños comenzaron a llorar, aterrados.

Mikou bajó de su hombro y se plantó en el centro del grupo. Con un par de piruetas se ganó la atención de los niños, que dejaron escapar exclamaciones de asombro. Yeirek lo observó incrédulo. No permitía que nadie, salvo él y Kat, se acercara a él. Sin embargo, ahí estaba, resignado a que torpes manos diminutas acariciaran sus plumas. La mayoría rieron con deleite, olvidando por unos instantes los momentos de horror que estaban viviendo.

Aprovechó la distracción para componer una pose de tranquilidad y seguridad. Cómo deseó en ese momento tener el Foco de su padre y poder implantar la calma en sus corazones.

—Sé que creéis estar a salvo en este lugar. —El interés volvió a recaer en él, sus expresiones más relajadas—. No queréis dejar esta ciudad que habéis construido con vuestras manos, con vuestra esperanza. Os comprendo, de verdad que sí, pero no podéis permanecer aquí. A esos soldados les da igual, os consideran criminales y harán todo lo posible por capturaros y, en el mejor de los casos, os arrancarán de vuestras familias. No puedo garantizaros una seguridad absoluta, pero con nosotros no os irá peor, os lo prometo.

Quemó Esencia. Sus manos se envolvieron en las llamas azul claro de su Foco y elevó en el aire al tukiki, que protestó malhumorado. Los niños rieron, pero fue la reacción de los mayores lo que llenó su pecho de orgullo. La palabra «Portador» resonó en la estancia como un eco.

—Sí, algunos sobrevivimos y estamos aquí para ayudar —continuó, aunque el nudo en su garganta quebró su voz—. Como siempre debería haber sido.

Sin necesidad de añadir nada más, todos se levantaron. Cualquier rastro de duda desapareció de sus rostros y le siguieron al exterior.

Antes de abandonar el edificio se aseguró de que la Guardia no hubiera llegado todavía. Todo parecía en calma, pero, tal como había expresado el minomante, era cuestión de tiempo.

El borrón añil que era Geara, iba y venía a una velocidad imposible, y cada vez traía a un refugiado tras otro, la mayoría infantes. En aquel momento, depositó en el suelo a una niña alara de alas transparentes y desapareció de nuevo, en busca de otros.

Tyon construía una defensa frente al carguero, transportando piedras y cascotes cercanos. No era el único. Otros dos miembros se habían unido al grupo, la ayuda prometida por Geara: una alara naturalista y un reptiliano. A la alara la tenía vista de los entrenamientos en la base. Sus manos, iluminadas de fuego carmesí, la identificaban como una Portadora con el Foco del Vigor. Era capaz de levantar, solo con sus manos, piedras imposibles de alzar sin poleas o maquinaria.

El reptiliano tenía el mismo Foco que él, el de la telequinesis. Tras el parapeto, y con sus manos envueltas en llamas azules, transportaba por el aire hacia él pedruscos mucho menos pesados que los de su compañera, aunque más alejados.

Yeirek hizo un ademán al grupo de refugiados para que le siguieran y todos se arremolinaron tras él sin rechistar.

—¿Cuánta gente vive en este asentamiento? —preguntó al minomante. Tal como apreció mientras descendía en nave, aquella no era una pequeña población, habían construido casi una urbe ahí.

—Éramos cerca del millar —contestó el aludido sin relajarse, mientras observaba alerta todo a su alrededor—. Pero creo que han muerto bastantes. —Su mirada se endureció—. ¿Cómo nos ha descubierto la Guardia? Pensaba que esta localización era secreta.

—No lo sé, lo siento. Yo acabo de incorporarme al PACTO —susurró y miró a los ojos al minomante—. Pero trataré de enterarme —concluyó. No quería que pensara que se desentendía.

—Bueno, ahora ya da igual. Démonos prisa.

—¡Teira, ven aquí! —Una mujer humana se había quedado entre el grupo y el edificio y llamaba a una menudísima niña dernan que, abrazada a un muñeco, no se decidía a salir de la protección de la casa. Negó con la cabeza mientras hundía su rostro en el juguete.

La mujer corrió hacia ella y se arrodilló, tratando de convencerla para que se uniera al grupo. La niña pataleó y lloró, pero ella la aupó en contra de su voluntad. Regresó al encuentro del resto.

En ese momento, cuatro soldados de la Guardia aparecieron en el otro extremo de la calle.

—¡Alto! —gritó uno de ellos y enarbolaron sus armas.

Los alaridos de los refugiados se mezclaron con las advertencias de los soldados, mientras se abalanzaban hacia la relativa seguridad del carguero.

—¡Ve! —ordenó Yeirek al minomante—. ¡Voy por ellas!

Esprintó, mientras buscaba algún objeto que pudiera mover con la telequinesis y les sirviera de escudo. No lo halló.

Alguien disparó hacia la mujer y la niña, que gritaron con horror y se encogieron en el suelo. ¿Cómo era posible que las atacaran? Estaban indefensas. Con una rabia que no podía contener,

se lanzó hacia adelante. Necesitaba salvarlas. Si no conseguía siquiera eso, ¿de qué habría servido toda su vida como Portador?

Un impacto le atravesó el hombro y soltó un grito de dolor, pero no iba a detenerse; el siguiente podría alcanzarlas a ellas. Sin pensar en otra cosa que tratar de evitar que murieran acribilladas, saltó para cubrirlas con su cuerpo.

El tiempo se detuvo. O eso le pareció a él. Abrazado a ellas, una esfera de color amarillo pálido les rodeaba. Expulsó el aire contenido en sus pulmones, aliviado. Un Portador con el Foco del Escudo debía andar por las cercanías y les había salvado la vida.

La mujer lo miró con una mezcla de admiración y alivio, mientras la niña sonreía con la vista pegada al campo de fuerza.

—¿Es una pompa de jabón? —preguntó maravillada.

La mujer lo abrazó.

—¡Gracias!

—No he sido yo, pero… —Cuando fue a comprobar que ambas estuvieran bien, su corazón se detuvo, incapaz de procesar lo que veía. Sus manos estaban envueltas en llamas de color amarillo pálido.

¡Sí que había sido él!

Era un Avatar y su segundo poder acababa de manifestarse. No tenía idea de cómo ni tampoco cuánto más duraría su efecto. Con esfuerzo y tenacidad, trató de mantener activa la esfera que los envolvía y, sin dejar de abrazarlas, volvieron a la seguridad del edificio.

El escudo mágico se desvaneció, como por propia voluntad. Chasqueó la lengua. No entendía su funcionamiento todavía.

Frente al carguero, Tyon y el minomante se turnaban para disparar, pero los cuatro soldados habían desplegado un campo de fuerza que los protegía.

El reptiliano lanzaba con su telequinesis cualquier objeto que se le ponía a tiro, pero ni uno cruzó el escudo. Tampoco tuvo más suerte la alara lanzando cascotes pesados. La Guardia contaba con armamento de ataque y defensa de calidad, a diferencia de ellos, y repelía todas las agresiones.

Alejado de sus compañeros se sentía impotente. Necesitaba acercarse para ayudar, pero no quería dejar a la mujer y a la niña a su suerte. Debía descubrir cómo activar el escudo de nuevo, aunque no parecía obedecer a su voluntad.

Su telequinesis había aparecido a una edad tan temprana que, para él, era como respirar. No requería ningún tipo de esfuerzo. La única limitación parecía ser el peso del objeto que quería mover y la distancia a la que se encontraba, además de la cantidad de Esencia que debía quemar y que se regeneraba después de varias horas de profundo descanso.

Nunca necesitó que sus tutores le enseñaran a invocar su Foco, se limitaron a hacerle interactuar con él. Este nuevo poder se escapaba de su comprensión. Trató de imaginarse el escudo a su alrededor, vaciar su mente de cualquier pensamiento, dibujar su silueta o gritar «¡esfera!». Nada de aquello funcionó.

La mujer lo interrogó con la mirada y él se encogió de hombros. No quería darle explicaciones de su inutilidad.

—Hay que moverse —sugirió, rodeándolas con un brazo —. Aprovechemos que están centrados en el resto para llegar hasta aquel edificio.

Echaron a correr hacia el más cercano al carguero. Los soldados debían desactivar sus defensas para disparar y Tyon acertó a uno, gracias a su puntería. Uno menos, de momento.

Un trueno ensordecedor retumbó sobre sus cabezas y las primeras gotas golpearon su rostro.

Pronto, una cortina de agua empapó sus ropas y lo caló hasta los huesos. En poco tiempo, el suelo se convirtió en un barrizal que impedía que se movieran con rapidez.

Un nuevo soldado se unió a la contienda desde una calle adyacente. Este llevaba al hombro lo que parecía un lanzamisiles. Se arrodilló y disparó hacia el carguero.

Yeirek ahogó una exclamación y quemó Esencia. Sus manos se iluminaron del azul de su Foco y desvió la bola de energía que surgió del lanzamisiles, a pesar de la distancia que les separaba. Se estrelló contra el edificio contiguo y cayeron algunos casquetes sobre la nave, aunque nada grave.

El soldado que acababa de disparar se volvió hacia él, que todavía corría abrazado a las refugiadas.

—¡Id a esas ruinas! —las instó con urgencia—. Desviaré su atención.

La mujer, sin decir una palabra, aupó a la niña contra su cadera y huyó hacia donde le indicaba. Él se precipitó en dirección contraria, gritando para llamar la atención del soldado.

Disparó otra vez. Aquel trasto se recargaba rápido. Yeirek desvió la trayectoria del proyectil con su Esencia e impactó en el suelo a una considerable distancia.

El soldado volvió a apuntarle, pero, en el último instante, cambió de objetivo hacia el carguero, probablemente con la intención de despistarle.

Lo consiguió.



Capítulo 46

Elmeren

El soldado del lanzamisiles, que se había apartado ligeramente del campo protector de sus compañeros, murió acribillado por los disparos de Tyon. Sin embargo, no logró evitar que el misil volara hacia el carguero.

Impactó en el edificio adyacente y, por su precario estado, comenzó a precipitarse como si fuera un castillo de naipes sobre la nave.

En el interior se hallaban los refugiados que había custodiado el minomante, así como los recién llegados de la mano de Geara. Iban a morir aplastados. Tenía que impedirlo.

Quemó toda la Esencia que fue capaz, hasta que no solo sus manos, sino la totalidad de sus brazos, fueron engullidos por las llamas azules, y sujetó las paredes con la telequinesis.

Recibió otro disparo en el mismo brazo que antes, pero no podía perder la concentración y utilizó el daño como canalizador para su esfuerzo.

Por el rabillo del ojo observó un cascote, delgado aunque de su misma altura, flotar en su dirección e interponerse entre los disparos y él. Por un segundo, desvió la vista hacia el reptiliano, delatado por el fulgor azul en sus manos, y le agradeció el gesto con la cabeza. Él le devolvió una mirada llena de admiración hasta que el minomante le dio un codazo para que se centrara.

La reacción del reptiliano no le sorprendió, ni siquiera él cabía en sí del asombro. Siempre le

habían enseñado que no podía levantar con su telequinesis nada con mayor peso que el suyo propio y, aun así, ahí estaba sujetando con su poder la totalidad de un edificio.

Sin embargo, podía sentir como su Esencia le abandonaba con rapidez. Sus reservas se agotaban a una velocidad abrumadora.

En esos momentos entendió por qué a invocar su poder se le denominaba «quemar». El calor que se estaba formando en su interior era más ardiente que cualquier fuego y no solo consumía su Esencia, sino que amenazaba con deshacer sus órganos internos.

El sudor resbalaba por su rostro y su espalda, y las gotas de lluvia se convertían en humo al chocar contra él. La respiración comenzó a hacerse pesada, aquel fuego interno no tardaría en consumirle. Su visión se estrechaba, rodeada de puntitos de luz morados y verdes.

Si se desmayaba ahora, no serviría de nada el esfuerzo invertido. Necesitaba hacer un último intento, poner todo de su parte y no solo contener el edificio y evitar que se precipitara, sino empujarlo lejos del carguero.

Forzó a su poder para que le obedeciera, aunque no era capaz de moverlo ni un milímetro.

Por el rabillo del ojo percibió un antiaéreo acercarse a toda velocidad hacia ellos y la desesperanza se abrió paso en él. Habían fracasado. Si aquel vehículo estaba ahí, quería decir que habría destruido todas las naves, salvo las pocas que hubieran aterrizado. Contra aquel cañón no sobrevivirían.

Su poder flaqueó y las paredes comenzaron a descender hacia el carguero. Lágrimas de dolor y congoja le impedían ver bien. No podía rendirse ahora, necesitaba salvar al menos a aquellas personas.

Con sus últimas fuerzas consiguió frenar de nuevo el descenso de las paredes sobre el carguero. Las piernas ya no soportaban su cuerpo e hincó la rodilla. Sentía todo el peso del edificio encima de él, como si estuviera sosteniéndolo con sus propios músculos. La otra rodilla se posó también sobre el barro. Apenas le quedaban fuerzas.

Estaba todo perdido.

El antiaéreo viró de pronto hacia los tres soldados que permanecían en pie y que vitoreaban su llegada.

Los atropelló.

Pasó por encima de ellos como si fueran cucarachas, con un estruendo de huesos y armaduras resquebrajadas.

Sin comprender al principio, en el interior del vehículo le pareció ver un revuelo de tentáculos del color de la arena de Calarik.

—¿Kat? —Quiso gritar, pero de su garganta no surgió solo un susurro.

—¡Capi! —rugió Tyon con alegría.

Sí, ¡era ella!

Sus músculos recibieron una inyección de adrenalina y las llamas azules, que habían comenzado a disminuir, se insuflaron con las últimas reservas de Esencia que le quedaban.

Con un grito provocado por el esfuerzo, empujó el edificio, que se desplomó hacia atrás, sin tocar el carguero.

Aliviado, rendido, sin un ápice de fuerza ni de Esencia, se dejó caer bocarriba en el lodo, mientras recuperaba el aliento.

El fuego interno remitió, con lentitud, aunque le dolía cada fibra de su ser. Además, le escocía el brazo y el hombro allí donde habían disparado, pero no le importó. Recibió la lluvia con alivio y cerró los ojos para embeberse de su frescor. Volvió la cabeza hacia donde estaba Kat.

Quería correr a abrazarla, pero no podía ni moverse. Los había salvado. Había acabado con

aquellos soldados y su presencia, avivando los últimos rescoldos de esperanza dentro de él.

Kat salió del vehículo. Arrastraba una ametralladora casi tan grande como ella. Tyon corrió hacia ella y la envolvió en un peludo abrazo.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó.

Ella se apartó y le señaló el arma que acarreaba.

—¡Mira, abu, te he traído un juguete nuevo!

El reptiliano se arrodilló al lado de Yeirek.

—¡Por los dioses! ¿Estás bien? —preguntó mientras chequeaba que siguiera vivo. Quería responder, pero no le quedaban fuerzas ni para eso—. Muchacho, ¿cómo lo has hecho? ¡Nunca había visto nada igual! ¡Tanto poder! ¿De dónde lo has sacado? ¡Tienes que enseñarme!

Otra cabeza se unió a su campo de visión, y los enormes iris color miel de Kat lo miraron con aquella sonrisa traviesa que lo desarmaba cada vez.

—¿Qué tal? —preguntó mientras se apartaba un tentáculo y lo colocaba tras la oreja—. ¿Se está bien ahí? Aquí todos tratamos de ganar una batalla y, ¿tú tan ocioso? ¿Te traigo algo de beber?

Quiso responderle alguna impertinencia al mismo nivel, pero se limitó a embeberse en sus rasgos. La lluvia resbalaba por su piel y, a la luz de los fuegos cercanos, el brillo le daba un aire casi mágico. Su sonrisa, a pesar de la situación en la que se encontraban, templó su corazón.

Ella le tendió la mano y, aunque Kat utilizó todas sus fuerzas para ayudarle a incorporarse, él no fue capaz de moverse. En cambio, tiró de ella hasta que, con un gritito, cayó sobre él. Los labios de ambos quedaron a meros centímetros y él aspiró su aliento. Quería besarla. El rubor en las mejillas de ella despertó de nuevo el fuego en su interior.

—¿Estás bien? —le preguntó Kat en un susurro y le apartó con delicadeza unos mechones húmedos de la frente.

Asintió. Era mentira, pero su situación había mejorado exponencialmente ahora que ella estaba sobre él.

—Creo que he agotado toda mi Esencia por hoy, pero no me quejo. ¿Tú estás bien?

—¡Eh, jóvenes! —La grave voz de Tyon les interrumpió—. ¡Que esto no se ha acabado!

Desde el otro extremo de la calle otra oleada de soldados corría hacia ellos.

Kat se alzó con rapidez y lo ayudó a incorporarse de nuevo. Esta vez, hizo acopio de fuerzas y se levantó. Corrieron hacia la seguridad de la barricada que los otros habían construido antes frente al carguero.

Los soldados vieron el destino de sus compañeros y comenzaron a disparar. Katisa también había destrozado con la arremetida el campo de fuerza, por lo que corrieron a parapetarse tras el vehículo antiaéreo.

—¡Van a usar el cañón! —vociferó el minomante, y Yeirek ahogó una exclamación.

—¡No os preocupéis! —contestó Kat, una vez resguardada tras el parapeto—. Lo he inutilizado.

Se escondió a su lado. La protección apenas sobrepasaba el metro, pero era suficiente si permanecían semi tumbados. Observó a los soldados. Uno de ellos subió al vehículo y, después de trastear un rato con él, descendió sacudiendo la cabeza.

Otro tanto para Katisa, era cierto que lo había inutilizado. La miró con orgullo. ¿Algún día dejaría de sorprenderle? Escondida a su lado, sacó las pistolas de su cartuchera y disparó sin dilación.

Trató de quemar Esencia para ayudar en lo que pudiera, pero las llamas azules apenas prendieron justo antes de apagarse del todo.

Se miró las manos. Sin Esencia, ¿qué podía hacer? A esa distancia ni siquiera serviría su arma de Portador. Podría lanzarla, pero no sería capaz de recuperarla.

Mikou se removió en su mochila y saltó hacia su hombro. De su boca colgaba la eséntica de su madre. La miró embobado. ¿Y si las leyendas eran ciertas y acumulaba Esencia que podría aprovechar? Nunca se había encontrado en la tesitura de necesitarla.

Ahora lo sabría.

Agarró el colgante y aprisionó en un puño el cristal. De inmediato, un agradable calor recorrió todo su ser. Sintió que su cuerpo se recargaba a medida que la luz azul de la gema desaparecía. Le pareció que también había un casi imperceptible fulgor amarillo claro, del Foco de Protección, aunque se agotó en milésimas de segundo. No era mucho, pero sí lo suficiente.

Con renovado ímpetu asió su puñal y lo convirtió en una lanza. La arrojó con todas sus fuerzas, y el reptiliano a su lado, al ver sus intenciones, la dirigió con su telequinesis hasta clavarla en uno de los soldados.

Quemó Esencia y reclamó su arma de nuevo. Percibía su poder decreciendo otra vez. Solo podría volver a usar ese truco un par de intentos más. Chasqueó la lengua, pero repitió el proceso. No podía hacer otra cosa.

Un rugido atronador sonó tras él y, de un par de zancadas, Tyon saltó el parapeto, armado con la ametralladora que había traído Kat, y comenzó a repartir disparos como si no hubiera un mañana. Los insultó en felinae con una ira fuera de lo común en él.

—¡Protégelo igual que has hecho conmigo antes! —le pidió al reptiliano—. ¡Yo te ayudo!

El interpelado ni siquiera asintió, trató de levantar un bloque de runa y Yeirek quemó de nuevo su Esencia para asistirlo con el peso. Entre los dos lograron colocar el trozo frente al felinae. No lo cubría del todo, pero pararía la mayoría de los impactos. Si fuera capaz de invocar su nuevo poder a voluntad, lo habría rodeado con su campo de protección.

Los soldados cayeron uno a uno ante la magnitud atronadora de la ametralladora, incluso el vehículo explotó también. Ya solo quedaban dos enemigos, pero uno de ellos agarró algo que colgaba de su cinto y lo lanzó hacia Tyon.

Era una granada.

Con el corazón en un puño, quemó Esencia una vez más para desviarla, pero las llamas no prendieron sus manos. Su poder se había agotado de nuevo.

No tuvo tiempo de indicarle al reptiliano que la desviara él, la granada ya caía en arco descendente hacia Tyon.

—¡Tyon! —chilló Kat, a su lado y, antes de que pudiera reaccionar, la alara saltó desde el parapeto hacia Tyon, para empujarlo y desviarlo de la trayectoria de la granada.

Sin pensar en sí misma.

—¡Kat! —gritó él, a su vez, y se lanzó tras ella.



Capítulo 47

Elmeren

Iban a matar al abu.

Era lo único en lo que Katisa podía pensar. Con toda su valentía imprudente, lo acribillarían a disparos.

Descargó sus pistolas en los soldados, pero los nervios le impedían acertar en el blanco. Además, parapetados tras el antiaéreo, su protección era mejor de lo esperado. Debería haberlo aparcado en otro lugar.

Al menos se aseguró de que nadie pudiera hacer uso de él o ya estarían todos muertos.

A su lado, Yeirek gritó algo. Alucinó cuando un bloque de runa se colocó ante Tyon para protegerlo. Tanto el reptiliano como él se estaban ocupando de su seguridad. Su pecho se hinchó de orgullo por un instante ante la jugada de Yeirek.

El vehículo estalló por los repetidos impactos de la ametralladora y se llevó a un par de soldados por delante. Ya solo quedaban dos y no parecía que fueran a incorporarse más. Con suerte, el resto de la célula habría acabado con la amenaza.

El aliento se congeló en sus pulmones. Uno de los dos guardias agarró una granada del cinturón y la lanzó hacia Tyon.

El abu no pareció darse cuenta y continuó con la incesante profusión de disparos.

La granada iba directa al encuentro del felinae y su improvisado escudo no iba a ser suficiente para detener la explosión. Si no se apartaba, le caería de lleno.

—¡Tyon! —gritó y, sin otra cosa en la mente que empujar a su compañero de tripulación, se lanzó contra él justo cuando la granada se encontraba encima.

La detonación la golpeó con una fuerza descomunal, tanto que empequeñeció el estruendo de la explosión. Un calor insoportable la envolvió, aunque solo duró un breve instante.

Una pantalla de luz amarilla pareció rodearla a la vez que el dolor más intenso que había sentido en su vida azotaba su hombro. Pronto la oscuridad le reclamó la consciencia y todo dejó de existir.

Despertó arrullada por unos brazos fuertes y peludos. Desorientada, alzó la vista para toparse con el angustiado rostro de Tyon, que la abrazaba. Algunos pelos de un lado de su cuerpo brillaban con los últimos rescoldos del fuego y desprendían un desagradable olor a cabello quemado. Todo su pelaje estaba cubierto de sangre. ¿Estaría herido?

—No mueras por mí —se lamentó—. Por mí no. ¡Por favor!

—¿Qué? —logró articular, tenía la garganta reseca—. Solo tengo frío.

El felinae la envolvió con sus brazos y entonces reparó en que Yeirek estaba a su lado, arrodillado. El color había abandonado su rostro, sus ojos abiertos en shock.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás bien?

Yeirek asintió, o tal vez tembló. No estaba segura. Todo era muy raro. Se sentía extraña.

—No he podido salvarte… —susurró Yeirek en un hilo de voz.

—No te entiendo —contestó ella—. Estoy bien.

¿Qué mosca le había picado? Fue a levantar la mano para acariciarle el rostro y tranquilizarlo.

No pudo.

Extrañada, fue a mirar su brazo, pero un palo carbonizado a unos metros de ellos captó su atención. Tenía unas pequeñas ramas en uno de sus extremos.

No, no eran ramitas. Eran dedos.

Su mirada voló a su brazo, pero no lo halló ahí. No había nada más después del hombro, solo un grueso hilo de sangre que caía sin interrupción.

Su respiración se aceleró. ¿Se lo estaba imaginando? ¿Era aquello su brazo? ¿Por qué no sentía dolor?

—He intentado salvarte —repitió Yeirek. Alargó una mano con intención de acariciarla, pero la retiró y se retorció ambas en el regazo—. Casi toda mi Esencia se agotó. No hallé la suficiente para cubrirte entera. Tu brazo… quedó fuera de la burbuja.

Tyon se balanceó con ella, sollozando.

—¿Por qué lo has hecho, Katisa? ¡No lo merezco!

Sus ojos pesaban toneladas. Quería decirle que no había dudado y que, si se daba la oportunidad, volvería a hacerlo, pero tenía mucho sueño. Al despertar se lo diría.

—¡No te duermas! —El abu la sacudió con fuerza y Yeirek colocó la mano sobre su peludo brazo para tranquilizarlo, pero él parecía estar en peor estado incluso que el felinae.

Mikou apareció sobre el hombro de él y saltó al suelo. Tembloroso, con una delicadeza rara en él, se acurrucó en su lugar favorito, en el hueco del cuello, ahuecó las plumas y se restregó contra su piel. De su garganta surgieron unos ligeros gemidos. El calor que le proporcionaba le alivió un

poco el helor que sentía, pero no podía parar de temblar.

—Frío —logró decir entre el castañeteo de los dientes.

Yeirek se quitó la chaqueta, se la colocó con cariño por encima y la arropó hasta la barbilla. Acarició sus tentáculos con un sollozo silencioso.

—¡Jefa! —la voz de Clak en su auricular la sobresaltó—. ¡Lo hemos conseguido! No quedan soldados y gran parte de los refugiados ya están siendo evacuados. Estamos bien. ¿Vosotros también?

A pesar de lo débil que comenzaba a sentirse, no pudo refrenar una sonrisa. Deseaba reunirse de nuevo con su amigo mecánico. Sin embargo, no encontró las fuerzas para contestar.

El reptiliano con el que había luchado se acercó a Yeirek.

—Geara ya busca un médico —dijo en un tono grave—. No tardará.

Él asintió, pero se mordió el labio. Había un velo de desesperanza en sus ojos y alzó la vista al cielo. Su boca se movió en ¿qué? ¿una plegaria? No sería por ella. No estaba tan mal.

—Por favor, no dejes de luchar —le rogó, regresando su atención a ella—. Mi vida no tiene sentido si tú no estás. Aunque no lo entiendas ahora, es así. No te rindas.

Exageraban. Solo necesitaba recuperar un poco el calor y dormir. Al despertar estaría como nueva. Sin brazo, pero bien.

Yeirek cogió su otra mano y se la llevó a los labios. Las lágrimas humedecieron sus ojos y resbalaron por sus mejillas, pero aun así sonrió con dulzura.

—Kat, te quiero. Y me da igual si tú no me quieres a mí. Te seguiré queriendo del mismo modo. Me enamoré de ti cuando apareciste y evitaste que aquel galuta me matara. —Una sonrisa acudió a sus labios—. Nunca descubrí cómo conseguiste acabar con él, pero sé que eres una superviviente. Lucha ahora, otra vez. Solo tienes que aguantar un poco más.

Clavó los ojos en él. Trató de apretarle la mano y se percató en ese momento de que las fuerzas la abandonaban. Además, su corazón debería cabalgar como loco por aquella confesión y, sin embargo, apenas palpitó un par de veces.

El miedo comenzó a dominar su mente. Perder un brazo no era tan grave, pero se desangraba con rapidez y, si un médico no aparecía pronto, no lograría recuperarse.

Centró su atención en Yeirek, quería aferrarse a él para seguir viva. Necesitaba decirle que ella también lo amaba, que sentía todo lo que le había dicho, pero no consiguió recabar el aliento suficiente para hablar.

—Lucha y quédate conmigo, peque, con nosotros —continuó alentándola—. La ayuda está en camino.

Oír aquel mote que tanto había detestado emborronó su visión. No quería morir, necesitaba que volviera a llamarla de aquel modo durante el resto de sus días. Pero lo único que podía hacer en ese momento era grabar su rostro en la memoria. Si tenía que marcharse, que su imagen lo acompañara hasta el más allá.

Ya no le quedaba energía suficiente para moverse, y respirar le suponía un esfuerzo fuera de lo normal. Los sonidos a su alrededor se amortiguaron hasta que solo pudo percibir su pulso, cada vez más lento, más débil.

Una oscuridad, más aterciopelada de lo que habría esperado, la envolvió en el momento en que el último latido golpeó su pecho.

PERSONAJES





TYON



TANARD



DRARIN



DURK



GEARA



ALDO
DENI

AGRADECIMIENTOS

Mi primer agradecimiento es hacia ti, sí tú, que estás leyendo estas líneas. Si has llegado hasta aquí es porque has leído los dos libros previos y la historia te ha parecido lo suficientemente entretenida como para darle una oportunidad a la tercera parte. Así que, ante todo GRACIAS.

Te debo pedir un gran favor, que puntúes mi libro, aunque solo sea con las estrellas que consideres oportunas. Si además quisieras dedicar unas líneas sería increíble y tendrías mi gratitud eterna.

Quiero agradecer también a todos aquellos que me habéis apoyado durante todo este tiempo y que, sin vosotros, tal vez no habría tenido el coraje o el ánimo de continuar. Siempre me ha gustado escribir, pero gracias a vosotros AMO hacerlo.

No soy capaz de poneros en una lista de prioridad porque todos me habéis animado y ayudado de una manera u otra, pero aquí os menciono.

Gracias a Libertad Herrera, que publicó su primer libro a la par que yo y que fue la primera persona que me dio la oportunidad y que sus palabras calaron más en mí de lo que nunca podré expresarle. Gracias también a Ariadna de Ediciones Tentetieso, por el informe de lectura que me llevó a decidirme a publicar la primera parte y por el apoyo que he recibido de ella desde entonces, en los momentos chulos y en los no tan chulos. Gracias a mis ceros: a Marga Benavides (@benavidesmarga), a Andreu Purroy (@lalibreriadeandreu) por sus sabias palabras y consejos, a C.J. Bonn por sus palabras y por su aliento incansable, a Marena Hope, a Esther F. Sierra, a Kress Watson, a Rocío García Melgar y a Idoia de @lilith_lectora por sus consejos y correcciones (no estáis en orden de preferencia, pero no os puedo poner a todas a la vez o no se podría leer ☺). Sois geniales.

También estáis todos vosotros, qué me habéis apoyado de un modo u otro y a los que os guardo en mi corazón. Aunque estéis aquí, ni por asomo sois los últimos en prioridad: Carmen López, Jorge de la Iglesia, Edgar de @edgar.mt90, @cronicadelibros, Sandra Adrián, Diana Golay, Andrea de Pablo, Laura Garrido, Inés Platero, Lorena Suárez, Sergio Durango, Raul Alcantarilla, Miguel Abad, Farah Dih, David Tebras, Naviru Shorno, Benito Guille, Serena de @serelecturas, Eva de @parrafosenlaluna.

También quiero agradecer a todas aquellas personas que gastaron su tiempo en hacer una reseña, y también a los que consideraron valorar mi historia con unas estrellitas.

Sé que me dejo en el tintero a muchas personas que me han ayudado, de un modo u otro, a realizar mi sueño. Os pido disculpas y os doy las gracias de corazón.

Glosario de términos

Alara– Raza de seres inteligentes de aspecto humanoide. Constan de cinco etnias con rasgos raciales diferenciados: alaras naturalistas, alaras acuáticos, alaras aéreos, alaras de luz, alaras del desierto. Actualmente sólo los alaras del desierto habitan Calarik, aunque antaño pertenecían a otra etnia totalmente diferente y de la cual no sobrevivió ninguno.

Aracne – Raza de seres inteligentes cuyo aspecto físico a nosotros nos recordaría a una enorme araña peluda capaz de permanecer erguida y caminar sobre dos o cuatro extremidades.

Aosién – Raza de seres humanoides, de constitución esbelta, ojos almendrados y rasgos faciales afilados. Es una de las razas más comunes y se les puede encontrar en cualquier parte de la galaxia conocida.

Avatares – Descendientes de la unión entre dos poseedores de la Esencia, con la maestría de varios Focos y una reserva de Esencia superior. Fueron exterminados hace cinco mil años a causa de las ansias de poder que la mayoría parecían desarrollar y de los estragos que causaron con sus poderes superiores.

Aviano – Raza de seres humanoides cuya característica más notable es contar con plumas que les cubren todo el cuerpo. De sus brazos también cuelgan plumas y son capaces de planear, aunque no de impulsarse hacia las alturas. En lugar de pico cuentan con una boca sin labios y nariz larga y curvada.

Bacor – Montura de los alaras del desierto, cuyo aspecto nos recordaría a un velociraptor, pero sin brazos o miembros delanteros.

Calarik – Planeta situado en el sistema del mismo nombre. Es el mundo cuya superficie fue calcinada por el dios Igazash en su guerra personal contra la diosa Kirena. Su posición está muy alejada del centro de la galaxia. Es el mundo originario de los alaras del desierto.

Comisión del Acuerdo – Organización política creada a raíz de las guerras raciales, cuyo objetivo era unificar el gobierno en toda la galaxia conocida. Cada una de las razas está representada y los cargos son heredados. El máximo cargo recae en el Regente, que hace de árbitro en caso de disputas entre los miembros de la Comisión y aprueba todas las resoluciones.

Comunicador – Aparato para la comunicación, tanto de audio como holográfica, común en toda la galaxia. Suele ser redondo y caber en una mano. Despliega una holopantalla con la que interactuar.

Contenedor-repulsor – Contenedor (puede ser de varios tamaños) con un sistema repulsor que facilita su transporte.

Dernan – Raza de seres inteligentes, humanoides, de complexión robusta, pero mitad de estatura que el humano medio. Se dejan crecer la barba —incluso las mujeres— que sólo cortan si han cometido un crimen. Carecer de barba o lucir una barba corta es motivo de vergüenza entre los suyos.

Deslizadora - Denominación de unos vehículos monoplaza motorizados cuyos repulsores consiguen que leviten y se desplacen a menos de un metro del suelo. Son muy comunes en toda la galaxia conocida.

Eranelim – Prenda liviana que usan los habitantes de Calarik, con los que envuelven sus cuerpos, para evitar la arena levantada por el gerané eranel.

Esencia – La magia de los dioses, de la cual repartieron una pequeña cantidad a algunos elegidos entre las diversas razas de la galaxia. Estos poseedores de la Esencia crearon la

Hermandad de Portadores por el designio de los dioses. No es obligatorio pertenecer a la Hermandad si no se desea, pero es considerado motivo de orgullo. La Esencia se manifiesta iluminando las manos del Portador que la invoca con unas llamas del color específico de su Foco. Coloquialmente entre portadores también se expresa como «quemar Esencia».

Eséntica - Una piedra tan escasa que se cree un mito. Se dice que detecta la Esencia de los alrededores e incluso que podría ser capaz de dotar de Esencia a quién no tiene.

Cofi – Bebida muy típica en todas partes de la galaxia que suele despejar y activar la mente. El equivalente a café.

Felinae – Raza humanoide cuyo aspecto y características son similares a los de los felinos, aunque caminan erguidos sobre sus dos piernas. Todos tienen cola.

Foco – Cada poseedor de la Esencia cuenta con un único Foco que define el tipo de su poder (telequinesia, sanación, sugestión mental, velocidad, escudo...). Cada Foco está representado por un color específico, que se manifiesta a través de unas llamas que iluminan de ese color las manos del poseedor de la Esencia.

Garn – Raza de seres semi vertebrados, con cuatro brazos y una cola reptiliana en lugar de piernas. Tienen fama de ser unos fantásticos mecánicos.

Gerané eranel – El viento del ocaso, que aparece puntual cada día al ponerse el sol en Calarik.

Grarog – Raza de seres humanoides de complexión sensiblemente mayor que la de los humanos. Su rasgo más destacado es una cresta ósea que recorre toda la espalda, desde la frente hasta el sacro. No tienen pelo en la cabeza.

Hermandad de Portadores – Organización sin ánimo de lucro que, desde hace al menos diez milenios, se creó bajo el designio de los dioses para la protección y defensa de los más desfavorecidos en la galaxia. Todos sus miembros poseen la Esencia y, por ello, son llamados Portadores. Antiguamente, todos los poseedores de la Esencia debían ingresar en la Hermandad, pero actualmente no es obligación.

Holo – Dimiutivo de “holotelevisor”, un aparato que muestra imágenes televisivas en forma de holograma.

Holopantalla – Holograma con forma de pantalla que suelen proyectar los comunicadores o infopads, entre otros aparatos.

Igazash – Dios de tendencia narcisista y de moral argumentable que, a raíz de un conflicto con la diosa Kirena, arrasó la superficie del planeta Calarik, cuna de los alaras.

Infopad – Pantalla informativa fácilmente transportable.

Itolen – Mundo en el que se refugiaron los herejes de la religión a Kirena, que sostenían que las Lágrimas de Kirena eran reales.

Kirena – Diosa de las alaras, en conflicto constante con el dios Igazash. Transformó a los supervivientes de la devastación del planeta Calarik en la etnia de los alaras del desierto, de cuya raza es la protagonista de esta historia.

Korrok – Raza de seres inteligentes, humanoides, de vastos rasgos, piel granate y nariz desproporcionada, con una boca sin labios y dientes puntiagudos. Son famosos por su mezquindad.

Metacero – Una aleación química que resulta en un acero más duro pero moldeable.

Metacristal – Una aleación química que resulta en un tipo de cristal más resistente y moldeable.

Minomante – Raza de seres de proporciones considerablemente mayores de las de un humano medio. Su rasgo físico más destacable son unos gruesos cuernos que crecen desde sus sienes.

Suelen ser de carácter afable. Naturales del planeta Minom.

Nabara – Fruta de jugo dulce típica del planeta Calarik, de tonos verdosos y anaranjados que, a pesar de ser cultivada bajo tierra, sus propiedades son similares a las que habría tenido madurada al sol.

Nanosanadoras – Sistema tecnológico de sanación que sólo pueden permitirse los más ricos. Es muy eficaz.

Nolgar – Raza de seres humanoides de baja estatura —hasta la cintura de un humano medio —, seis dedos y una cabeza desproporcionadamente grande. Se les atribuye la mayoría de los inventos tecnológicos en todas las épocas históricas de la galaxia, aunque no comparten con otras razas las especificaciones técnicas por motivos religiosos. Sin embargo, permiten ser copiados si son capaces de replicar sus inventos. Nunca lo harán tan bien.

Portador – Poseedor de la Esencia, miembro de la Hermandad de Portadores.

Regente Supremo – Figura de máxima autoridad en toda la galaxia conocida, aunque es un cargo figurativo. Su única función es servir de árbitro entre las indecisiones y disputas de los miembros de la Comisión del Acuerdo, y firmar todo aquello que el resto han discutido ya. Su palabra es la última.

Reptilianos – Raza de seres humanoides que tienen muchos puntos en común con los reptiles en cuanto a piel y órganos internos; sin embargo, se desplazan sobre un par de piernas. Todos tienen una cola tipo reptiliana

Sanidux - Fármaco que desinfecta heridas, ayuda a cicatrizarlas y aumenta la rapidez y eficacia de la regeneración natural.

Solron – Raza de seres cuyos rasgos más destacados son unos cortos y afilados cuernos, barbillas alargadas y vellosidad por todo el cuerpo, incluida toda la cara.

Unidades – Moneda con la que se lleva a cabo cualquier pago a nivel galáctico. Son válidas en todos los planetas, independientemente de si cuentan con moneda local.

Unorenita – Piedra semipreciosa muy valorada por las megacorporaciones joyeras por sus peculiaridades y escasez. Se da únicamente en el planeta Calarik.

Yígol - Animal felino con escamas en lugar de pelo y unas largas orejas grandes y puntiagudas. Cuentan con cinco colas terminadas en aguijones que segregan un veneno paralizante.